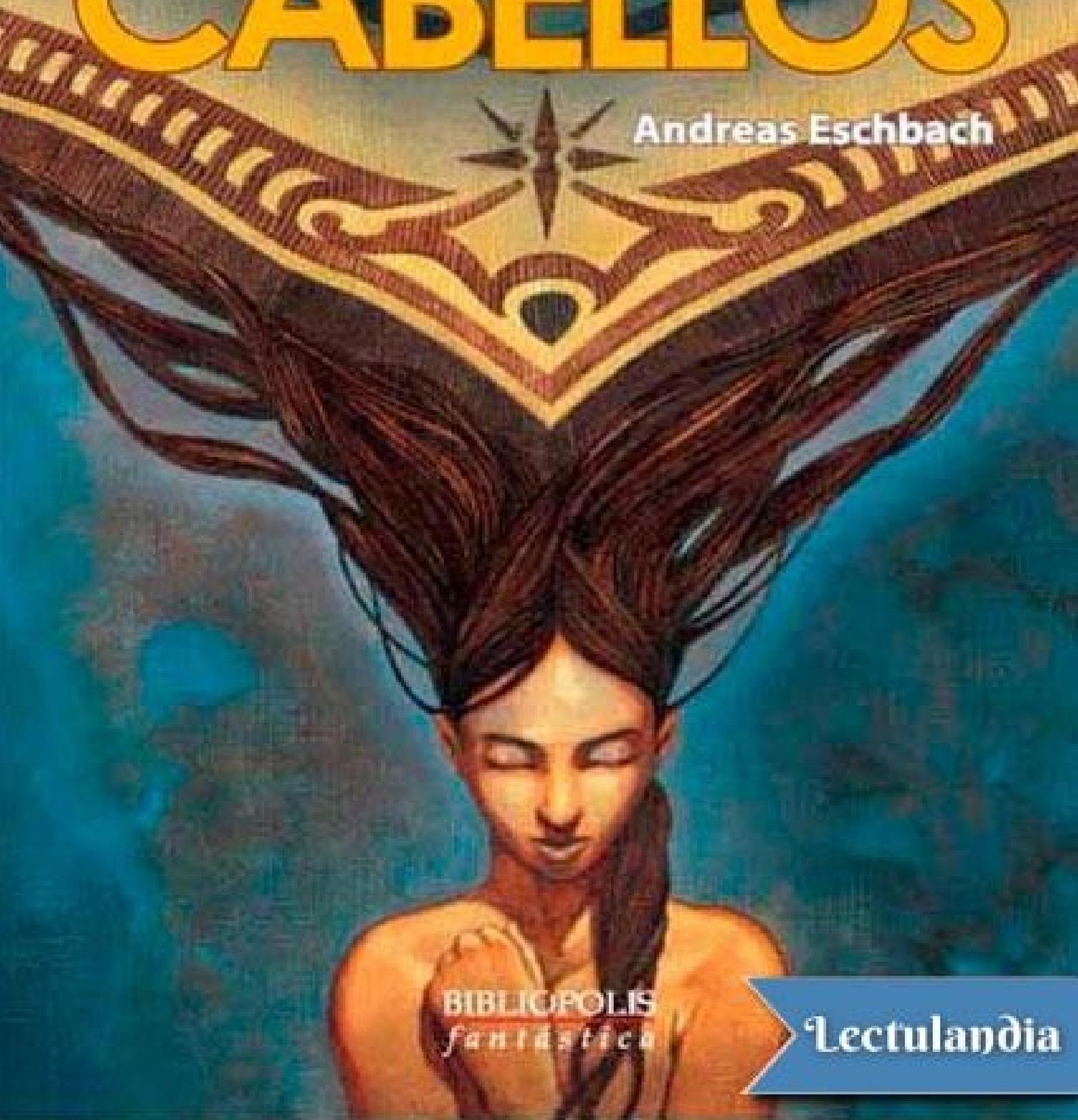


LOS

Grand Prix de l'Imaginaire 2001

TEJEDORES DE CABELLOS

Andreas Eschbach



BIBLIOPOLIS
fantástica

Lectulandia

En un mundo semidesértico perdido en una galaxia olvidada, toda la vida gira en torno al hilado de alfombras de cabellos. Gracias al dinero que su padre antes que él obtuvo por la venta de un tapiz, cada tejedor abre su taller y elabora, a lo largo de toda su vida, una alfombra espléndida con los cabellos de sus esposas e hijas. Tras venderla para entregar a su vez el dinero a su único hijo, la alfombra se une a inmensas caravanas que convergen en el espaciopuerto, desde donde parten fastuosos bajeles estelares rumbo, dicen, al palacio del divino Emperador. Pero, ¿cuál es el propósito que lleva al sacrificio de tantas vidas para elaborar alfombras de cabellos? ¿Y si fueran ciertos los rumores de que el Emperador ha sido derrocado?

Lectulandia

Andreas Eschbach

Los tejedores de cabellos

ePUB v1.5

Roy Batty 10.09.12

más libros en lectulandia.com

Título: Los tejedores de cabellos
Título original: Die Haarteppichknüpfer
Autor: Andreas Eschbach
Año de publicación: 1995

1. Los tejedores de cabellos

Nudo a nudo, día a día, toda una vida, siempre los mismos movimientos de la mano, enlazando siempre los mismos nudos de finísimos cabellos, tan finos y delicados que, con el tiempo, los dedos se volvían temblorosos y los ojos se debilitaban de esforzarse en mirar. Y apenas se percibía el progreso: si se le daba bien, en un día surgía un nuevo pedazo de su alfombra, quizás tan grande como la uña de un dedo. Así que se inclinaba frente al bastidor chirriante al que su padre ya se había sentado y antes que él el padre de su padre, en la misma posición flexionada, la vieja lente de aumento medio cegada en el ojo, los brazos apoyados en el pecho doblado, dirigiendo la lanzadera únicamente con la punta de los dedos. De este modo enlazaba nudo tras nudo en la forma transmitida de generación en generación, hasta que caía en un estado de trance en el que se sentía bien, su espalda dejaba de dolerle y ya no percibía la edad que tenía agarrada a los huesos. Escuchó los múltiples sonidos de la casa que el abuelo de su tatarabuelo había construido: el viento, que acariciaba eternamente el tejado y se colaba por las ventanas abiertas, el tintineo de la vajilla y las conversaciones de sus mujeres y de sus hijas allá abajo, en la cocina. Cada sonido le era familiar. Escuchó la voz de la partera que vivía desde hacía algunos días en la casa porque Garliad, su concubina, esperaba el alumbramiento. Escuchó el ruido de la sorda campana de la puerta, luego se abrió la puerta de la casa y el murmullo de la charla se tiñó de excitación. Seguramente se trataba de la buhonera que tenía que traer hoy comestibles, telas y otras cosas.

Entonces, unos pesados pasos subieron la chirriante escalera hacia la tejeduría. Debía de ser una de las mujeres que le traía la comida. Abajo estarían invitando ahora a la buhonera a sentarse a la mesa para enterarse de los últimos rumores y dejarse engañar con algunas baratijas. Suspiró, apretó el nudo sobre el que trabajaba en aquel momento, se quitó la lente de aumento y se volvió.

Garliad estaba allí, con su enorme barriga y un plato humeante en la mano, esperando hasta que él le permitió acercarse con un impaciente movimiento de la mano.

—¿Cómo se les ocurre a las otras mujeres dejarte trabajar en tu estado? —gruñó—. ¿Acaso quieres parir a mi hija en la escalera?

—Hoy me siento muy bien, Ostvan —le repuso Garliad.

—¿Dónde está mi hijo?

Ella vaciló.

—No lo sé.

—¡Entonces ya me lo imagino! —resopló Ostvan—. ¡En la ciudad! ¡En esa escuela! ¡Leyendo libros hasta que le duelan los ojos y dejándose meter bobadas en la cabeza!

—Estuvo intentando arreglar la calefacción y luego se fue para hacerse con alguna pieza, como dijo.

Ostvan se levantó de su taburete y le quitó el plato de las manos.

—Maldigo el día en que permití que fuera a esa escuela de la ciudad. ¿No se ha portado bien Dios conmigo hasta ahora? ¿No me ha concedido primero cinco hijas y sólo después un hijo para que yo no tuviera que matar a ningún niño? ¿Y no tienen mis hijas y esposas cabellos de todos los colores para que yo no tenga que teñirlos y pueda tejer una alfombra que alguna vez sea digna del Emperador? ¿Por qué no me es dado hacer de mi hijo un buen tejedor de cabellos para que algún día encuentre yo mi lugar junto a Dios y me sea permitido ayudarle a tejer la Alfombra de la Vida?

—Te quejas de tu destino, Ostvan.

—¿No habré de quejarme con un hijo así? Ya sé por qué su madre no me trae la comida.

—Tengo que pedirte dinero para la buhonera —dijo Garliad.

—¡Dinero! ¡Siempre el dinero! —Ostvan puso el plato sobre el alféizar y se arrastró hacia un arcón cuajado de acero que estaba adornado con la fotografía de la alfombra que su padre había tejido. Dentro estaba el dinero que aún quedaba de la venta de la alfombra, empaquetado en cajitas aisladas sobre las que estaban escritas las cifras de años sucesivos. Sacó una moneda—. Toma. Pero piensa que lo que hay aquí debe bastar para el resto de nuestras vidas.

—Sí, Ostvan.

—Y cuando Abron vuelva, envíamelo inmediatamente.

—Sí, Ostvan. —Y se fue.

¡Vaya una vida, nada más que problemas y disgustos! Ostvan llevó una silla junto a la ventana y se dejó caer en ella, dispuesto a comer. Su mirada se perdió en el desierto yermo y rocoso. Antes había salido de vez en cuando a buscar ciertos minerales que le eran necesarios para las recetas secretas. También algunas veces había estado en la ciudad para comprar productos químicos o herramientas. Pero entre tanto había reunido ya todo lo que iba a necesitar para su alfombra. Seguramente no saldría nunca más. Tampoco era ya joven. Pronto terminaría su alfombra y entonces sería el momento de ir pensando en morir.

Luego, por la tarde, unos pasos rápidos en la escalera interrumpieron su trabajo. Era Abron.

—¿Querías hablar conmigo, padre?

—¿Estuviste en la ciudad?

—He comprado carbón de piedra para la calefacción.

—Tenemos todavía carbón de piedra en el sótano, suficiente para generaciones.

—No lo sabía.

—Podrías haberme preguntado. Pero a ti te sirve cualquier pretexto para poder ir

a la ciudad.

Abron se le acercó, sin ser requerido.

—Ya sé que no te gusta que esté tan a menudo en la ciudad y que lea libros. Pero no puedo hacer otra cosa, padre, es tan interesante... esos otros mundos... hay tanto que aprender, los seres humanos viven de tantas formas...

—No quiero oír nada acerca de ello. Para ti sólo hay una forma de vida. Tú has aprendido de mí todo lo que un tejedor de cabellos debe saber, eso es suficiente. Sabes enlazar todos los nudos, has sido iniciado en la impregnación y en las técnicas de teñido y conoces los motivos tradicionales. Cuando hayas diseñado tu alfombra, tomarás una mujer y tendréis muchas hijas con diferentes colores de cabello. Y para la boda cortaré yo mi alfombra del marco, le coseré el dobladillo y te la regalaré, y tú irás a la ciudad para vendérsela al mercader imperial. Así hice yo con la alfombra de mi padre y así hizo él antes con la alfombra de su padre y éste a su vez con la alfombra de su padre, tu tatarabuelo. Así sucede de generación en generación, desde hace miles de años. Y así como yo pago contigo mi deuda, pagarás tú la tuya con tu hijo y éste a su vez con su hijo. Así ha sido siempre y así será siempre.

Abron suspiró forzosamente.

—Sí, claro, padre, pero esa perspectiva no me hace feliz. Mi mayor deseo sería no convertirme en un tejedor de cabellos.

—¡Yo soy tejedor de cabellos y por eso tú serás también tejedor de cabellos! —Ostvan señaló con un gesto acalorado la alfombra sin terminar en su marco—. Toda mi vida he trabajado en esa alfombra, toda mi vida, y toda tu vida te vas a alimentar tú de las ganancias. Tienes una deuda conmigo, Abron, y exijo que se la pagues a tu hijo. ¡Y que Dios te conceda que no te cause tantos disgustos como tú me los causas a mí!

Abron no se atrevió a mirar a su padre cuando le repuso.

—Corren rumores por la ciudad acerca de una rebelión y de que el Emperador tendrá que abdicar... ¿Quién pagará por las alfombras de cabellos cuando ya no esté el Emperador?

—¡Antes se extinguirán las estrellas que la gloria del Emperador! —tronó Ostvan—. ¿Acaso no te enseñé yo esa frase cuando apenas eras capaz de sentarte junto a mí frente al marco del telar? ¿Crees que cualquiera puede venir simplemente y alterar el orden que Dios dispuso?

—No, padre —murmuró Abron—. Por supuesto que no.

Ostvan lo contempló.

—Vete ya y trabaja en el diseño de tu alfombra.

—Sí, padre.

Por la noche, a Garliad le comenzaron las contracciones. Las mujeres la acompañaron hasta la habitación que habían preparado para el parto. Ostvan y Abron

se quedaron en la cocina.

Ostvan tomó dos vasos y una botella de vino y ambos bebieron en silencio. De vez en cuando se escuchaban los gritos o los quejidos de Garliad en la habitación de parir, luego durante mucho tiempo no volvió a suceder nada. Iba a ser una larga noche.

Cuando su padre trajo la segunda botella de vino Abron preguntó:

—¿Y qué pasará si es un niño?

—Eso lo sabes tú tan bien como yo —le repuso Ostvan roncamente.

—¿Qué harás entonces?

—Desde siempre existe la ley de que un tejedor de cabellos sólo puede tener un hijo, porque una alfombra sólo puede alimentar a una familia. —Ostvan señaló a una vieja y enmohecida espada que colgaba de la pared—. Con ella mató mi padre a mis dos hermanos en el día de su nacimiento.

Abron guardó silencio.

—Has dicho que Dios dispuso este orden —se le escapó por fin—. Debe de ser un Dios horrible, ¿no te parece?

—¡Abron! —tronó Ostvan.

—¡No quiero tener nada que ver con tu Dios! —gritó Abron, y salió atropelladamente de la cocina.

—¡Abron! ¡Quédate aquí!

Pero Abron corrió por la escalera que subía hacia los dormitorios y no regresó.

Así que Ostvan esperó solo, pero ya no bebió más. Pasaron las horas y sus pensamientos se fueron volviendo más deprimentes. Por fin se mezclaron los primeros lloros de un niño con los gritos de la parturienta. Ostvan escuchó a las mujeres lamentarse y llorar. Se puso de pie con esfuerzo, como si cada movimiento le produjera dolor, tomó la espada de la pared y la dejó sobre la mesa. Luego se quedó de pie, esperando con una paciencia hosca hasta que la partera salió de la habitación, el recién nacido en los brazos.

—Es un niño —dijo serena—. ¿Vais a matarlo, señor?

Ostvan miró el sonrosado y arrugado rostro del pequeño.

—No —dijo—. Vivirá. Quiero que se llame Ostvan, exactamente como yo. Le enseñaré el arte de los tejedores de cabellos y cuando yo ya no viva, otro terminará su educación. Llévale de vuelta a su madre y dile lo que te he dicho.

—Sí, señor —dijo la partera, y se llevó de nuevo al niño.

Ostvan, por su parte, tomó la espada de la mesa, subió a los dormitorios y mató a su hijo Abron.

2. Los mercaderes

Yahannochia se preparaba para la llegada anual del mercader de alfombras de cabellos. Era como un despertar para la ciudad, que seguiría yaciendo el resto del año como un muerto bajo el sol abrasador. Todo comenzaba con guirnaldas que aparecían aquí y allá bajo los tejados, y con escasos ramos de flores que intentaban esconder los manchados muros de las casas. Día a día más y más banderines multicolores se agitaban al viento que, como siempre, barría las colinas, y los olores que se escapaban de las ollas de las oscuras cocinas venían a arremolinarse pesadamente en los callejones estrechos. Había que estar preparado para la Gran Fiesta. Las mujeres peinaban durante horas sus cabellos y los de sus hijas maduras. Los hombres limpiaban por fin sus zapatos. Sonidos desafinados y atronadores de bandas de música ensayando se mezclaban con el omnipresente murmullo de voces excitadas. Los niños, que por lo general jugaban silenciosos y tristes en las callejas, corrían gritando por todos lados y llevaban puestas sus mejores ropas. Era una animación multicolor, una fiesta de los sentidos, una febril espera del Gran Día.

Y por fin llegó. Los jinetes que se habían enviado estaban de vuelta, trompeteando a toda prisa por los callejones y anunciando:

—¡Viene el mercader!

—¿Quién es? —gritaron miles de gargantas.

—Los carros traen los colores del mercader Moarkan —informaron los vigías, espolearon a sus animales y siguieron galopando. Y los miles de gargantas transportaron el nombre, y el nombre dio vueltas entre las casas y las chozas y cada persona tenía algo que añadir a ello. ¡Moarkan! Se desenterraron los recuerdos de cuando Moarkan estuvo por última vez en Yahannochia y de las mercancías de lejanas ciudades que había ofrecido. ¡Moarkan! Se elevaron suposiciones acerca del lugar del que provendría esta vez, de qué ciudades traería noticias o incluso cartas. ¡Viene Moarkan...!

Pero aún transcurrieron dos días completos antes de que la enorme caravana del mercader entrara en la ciudad.

Primero llegó la infantería que marchaba por delante del cortejo. De lejos había tenido el aspecto de una única y gigantesca oruga de púas brillantes que venía arrastrándose hacia Yahannochia a lo largo de la carretera. Al acercarse, pudieron reconocer hombres con armaduras de cuero que llevaban sus lanzas dirigidas hacia el cielo, de forma que la luz del sol caía cegadora sobre las puntas desnudas. Cansados, entraban con pesados pasos, los rostros cubiertos de sudor y de polvo, los ojos ciegos y desencajados por la fatiga. Todos traían a la espalda, como una marca de fuego, las insignias coloreadas del mercader.

A ellos les seguían los soldados montados del mercader. Sobre animales de montura que resoplaban y se dejaban guiar con esfuerzo, avanzaban por el camino, armados con espadas, porras, pesados látigos y cuchillos. Alguno portaba con orgullo una vieja y desencajada pistola de rayos al cinto y todos miraban con arrogancia hacia los habitantes de la ciudad, que atiborraban la calle. ¡Cuidado, uno se acerca demasiado al cortejo! El látigo habló de inmediato. Chasqueando, los jinetes abrieron un ancho paso a través de los curiosos para dejar sitio a los carros que seguían.

Los carros iban tirados por grandes y rudos búfalos baraq, cuya lana estaba enredada y apestaba como sólo los búfalos baraq pueden apestar. Venían los carros chirriando, traqueteando y tropezando, con sus ruedas irregulares y guarnecidas de hierro, aplastando laboriosamente los surcos secos del camino. Todos sabían que esos carros iban cargados con preciados objetos de lejanas tierras, que estaban repletos de sacos de raras especias, con balas de finas telas, con barriles de exquisitas sustancias, cargamentos de maderas nobles, y con cofrecillos llenos hasta el borde de impagables piedras preciosas. Carreteros de mirada mohína iban sentados en los pescantes y tiraban de los búfalos que trotaban imperturbables para evitar que se detuvieran a causa de la desacostumbrada excitación a su alrededor.

El gran carro, en el que vivía el mercader con su familia, venía lujosamente decorado y tirado por dieciséis búfalos. Todos estiraron el cuello, con la esperanza de poder echar un vistazo al propio Moarkan, pero el mercader no se dejó ver. Los cortinajes de las ventanas estaban echados y en el pescante sólo había dos malhumorados carreteros.

Y entonces por fin apareció el carro de las alfombras de cabellos. Un murmullo se extendió por la muchedumbre que estaba a los bordes de la calle. Contaron no menos de ochenta y un búfalos que tenían que tirar del coloso de acero. La caja blindada no mostraba ventana ni hueco alguno, sólo una estrecha puerta de la que únicamente el propio mercader tenía la llave. Crujiendo con violencia, las ocho anchas ruedas del pesado gigante se clavaban profundas en el camino y el carretero tenía que hacer constantemente que el látigo mordiera el pellejo de los búfalos para poder avanzar. El carro iba escoltado por jinetes que oteaban a su alrededor desconfiados, como si temieran que a cada momento fueran a ser atacados y robados por un número superior de enemigos. Todos sabían que en ese carro se transportaban las alfombras de cabellos que el mercader había comprado ya en su viaje y además el dinero para las alfombras de cabellos que todavía habría de comprar, una inconmensurable cantidad de dinero.

Le seguían varios carros: los carros en los que vivían los servidores principales del mercader, carros de provisiones para los soldados y carros que transportaban las tiendas y toda clase de objetos que una caravana de aquel tamaño precisaba. Y al final del cortejo corrían los niños de la ciudad, gritaban y silbaban y aullaban llenos de

entusiasmo ante el excitante espectáculo.

El cortejo entró acompañado de los tañidos de la orquesta en la gran plaza del mercado. Banderas y estandartes se agitaban en altos mástiles y los artesanos de la ciudad daban los últimos toques a los puestos que habían dispuesto en un rincón de la gran plaza y en los que ofrecían sus mercancías con la esperanza de hacer un buen negocio con los compradores del comerciante. Apenas se detuvieron los carros de la caravana, comenzaron también los sirvientes del mercader a levantar sus puestos y tenderetes. La plaza resonó con el sonido de voces, de llamadas y risas, de los golpeteos de las herramientas y los varillajes. Los habitantes de Yahannochia se apretaron tímidos en los márgenes, pues los soldados montados del mercader movían sus orgullosos animales a través del barullo del comercio y ponían la mano amenazadoramente sobre el látigo del cinturón cuando alguno de los ciudadanos se mostraba demasiado curioso.

Aparecieron las autoridades de la ciudad, vestidas con sus lujosos mantos y escoltadas por soldados de la villa. La gente del cortejo del mercader les hizo sitio y les dejó un callejón libre por el que avanzaron hacia el carro de Moarkan. Allí esperaron con paciencia hasta que se abrió desde dentro una pequeña ventana, por la que el mercader miró. Cambió algunas palabras con los dignatarios y dio entonces una señal a uno de sus servidores.

Éste, el pregonero del mercader, trepó rápido como un lagarto hasta el tejado del carro del mercader, donde se apoyó con las piernas bien abiertas, extendió mucho los brazos y gritó:

—¡Yahannochia! ¡El mercado está abierto!

—Desde hace algún tiempo oímos extraños rumores acerca del Emperador —dijo uno de los dignatarios a Moarkan, mientras comenzaba a su alrededor el tumulto de la apertura del mercado—. ¿Sabéis vos algo más?

Los astutos ojos de Moarkan se estrecharon.

—¿De qué rumores habláis, señor?

—Corre el rumor de que el Emperador ha abdicado.

—¿El Emperador? ¿Acaso puede abdicar el Emperador? ¿Puede brillar el sol sin él? ¿No se apagarían sin él las estrellas en el cielo de la noche? —El mercader agitó su obesa cabeza—. ¿Y por qué me compran los navegantes imperiales las alfombras de cabellos como siempre han hecho? Yo también he oído esos rumores pero no sé nada de todo ello.

Mientras tanto, sobre un escenario grande y adornado se estaban llevando a cabo los últimos preparativos para el ritual que era el auténtico motivo para la venida del mercader: la entrega de las alfombras de cabellos.

—¡Ciudadanos de Yahannochia, venid y ved! —gritó el maestro de ceremonias, un ogro de barba blanca, vestido de marrón, negro, rojo y oro, los colores del gremio

de los tejedores de alfombras de cabellos. Y las gentes se detuvieron, desviaron su mirada hacia el escenario y se fueron acercando poco a poco.

Trece tejedores de cabellos habían terminado sus alfombras en aquel año y estaban preparados ahora para regalárselas a sus hijos. Las alfombras estaban puestas en grandes caballetes y cubiertas con paños grises. Doce de los tejedores de cabellos estaban presentes, viejos y encorvados hombres que se mantenían con esfuerzo sobre sus piernas y que con ojos semiciegos bizqueaban a su alrededor. Sólo uno de los tejedores había muerto ya y era representado por un miembro más joven del gremio. Al otro lado del escenario estaban de pie trece jóvenes, los hijos de los viejos tejedores de alfombras de cabellos.

—¡Ciudadanos de Yahannochia, arrojad vuestra mirada sobre las alfombras que habrán de adornar el palacio del Emperador! —Como cada año, un respetuoso susurro surgió de la multitud mientras los tejedores de cabellos descubrían sus alfombras, la obra de sus vidas.

Pero esta vez se mezcló un subtono de duda en el acorde de las voces.

—¿No han oído que el Emperador ha abdicado? —preguntó alguien.

El fotógrafo que viajaba con el cortejo del mercader subió al escenario y ofreció sus servicios. Como era tradición, se fotografió cada alfombra aislada y, con los dedos temblorosos, cada tejedor aferró la imagen que el fotógrafo había tomado con su antiguo y arañado aparato.

Luego, el maestro de ceremonias extendió los brazos en un gesto amplio que requería silencio, cerró los ojos y esperó hasta que se hizo el silencio en la gran plaza, en la que todo el mundo se había ahora detenido y seguía fascinado los acontecimientos que se desarrollaban sobre el escenario. Todas las conversaciones enmudecieron, los artesanos en sus puestos dejaron caer las herramientas y los aperos, todo el mundo se quedó quieto donde estaba, y se produjo un silencio en el que se podía oír cada crujido de las ropas y el viento que se lamentaba quejumbroso en las vigas de las casas más grandes.

—Agradecemos al Emperador con todo lo que tenemos y con todo lo que somos —habló ahora en la forma que era tradicional del festejo. Traemos la obra de nuestras vidas en agradecimiento a aquél por el que vivimos y sin el que nosotros nada seríamos. Y como cada mundo del imperio que contribuye con lo suyo, así nos felicitamos nosotros de poder alegrar los ojos del Emperador con nuestro arte. Él, que ha creado las más luminosas estrellas en el firmamento y la oscuridad que hay entre ellas, nos concede el don de pisar con su pie la obra de nuestras manos. Alabado sea, ahora y en todos los tiempos.

—Alabado sea —murmuró la multitud en la gran plaza y las cabezas asintieron.

El maestro de ceremonias dio una señal y alguien golpeó un gong.

—Ésta es la hora —gritó, vuelto hacia los jóvenes— en la que el lazo eterno de

los tejedores de cabellos se renueva. Cada generación es deudora de la anterior y traspasa la deuda a sus propios hijos. ¿Es vuestra voluntad el mantener ese lazo?

—Es nuestra voluntad —le respondieron los hijos a coro.

—Entonces, podéis recibir la obra de vuestros padres y quedar deudores de ellos —concluyó el maestro de ceremonias y dio la señal para un segundo toque de gong.

Los viejos tejedores de cabellos levantaron sus cuchillos y cortaron cuidadosamente los hilos que fijaban sus alfombras a los caballetes: el acto simbólico de terminar la obra de su vida. Uno tras otro se acercaron los hijos a los padres, quienes enrollaban con cuidado las alfombras y se las ponían en los brazos, más de uno con lágrimas en los ojos.

Cuando se entregó la última alfombra, estallaron los aplausos, la música comenzó a tocar y, como si se hubiera roto un dique, la sonora actividad del mercado comenzó de nuevo, ahora convertida en fiesta.

Dirilja, la hermosa hija del mercader, había seguido el ritual de la entrega desde su ventana y cuando la música comenzó a sonar, había también lágrimas en sus ojos, pero eran lágrimas de dolor. Llorando, dejó reposar su cabeza contra el vidrio e introdujo las manos en su cabello largo y de un rubio rojizo.

Moarkan, que estaba delante del espejo y se ocupaba de otorgar a su lujosa capa brillante la caída adecuada, resopló furioso.

—¡Hace ya más de tres años, Dirilja! Él debe de haber encontrado a otra y todas las lágrimas del mundo no cambiarán nada.

—¡Pero él me prometió que me esperaría! —sollozó la muchacha.

—Buf, eso se dice fácilmente cuando se está enamorado —le repuso el mercader—. Y se olvida fácilmente de nuevo. Un hombre joven, de sangre caliente, le promete sin problemas lo mismo a una mujer distinta cada tres días.

—Eso no es cierto. Eso no lo creeré nunca. Nos juramos el uno al otro amor eterno, hasta la muerte, y era un juramento tan sagrado como el juramento del gremio.

Moarkan contempló a su hija en silencio durante un instante y luego agitó la cabeza y suspiró.

—Apenas lo conocías, Dirilja. Y créeme, algún día te alegrarás de que haya resultado así. ¿Qué vida tendrías como mujer de un tejedor de cabellos? No puedes ni siquiera peinarte sin que él venga detrás de ti y recoja cada cabello que quede en tu cepillo. Tienes que compartirlo con dos o tres mujeres o incluso más. Y cuando des a luz un hijo habrás de contar con que te lo quitarán. Con Buarati, por el contrario...

—¡Yo no quiero ser la mujer de un mercader gordo y seboso, ni aunque me envuelva en alfombras de cabellos! —gritó Dirilja con rabia.

—Como quieras —contestó Moarkan. Se volvió de nuevo hacia el espejo y se puso la pesada cadena de plata, símbolo de su posición—. Ahora tengo que irme. —

Abrió la puerta y el ruido del mercado se introdujo en un estallido. Ciertamente, pensó mientras salía, parece que el destino está de mi lado, ¡alabado sea el Emperador!

Acompañado del maestro del gremio de tejedores de cabellos, el mercader subió al escenario para valorar y comprar las alfombras. Lleno de dignidad, Moarkan se acercó al primer heredero y dejó que éste le mostrara su alfombra, probó con sus dedos carnosos la densidad de los nudos y contempló exhaustivamente el diseño antes de que por fin dijera el precio. La música seguía sonando impasible. Los eventuales mirones sólo podían observar los gestos del mercader y la reacción de los tejedores de cabellos cuando aquél hacía su oferta. Lo que se dijo se perdió sin remedio en el tumulto del mercado.

Por lo general, los jóvenes se limitaban a afirmar con una simple expresión en sus pálidos pero serenos rostros. Luego el mercader hacía una seña a un servidor que esperaba a una distancia de algunos pasos y le daba unas cortas instrucciones. Éste, a su vez, solucionaba con ayuda de algunos soldados el resto del proceso —el sacar y pagar el dinero, el transporte de la alfombra al carro acorazado— mientras el mercader continuaba con la siguiente alfombra.

El maestro del gremio intervenía cuando el precio que el mercader decía le parecía injustamente bajo. A veces esto causaba excitadas discusiones en las que, de todos modos, el mercader llevaba las de ganar. Los tejedores de cabellos sólo podían elegir entre venderle a él las alfombras o esperar un año confiando en que el próximo mercader les haría un mejor precio.

Uno de los viejos tejedores de cabellos se derrumbó cuando Moarkan dijo el precio de su alfombra y murió pocos instantes después. El mercader esperó hasta que le sacaron del escenario y continuó inmutable. La multitud apenas se había percatado del hecho. Lo mismo sucedía casi cada año y entre los tejedores de cabellos una muerte así era tenida por especialmente honorable. La música ni siquiera había dejado de sonar.

Dirilja abrió una de las ventanas del lado del carro que estaba hacia el escenario y sacó la cabeza. Su largo y hermoso cabello llamaba la atención y siempre cuando ella descubría a alguien que miraba en su dirección, le hacía una seña y le preguntaba:

—¿Conocéis a un tal Abron?

La mayoría no sabía nada acerca de ese nombre, pero algunos le conocían.

—¿Abron? El hijo de un tejedor de cabellos, ¿no es verdad?

—Sí, ¿le conocéis?

—Hubo un tiempo en que venía a menudo a la escuela, pero su padre estaba en contra, por lo que decían.

—¿Y ahora? ¿Qué es lo que hace ahora?

—No sé. No se le ha visto desde hace mucho, muchísimo...

A Dirilja se le encogió el corazón, pero cuando encontró a una vieja mujer que conocía a Abron, se sobrepuso y preguntó:

—¿Se ha oído que se haya casado?

—¿Casarse? ¿Abron? No... —dijo la vieja—. Esto tendría que haber sido el año pasado o el antepasado, en la fiesta, y yo me habría enterado, pues habréis de saber que yo vivo aquí, justo en la plaza, en una pequeña habitación bajo el tejado de aquella casa, al otro lado...

Entretanto habían comenzado las preparaciones para el baile de pretendientes. Mientras se vendían los últimos tapices, los padres traían a sus hijas en edad de merecer hasta el borde del escenario y cuando el mercader de alfombras dejó el escenario junto con el maestro del gremio, la orquesta comenzó con unas alegres melodías de baile. Las muchachas, bailando lentamente, comenzaron a acercarse a los jóvenes tejedores de cabellos realizando seductores movimientos. Los jóvenes, que estaban de pie en el centro con sus cofrecillos de dinero, contemplaban algo avergonzados el espectáculo que se les ofrecía.

Ahora la gente se iba apelonando alrededor del escenario y aplaudía enfervorizada. Las muchachas hacían ondear sus faldas y giraban las cabezas de modo que sus largos cabellos volaban por el aire y, a la luz del sol poniente, semejaban brillantes llamas. De este modo, les bailaron a los jóvenes que les gustaban mientras les tocaban brevemente el pecho o la mejilla y se volvían atrás, seduciéndolos y provocándolos, reían y pestañeaban, levantaban por un instante la falda por encima de las rodillas o moldeaban veloces con las manos la forma de sus cuerpos.

La multitud lanzó gritos de júbilo cuando el primero de los jóvenes entró y siguió a una de las muchachas. Ella le echó una mirada significativa mientras aparentaba retroceder con vergüenza y dejó que la punta de la lengua repasara los labios entreabiertos con lentitud para expulsar a las otras que probaban también suerte con él y le condujo hasta su padre, para que pudiera pedir su mano en la forma tradicional. Como era costumbre, el padre se mostró deseoso de echar un vistazo al cofrecillo del tejedor de cabellos y juntos atravesaron el salvaje movimiento hasta el círculo a mitad del escenario del que ahora se iban alejando los otros jóvenes para ir eligiendo su primera esposa. Allí, el joven tejedor de cabellos abrió la tapadera de su arquilla y cuando el padre estuvo satisfecho con lo que veía dentro, dio su consentimiento. Ahora era el maestro del gremio el que tenía que examinar el cabello de la mujer y, si no tenía ninguna objeción, realizar el matrimonio y apuntarlo en el libro del gremio.

Dirilja miró hacia el escenario sin ver en realidad lo que se estaba llevando a cabo allí. El baile de los tejedores de cabellos le parecía más absurdo e insignificante que

cualquier juego de niños. Una vez más recordó las horas en las que había estado junto con Abron, entonces, hacía tres años, cuando el cortejo de mercadeo de su padre había hecho escala por última vez en Yahannochia. Ella vio su rostro delante de ella, sintió de nuevo los besos que se habían intercambiado, percibió sus delicadas manos sobre su cuerpo y el miedo a ser hallados juntos, en aquella relación que había ya dejado atrás todas las fronteras establecidas para jóvenes que no estaban casados. Escuchó su voz y tuvo una vez más la convicción de entonces de que se trataba de algo verdadero.

De pronto supo que no podría seguir viviendo sin conocer la suerte de Abron. Podría intentar olvidar a Abron, pero el precio que tendría que pagar sería la pérdida de su propia certeza. Jamás podría saber si podía confiar en sí misma. No se trataba de un problema de honor herido o de celos enfermizos. Si el mundo estaba construido de forma que una convicción como la que ella había tenido podía engañar, entonces no tenía valor seguir viviendo.

Miró a través de todas las ventanas del carro y no pudo descubrir a su padre por ningún lado. Seguramente estaba con los magnates de la ciudad para intercambiar novedades y tramar sus negocios secretos. En el mercado se estaban encendiendo las primeras antorchas cuando Dirilja comenzó a guardar vestidos y otros haberes en un pequeño bolso de bandolera.

La música había terminado de sonar. Ya se habían desmontado algunos puestos, las mercancías estaban de nuevo cargadas en los carros y se había contado el dinero. Muchos de los habitantes de la ciudad habían vuelto ya a casa.

Después de los desposorios de los jóvenes tejedores de cabellos con sus primeras esposas, el escenario se habían convertido en el lugar para el mercado de concubinas. El podio se hallaba bajo la nerviosa luz de las antorchas. Había hombres esperando allí con sus hijas jóvenes o no muy jóvenes ya. Algunos tejedores de cabellos más mayores, la mayoría acompañados por sus mujeres, pasaban miradas verificadoras de una a otra, sopesaban la perfección del cabello de las muchachas entre sus dedos expertos y comenzaban aquí y allá conversaciones de mayor calado. El tomar una concubina no precisaba de ninguna ceremonia especial; bastaba con que el padre dejara libre a su hija y que ésta siguiera al tejedor de cabellos.

A la mañana siguiente se retrasó la partida de la caravana. Los carros estaban listos para viajar, los búfalos resoplaban intranquilos y golpeaban con las pezuñas, y los soldados de infantería estaban esperando en un gran círculo alrededor del cortejo. El sol subía cada vez más sin que se diera el toque de trompeta para la partida. Los rumores decían que Dirilja, la hija del mercader de alfombras de cabellos, había desaparecido. Pero, naturalmente, nadie se atrevía a preguntar.

Finalmente se escuchó el sonido de jinetes que cabalgaban a toda velocidad por

los callejones de la ciudad. Un servidor de confianza del mercader se apresuró a acercarse al carro de éste y llamó a los cristales. Moarkan abrió la puerta y salió, vestido con su lujosa capa y portando todas las insignias de su cargo. Con un rostro pétreo, esperó el informe de sus exploradores.

—Hemos buscado por todos lados, en la ciudad y en los caminos que van a las fortalezas —declaró el caudillo de los soldados de a caballo—, pero no hemos encontrado por ningún lado huellas de vuestra hija.

—Ella ya no es mi hija —dijo Moarkan sombrío, y ordenó—: ¡Da la señal de partida! Y marca en el mapa que nunca más hemos de volver a Yahannochia.

La comitiva del mercader se puso en movimiento despacio pero imparable como un alud de piedras. Esta vez, al salir de la ciudad, sólo unos pocos niños se arremolinaron al borde del camino. El monstruoso cortejo de carros, animales y personas avanzó envuelto en una nube de polvo, dejando una profunda huella de ruedas y pisadas de pezuñas que sólo desaparecería después de muchas semanas.

Dirilja esperó en su escondite al borde de la ciudad hasta que la caravana del mercader desapareció tras el horizonte y luego un día más hasta que se atrevió a salir. La mayoría de las personas que encontró no la reconocieron y las que lo hicieron, se conformaron con miradas de rechazo.

Consiguió enterarse del camino hacia la casa de Ostvan, el tejedor de cabellos, sin que nadie sospechara nada. Armada con algunas provisiones, una botella de agua y un pañuelo gris para protegerse del sol y del polvo, se puso en camino.

Sin montura, el camino era largo y pesado. Contempló con envidia a una buhonera que venía en dirección contraria, una mujer pequeña y vieja que cabalgaba sobre un asno yuk y que llevaba del ramal detrás de ella a otros dos, muy cargados con hatos de telas, cestas y bolsas de cuero. Aunque Dirilja poseía suficiente dinero para comprar el animal que quisiera, nadie le hubiera vendido siquiera un asno yuk cojo a ella, una mujer joven que viajaba sola.

Cuando el sendero pedregoso comenzó a subir, tuvo que pararse cada vez más a menudo y cuando el sol se elevó bien alto en el cielo, se encogió a la sombra de una roca que colgaba y descansó hasta que le volvieron las fuerzas. Debido a ello, necesitó casi el día entero para alcanzar su objetivo.

La casa estaba allá, agazapada, descolorida y desmoronada como una calavera añeja en el esqueleto de un animal. Las cavernas oscuras de las ventanas parecían mirar inquisitivamente a la joven mujer que, agotada, estaba de pie sobre la limpia explanada y miraba a su alrededor indecisa.

De repente se abrió una puerta y un niño pequeño salió tambaleándose con pasos inseguros, seguido por una delgada mujer de cabellos rizados y largos.

El corazón de Dirilja se encogió cuando se dio cuenta de que el pequeño era un niño y no una niña.

—Disculpad, ¿es ésta la casa de Ostvan? —preguntó con esfuerzo.

—Sí —dijo la mujer al tiempo que la contemplaba curiosa de la cabeza los pies—. ¿Y quién sois vos?

—Me llamo Dirilja. Estoy buscando a Abron.

Una sombra oscureció el rostro de la mujer.

—¿Por qué lo buscas?

—Él era... Quiero decir que teníamos... Soy la hija de Moarkan, el mercader de alfombras de cabellos. Abron y yo nos habíamos prometido... pero él no vino y... — Ella se quedó paralizada cuando la mujer, al oír aquellas palabras, se le acercó y la abrazó.

—Me llamo Garliad —dijo—. Dirilja, Abron está muerto.

La condujeron hacia dentro, Garliad y Mera, la primera mujer de Ostvan. La sentaron en una silla y le dieron un vaso de agua. Dirilja les contó su historia y Mera, la madre de Abron, le contó la suya.

Y cuando todo quedó dicho, guardaron silencio.

—¿Qué puedo hacer ahora? —dijo en voz baja Dirilja—. He abandonado a mi padre sin su consentimiento, él tiene que repudiarme y en caso de que alguna vez nos encontremos habrá de matarme. No puedo volver.

Garliad le tomó la mano.

—Puedes quedarte aquí. Ostvan te tomará como concubina cuando hablemos con él y le expliquemos todo.

—Aquí, al menos, estás segura —dijo Mera, y añadió—: Ostvan es viejo. No podrá cohabitar ya contigo, Dirilja.

Dirilja asintió lentamente. Su mirada cayó sobre el niño que estaba sentado en el suelo y jugaba con un pequeño telar de madera, luego miró a la puerta, que estaba completamente abierta, y hacia afuera, hacia la lejanía, hacia las incontables crestas de piedra y los valles, el desierto polvoriento y yermo que sólo conocía un viento eterno y un sol sin piedad. Luego abrió su bolso y comenzó a desempaquetar sus cosas.

3. El predicador

Un repentino golpe de viento le revolvió el cabello, le lanzó los mechones sobre el rostro. Los retiró con un movimiento enojado de la mano y examinó de mal humor los cabellos blancos que se le habían quedado en los dedos. Le molestaba todo lo que le recordaba que iba envejeciendo inevitablemente. Cuando agitó sus manos era como si con ello quisiera también expulsar esos pensamientos.

Se había quedado demasiado tiempo en todas aquellas casas, demasiado a menudo había intentado convencer a padres reacios. La experiencia de una larga vida debería haberle enseñado que con ello no hacía más que perder el tiempo. Ahora los vientos de la tarde retorcían su desgastada capa y comenzaba a hacer frío. Los largos y solitarios caminos entre las casas perdidas de los tejedores de cabellos se le hacían cada año más pesados. Decidió que sólo realizaría una última visita y que luego volvería a su hogar. De todos modos, la casa de Ostvan le salía al paso.

Por lo menos la edad tenía un privilegio que le volvió por un momento algo más conciliador: le otorgaba ante los ojos de la gente una autoridad y una dignidad que nunca le habría dado la función tan poco apreciada de maestro. Cada vez le sucedía con menor frecuencia que tuviera que discutir el que los niños debían acudir a clase o el que un padre se negara a pagar el siguiente año escolar. Y cada vez más a menudo le bastaba una mirada severa para ahogar de raíz tales objeciones.

Pero todo esto, pensaba mientras subía jadeando el empinado sendero, no sería una razón suficiente para envejecer, si me fuera dado elegir. Había tomado la costumbre de adelantar el calendario y recaudar el dinero un poco antes de lo normal para poder hacer estas visitas en la estación fría. Sobre todo, las visitas a los tejedores de cabellos que vivían todos bastante lejos, en las afueras de la ciudad, y a los que había que acudir como demandaba su dignidad cuando se quería algo de ellos.

Esos sí que eran días cansinos. Él no quería arriesgarse a dar más de estos paseos bajo el sol abrasador del fin de año.

Finalmente alcanzó la terraza que estaba delante de la casa. Se permitió unos minutos de respiro mientras contemplaba la casa de Ostvan. Era bastante vieja, como la mayoría de las viviendas de los tejedores de cabellos. El ojo agudo del maestro reconoció en la disposición de las piedras una técnica de construcción que había sido habitual en el siglo anterior. Algunas construcciones posteriores eran claramente más modernas, aunque tenían el mismo aspecto de viejo.

¿A quién le interesan tales cosas hoy día?, pensó él, malhumorado. Se trataba de un conocimiento que también se perdería con él. Llamó a la puerta y al mismo tiempo se echó un vistazo a sí mismo, comprobó que su toga de maestro tenía la caída debida. Era importante tener el aspecto correcto, sobre todo aquí.

Una anciana mujer le abrió. Él la reconoció. Era la madre de Ostvan.

—Garliad, yo te saludo —dijo él—. Vengo por el dinero para la escuela de tu nieta Taroa.

—Parnag —respondió ella simplemente—. Entra.

Él dejó su bastón afuera, apoyado en el muro, y entró, recogiendo la toga. Ella le ofreció asiento y un vaso de agua, luego se fue hacia adentro para avisar a su hijo. A través de la puerta abierta pudo oír Parnag cómo subía la escalera hacia la tejeduría.

Bebió un trago. Le hacía bien el estar sentado. Examinó la habitación que ya conocía de anteriores visitas, los fríos muros blancos, la oxidada espada colgada de un gancho en la pared, la hilera de botellas de vino en una alta estantería. A través de la ranura de la puerta vio la imagen de una de las otras esposas del mercader de cabellos que, en la habitación de al lado, se ocupaba en doblar la ropa. Luego escuchó pasos de nuevo, esta vez pasos jóvenes y elásticos.

Un joven con un rostro pequeño y avinagrado entró por la puerta. Ostvan el joven. Se decía de él que hería y trataba con brutalidad a las personas y que en su presencia se tenía la sensación de que estaba constantemente intentando demostrar algo. Parnag le encontraba desagradable, pero sabía que Ostvan albergaba un profundo respeto por él. Seguramente sospecha que me debe su vida, pensó Parnag con amargura.

Se saludaron el uno al otro formalmente y Parnag le informó de los progresos que su hija Taroa había hecho el año anterior. Ostvan asintió a todo, pero no parecía estar interesado en demasía.

—¿La educáis en la obediencia y el amor por el Emperador, no es cierto? —quiso saber.

—Por supuesto —dijo Parnag.

—Bien —afirmó Ostvan, y sacó algunas monedas con las que pagó la deuda.

Parnag se fue, sumido en sus pensamientos. Cada visita le revolvía algo en su interior, recuerdos de una época muy anterior, cuando era joven y fuerte y había creído que podría medirse con todo el universo, cuando se había sentido lo suficientemente poderoso como para arrancarle al mundo sus secretos y verdades con sus propias fuerzas.

Parnag resopló con rabia. Hacía tiempo que todo ello se había esfumado. Ahora era un hombre viejo y extraño que padecía bajo un exceso de recuerdos, nada más. Y por cierto, el sol estaba ya nebulosamente rojizo sobre el horizonte y arrojaba largas sombras sobre la planicie con rayos que ya no eran suficientemente fuertes como para calentarlo. Haría mejor en apresurarse si quería estar en casa antes de que llegara la oscuridad.

Una sombra que se movía atrajo la atención de Parnag. Cuando la siguió con los ojos, descubrió la silueta de un jinete en el horizonte. Encogida, como dormida, una

enorme figura cabalgaba encima de una pobre y pequeña montura que ponía fatigosamente un pie detrás del otro.

Sin que pudiera decir por qué, esa imagen desató en él la sensación de una desgracia que se avecina. Parnag se quedó parado y entrecerró los ojos sin que por ello viera mejor. Un jinete durmiendo en la tarde, nada había de extraordinario en ello.

Cuando llegó a casa, comprobó para su disgusto que había olvidado cerrar la ventana de la clase. El incansable viento del norte había tenido todo el día para introducir y repartir por la habitación la fina arenilla que arrastraba desde el desierto. Enfadado, Parnag sacó la escoba de paja del armario en el que guardaba sus escasos y polvorientos útiles de enseñanza. Se vio obligado incluso a limpiar algo de arena del marco de la ventana antes de que pudiera cerrarla. Encendió la lámpara de aceite hecha de barro, y a su cálida y vacilante luz se puso a pasarles un trapo a las mesas y las sillas, a limpiar las estanterías y los destrozados libros que contenían y por fin a recoger la arena del suelo.

Después se sentó en una silla, cansado, y miró al frente. La luz inquieta, aquella habitación por la noche: también esto removía los recuerdos que había despertado la visita a casa de Ostvan. Aquí habían estado sentados a menudo, se habían leído libros unos a otros en voz alta y habían discutido lo leído, frase por frase, llenos de pasión, y más de una vez les había amanecido en ello. Y luego había disuelto el pequeño grupo, de un día para el otro. Y después había evitado siempre el quedarse por la noche en aquella habitación.

Seguía poseyendo los libros. Se hallaban en un oscuro rincón del sobrado, atados dentro de un saco viejo y agujereado y escondidos debajo de los combustibles. Estaba totalmente decidido a no desempaquetarlos más en toda su vida y a dejar a su sucesor el descubrirlos o no.

Desgraciado será quien comience a dudar del Emperador.

Extraño. Se acordó de pronto de que esa frase ya había sido la que más le había ocupado de todas sus lecciones cuando era un niño. Seguramente era la duda una enfermedad con la que había venido ya al mundo y era la labor de su vida luchar contra ella. Aprender a confiar. ¡Confiar! Estaba bien lejos de confiar. En realidad, pensó con amargura, me conformo simplemente con mantenerme lejos del tema.

Desgraciado será quien comience a dudar del emperador. Y atraerá también la desgracia sobre todos los que le rodean.

Por entonces había considerado una victoria el poder hacerse con los libros. Había convencido a un amigo que emprendió un viaje a la ciudad portuaria para que se los consiguiera y un año después los recibió con un sentimiento de triunfo sin igual. Había pagado por ellos una increíble suma de dinero, pero le merecía la pena. Habría sido *capaz* de dar también su mano derecha por poseer aquellos libros, unos libros

que provenían de otros planetas del Imperio.

Pero con ello, sin darse cuenta, había sembrado las semillas de sus dudas en tierra fértil.

Para su inconmensurable asombro encontró que en aquellos libros, que provenían de tres planetas distintos, se mencionaba a los tejedores de alfombras de cabellos. Hasta entonces había topado con palabras y expresiones cuyo significado no le estaba claro, pero la descripción de la casta más alta de todas los identificaba sin error posible: hombres que daban su vida entera para, a base de los cabellos de sus mujeres y sus hijas, hacer una alfombra destinada al palacio del Emperador.

Se acordaba aún del momento en que había detenido su lectura y con la frente arrugada había clavado la vista en la humeante llama de la lámpara de aceite, mientras en su interior se formulaban preguntas que desde entonces no le abandonarían nunca.

Comenzó a calcular. La mayoría de sus pupilos no alcanzaban nunca capacidades dignas de mención en su manejo de cifras elevadas, pero incluso él, que consideraba el cálculo como su mejor facultad, se vio pronto sumido en dificultades. Solamente en Yahannochia vivían unos trescientos tejedores de cabellos. ¿Cuántas ciudades como ésta habría? Él no lo sabía, pero incluso haciendo suposiciones muy modestas, le salía una inimaginable cantidad de alfombras que todos los años llevaban los mercaderes a la ciudad portuaria para entregárselas a las naves del Emperador. Y una alfombra así no era precisamente pequeña: alta como un hombre, ancha como un hombre, ésa era la medida buscada.

¿Cómo decía la divisa de los tejedores de cabellos? Cada provincia del Imperio aporta su óbolo para adornar el palacio del Emperador y nuestro honor es el tejer las más preciadas alfombras del universo. ¿Cuán grande era ese palacio que no bastaba con la producción de un solo planeta para cubrirlo de alfombras?

Había tenido la sensación de estar soñando. Esos cálculos los podría haber hecho antes, pero jamás se le hubiera ocurrido. Hasta entonces tales juegos con las cifras le hubieran parecido puras blasfemias. Pero desde que poseía aquellos libros que hablaban de tejedores de cabellos en otros tres planetas... Y quién sabía cuántos más podría haber.

Ahora no le era ya fácil comprender por qué había actuado entonces de aquella forma: había formado un pequeño círculo que se encontraba con regularidad por las tardes. Algunos hombres de su edad que pensaban que era interesante aprender algo más. El curandero estaba entre ellos, algunos artesanos y uno de los ricos poseedores de rebaños.

Fue una tarea ardua y fatigosa. Intentaba crear los interlocutores que buscaba. Había tanto que tenían que aprender primero, antes de que tuviera sentido discutir con ellos sobre los problemas que le motivaban. Por ejemplo, tenían, como la

mayoría de las personas, apenas unas vagas nociones de la naturaleza del mundo en que vivían. El Emperador vivía «en un palacio en las estrellas», era todo lo que sabían. Pero no sabían lo que esto significaba. Así que tuvo que enseñarles primero todo lo que él sabía sobre estrellas y planetas, que las estrellas en el cielo nocturno no eran otra cosa que soles muy lejanos, muchos de los cuales poseían planetas en los que a su vez vivían personas. Que todos esos planetas, por supuesto, pertenecían al Imperio y que había un planeta, increíblemente lejos en el corazón del Imperio, en el que estaba el gigantesco Palacio de las Estrellas. Tuvo que enseñarles primero cómo se calculaban superficies, tuvo que enseñarles a manejar cifras altas. Y sólo después pudo empezar cuidadosamente a hacerles partícipes de sus heréticas reflexiones.

Pero el que comienza a dudar del Emperador será desgraciado y atraerá la desgracia sobre todos los que le rodean. Comienza en un punto y se extiende luego como un fuego abrasador...

También al día siguiente, durante las clases, le persiguieron sus recuerdos. La pequeña habitación estaba como siempre ocupada hasta la última silla y el último lugar en el suelo y aquel día sólo a base de mucho esfuerzo era capaz de contener a la horda de inquietos niños. La clase leía a coro y Parnag seguía el texto en su propio libro con los pensamientos en otra parte, intentaba escuchar voces que leyeran mal o demasiado lento. Normalmente lo conseguía, pero hoy escuchaba voces de personas que no estaban allí.

Un predicador va a hablar hoy en la plaza del mercado —dijo uno de los niños más mayores, el hijo de un mercader de telas—. Mi padre ha dicho que tengo que ir después de las lecciones.

Podemos ir todos —respondió Parnag. En lo tocante a la religión tenía cuidado siempre de mostrarse muy diligente.

Esto había sido siempre así. En sus años jóvenes había sido más abierto, había compartido sus sentimientos sin pensarlo. Cuando no le iba bien, se disculpaba ante sus pupilos por ello y cuando le ocupaba un problema dejaba caer durante las lecciones una u otra observación. También entonces, cuando los libros le sumieron en la duda y la confusión, había intentado hablarles de ello a sus pupilos.

Había visto ojos de niños que le miraban sin comprender y había cambiado el tema. Sólo uno de sus alumnos, un joven despierto y extraordinariamente inteligente llamado Abron, reaccionó de otra manera.

Para su asombro, Parnag encontró en aquel joven pequeño y delgado el interlocutor que había buscado sin éxito entre los adultos. Abron sabía poco, pero lo que sabía era la base para reflexiones tremendamente originales. Podía mirarle a uno con sus ojos oscuros e insondables y, con su simple y directa inteligencia de niño, revisar conclusiones quebradizas y hacer preguntas que acertaban en el fondo del problema.

Parnag estaba fascinado y sin pensárselo dos veces invitó al joven a participar en las veladas de su tertulia.

Abron vino y se sentó con los ojos bien abiertos, sin decir palabra.

Después su padre, Ostvan el viejo, un tejedor de cabellos, le prohibió seguir en la escuela.

El maestro le dijo a Abron que podía venir a su casa cuando quisiera y tan a menudo como quisiera y leer todos sus libros y hacerle todas las preguntas que le interesaran. Y Abron se convirtió en huésped habitual de la casa de Parnag. Una y otra vez se escapaba a la ciudad con cualquier pretexto y luego pasaba horas y horas y tardes completas con los libros del maestro, mientras éste le hacía té con sus mejores hierbas y respondía como podía a las preguntas del joven.

Esas horas, reconocía conmovido Parnag en retrospectiva, habían sido las más felices de su vida. Abron se convirtió en un hijo para él. Se esforzó con ternura casi paternal en saciar la incansable sed de conocimiento del niño.

De este modo, Abron estaba presente cuando Parnag recibió una inesperada visita de su amigo, que había vuelto de su segunda visita a la ciudad portuaria, trayendo con él un segundo paquete de libros y un rumor increíble.

—¿Estás seguro? —quiso asegurarse Parnag.

—Lo he oído de labios de diversos mercaderes extranjeros. Y no creo que se hayan puesto de acuerdo.

—¿Una rebelión?

—Sí. Una rebelión contra el Emperador.

—¿Es eso entonces posible?

—Dicen que el Emperador tendrá que abdicar.

Después de ello, Abron no regresó. Un día alguien le contó a Parnag bajo la promesa de guardar silencio que Abron estaba muerto. Al parecer había hecho en casa comentarios heréticos y blasfemos, y por ello su padre le había matado en beneficio de un recién nacido varón.

Parnag reconoció en aquel momento la amplitud de su crimen. Había permitido que sus dudas destruyeran una vida joven y prometedora. Había sembrado la desgracia. Sin ninguna explicación, disolvió su tertulia y se negó a volver a enunciar jamás las preguntas que se había hecho hasta entonces.

Mientras caminaba hacia la plaza del mercado rodeado de sus pupilos, le invadió un sentimiento de depresión. Era un día soleado y frío, pero le parecía como si atravesara un valle oscuro como la noche. Se hundió en sus recuerdos como si fueran arenas movedizas. En los límites de su conciencia se observaba a sí mismo realizar algunos intentos indecisos para mantener unido al grupo de niños, pero en esencia le daba igual, así que los dejó librados a sí mismos.

El predicador estaba sentado en uno de los podios de piedra entre los que se erigía un escenario los días de fiesta. Una multitud de todas las edades y estamentos se había reunido y escuchaba atentamente sus palabras.

—En mis largas peregrinaciones me encuentro en cada ciudad a personas que me informan de que la vida les va mal y de que sufren, sea por el hambre, la pobreza o a causa del prójimo —gritaba en aquel momento en el tono salmodioso de los predicadores ambulantes, que llevaba a su voz hasta muy lejos—. Me hablan de ello porque esperan que les vaya a ayudar, quizás mediante un buen consejo, quizás mediante un milagro. Pero yo no puedo hacer milagros. Tampoco puedo daros ningún consejo, al menos ninguno que no os podríais dar vosotros mismos. Todo lo que hago es recordaros algo que quizá habéis olvidado, que no os pertenecéis a vosotros mismos, sino al Emperador, nuestro señor, y que sólo podéis vivir cuando vivís a través de él.

Alguien le trajo una fruta como ofrenda y él interrumpió su prédica con la sonrisa de sus labios delgados para aceptar el don y dejarla junto a las otras cosas que había ido amontonando.

—Y cuando sufrís —continuó implorante, sufrís solamente por un motivo: porque habéis olvidado esto. Y entonces intentáis pensar por vosotros mismos y así comienza la desgracia. ¡Oh! —Su mano derecha se alzó en un gesto de amonestación. Es tan fácil olvidar que sois del Emperador. Y es tan difícil recordároslo una y otra vez.

Su brazo se elevó, extrañamente delgado, saliendo de la manga de su desgastado hábito. Parnag observó la escena con una expresión de desagrado. El sentimiento de haber desperdiciado su vida no le abandonaba.

—¿Por qué creéis entonces que en todo este mundo no nos afanamos en otra cosa que en tejer alfombras de cabellos? ¿Lo hacemos sólo para que nuestro Emperador no apoye el pie sobre la piedra desnuda? Para eso habría seguramente métodos mejores y más sencillos. No, todo esto, todos los rituales, no son otra cosa que piadosos dones que nos da nuestro Emperador, los recursos con los que él intenta evitar que le perdamos y nos encaminemos a nuestra perdición. No otro es el sentido de esto. Con cada cabello que el tejedor toma y anuda, piensa: pertenezco al emperador. Y vosotros, los demás, pastores de ganado y labradores y artesanos, vosotros sois los que hacéis posible la vida del tejedor de cabellos. Vosotros tenéis exactamente el mismo derecho a repetir con cada uno de los movimientos de vuestra mano: pertenezco al emperador. Hago esto por el emperador. Y yo mismo —continuó, al tiempo que unía las manos sobre el pecho en un gesto de humildad— soy solamente otra modesta herramienta de su voluntad, que viaja de acá para allá y grita a todo el que se encuentra: ¡acuérdate!

Parnag se sintió incómodo. Pensó en la larga lista de casas que todavía tenía que visitar para recaudar el pago de la escuela y le pareció que estar allí de pie era perder

el tiempo. Pero no se podía ir sin más.

El predicador miró a su alrededor con unos apasionados ojos que lanzaban chispas.

—Y por eso tengo que hablar también de los incrédulos, de los escépticos y herejes, y tengo que alertaros contra ellos, a vosotros, cuya fe es la verdadera. El incrédulo es como alguien que tiene una enfermedad contagiosa. No es como vosotros, que alguna vez olvidáis la verdad, eso es humano y basta con que se os lo recuerde para que renovéis vuestra fe. El incrédulo no es que haya simplemente olvidado la verdad, sino el que la conoce bien y la desprecia conscientemente.

Parnag comenzó a ponerse nervioso. Tuvo que hacer esfuerzos para mantener una expresión lo más impasible que le era posible. Le pareció como si de pronto el demacrado hombre de la barba le hablara solo a él.

Hace esto porque se promete obtener ventaja de ello y, para disculparse, inventa toda clase de astutos argumentos. Y estas dudas son como veneno para el corazón de un hombre sencillo que, a causa de ello, puede perderse, y al que el incrédulo le siembra la semilla de la incredulidad y con ella de la perdición. Yo os digo que si toleráis un incrédulo en vuestra comunidad actuáis entonces como alguien cuya casa está en llamas y que se queda sentado tranquilo junto al fuego.

Parnag tuvo la sensación de que algunos de los vecinos le miraban, le examinaban con desconfianza. Sus rebeldes preguntas no habían sido olvidadas, ni siquiera después de veinte años. Seguramente algunos se acordaban de ellas y se preguntaban...

Y tenían razón. Las dudas estaban todavía dentro de él, como una semilla que traía la perdición y que él era incapaz de arrancar. Había visto cómo había atraído la desgracia sobre otros y él mismo quedó encerrado en una vida que se componía de días imprecisos y grises que se sucedían el uno al otro. Una vez que las dudas nacían, era imposible hacer que volvieran a desaparecer. Él no era ya capaz de decir con cada uno de sus movimientos: hago esto por el Emperador. Él sólo podía pensar: ¿existe de verdad el Emperador? ¿Quién había visto nunca al Emperador? Ni siquiera sabían dónde vivía, sólo que debía de ser en un planeta muy lejano. Por supuesto, estaban las fotografías y la imagen del Emperador le era a cada ser humano más cercana que la de sus padres, pero por lo que sabía Parnag, el Emperador no había puesto jamás el pie en aquel planeta. Se decía que el Emperador era inmortal, que vivía desde el principio de los tiempos y que gobernaba a todos los seres humanos... se decía tanto y no se sabía nada. Una vez que comenzaban las dudas, el tener más se iba convirtiendo en una perversa necesidad interior.

—Poneos en guardia contra las voces que proclaman duda e incredulidad. Poneos en guardia y no prestéis oídos a palabras heréticas. Poneos en guardia sobre todo contra el que os convenza de que debéis buscar vosotros mismos la verdad. ¡Nada

puede ser más falso! ¡La verdad es demasiado grande para poder ser comprendida por un único ser humano, mortal y débil! No, sólo en el amor y la obediencia al Emperador podemos tomar parte en la verdad y ser guiados con seguridad...

El predicador se detuvo y miró a Parnag para probar el efecto. Parnag le devolvió la mirada y como un golpe repentino le atravesó la convicción de que él conocía aquel rostro. Había conocido al predicador en algún lugar y un tiempo tan lejanos que por el momento no se le ocurría dónde. Y el repentino reconocimiento era mutuo: Parnag percibió que también el otro le había reconocido a él. Parnag vio brillar algo como pánico en sus oscuros ojos, pero sólo por un segundo, luego se encendieron de nuevo con un odio fanático y sediento de venganza.

Se sintió mal. ¿De qué podría conocer él al clérigo andrajoso? Sintió cómo su corazón se aceleraba, escuchó el latido de la sangre en sus oídos. Se daba cuenta difusamente de que el predicador seguía hablando. ¿Estaba exigiendo a la multitud que le lapidara? No podía entender nada.

Había dudado del Emperador y había atraído la desgracia sobre otros. ¿Le tocaba a él ahora? ¿Le alcanzaba ahora su destino pese a todos sus remordimientos y penitencias?

Parnag maldijo. Se escuchó a sí mismo decirle algo a su alumno favorito, seguramente que cuidara de que todos los niños volvieran a casa, y luego se fue. Percibió el crepitar de las piedras bajo sus pies y escuchó el sonido de sus pasos, cada vez más rápidos, más rápidos, rebotando en los muros de las casas. La primera esquina fue como si le salvara la vida. ¡Desaparecer, escapar de la vista!

Pero entonces recordó de pronto de qué conocía al hombre. Se quedó parado abruptamente, exhalando un inarticulado sonido de sorpresa. ¿Era posible? ¿Aquel hombre que él había conocido convertido en predicador? Aunque en su interior sabía que tenía razón, no podía hacer otra cosa que girarse y volver para asegurarse. Al otro lado de la esquina que le acababa de servir de refugio, se quedó de pie y miró hacia la plaza.

No había duda alguna. Aquel hombre que estaba sentado en el círculo de una multitud que le escuchaba piadosamente, vestido con la capa gris del vagabundo sagrado, no era otro que el que junto con él, en sus años jóvenes, había dirigido la escuela en Kerkeema. Le reconoció por la forma de moverse y ahora reconocía los rasgos del rostro. Brakart. Éste había sido su nombre.

Parnag suspiró, más tranquilo, y sólo ahora se dio cuenta de que un miedo mortal le había atenazado el pecho como una banda de hierro. Había tenido miedo de que el otro le reconociera como incrédulo, como ateo. Había salido corriendo porque había tenido miedo de ser lapidado como herético. Pero no tenía nada que temer. El otro le había reconocido y supo que había encontrado a alguien que conocía su secreto. Su sucio secreto.

Hacía casi cuarenta años: Kerkeema, la ciudad al borde del volcán apagado. La extensa perspectiva de la llanura y las extrañas sombras que arrojaba cada puesta de sol. Llevaban la escuela de la ciudad, juntos, dos jóvenes maestros, y mientras se consideraba a Parnag simpático y afable, Brakart se ganó pronto la fama de una severidad rigurosa. Apenas transcurría una tarde en la que no obligara a algún estudiante a quedarse después de clase, y solían ser muchachas, de las que él decía que estaban menos atentas a las lecciones que los chicos.

Pasaron los años hasta que un día una enfermedad, muchas lágrimas y una confesión trajeron a la luz que Brakart se había servido de sus alumnas en forma obscena y que ése era el verdadero motivo de su severa disciplina. Brakart huyó a toda prisa en mitad de la noche, antes de que le pudieran hacer nada los encolerizados vecinos, y Parnag había tenido que soportar tantos interrogatorios tan desagradables que al final también había dejado Kerkeema. Así es como había llegado hasta Yahannochia.

Y ahora se habían encontrado de nuevo. Parnag se sintió desgraciado de pronto. Una parte de él saltaba de júbilo, convencida de que estaba seguro, de que tenía al otro en un puño, pero otra lo encontraba deprimente: ¿iba a escapar con tanta facilidad? Había dudado y a causa de ello había matado a un joven. Se había rendido a las dudas sin salvación posible, y a aquél que podría haber tomado venganza por la verdad, lo tenía completamente a su merced: era una victoria demasiado fácil, indigna. No, no una victoria, sino un librarse por los pelos. Había salvado el pellejo, pero perdido su honor.

Aquella tarde se quedó en casa. Los avaros tejedores de cabellos no estarían tristes de poder guardar su dinero un día más. Anduvo de acá para allá en su casa, limpió con desgana uno u otro objeto, sumido siempre en sus pensamientos. Todo era gris y triste.

Estuvo largo tiempo de pie delante de la bolsa de cuero que estaba colgada de un gancho en el pasillo, mirándola completamente absorto. La bolsa había pertenecido a Abron. El joven la había colgado en su última visita y luego la había olvidado al irse, y desde entonces estaba allí.

Después le sobrevino el impulso de cantar. Con una voz quebradiza y poco ejercitada, intentó entonar una canción que le había causado impresión cuando era un niño y que comenzaba con las palabras: «Me entrego totalmente a ti, mi Emperador...». Pero no pudo acordarse del resto de la letra y al final desistió.

En algún momento sonaron unos impetuosos golpes en la puerta. Se acercó a abrirla. Era Garubad, un ganadero, hombre robusto de cabellos grises vestido con unas desgastadas ropas de cuero. Entonces, hacía veinte años, Garubad había sido también miembro de su tertulia.

—Garubad...

—¡Parnad, yo te saludo!

El fornido ganadero parecía de buen humor, casi exageradamente.

—Ya sé que hace muchísimo que no hablamos, pero tengo que contarte algo a toda costa. ¿Puedo entrar?

—Por supuesto.

Parnag se echó a un lado y le dejó pasar. Le producía una extraña sensación que el otro apareciera justamente ahora. No se habían relacionado desde hacía años, en realidad, desde que la hija del ganadero había terminado la escuela.

—No eres capaz de adivinar lo que me ha pasado —gritó Garubad inmediatamente. Tenía que venir a contártelo. Te acuerdas de aquellas tertulias entonces, aquí, en tu casa, ¿no?, y de todas las cosas de las que hablábamos, ¿verdad? Yo me acuerdo bien, tú nos enseñaste todo sobre los planetas y las lunas y que las estrellas son soles lejanos...

¿Qué es lo que sucede?, pensó Parnag. ¿Por qué me rodea hoy todo lo que tiene que ver con aquellos tiempos?

—En fin, primero habrás de saber que yo, tal y como estoy aquí, vengo de un largo viaje con mi rebaño. Alguien, creo que fue una de las buhoneras, me contó que el antiguo lecho del río traía algo de agua desde hacía un par de semanas. Porque, de momento, en los alrededores de la ciudad la cosa no está demasiado bien, me llevé allá mis ovejas keppo, marqué unos pastos y demás, sabes cómo se hace. Bueno, tres días de viaje cuando se tiene que llevar a las ovejas y un día para volver solo.

Parnag se armó de paciencia. A Garubad le gustaba oírse hablar y pocas veces iba al grano del asunto sin antes darle muchas vueltas.

—Y ahora viene: en el camino de vuelta, ya que de todos modos estaba cerca, me desvié hacia el roquedal de Schabrat para ver si podía traerme un par de esos cristales que se encuentran de vez en cuando por allí. Y apenas acabo de empezar a buscar, sale él de una cueva.

—¿Quién? —preguntó, irritado, Parnag.

—No lo sé. Un forastero. Llevaba unas ropas muy raras, ¡y vaya una forma de hablar! No sé de dónde vendrá, pero debe de ser bastante lejos de aquí. En cualquier caso, se me acerca y me pregunta quién soy yo y qué hago y dónde está la ciudad más cercana y otras cosas así. Y luego me cuenta un montón de las cosas más extrañas que te puedas imaginar y me declara por fin que es un rebelde.

A Parnag le embargó la precisa sensación de que su corazón había dejado de latir por un instante.

—¿Un rebelde?

—No me preguntes qué es lo que quería decir con ello. Dijo algo de que era un rebelde y de que habían derrocado al Emperador. —Garubad se rió—. Imagínate que lo decía en serio. Bueno, entonces no tuve más remedio que pensar en tu amigo,

sabes, que vino aquella tarde y habló de unos rumores en la ciudad portuaria...

—¿A quién se lo has contado, aparte de a mí? —preguntó Parnag con una voz que él apenas reconoció como suya.

—A nadie hasta ahora. Simplemente pensé que te interesaría. Acabo de llegar ahora mismo a la ciudad... —Ya se sentía impaciente. Había soltado su historia y quería volver a irse—. Por cierto, ¿qué es lo que está pasando aquí? Toda la ciudad parece estar de cabeza, revuelta...

—Seguramente se debe al predicador que desde ayer por la tarde está en la ciudad —respondió Parnag. Se sintió cansado, confuso, superado por el peso del mundo. En un impulso repentino le comentó a Garubad que conocía al predicador y de dónde.

—Seguramente va de acá para allá como vagabundo sagrado para liberarse de sus pecados.

Cuando vio el rostro de Garubad se dio cuenta de que debería habérselo guardado para él. Por lo visto había tocado un punto sensible del ganadero, pues su jovialidad se transformó sin solución de continuidad en formalidad helada.

—No quiero decir nada contra tu capacidad de memoria, Parnag —dijo seco—, pero pienso que mejor debieras mirar una vez más. Estoy casi totalmente seguro de que te equivocas.

—Oh, puede ser —concedió el maestro prudentemente.

Después de que se fuera Garubad, Parnag estuvo largo tiempo de pie en el pasillo mirando al frente. Se sentía como si alguien le hubiera golpeado con un gran gancho de hierro para sacarle todo, una gruesa capa de sentimientos y recuerdos que creía haber olvidado, un increíble torrente de imágenes. Las palabras del ganadero resonaban en su interior como sonido de pasos en una enorme cueva.

¿Un rebelde? ¿Qué quería decir eso? ¿Era posible entonces derrocar al Emperador? Entendía las palabras, pero la idea le parecía a Parnag absurda, como un contrasentido.

Pero luego estaban esos libros que había escondido entre montones de madera seca y estiércol de baraq. Los otros planetas en los que se tejían tapices de cabellos. Ese rumor que le había llegado desde la ciudad portuaria veinte años atrás...

Ahora dependía de él hacer lo correcto. Algo que exigía valor. Que daba miedo porque detrás acechaba lo desconocido.

Sintió de pronto sus manos en tensión y cómo los dedos presionaban dolorosamente en las palmas de las manos. No tenía mucho tiempo para reflexionar. Nadie sabía cuánto tiempo se iba a quedar el forastero en el roquedal de Schabrat. Si se iba, él tendría que terminar su vida con todas aquellas preguntas sin responder.

No se encontró a nadie al salir de la ciudad, con la excepción de un par de ancianas que no se dignaron ni mirarle. Cuando tuvo tras de sí las puertas de la ciudad percibió que la inquietud de los últimos días había desaparecido. Se sintió

lleno de una apacible claridad.

Cuando llegó a su objetivo, el horizonte se había transformado en una banda de rojo fuego y en el cielo de un negro azulado brillaban las primeras estrellas. Contra el crepúsculo, como siniestras catedrales, se recortaban las negras cuevas de piedra. No se veía a nadie.

—¡Eh! —dijo Parnag, por fin, primero vacilante y bajo, luego, cuando no recibió respuesta, más alto—. ¡Eh!

—El forastero ya no está aquí —tronó de pronto una voz afilada y aguda.

Parnag miró alrededor. El predicador apareció allí como por encanto. Brakart, el predicador. Brakart, el vagabundo sagrado. Brakart, que había violado a muchachas. Y ahora salían más hombres de detrás de las rocas donde se habían mantenido escondidos.

Parnag vio que todos llevaban piedras en las manos. Una ola cálida surgió de su estómago y atravesó hasta su *cabeza*. Sabía que le iban a matar.

—¿Qué quieres de mí, Brakart? —preguntó con una indignación que ya había sido gastada.

Los ojos del predicador ardieron con odio.

—¡No me nombres con nombre alguno! Soy un vagabundo sagrado y no tengo nombre.

Parnag guardó silencio.

—Me han informado, Parnag —comenzó el predicador con lentitud—, que hace muchos años mantuviste conversaciones heréticas y que incluso intentaste conducir a la incredulidad a tus conciudadanos.

En aquel momento, Parnag descubrió a Garubad entre los hombres que habían formado un amplio círculo en torno a él.

—¿Tú?

El ganadero alzó las manos en un gesto de rechazo. Era el único que no portaba piedras.

—No le he dicho otra cosa que lo que te dije a ti, Parnag.

—Cuando Garubad me habló hoy de su encuentro y más de que tú eras el primero que lo supo, decidí que éste era el momento para probar tu sinceridad —continuó el vagabundo sagrado. Con una expresión de puro triunfo en sus ojos, añadió—: ¡Y tú no has superado la prueba!

Parnag no dijo nada. No había nada más que decir. Su culpa le había alcanzado.

—No sé a quién o qué se ha encontrado Garubad. Quizás alguien se ha permitido gastarle una pésima broma. Quizás se ha encontrado a un loco. Quizás simplemente se lo haya inventado, no tiene importancia. Lo único que importa es que tú has venido. Esto demuestra que piensas que es posible el que haya rebeldes contra el Emperador. Seguramente crees que es posible, aunque debo concederte que tal idea

supera la capacidad de mi imaginación, que alguien pudiera derrocar al Emperador. Sea como sea, tu mera presencia aquí refuta el que seas un hombre creyente y temeroso de Dios. Prueba lo contrario. Eres un incrédulo, y seguramente lo has sido toda tu vida. ¿Y quién sabe cuánta desgracia habrás atraído sobre tus conciudadanos?

—¡Hereje! —gritó uno de los hombres.

La primera piedra le dio a Parnag en el cráneo y le arrojó al suelo. Contempló el cielo, el ancho y vacío cielo. Me entrego a ti, mi Emperador, pensó. Las piedras le llovían ahora. Sí, lo confieso. He dudado de ti. Lo confieso. Acogí en mi interior la duda y no me he apartado de ella. Lo confieso. En tu justicia, mi Emperador, tú me destruyes ahora y estaré perdido. Lo confieso y me entrego a tu justicia...

4. La alfombra perdida

Más tarde no era capaz de acordarse de lo que le había despertado, si había sido el olor del humo o el crujido de las llamas o alguna otra cosa. Se alzó de la cama y gritó y su único pensamiento fue: ¡La alfombra!

Gritó, gritó tan fuerte como pudo, gritó en dirección al rabioso crepitar del fuego, llenó la casa entera con su voz.

—¡Fuego! ¡Fuego!

No veía más que las llamas ardientes, el reflejo burlón, tembloroso y rojo anaranjado en las paredes y las puertas, las fantasmales sombras y el humo que se acumulaba y retorció bajo el techo. Con violencia, se liberaba de las manos que le sujetaban, no escuchaba las voces que decían su nombre. Sólo veía el fuego que destruía la obra de su vida.

—¡Borlón, no! ¡Ponte a salvo...!

Se lanzó hacia adelante, sin preocuparse por sus mujeres. El humo le cubría, le mordía, hacía llorar sus ojos y le quemaba en los pulmones. Le vino a las manos un pedazo de tela, se la arrancó de delante de su rostro. Una jarra de barro se destrozó contra el suelo, tropezó con los pedazos y siguió corriendo. La alfombra. Tenía que salvar la alfombra. Tenía que salvar la alfombra o morir.

El fuego ardía con increíble violencia por toda la casa, como una tormenta que aullaba, que buscaba rabiosa un contrincante de su misma talla y no lo encontraba. Borlón alcanzó medio sofocado el pie de la escalera que conducía a la tejeduría justo en el momento en que los peldaños de madera se vinieron abajo, negros como el carbón y lanzando ascuas. Sus ojos, que se salían de las órbitas, contemplaron cómo el salvaje ballet de las lenguas de fuego saltaba hacia la balaustrada donde estaba el bastidor de su telar y sus oídos escucharon el sonido con el que los pilares que sujetaban el balcón comenzaron a ceder lentamente, un sonido como el grito indeciso de un niño. Luego, algo tomó el control sobre él, algo que sabía que era demasiado tarde y le dejó emprender la retirada.

Cuando llegó a donde estaba su familia, que esperaba fuera, a una distancia segura, todo sucedió muy deprisa. Ellas le tomaron entre las dos, Karvita, su mujer, y su concubina Narana, y él las siguió con un rostro marmóreo y sin sentir nada cuando el fuego devoraba la antiquísima casa, cuando destrozaba los cristales de las ventanas y luego se dejaba escupir hacia fuera, como si quisiera saludarle burlonamente, cuando el tejado comenzaba de pronto a refulgir, iba volviéndose cada vez más transparente y por fin se hundía, haciendo girar una ardiente nube de ascuas hacia el cielo. Como estrellas que bailaban suavemente, las ascuas colgaron allí en la oscuridad y se fueron apagando poco a poco, mientras el fuego de debajo iba perdiendo poco a poco alimento hasta que al final apenas quedó calor como para herir

las tinieblas con un poco de luz.

¿Cómo podía haber sucedido esto?, quiso preguntar, pero no pudo, sólo pudo guardar silencio mientras miraba fijamente las carbonizadas paredes y su espíritu se negaba a aprehender por completo lo que había sucedido.

Hubiera seguido de pie sin moverse hasta que rompiera el día, sin saber qué hacer. Fue Karvita quien, después de buscar entre las ruinas, encontró los restos quemados de la caja del dinero y quien envolvió las ennegrecidas y fundidas monedas en su pañuelo, y fue también Karvita quien condujo a los tres a la ardua caminata a través de la noche helada hacia la casa de sus padres, en los arrabales de la ciudad.

—Yo soy culpable —dijo, sin mirar a nadie, la vista atormentada y dirigida hacia una lejanía indeterminada. Un dolor inconmensurable se removió en su pecho y algo dentro de él tuvo la esperanza de recibir el justo castigo más rápido y con menos dolor si se acusaba a sí mismo y se declaraba culpable.

—Tonterías —le espetó su mujer con seguridad—. Nadie sabe quién es el culpable. Y debieras comer algo por fin.

El sonido de su voz le hacía daño. La miró de refilón, intentó descubrir en ella a la orgullosa muchacha con el largo y maravilloso cabello negro de la que se había enamorado tiempo atrás. Ella era siempre tan fría, tan distante... y en todos aquellos años no había sido capaz de romper el hielo. Había sido su propio corazón el que había acabado por congelarse.

Narana le alcanzó un plato con puches desde el otro lado de la mesa sin decir una palabra. Luego, casi asustada, como si hubiera sido demasiado atrevida, se encogió en su silla de nuevo. La tierna concubina rubia, que podría haber sido la hija de ambos, comió muda y silenciosa, inclinada sobre su plato, como si quisiera hacerse invisible.

Borlón sabía que Narana se sentía odiada por Karvita y seguramente era cierto. Siempre que estaban los tres en una misma habitación había tensión en el aire. Karvita, con su frialdad, no dejaba que se percibiera nada, pero Borlón estaba seguro de que estaba celosa de la joven concubina porque dormía con ella.

¿Tendría que haber renunciado a ello? Narana era la única mujer de cuya cama se había levantado él con el corazón aliviado. Era joven y tímida y vergonzosa y en principio la había tomado como esposa sólo por su precioso cabello rubio blanquecino, que ofrecía un contraste increíblemente efectivo con el cabello de Karvita. Y había vivido algunos años intacta en su casa antes de que él, a propuesta de Karvita, hubiera cohabitado con ella por vez primera.

Cuando estaban solos, ella podía mostrarse maravillosamente relajada, apasionada y llena de una agradecida ternura. Era la luz de su vida. Sin embargo, el corazón de Karvita se había vuelto desde entonces aún más inalcanzable, le parecía a

él que para siempre, y se sentía culpable por ello.

Vio con el rabillo del ojo cómo Karvita se pasaba un dedo por el cabello y alargó su mano por pura costumbre para que le diera los cabellos que se cayeran. A mitad de dicho movimiento fue consciente de lo que hacía y se detuvo. No existía ya ninguna alfombra en la que pudiera seguir trabajando. Percibió el recuerdo en forma de un dolor ardiente en el pecho.

—No tiene ningún sentido que te hagas reproches ahora —dijo Karvita, que había visto su movimiento—. Con ello no vas a recuperar la alfombra, ni la casa tampoco. Puede haber sido cualquier cosa: una chispa del fogón, un ascua de las cenizas, cualquier cosa.

—Pero, ¿qué es lo que puedo hacer ahora? —dijo Borlón con desespero.

—Primero debemos hacer que reconstruyan la casa. Y luego comenzarás una nueva alfombra.

Borlón alzó las manos y vio las yemas de sus dedos, que estaban quebradas por el trabajo de años con la lanzadera.

—¿Qué he hecho yo para que me suceda esto? Ya no soy tan joven como para poder terminar una alfombra que sume las medidas prescritas. Tengo dos mujeres con los más hermosos cabellos que jamás haya visto el Imperio y en vez de tejer con ellos una alfombra que alegre los ojos del Emperador, sólo podré finalizar una pequeña alfombrilla...

—Borlón, deja ya de quejarte. Podrías haber muerto entre las llamas, entonces sí que no hubieras aportado absolutamente nada con tu vida.

Ahora estaba verdaderamente enfadada. Con toda seguridad, ésta fue la causa de que añadiera:

—Además, en cualquier caso, todavía no tienes heredero, así que no importa tanto el tamaño de la alfombra.

Sí, pensó Borlón con amargura. Ni siquiera eso he conseguido. Un hombre con dos mujeres que no ha tenido hijos no puede reprocharle nada a nadie excepto a sí mismo.

Borlón creyó ver en los ojos de su suegra una pinta de menosprecio, incluso de odio, cuando la mujer pequeña y anciana dejó pasar al maestro del gremio de tejedores de cabellos.

—No te haces una idea de lo mucho que lo siento, Borlón —dijo el maestro—. Me sentí conmocionado cuando tu esposa me lo contó... ¡Desde que existe memoria no había ocurrido una desgracia así!

¿Quería humillarlo? ¿Darle en la nariz mostrando que Borlón era un fracasado? Contempló la flaca y espigada figura del maestro del gremio, sus cabellos entrecanos que el viejo tejedor llevaba tan desgredados como nunca antes había visto.

Parecía sincero. El viejo, por lo general serio y siempre ceñido al tema, estaba de

verdad profundamente conmovido y lleno de comprensión.

—¿Cuándo sucedió? ¿La noche pasada? —preguntó mientras se sentaba—. No se sabe todavía nada de ello en la ciudad...

—No quiero que se vaya contando por ahí... —dijo Borlón con torpeza.

—Pero, ¿por qué no? Ahora necesitarás toda la ayuda posible...

—No quiero —se emperró Borlón.

El maestro del gremio le miró un momento inquisitivamente, luego afirmó comprensivo.

—Bueno, sí. Al menos me has participado de ello a mí. Y me pides consejo.

Borlón miraba fijamente su mano que yacía grande y pesada sobre la mesa de madera sin barnizar. Las venas en el dorso latían imperceptible pero interminablemente. Cuando comenzó a hablar tuvo la sensación de que no era él quien hablaba. Se escuchaba a sí mismo y pensaba que oía hablar a Karvita a través de su voz. Primero entrecortadamente, luego, cuando hubo empezado, repitió cada vez con mayor fluidez lo que ella le había inculcado.

—Se trata de mi casa, maestro. Tengo que reconstruirla, necesito un nuevo bastidor, nuevos aparatos. No tengo suficiente dinero para ello. Mi padre obtuvo un mal precio por su alfombra, en sus tiempos... —También mi padre era ya un fracasado, pensó. Había tejido una alfombra maravillosa y la había dado por una cantidad de dinero irrisoria. Pero por lo menos había terminado una alfombra. El hijo del fracasado, en cambio...

—Ya lo sé.

—¿Y?

—Piensas en un crédito a largo plazo...

—Sí.

El viejo tejedor extendió con lentitud las manos en un gesto de pesar.

—Borlón, por favor, no me pongas en un aprieto. Conoces los estatutos del gremio. Si no tienes un hijo no puedes recibir un crédito.

Borlón tuvo que luchar contra la sensación de hundirse en un agujero negro interminable y profundo.

—No tengo ningún hijo. Tengo dos mujeres y ninguna me ha dado un hijo...

—Entonces, con toda seguridad, no es culpa de las mujeres.

Oh, claro. Por supuesto que no.

Miró al maestro. Había algo que tenía que decir ahora, pero lo había olvidado. O quizás tampoco había nada que pudiera alegar.

—Mira, Borlón, ese crédito duraría ciento veinte o ciento sesenta años. Aún los hijos de tus hijos tendrían que pagarlo. Algo así no se decide a toda prisa. Y por supuesto, la caja del gremio precisa de una cierta seguridad. Si, como parece, no puedes engendrar un heredero, no podemos darte ningún crédito a largo plazo. Ése es

el sentido de esta regla. Y aun así corremos un grave riesgo, porque, ¿quién sabe si tu hijo a su vez tendrá un hijo?

—¿Y un crédito a corto plazo? —rogó Borlón.

—¿Con qué lo ibas a pagar? —preguntó seco el maestro.

—Tejeré una nueva alfombra —aseguró Borlón precipitadamente—. Si no engendro un heredero, podré pagar con ello el crédito, y si por fin tengo un hijo, se podría transformar el crédito en uno a largo plazo...

El anciano suspiró.

—Lo siento, Borlón. Lo siento de verdad, pues te he apreciado siempre y me gustaba la alfombra que habías tejido. Pero me siento atado a mi cargo y en este momento veo las cosas, creo yo, de modo más realista que tú. En primer lugar, ya no eres joven, Borlón. ¿Cuán grande sería la alfombra que serías capaz de tejer incluso si trabajaras hasta quedarte ciego? Y una alfombra que no alcanza las medidas prescritas se tasa con un precio desproporcionadamente bajo, eso lo sabes tú también. Por lo general se puede estar ya contento con que un mercader acceda siquiera a llevársela. Segundo: sabes que tendrás que trabajar con un bastidor nuevo, uno cuya madera todavía habrá de asentarse y que durante décadas estará sujeto a tensiones. Es sabido y tú lo sabes también que con un bastidor nuevo no se puede alcanzar una calidad tal como con uno viejo. Quieres construir una casa, tienes que vivir: no sé cómo serías capaz de hacer todo eso.

Borlón escuchó incrédulo cómo el maestro, a quien en los buenos tiempos había llamado amigo y del que había esperado ayuda, le iba destruyendo golpe a golpe, sin piedad.

—Pero... entonces, ¿qué puedo hacer?

El maestro miró al suelo y dijo con voz queda:

—Más de una vez ha sucedido que termine la línea de un tejedor de cabellos. Uno muere joven, otro sin heredero, tales cosas han pasado en todas las épocas. En ese caso, el gremio busca a alguien que quiera tomar el puesto libre y que desee fundar una nueva línea, y se ocupa de su aprendizaje y demás...

—Y le concede un crédito.

—Si tiene un hijo, sí.

Borlón vaciló.

—Una de las mujeres... Narana... quizá está embarazada...

Era una mentira y ambos lo sabían.

—Si te pariera un hijo, no habría problema con el crédito, puedo asegurártelo —dijo el maestro, levantándose.

En la puerta se dio la vuelta una vez más.

—Hemos hablado mucho de dinero, Borlón, y poco del sentido de nuestro trabajo. Creo que tendrías que aprovechar este difícil momento para renovar tu fe.

Hay un predicador en la ciudad, por lo que he oído. Quizás sería una buena idea buscarlo algún día.

Después de que el maestro del gremio se hubo ido, Borlón se quedó sentado e inmóvil, meditando ceñudo. No pasó mucho tiempo hasta que Karvita entró y le preguntó por los resultados de la entrevista. Él solamente agitó sin ganas la cabeza.

—No quieren prestarme nada porque no tengo un hijo —aclaró por fin cuando ella siguió insistiendo.

—Entonces déjanos intentarlo —dijo ella de inmediato—. No soy todavía tan vieja como para no poder tener hijos. —Vacilante, añadió después—: Y Narana mucho menos.

¿Por qué era todo así? ¿Por qué tenía que ser así todo? Pasar toda una vida con una sola alfombra...

—¿Y si pese a todo no saliera nada? Karvita, ¿por qué estamos ya tanto tiempo juntos y no tenemos hijos?

Le miró inquisitiva mientras sus manos jugueteaban con un mechón de sus cabellos negros azulados.

—Tu hijo —dijo ella entonces, pensativa— solamente tiene que nacer de una de tus mujeres. ¡Pero no es necesario que... tú mismo lo engendres!

¿Qué le había hecho atreverse a proponérselo? ¿Sin medios y azotado por el destino, tenía él ahora que dejarse deshonorar?

—Por supuesto tendría que hacerse con mucha discreción... —continuó la mujer su razonamiento.

—¡Karvita!

Miró a sus ojos y se detuvo asustada.

—Perdona, sólo era una idea. Nada más.

—¿Tienes más de esas ideas?

Ella guardó silencio. Después de un rato y tras haberle dirigido una precavida mirada, la mujer habló:

—Si el gremio no te ayuda, puede que tengas amigos que te presten algo. Podemos preguntar a alguno de los tejedores más ricos. A Benegoran, por ejemplo, puesto que tiene más dinero del que él o su familia puedan jamás gastar.

—Benegoran no da nada. Por eso es tan rico, porque no da nada.

—Yo conozco bien a una de sus mujeres. Podría preguntar discretamente por medio de ella.

Borlón la vio de pie ante la puerta y de repente pudo percibir de nuevo en ella a aquella muchacha joven, y se acordó de aquella otra tarde hacía muchos años cuando había estado de pie justamente ante aquella misma puerta. El recuerdo le produjo un pinchazo en el corazón. Había sido siempre una buena compañera y él se odió a sí mismo por todos los momentos en los que había obrado injustamente con ella o la

había tratado mal.

Se levantó, en realidad para apretarla entre sus brazos, pero luego cambió de dirección y se acercó a la ventana.

—Sí —dijo—. Pero no quiero que toda la ciudad se entere.

—Antes o después nos será imposible mantenerlo oculto.

Borlón pensó en las solitarias posesiones de los tejedores en las gargantas y los valles de las montañas que rodeaban a la ciudad. Seguramente no había en todas ellas ningún punto desde el que se pudieran ver al mismo tiempo dos de esas posesiones. Si cayeran todas bajo las llamas habría durado bastante hasta que lo hubieran notado en la ciudad.

Seguramente sería una de las buhoneras la que llegara a las carbonizadas ruinas y difundiera la noticia.

—Entonces mejor después. Cuando sepamos qué es lo que va a pasar con nosotros.

El sol estaba de nuevo bajo en el horizonte. Borlón podía ver la puerta de la ciudad y un par de ancianas que charlaban al lado. Un anciano caminaba a toda prisa hacia la ciudad. Le pareció conocido, pero en ese momento no supo situarlo. Sólo cuando no pudo verlo más se dio cuenta de que era el maestro. Antes había venido de vez en cuando para preguntar si había niños, pero hacía ya muchos años que no lo veía y Borlón mientras tanto había olvidado hasta su nombre.

Ya no conozco a la gente en esta ciudad, pensó. Ya había alcanzado el estado en el que un tejedor de cabellos no abandona más su casa. Entre todos los sentimientos que en aquel momento le afectaban había también una fuerte decepción: la decepción sin medida de un hombre que ha acometido una empresa arriesgada, grande, esforzada y que fracasa poco antes de llevarla a término.

Sintió ahora los esfuerzos del día en su cuerpo: la larga marcha a través de la noche y las cortas horas del sueño intranquilo del que se había despertado una y otra vez; la mañana, en la que todos ellos de nuevo habían caminado hasta el esqueleto calcinado de la casa para revisarlos, salvar un par de objetos domésticos de las cenizas y medir las pérdidas. Borlón tomó una botella de vino y dos vasos. De pronto tuvo de nuevo el mordiente olor de las cenizas en la nariz y pensó que podía percibir el sabor del humo en su lengua.

Le puso un vaso a Karvita y otro a sí mismo. Luego abrió la botella.

—Ven —dijo—. Bebe conmigo.

A la mañana siguiente se levantó temprano y se vio impulsado hacia las calles de la ciudad. Por primera vez en su vida había yacido con sus dos mujeres en la misma noche y también por primera vez en su vida había sido incapaz de alcanzar el clímax, ninguna de las dos veces.

Mi vida se me hunde, pensó. Pieza a pieza va desapareciendo, el fracaso gira y

gira y al final me hundiré yo mismo.

Nadie le percibía, y eso le satisfacía. Ser invisible era un sentimiento agradable, no ser visto, no dejar huella. Había tenido miedo de que se hubiera corrido ya la voz y de que le miraran fijamente y susurraran a sus espaldas. Pero había otros temas que ocupaban a los ciudadanos: por lo que pudo captar de las conversaciones a su alrededor, la tarde anterior había sido lapidado un hereje, por orden de un predicador sagrado que llevaba dos días en la ciudad.

Borlón se acordó del consejo del maestro del gremio y dirigió sus pasos hacia la plaza del mercado. Quizás se trataba realmente de un problema de fe. Hacía ya mucho que no había pensado en el Emperador, sólo se había ocupado de su alfombra y sus pequeñas preocupaciones propias. Había perdido la perspectiva de lo grande, del todo, y quizás hubiera seguido así hasta el final de su vida si no hubiera pasado nada.

Quizás fuera el incendio el castigo por ello. No quiero tu alfombra si no la tejes con tu corazón y tu amor a mí, parecía decirle el Emperador.

Extrañamente, esos pensamientos le tranquilizaron. Ahora todo parecía explicable, por lo menos. Había faltado y en consecuencia merecía un castigo. No era quién para juzgar. Lo que había pasado, había pasado con razón, y tenía que aceptarlo sin queja.

La plaza del mercado estaba casi vacía. Tres mujeres estaban sentadas al margen y ofrecían algunas verduras y como casi nadie quería comprar, entretenían el tiempo charlando. Borlón se acercó a una de ellas y en su mirada vio que no le había reconocido. Le preguntó por el vagabundo sagrado.

—¿El predicador? Se fue hoy por la mañana temprano —respondió ella.

—Sus palabras fueron tan conmovedoras —se entrometió otra, una mujer gorda a la que le faltaban los incisivos inferiores—. Una pena que sólo se quedara un día.

—Muy raro, ¿no es cierto? —opinó una tercera con una voz desagradable y ronca—. Quiero decir que normalmente no hay quien eche a la gente sagrada ésa. Me parece raro que se haya ido otra vez.

—Sí, es verdad —afirmó la mujer gorda de la dentadura agujereada—. Yo escuché ayer por la mañana su prédica y contó con todos pormenores los temas de los que quería hablarnos.

—¿Queréis comprar algo, señor? —preguntó a Borlón la primera mujer—. Tengo karaqui muy frescos... o un hato de yerbas, muy barato...

—No —Borlón negó con la cabeza—. Gracias. Sólo quería preguntar... por el predicador...

Todo era oscuro y sombrío. El tribunal se reunía en torno a él y no se le permitía que escapara a su responsabilidad.

Las aberturas oscuras de las ventanas de las casas en la plaza del mercado le

miraban como ojos negros y curiosos. Estuvo de pie, inmóvil, durante un rato y percibió aquella sensación en su interior, la sensación de caer y no alcanzar nunca el suelo, maldito por ello a caer eternamente sin estrellarse jamás y ser liberado. Se volvió con violencia y emprendió el camino de regreso.

Cuando llegó delante de la casa se encontró al padre de Karvita, un pequeño y viejo hombre que tenía el oficio de hacedor de telas y que como todos ellos tenía un respeto sagrado por los tejedores de cabellos. Siempre había actuado respecto a su yerno casi como un inferior. Pero ahora también descubrió Borlón en su mirada una pizca de desprecio.

Se saludaron con un ademán. Borlón entró en la casa a toda prisa, subió la escalera hacia la habitación de Narana. Estaba sentada en una silla junto a la ventana y cosía, silenciosa y tímida como siempre y con un aspecto más pequeño y juvenil de lo que en realidad era. Él le quitó los utensilios de coser de las manos y la llevó a la cama, sin decir palabra le levantó la falda, se desabrochó los pantalones y entró de inmediato en ella, con golpes duros y rápidos llenos de vacilación. Luego cayó junto a ella en la cama y, jadeando, fijó la vista en el techo.

Ella dejó la falda subida pero puso ambas manos entre las piernas.

—Me has hecho daño —dijo con voz bajita.

—Lo siento.

—Nunca me habías hecho daño, Borlón —lo decía casi asombrada—. Ni siquiera sabía que se podía hacer daño a una ahí.

Él no dijo nada, sólo yació allí con la mirada fija. Después de un rato ella se volvió hacia él, lo estudió con ojos grandes y pensativos y comenzó a acariciarlo delicadamente. Él sabía que no se lo merecía pero dejó que sucediera, mientras lleno de duda intentaba encontrar qué es lo que había ido mal.

—Estás tan terriblemente preocupado, Borlón —susurró ella—. Y sin embargo, fíjate, antes de que la casa se quemara teníamos dinero suficiente para el resto de nuestras vidas. Ahora no tenemos casa pero seguimos teniendo el dinero. ¿Qué es entonces lo que puede pasarnos?

Él cerró los ojos y sintió como latía su corazón. No era tan fácil.

—La alfombra —murmuró—. Ya no tengo alfombra.

Ella no dejó de hacerle caricias.

—Borlón... Quizás no tengas nunca un hijo. ¿Para qué necesitas entonces una alfombra? Si mueres sin heredero, el dinero de tu alfombra irá a parar a la caja del gremio. Ese gremio que ahora no quiere ayudarte.

—Pero el Emperador...

—El Emperador tiene tantas alfombras que seguro que apenas sabe qué hacer con ellas. Seguramente una más o una menos no importará.

Él se incorporó violentamente.

—No lo entiendes. Si muero sin haber terminado una alfombra, mi vida no habrá tenido sentido.

Se levantó, arregló su ropa y fue hacia la puerta. Narana seguía tumbada en la cama con una mano entre sus piernas desnudas y sus ojos tenían la mirada de un animal herido. Él quería decir algo, quería decir cuánto lo sentía, que se avergonzaba, quería hablar del dolor que le retorcía el corazón, pero no encontró palabras para ello.

—Lo siento —dijo, y se fue.

Si solamente supiera qué era lo que había ido mal. No parecía haber salida alguna de toda aquella culpa que giraba y giraba alrededor de él. Con cada uno de los pesados y mal dirigidos pasos con los que bajaba la escalera esperaba caer y romperse como una vasija de barro.

No había nadie en la cocina. Allí estaba la botella de vino y junto a ella los vasos de la tarde anterior. Se sirvió sin hacer el esfuerzo de fregar el vaso y comenzó a beber.

—He hablado con Benegoran —le comunicó Karvita—. Te va a prestar el dinero para una casa nueva y un nuevo bastidor.

Borlón, que había estado sentado toda la tarde junto a la ventana de la cocina y había seguido mudo los movimientos de las sombras hasta que por fin el sol se había puesto, no se inmutó. Las palabras apenas se abrieron paso hacia él, alcanzaron su conciencia como ruidos lejanos y faltos de significado.

—Pero pone una condición.

Por fin consiguió doblar la cabeza y mirarla.

—¿Una condición?

—Quiere a Narana a cambio —dijo Karvita.

Percibió cómo subía por su abdomen el borboteante principio de una risa y cómo se quedaba atrancada en algún lugar entre el corazón y la garganta.

—No.

Vio cómo ella apretaba los puños y se golpeaba con ellos en los muslos en un gesto de desesperación.

—No sé por qué hago todo esto —salió de ella—. Me paso todo el día andando, me humillo, mendigo y suplico, me trago el polvo del desierto y tú destrozas todo con una palabra.

Tomó la botella de vino y miró dentro.

—Y todo lo que has hecho es emborracharte y apiadarte de ti mismo. ¿Crees que ésa es una solución?

Él comprendió turbiamente que ella quería una respuesta, por el modo en que estaba allí y le miraba.

—No —dijo.

—Y en tu opinión, ¿qué aspecto ha de tener una solución?

Él simplemente encogió los hombros.

—Borlón, sé que necesitas a Narana, probablemente más que a mí —dijo amarga—. Pero te pido que por lo menos pienses en ello. Al menos es una posibilidad. Y no tenemos muchas posibilidades.

Había tanto que había querido decir siempre y había tanto que quería decir ahora que no sabía cómo empezar. Sobre todo quería dejarle claro que la amaba, que albergaba un lugar para ella en su corazón y que le hacía daño que ella no quisiera aceptar ese lugar. Y que todo ello no tenía nada que ver con Narana...

—Al menos podrías hablar una vez con Benegoran —continuó ella.

No tenía sentido. Sabía que no tenía sentido. Nada tenía sentido.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó ella.

Eso tampoco lo sabía. Guardar silencio. Guardaba silencio y esperaba la sentencia del tribunal. Guardaba silencio y esperaba que la torre de culpa que le rodeaba se hundiera y le enterrara bajo ella.

—¿Borlón? ¿Qué te pasa?

Las palabras perdieron de nuevo su significado, se convirtieron en parte del decorado de los ruidos nocturnos. Se volvió de nuevo hacia la ventana y miró hacia el cielo de la noche. Allí estaba la luna pequeña, se podía ver cómo se elevaba deprisa en el firmamento, en dirección a la luna mayor que se le acercaba lentamente. Hoy por la noche la luna pequeña estaría en medio del disco luminoso de la luna mayor.

Oía hablar a alguien pero no entendía nada y tampoco era importante entenderlo. Sólo las lunas eran importantes. Tenía que quedarse aquí de pie y esperar hasta que ambas se encontraran y se tocaran. Un chasquido, como de un portazo, pero tampoco eso tenía sentido.

Estuvo de pie en silencio mientras la luna pequeña se movía. Mientras se estaba así, esperando, podía verse cómo las estrellas en el camino de la luna pequeña iban acercando sus pequeñas láminas ovaladas de luz hasta que, por fin, desaparecían al ser absorbidas por su destello. Y así flotaron ambas lunas en el cielo acercándose la una a la otra, estrella a estrella hasta que por fin se fundieron en una única lámina de luz mientras él estaba allí de pie y miraba.

Estaba cansado. Le quemaban los ojos. Cuando por fin se retiró de la ventana ya se había apagado la lámpara de aceite. Ninguna llama más, ningún fuego. Estaba bien así. Él no sabía bien por qué, pero estaba bien así.

Podía irse tranquilo. Ya era hora. Al zaguán, a coger su capa de la percha, no porque la fuera a necesitar sino para limpiar, para no dejar atrás ninguna huella indeseada. No debía molestar a nadie con los restos de una vida fallida, no tener también esa culpa.

Y luego abrir la puerta y cerrarla en silencio tras de sí. Y dejarse llevar por las piernas, que le transportan a uno por el callejón en dirección a la puerta de la ciudad y

más allá, fuera de la ciudad, siempre más lejos y más lejos y más lejos, hacia las dos lunas, para fundirse con ellas...

5. La buhonera

En sus viajes entre las solitarias posesiones de los tejedores de cabellos a menudo, durante semanas, no veía más que a mujeres. Las esposas, concubinas e hijas de los tejedores se apresuraban a invitarla a sus cocinas, pero no eran sus telas ni sus cacharros para la casa lo que esperaban con tanta impaciencia, sino las noticias que podía contar sobre otras familias y sobre lo que sucedía en la ciudad. Así que se sentaba largas horas con las mujeres y a menudo precisaba de refinados y complicados quiebros en la conversación para sacar a la luz su mercancía. Nuevas recetas, ése era su truco favorito. Ubhika conocía una enorme cantidad de recetas poco habituales, tanto de comidas como de cosméticos de todo tipo, que tenían una cosa en común: para ellas se necesitaba o bien un aparato especial o una hierba especial o alguna otra cosa especial que ella vendía.

Si tenía suerte, como a menudo se hacía muy tarde con la cháchara, le daban un cobijo para la noche. Hoy no había tenido suerte y lo que más rabia le daba es que podía habérselo imaginado desde el principio. En la casa de Ostvan la hospitalidad nunca había contado mucho, ya en tiempos de Ostvan el viejo y mucho menos con su hijo. Poco antes del crepúsculo había entrado el joven tejedor de cabellos en la cocina y con gesto huraño había dicho que quizá había llegado el momento de que la buhonera siguiera su camino. Y lo había hecho en un tono que a todos les hizo estremecerse con miedo y con un sentimiento de culpabilidad. Por un momento Ubhika se había sentido más como una ladrona que como una buhonera.

Al menos una de las mujeres le había ayudado a cargar de nuevo su asno yuk con las cestas y los sacos de cuero y los hatos, si no no hubiera conseguido cubrir la empinada cuesta que bajaba de la casa de Ostvan antes de que faltara la luz. Dirilja era su nombre, una pequeña y silenciosa mujer que había dejado ya bastante atrás la edad del matrimonio y que no decía mucho durante las charlas, sólo miraba con aire triste. A Ubhika le hubiera gustado saber por qué. Pero así era con las mujeres de los tejedores de cabellos: en algún momento aparecían y estaban allí y la mayoría de ellas no decían mucho sobre su origen. Dirilja había sido la última concubina que había tomado el viejo Ostvan, poco antes de su muerte. Lo que era muy extraño, pues su alfombra debía estar ya por entonces casi completa y además los cabellos de Dirilja eran secos y quebradizos, es decir, que no poseían la calidad adecuada para una alfombra. Ubhika se atrevía a juzgar eso pues sus propios cabellos habían sido así, ya en tiempos en los que ni siquiera se podía adivinar el gris plateado que tomarían con la edad. Esa Dirilja, ¿qué es lo que podía haber hecho con el viejo Ostvan? Una historia enigmática.

El sol se hundía rápido en el horizonte y arrojaba largas e irritantes sombras entre las colinas y las peladas rocas y la tarde se hizo perceptiblemente más fría. Mientras

Ubhika sentía el viento que mordía bajo su falda, se enfadó consigo misma por haberse dejado entretener tanto. Si hubiera partido a su debido tiempo hubiera podido alcanzar la casa de Borlón, donde siempre le dejaban pasar la noche.

Pero de este modo, una vez más, sólo le quedaba la tienda de campaña. Ubhika buscó con la mirada un lugar resguardado, una pequeña cueva o un saliente, y encontró por fin una hendidura protegida del viento por una roca hacia la que dirigió a sus animales. Los ató a un palo que había clavado esforzadamente en la tierra ayudada de una piedra, quitó a los dos yuks de carga sus pesos y por fin vendó los ojos a los tres animales. Era el método más seguro para evitar que huyeran en caso de que un ruido los asustara por la noche. Luego montó su pequeña tienda, la tapizó con un par de capas de las telas más baratas y se arrojó dentro.

Y entonces yació otra vez allí, escuchó el chasquido de las piedras y el murmullo de las patas de los insectos y sintió que estaba completamente sola en mitad del despoblado, protegida sólo por una tienda irrisoria y dos paquetes de alimentos y telas y cacharros a izquierda y derecha, y pensó como siempre que jamás se acostumbraría a ello. Que en realidad tendría que haber sido de otro modo. Y como siempre, antes de dormirse, acarició su cuerpo, como si quisiera asegurarse de que todavía estaba allí, percibió sus pechos, que todavía estaban recios y se veían bien, pese a su edad, acarició sus muslos y se entristeció de que jamás manos de hombre los hubieran tocado.

Cuando estaba en edad de casar no había recibido ningún marido y con sus cabellos quebradizos no podía haberse convertido en esposa de un tejedor de cabellos. Así que sólo le quedó el solitario negocio de la buhonería. A veces había pensado si debía responder a las impertinencias groseras de algunos artesanos o ganaderos, pero entretanto hasta esas aproximaciones habían desaparecido.

En algún momento se había quedado dormida, como siempre, y se despertó en el temprano frío de la mañana. Cuando se arrastraba fuera de la tienda, normalmente acababa de salir el sol atravesando el plateado amanecer y el vasto panorama de la soledad a su alrededor hacía que se sintiera ella misma como un insecto, pequeña e insignificante.

No soportaba comer en el lugar en el que había pernoctado. Soltaba a los yuks, les echaba la carga encima, les quitaba las vendas de los ojos y se apresuraba a alejarse. Por el camino mordisqueaba carne de baraq seca de sus provisiones o comía una fruta, si es que la tenía.

La casa de Borlón. También estaba bien llegar allí por la mañana. Narana, la joven concubina de Borlón, le haría un té. Lo hacía siempre. Y luego le compraría algunas telas, porque le gustaba coser y lo hacía a menudo.

Pero cuando Ubhika entrevió la casa de Borlón, todavía de lejos, le pareció de inmediato algo extraña: mucho más oscura de lo que la recordaba, casi negra, como

carbonizada. Y cuando se acercó vio que de la casa de Borlón en verdad no quedaba más que lo que un violento fuego no había podido destruir.

Llevada por una horrorizada fascinación, cabalgó hasta que por fin estuvo ante los restos de paredes carbonizadas, que olían a fuego y destrucción, entre los que se amontonaban las cenizas de las vigas de madera y el tejado de ripias. Se sintió como un carroñero que llega al lugar de un drama que no ha compartido y al que sólo le queda hacer uso de los restos. Quizás hubiera un par de monedas entre las cenizas.

Ubhika reconoció los muros de la cocina en la que había estado sentada con las mujeres y junto a ella la pequeña habitación en la que había dormido a menudo. No había entrado más adentro de la casa. Sólo ahora, cuando arrastraba los pies por entre las ennegrecidas ruinas y levantaba a su paso cenizas y el olor a humo, vio qué otras habitaciones había en la casa de un tejedor de cabellos. ¿Cuál habría sido la tejeduría? Le hubiera gustado saberlo.

Descubrió negras huellas de pies que se alejaban de las ruinas y se perdían entre los guijarros. Parecía que la familia del tejedor de tapices había sobrevivido al incendio.

Pero no encontró dinero, ni tampoco nada que mereciera la pena llevarse. Al fin decidió continuar su camino. Por lo menos tenía una noticia interesante que podría contar. Un poco adornada podría ayudar a conseguir un buen negocio y quizás hasta alguna comida acá o allá.

Y de pronto apareció delante de ella aquel hombre, al pie del camino. Simplemente así, en mitad de la nada. Ubhika dirigió el yuk hacia él con desconfianza, la mano en la empuñadura del garrote que llevaba en la silla. Pero él la saludó amigablemente y sonrió. Y era tan joven...

Se sorprendió a sí misma colocándose el cabello mientras se acercaba cabalgando lentamente. En realidad yo también soy joven, pensó con sorpresa, sólo que mi cuerpo me ha traicionado y ha envejecido. Pese a todo dejó caer la mano por miedo a parecer ridícula.

—Yo os saludo —dijo el hombre. Sonó extraño. Su forma de hablar tenía algo duro, ajeno.

Y también llevaba unas extrañas ropas. Portaba una vestimenta de una tela como Ubhika nunca había visto, que le cubría completamente desde el cuello hasta los pies. En el pecho traía un brillante adorno y un cinturón hacia la cintura del que colgaban diversas bolsas y pequeñas cajas oscuras.

—Yo os saludo, extraño —le respondió Ubhika vacilando.

La sonrisa del hombre se hizo aún más amplia.

—Mi nombre es Nillian —dijo, y pareció esforzarse en igualar el acento de Ubhika—. Vengo de muy lejos.

—¿De dónde? —preguntó Ubhika casi automáticamente.

—De Lukdaria —dijo el hombre. Lo dijo con una leve vacilación, como alguien que busca refugio en una mentira y teme ser descubierto.

Ubhika no había oído nunca hablar de una ciudad o una región con ese nombre, pero esto no significaba nada. Que el forastero venía de muy lejos, se veía claramente.

—Me llamo Ubhika —dijo y se preguntó por qué estaba nerviosa—. Soy una buhonera, como podéis ver.

Él asintió.

—¿Eso quiere decir que vendéis las cosas que lleváis?

—Sí. —Qué si no, pensó ella mientras estudiaba su rostro. Tenía un aspecto fuerte y vital. Un hombre que podía bailar salvajemente y reír estruendosamente y que podía ganar a cualquiera bebiendo. Le recordaba un poco a un joven del que ella había estado enamorada una vez, cuando era una jovencita. Entonces no había sucedido nada, él se había casado con otra y aprendido el oficio de alfarero, y había muerto hacía unos años.

Se apercibió a sí misma a pensar de nuevo en los negocios. Fuera quien fuera, el hombre había preguntado por lo que vendía.

—Sí —repitió ella—. ¿Qué queréis comprar, Nillian?

El hombre paseó su mirada por los dos asnos yuk cargados hasta los topes.

—¿Tenéis ropas?

—Por supuesto.

Aunque tenía sobre todo telas, también llevaba algunas piezas de ropa masculina ya hechas.

—Me gustaría vestirme de la forma que sea costumbre en esta región.

Ubhika le miró. No vio por ningún lado animal de montura alguno. Si el hombre venía de tan lejos, ¿cómo había llegado hasta aquí? Seguro que no a pie. ¿Y por qué estaba aquí como si hubiera sabido que se iba a encontrar a una buhonera? Aquí pasaba algo que ella no entendía.

Pero primero el negocio.

—¿Podéis pagar? —pregunto Ubhika—. Pues ésa es otra costumbre del lugar, el pagar.

El hombre se rió y con un gesto de abarcar el espacio dijo:

—Ésa no es ninguna costumbre extraña, se la encuentra por todo el universo.

—De eso no entiendo yo nada. En cualquier caso tengo ropa para vos, si tenéis dinero.

—Tengo dinero.

—Bien.

Ubhika descabalgó y se dio cuenta de que la mirada del hombre la seguía. Involuntariamente, se movió más ligera de lo normal, como si quisiera demostrar que

aún era fuerte y ágil y que no era tan vieja como hacía suponer su magro cuerpo y su piel arrugada y azotada por la intemperie. Al momento siguiente se enfadó consigo misma y sacó con malhumor el hato con los trajes de hombre del paquete.

Lo desenrolló sobre el suelo y cuando miró hacia arriba él mostraba un par de monedas en la mano que tenía extendida.

—Éste es el dinero que tenemos en mi tierra —preguntó—. Mirad primero si queréis aceptarlo.

Ubhika tomó una de las monedas de su mano. Era diferente a las monedas que conocía, más fina, con más color, brillante, hecha de un metal que ella no había visto nunca. Una hermosa moneda. Pero no era dinero.

—No —dijo ella con pena y le devolvió la moneda—. No puedo venderos nada por ella. —Y sin embargo le hubiera venido tan bien un pequeño e inesperado negocio.

El forastero contempló la moneda como si la viera por primera vez.

—¿Cuál es el reparo? —preguntó—. ¿No os gusta?

—Me gusta mucho —replicó Ubhika—. Pero no es ése el problema. Si se trata de dinero lo importante es que les guste a los otros.

Comenzó a enrollar de nuevo el hato.

—¡Alto, esperad! —gritó el hombre—. Esperad aún un poco. Podemos hacer un trato. Quizás pueda daros algo a cambio.

Ubhika se detuvo y le contempló de la cabeza a los pies.

—¿Qué, por ejemplo?

—No sé... ¿Quizá la ropa que visto?

Ubhika intentó imaginarse quién podría querer llevar una ropa tan extraña. Nadie que estuviera medio cuerdo. Y el problema era si se podría hacer otra cosa a partir de ella... Negó con la cabeza.

—No.

—Esperad. Entonces otra cosa. Esto, mi brazalete. Me lo regaló mi madre. Es muy valioso.

No es un buen negociante, pensó Ubhika divertida. Quiere esas pobres ropas a toda costa y no intenta ni siquiera esconderlo. Era como un libro abierto. Cada uno de sus movimientos decía: por favor, dámelo, te pagaré lo que quieras. Casi le daba pena.

—No tenéis nuestro dinero, Nillian, y en vuestro habla se nota que venís de lejos —afirmó—. No os va a servir de mucho el vestiros como la gente de aquí.

—El brazalete —repitió y le tendió la joya que, por lo que Ubhika recordaba, había llevado en la muñeca derecha—. ¿Os gusta?

Tomó el brazalete y sintió un escalofrío cuando percibió cuan pesado y frío era. Estaba hecho de un metal liso, brillante, amarillo, y traía finos dibujos brillantes en la

parte exterior. Cuando contempló los dibujos de cerca percibió que del brazalete se elevaba un fuerte olor, un perfume pesado y grasiento que le recordó al perfume de las glándulas de un joven búfalo baraq en celo. Debía de llevar el brazalete desde hacía mucho. Quizás día y noche desde que su madre se lo había regalado.

¿Sería verdad? ¿Y cómo podía nadie dar un regalo de su madre y además uno tan valioso a cambio de un par de trapos ridículos?

Era igual.

—Tomad lo que queráis —se escuchó decir a sí misma, completamente sumida en la contemplación del brazalete.

—¡Vos debéis decirme qué es lo que necesito! —protestó el hombre.

Con un suspiro, Ubhika revolvió en su ható y pescó unos pantalones y una larga camisa de gruesa tela y una chaqueta como la que llevaban los ganaderos. Por supuesto, no llevaba botas de ganadero, pero en vez de eso le dio un par de simples sandalias.

—Esto no me quedará bien.

—Os quedará perfecto.

—Lo creeré cuando lo haya probado —le replicó el hombre y, ante el asombro sin límites de Ubhika, comenzó a quitarse la ropa.

Al menos se había dado la vuelta. Abrió la parte superior en una costura que se separó con un ruidito y sacó los brazos. Apareció un torso poderoso y desnudo, brillando aterciopelado a la luz del sol mientras el hombre comenzaba a hurgar en su cinturón.

Ubhika, que había olvidado respirar, tomó aire asustada y miró involuntariamente en todas direcciones como si temiera que alguien pudiera estar observándolos. ¡Jamás le había pasado que un hombre se desnudara delante de ella!

Pero al forastero parecía no importarle. Salió de la parte inferior de su traje y se puso los recién adquiridos pantalones.

Ubhika se mantuvo allí de pie y contempló la espalda desnuda y musculosa, tan cercana que sólo necesitaba extender la mano para tocarla. Y de hecho su mano se estremecía. ¿Por qué no? Se preguntó, y apenas pudo contener el deseo de tocar la lisa y brillante piel del hombre, simplemente sentir por una vez el contacto. Y vio su trasero, pequeño y fuerte, cubierto sólo por una pieza de tela apretada e increíblemente lisa, que parecía como un pantalón corto, y sintió una extraña y cálida ola que se extendía por su vientre.

Y locos pensamientos en su cabeza...

Giró el brazalete entre sus dedos, indecisa. Los dibujos en la parte exterior brillaban maravillosamente. Devolverle el brazalete y pedirle en vez de ello que hiciera con ella las cosas que un hombre hace con una mujer, sólo una vez...

Qué pensamiento más loco. Colocó el brazalete enérgicamente sobre su muñeca

izquierda. Descartado. No quería contemplar como él la rechazaba y le decía que era demasiado vieja para él.

—Es verdad —le escuchó decir, ignorante de todo ello. Extendió los brazos hacia todos lados y se miró hacia abajo—. Me sienta bien de verdad.

Ubhika no dijo nada, sólo tenía miedo de que le pudiera leer los pensamientos.

Pero el forastero, que se llamaba Nillian, sonrió con despiste y recogió sus cosas. Hizo un rollo con el traje brillante y se lo puso bajo el brazo y se colgó el cinturón al hombro. Dio las gracias amablemente y dijo una cosa y otra, de las cuales la buhonera no se enteró aunque más tarde recordaba haber respondido. Y luego se despidió de ella.

Le siguió con la mirada mientras se iba, campo a través. No en dirección a la ciudad. Justo delante de una hondonada se dio la vuelta una vez más y la saludó con la mano. Luego desapareció.

Ubhika se quedó todavía largo rato de pie, con la mirada perdida ante ella. En algún momento volvió en sí, alzó el brazo izquierdo y miró el brazalete que de verdad estaba en su sitio. No había sido un sueño.

De pronto tuvo la sensación como si alrededor de ella, detrás de cada roca y de cada colina, estuvieran sentadas personas que cuchicheaban secretos de los que ella no debía enterarse. Se apresuró a volver a enrollar las ropas restantes y a guardarlas. Luego tomó las riendas de los dos yuks de carga, se subió a su montura y le dio en el costado para que se pusiera en movimiento. Percibió una presión en el pecho que no podía explicar.

E hizo esfuerzos para no pensar en la noche. Aquella noche iba a ser muy difícil.

6. El hombre de otra parte

—Un planeta árido, en su mayor parte desierto y estepa. Población estimada entre trescientos y cuatrocientos millones. Muchas ciudades medianas, todas en estado de decadencia. Pocos recursos mineros, agricultura en condiciones extremas, escasez de agua.

Lo que le maravillaba de Nillian era su increíble dinámica, la energía casi animal que irradiaba y que le daba un algo salvaje, indomable. Quizás se debía a que parecía no pensar demasiado, a que sus palabras, sus acciones y sus decisiones le salían de las entrañas, directas, sin afectación, indisimuladas y casi sin pensarlas. Desde que estaba con Nillian, Nargant se daba cuenta a menudo de cómo sus propios procesos mentales estaban llenos de rincones, incluso cuando se trataba de decisiones absolutamente irrelevantes, y de cuánta energía desperdiciaba casi automáticamente intentando asegurarse contra todas las partes y todas las posibilidades.

Contemplaba a Nillian de reojo. El joven copiloto estaba sentado en un sillón, relajado, echado hacia atrás, con el micrófono del aparato de grabación delante de los labios, y estudiaba con atención la pantalla y los indicadores de los instrumentos de teleanálisis. Su concentración casi se podía tocar con las manos. En la pantalla brillaban diversas imágenes de la superficie planetaria, pardigris, sin contornos concretos. El computador había trazado algunas líneas blancas, junto con datos sobre la fiabilidad de los análisis.

—Los instrumentos muestran algo —siguió Nillian— que deben de ser con bastante probabilidad restos rudimentarios de una importante cultura desaparecida. Desde el espacio se pueden distinguir con los ojos desnudos unas líneas rectas que por su coloración permiten suponer que se trata de los cimientos de grandes edificios. Muy grandes. He medido en la atmósfera restos de elementos radioactivos, una escasa radioactividad residual. Posiblemente una guerra atómica hace varias decenas de miles de años. Hay débiles actividades electromagnéticas, probablemente una forma simple de radio, pero no localizamos ninguna fuente de energía de importancia. En otras palabras —concluyó, y su voz adoptó un tono de ironía impaciente—, una imagen muy parecida a todas las anteriores. No creo que vayamos a encontrar nada más si seguimos renunciando a aterrizar en los planetas que sobrevolamos. Por supuesto, se trata de mi opinión personal, pero no tengo nada en contra de que la dirección de la expedición la interprete como una recomendación. Informe de Nillian Jegetar Cuain, a bordo de la *Kalyt 9*. Tiempo estándar 15-3-178002, última calibración 4-2. Posición cuadrícula 2014-BQA-57, en órbita alrededor del segundo planeta del sol G-101, corto y cerrado.

—¿Vas a enviar algo así?

—¿Por qué no?

—Esas últimas frases son un poco... insolentes, ¿no?

Nillian sonrió agitando la cabeza, se dobló sobre los mandos de la radio y con un rutinario toque descargó el envío múltiple de su informe de vuelo.

—El problema contigo, Nargant —aclaró después— es tu educación ajena a la vida. Has crecido creyendo que los reglamentos son más importantes que todos los hechos que te pueden acontecer y tienes la idea de que la más mínima desobediencia mata instantáneamente. No es que hayas aprendido mucho más, pero esa obediencia se te ha grabado en la carne y en los huesos y algún día, cuando fallezcas y te diseccionen, se encontrará, en vez de tu médula ósea, obediencia cristalizada.

Nargant contempló fijamente sus manos como si intentara ver a través de la piel para examinar si Nillian tenía razón o no.

—No conseguirás hacer de mí un rebelde, Nillian —murmuró con desagrado.

Lo más estúpido era que él mismo lo percibía. Desde que viajaba junto con los antiguos rebeldes y los tenía junto a él, se sentía como un fósil.

—No te convertirás ya en un rebelde, soldado imperial —le respondió Nillian. Ahora estaba serio—. Por suerte eso ya no es necesario. Pero preferiría que olvidaras un poco tu viejo adiestramiento. No sólo por ti, también por mí. ¿Cuánto tiempo llevamos ya de viaje? Unos cuarenta días. Cuarenta días, solos tú y yo en esta pequeña nave expedicionaria, y para ser sinceros, no sé todavía si de verdad me aprecias. O si solamente aguantas conmigo porque te lo han ordenado.

—Por supuesto —dijo Nargant—. Te aprecio mucho.

Sonó terriblemente forzado. ¿Le he dicho yo eso alguna vez a nadie? Reflexionó asustado.

—Gracias. Yo también te aprecio mucho, debo decir, y por eso me pongo nervioso cuando me tratas con tanto envaramiento, como si después del vuelo tuviera que presentar un informe acerca de tus convicciones políticas para una comisión de sacerdotes o al Consejo de la Rebelión.

—¿Envaramiento...?

—¡Sí! Con tanta precaución, tanto cuidado, sin pronunciar ninguna palabra equivocada y siempre haciéndolo todo bien... Yo creo que debieras ponerte delante del espejo cada mañana y cada tarde y decirte en voz alta a la cara: «¡Ya no hay ningún Emperador!». Y eso durante un par de años.

Nargant caviló si lo estaba diciendo en serio.

—Podría intentarlo.

—Se trata simplemente de que desconectes de vez en cuando ese maldito censor que te han implantado en el cerebro y que digas directamente lo que te venga a la cabeza, sin importar lo que yo piense de ello. ¿Crees que podrías hacerlo al menos de vez en cuando?

—Lo intentaré. —A veces encontraba a los rebeldes verdaderamente irritantes.

¿Por qué, para empezar, se reía al escuchar su respuesta?

—¿Y crees que podrías por una vez violar algunos reglamentos? ¿Interpretar libremente algunas órdenes?

—Humm... no sé. ¿Cuáles, por ejemplo?

Un brillo conspirativo apareció en los ojos de Nillian.

—Por ejemplo, la orden de que no debemos aterrizar en ningún planeta.

A Nargant se le heló el aliento.

—¿No pretenderás...?

Nillian asintió violentamente con la cabeza y sus ojos relampaguearon con ansia de aventura.

—¡Pero eso no puede ser! —El mero pensamiento dejaba boquiabierto a Nargant. Y después de la conversación se sentía presionado. Oyó cómo su corazón latía más deprisa—. Tenemos órdenes estrictas, ¡estrictas!, de no aterrizar en el planeta que sobrevolemos.

—No vamos a aterrizar. —Nillian sonrió ampliamente. Era difícil de decir si se trataba de una sonrisa malévola o divertida o de las dos cosas—. Sólo nos introduciremos un poquito en la atmósfera...

—¿Y entonces...?

—Me dejas con el bote salvavidas.

Nargant respiró profundamente y apretó los puños. La sangre latía en sus sienes. Desvió la mirada, fijó los ojos en una de las extrañas estrellas que se veían silenciosas y misteriosas a través de las portillas. Pero tampoco ella podía ayudarle.

—No podemos hacer eso.

—¿Por qué no?

—¡Porque se trata de la violación de una orden expresa!

—Tis, tis —dijo Nillian—. Terrible. —Y se quedó callado.

Nargant evitó sus ojos. Ya conocía al antiguo rebelde lo suficientemente bien como para saber que le estaba contemplando con impaciencia.

El planeta G-101/2 colgaba como una bola marrón grande y sucia sobre ellos. No se podía vislumbrar ninguna ciudad con los ojos desnudos.

—No sé qué es lo que vas a conseguir con ello —suspiró Nargant por fin.

—Conocimiento —dijo Nillian simplemente—. No sabemos mucho, pero algo ya sabemos con toda seguridad. No vamos a descubrir nada de lo que pasa aquí si solamente sobrevolamos un planeta tras del otro y hacemos las típicas mediciones estandarizadas desde la órbita.

—Pero hemos averiguado ya muchas cosas —le repuso Nargant—. Todos los planetas que hemos sobrevolado hasta ahora están ocupados por seres humanos. Por todos lados hemos encontrado civilizaciones planetarias de un nivel bastante primitivo. Y por todos lados hemos encontrado huellas de una guerra muy lejana en

la que se utilizaron armas atómicas.

—Aburrido —dijo el joven copiloto—. En suma, esto sólo confirma lo que de todos modos ya sabíamos.

—Pero se trataba de simples leyendas, informes apenas creíbles de un puñado de contrabandistas. Sólo ahora lo sabemos por experiencia propia.

Nillian perdió de repente los estribos de tal modo que Nargant se estremeció.

—¿Y eso te deja frío? —gritó enfadado—. Estamos cruzando una galaxia que al parecer era parte del Imperio desde hacía un tiempo inmemorial, ¡pero que no estaba marcada en ningún mapa estelar! Hemos descubierto una región perdida del Imperio sobre la que no hay ninguna información en el archivo imperial. Y nadie sabe por qué. Nadie sabe qué es lo que nos espera. ¡Se trata de un secreto increíble!

Se calmó de nuevo como si esta explosión le hubiera dejado agotado.

—Y cuando uno se imagina que hasta la senda que conduce a ese secreto sólo se encontró gracias a una cadena de casualidades... —Sus manos comenzaron a dibujar con los dedos extendidos unos extraños círculos—. Fueron necesarias todas esas casualidades para traernos aquí. El gobernador de Eswerlund que hizo buscar el escondite de los contrabandistas como si no hubiera tenido nada más importante que hacer... el técnico que revisó la memoria en la nave requisada en lugar de borrarla y que dio en ella con el mapa estelar de la galaxia Gheera... la votación en el Consejo, que decidió esta expedición con sólo un voto de mayoría... Y aquí estamos nosotros. Y es nuestro maldito deber el descubrir tanto como podamos de lo que está pasando aquí y de cómo pudo suceder que una enorme parte del Imperio estuviera perdida y olvidada durante decenas de miles de años.

Nargant guardó silencio. Pasó el dedo lentamente por la tapicería desgastada de la palanca de mandos principal, sintió cosquillas al tocar los arañazos y grietas de los que se salía el relleno.

—¿Qué es lo que planeas? —Quería evitar a toda costa que alguien pudiera decir después que había dado su consentimiento.

Nillian suspiró.

—Me dejas con el bote en la atmósfera. Aterrizo en las cercanías de alguna población e intento tomar contacto con los habitantes.

—¿Y cómo vas a hacerte entender?

—A juzgar por las emisiones de radio que hemos captado, allá abajo se habla una forma muy antigua de paísi. Hará falta quizá acostumbrarse un poco, pero pienso que lo conseguiré.

—¿Y si no?

Nillian encogió los hombros.

—Quizás me haga el sordomudo. O intente aprender el idioma.

Se alzó del sillón.

—Ya se me ocurrirá algo. —Y diciendo esto bajó por la estrecha escalerilla que conducía a la parte inferior de la nave.

Nargant vio que el rebelde no iba a dejarse convencer para renunciar a sus intenciones. Le siguió hacia abajo, con un aspecto como de ceder ante lo inevitable, y vio con absoluto desagrado cómo Nillian cargaba el bote: la tienda de campaña, que en realidad estaba pensada para aterrizajes de emergencia, algunas provisiones y algunos instrumentos de medición necesarios para exploraciones planetarias y que de hecho en este viaje deberían haberse quedado en el armario.

—Toma un arma —le aconsejó.

—Tonterías.

—¿Qué harás cuando te veas en una situación peligrosa? ¡Al fin y al cabo los de allá abajo son seres humanos!

Nillian se detuvo y se volvió. Se cruzaron sus miradas.

—Confío en ti, compañero —dijo el joven rebelde finalmente con una extraña risa cuyo significado Nargant no supo adivinar.

Un corto encendido de los motores fue suficiente para frenar la nave expedicionaria hasta el punto de que dejara su órbita y se hundiera más profundamente. El planeta se hizo más grande y más grande y pronto se pudo oír por toda la nave el enervante silbido de las primeras partículas atmosféricas que barrían el casco a enorme velocidad. El silbido se convirtió en un aullido y por fin en un bramido ensordecedor mientras la nave espacial caía en las capas más bajas de la atmósfera.

Nargant frenó más y pasó a una órbita parabólica que en su punto más bajo debía acercarse bastante a la superficie del planeta para luego catapultar la nave de vuelta al espacio.

—¿Listo?

—Listo.

Poco antes de alcanzar el vértice más profundo, lanzó el bote. Los dos aparatos se separaron tan elegantemente como si sus pilotos no hubieran hecho otra cosa desde hacía años. Nargant se elevó disparado hacia el negro cielo y se puso en una órbita muy alta, estacionaria, con la que seguía la rotación del planeta y de este modo se mantenía aproximadamente sobre el lugar en el que estaba Nillian. A medida que el trueno de los motores se extinguía y la nave se recuperaba entre crujidos del esfuerzo realizado, conectó la radio.

Nillian estaba ya informando.

—Estoy sobrevolando una población. Se podría decir que es casi una ciudad... muy extendida, muchas casas pequeñas y callejones estrechos pero también caminos anchos. Veo algunas zonas verdes y jardines. Una especie de muro rodea toda la población, también los jardines. Fuera de los muros de la ciudad parece no haber más

que desierto y estepa, en cualquier caso, en algunos puntos hay una escasa vegetación. Se ven algunos animales pastando, seguramente hay aquí ganadería.

Nargant echó una mirada para comprobar la grabadora. El robusto aparato funcionaba incansablemente y grababa cada palabra.

—A mi derecha percibo una formación de rocas altas y oscuras que se ven bien desde el aire. El escáner hace sospechar que hay cuevas. Aterrizaré allí. Quizás sirva como punto de apoyo.

Nargant crispó el rostro. ¡Cuevas! Como si en un planeta tan árido no se pudiera encontrar otro lugar —y sobre todo uno más seguro— para plantar una tienda neumática.

—¡Ahí va! Hay también algunos edificios alrededor de la ciudad. Algunos se hallan bastante lejos de la población, a varias horas de marcha a pie, diría yo. Los sensores infrarrojos afirman que los edificios están habitados. Veo algo más que podría ser humo de una chimenea.

Era una locura. Toda esto era una completa locura. Nargant se masajeó la nuca y deseó estar muy lejos de allí.

—Volaré ahora un trecho largo hacia el sur hasta que vea de nuevo las rocas que son mi objetivo. Es verdad que son una estupenda marca óptica desde el aire. Me acerco a ellas y voy a aterrizar.

Nargant sacó un trapo y comenzó a limpiar las tapaderas de las pantallas. Yo se lo desaconsejé, pensaba. Quizás tenía que haber insistido en que se inscribiera mi opinión negativa en el diario de a bordo.

Se pudo oír el duro sonido de los patines de aterrizaje al plantarse en el suelo y luego el zumbido de los motores de gravedad al ir apagándose.

—Ya he aterrizado. Acabo de abrir la escotilla y estoy respirando la atmósfera del planeta. El aire es respirable, bastante caliente y lleno de olores. Huele a polvo y excrementos y además hay un olor dulce, como de descomposición... Naturalmente estoy ahora bastante más sensibilizando, después de no haber respirado durante meses enteros otra cosa que aire estéril de nave espacial, pero creo que puedo salir sin filtro para respirar. Voy a bajar ahora para buscar entre las rocas un lugar adecuado para la tienda.

Nargant suspiró y miró hacia afuera. A través de la escotilla a su derecha podía contemplar la más grande de las dos lunas del planeta. El planeta tenía otro satélite, mucho más pequeño, que giraba en dirección contraria y que necesitaba menos de dos días planetarios para dar la vuelta completa. Sin embargo, en aquel momento no podía verse la luna pequeña.

—Es un lugar bastante rocoso y escarpado. Creo que voy a interrumpir la conexión por un momento, colgaré el aparato en mi cinturón y utilizaré ambas manos. ¿Me estás escuchando todavía, Nargant?

Nargant se inclinó sobre el micrófono y apretó el botón de encendido.

—Por supuesto.

—Tranquiliza saberlo —escuchó la risita de Nillian—. Me acabo de dar cuenta de que estoy a algunos millones de años luz de casa y de que eso es un camino bastante largo a pie, si me dejas colgado. Así que hasta luego.

Un pequeño chasquido y el altavoz se quedó mudo. La grabadora se detuvo sola. Los acostumbrados sonidos de la nave cubrieron a Nargant: el casi inaudible gruñido del aparato de ventilación, de vez en cuando el chasquido extrañísimo de los motores y los variados susurros y golpeteos de los instrumentos en la consola de mandos.

Al cabo de unos minutos Nargant se descubrió a sí mismo contemplando como hipnotizado las cifras del reloj de a bordo y esperando el siguiente contacto por radio. Irritado, se levantó y bajó a la sala de estar para echar un trago.

Me enfado conmigo mismo, reconoció. Nillian tiene ahora su aventura y yo estoy aquí en la órbita y me muero de aburrimiento.

Pasó un tiempo largo e intranquilizador hasta que Nillian llamó de nuevo.

—Acabo de tener mi primer contacto con un indígena. Un anciano. La comprensión funcionó muy bien, mejor de lo esperado. Pero seguramente lo he turbado un poco con mis palabras. En realidad yo pensaba que aquí no habría nadie, pero después de lo que me ha contado creo que debe de haber en estas cuevas alguna clase de piedras preciosas y de vez en cuando viene gente para buscarlas. Era muy charlatán, hemos conversado muy a gusto. Es interesante que por aquí consideran al Emperador como antes, como un gobernante inmortal y divino, incluso aunque no saben mucho más sobre el Imperio. Cuando le hablé de la rebelión no quiso creerme ni una palabra.

Nargant podía acordarse bien de la época de su vida en que el Emperador había sido también para él el centro del universo. Incluso ahora, después de veinte años de esforzada y sangrienta secularización, sentía todavía un dolor en el lugar en el que antes había estado esa fe. Un dolor que tenía que ver con la vergüenza, con el sentimiento de haber fracasado, con pérdida.

El joven rebelde lo había tenido fácil. Él era por entonces un niño y no había sido sometido en toda su educación a la aplastante maquinaria de la casta de sacerdotes. Ni siquiera sospechaba con qué torturas tendría que debatirse quizás por el resto de su vida alguien como Nargant.

—Por suerte aterricé con el bote en una zona difícil. No creo que lo haya visto. Pese a ello voy a buscarme otro lugar para mi campamento.

El resto del día transcurrió con tranquilidad. Nillian sobrevoló diversos lugares y tomó fotografías que luego envió a la nave. Nargant pudo contemplar las fotografías en el monitor. Imágenes de paisajes amplios y áridos, de chozas viejas, torcidas, ruinosas, y de senderos apenas reconocibles que discurrían interminables a través de

quebradas rocosas.

A la mañana siguiente Nillian renunció a sus intenciones originales de marchar simplemente hacia la ciudad y observar, y pasó todo el día buscando caminantes solitarios que viajaban a pie o en pequeños animales de montura. Aterrizaba a una distancia segura, se les acercaba y les preguntaba. Durante uno de esos contactos, una anciana le entregó un completo juego de ropas indígenas a cambio de su brazalete, que era increíblemente valioso. Esa capacidad de sacrificio de Nillian impresionó involuntariamente a Nargant, y tuvo que conceder que también le tranquilizaba la precaución con la que actuaba el rebelde.

A mediodía del día siguiente Nillian descubrió a un hombre que parecía haberse perdido en el desierto.

—Lo estoy observando desde hace algún tiempo. Me resulta extraño que un hombre viaje por aquí a pie. Sólo puede venir de la ciudad y desde allí debe de llevar por lo menos un día entero de viaje. Allá abajo reina un calor infernal y no hay agua por ningún lado. Parece que el hombre cae una y otra vez.

Guardó silencio por un momento.

—Ahora ya no se levanta. Seguramente ha perdido el sentido. Bien, de este modo no verá el bote. Aterrizo.

—Inyéctale un tranquilizante —le aconsejó Nargant—. Si no, se despertará dentro del bote y no sabes cómo reaccionará. —Buena idea. ¿Qué ampolla es? ¿La amarilla? —Sí. Dale sólo media dosis. Debe de tener la tensión bastante baja. —De acuerdo.

Nargant siguió a través de los sonidos que salían del altavoz cómo Nillian cogía al hombre inconsciente y se lo llevaba a un lugar frío y a la sombra. Allí le hizo beber botella y media de agua. Luego hubieron de esperar hasta que el rescatado despertara.

—Nargant, habla Nillian.

Nargant se levantó. Se había quedado dormido en el sillón del piloto.

—¿Sí?

El altavoz crepitó y crujió un poco. Luego, Nillian preguntó:

—¿Te dice algo la expresión «alfombras de cabellos»?

Nargant se rascó el pecho sin saber qué decir y reflexionó.

—No —dijo por fin—. Como mucho puedo llegar a imaginarme que se trata de una alfombra que está hecha de cabellos o, al menos, que lo parece. ¿Por qué lo preguntas?

—He estado hablando un poco con el hombre. Me ha contado que su profesión es la de tejedor de alfombras de cabellos. Profesión no es quizás la palabra correcta. Por lo que dijo, parece más bien una casta social. En cualquier caso me he asegurado de que él quiere decir de verdad que teje una alfombra de cabellos y además de cabellos humanos.

—¿De cabellos humanos?

Nargant todavía estaba intentando despertarse del todo. ¿Por qué le contaba Nillian todo esto?

—Debe de ser una tarea muy complicada. Si no le he entendido del todo mal, necesita una vida entera para tejer una sola de esas alfombras.

—Suena bastante extraño.

—Eso mismo le he dicho, y él estaba completamente desconcertado con mis palabras. Tejer esos tapices debe ser aquí algo como una actividad sagrada. Por cierto que del hecho de que yo no supiera lo que es una alfombra de cabellos ha deducido con mucha agudeza que vengo de otro planeta.

Nargant se apresuró a tomar aliento.

—¿Y qué has dicho tú?

—Lo he reconocido. ¿Por qué no? Me parece interesante que la gente de aquí sepa que hay otros mundos habitados. No me lo habría esperado, después de lo primitivo que se ve todo.

Para su propio asombro percibió Nargant que le temblaban las manos. Sólo ahora se daba cuenta de que se sentía verdaderamente mal, mal a causa del miedo. En su interior había una tensión que sólo cedería cuando esta aventura hubiera pasado y Nillian estuviera de nuevo a bordo, una tensión que contra toda razón intentaba proteger a ambos de las consecuencias de su insubordinación.

—¿Qué es lo que planeas? —preguntó, en la esperanza de que su voz no delatara nada de todo ello.

—Me interesan esas alfombras de cabellos —afirmó Nillian despreocupado—. Le he pedido que me muestre la alfombra en la que está trabajando pero dice que no puede. No tengo ni idea de por qué. Ha murmurado algo que no he entendido. Pero vamos a visitar a un colega suyo, otro tejedor de cabellos, y allí podré ver su alfombra. Era una cuestión corporal. Su razón sabía que los rebeldes tenían otra concepción de disciplina, pero su cuerpo no sabía nada de ello. Su cuerpo prefería antes morir que desobedecer una orden.

—¿Cuándo vais a ir allí?

—Le he dado un reconstituyente. Esperaré hasta que empiece a funcionar. Una hora, quizás. El hombre estaba verdaderamente destrozado. Pero no se deja sacar qué es lo que buscaba en el desierto. Una historia bastante misteriosa, toda ella.

—¿Llevas el traje indígena?

—Por supuesto. Por cierto que es terriblemente incómodo. Pica en sitios que ni siquiera sabía que existieran.

—¿Cuándo volverás a contactar?

—Inmediatamente después de la visita a casa del otro tejedor de cabellos. Tenemos una marcha a pie de dos o tres horas delante de nosotros. Por suerte el sol se

halla ya bastante bajo y no hace tantísimo calor. Puede ser que nos inviten a pernoctar, lo que yo, por supuesto, no podré rechazar.

—¿Llevas la radio contigo por si acaso?

—Por supuesto. —Nillian se rió—. Eh, ¿te preocupas por mí?

Nargant sintió un pinchazo ante esas palabras. En realidad no, reconoció, y se sintió odioso y malvado. En realidad sólo se preocupaba por sí mismo, por lo que le podría pasar si le sucediera algo a Nillian. No se merecía el afecto que le profesaba el joven rebelde, pues era incapaz de corresponderlo. Todo lo que podía era envidiar su ligereza y su libertad interna y sentirse a su lado como un tullido.

—Estoy terriblemente cansado —explicó evasivo—. Voy a intentar dormir un poco. Mucha suerte. Corto.

—Gracias. Corto —respondió Nillian. Se escuchó un perceptible chasquido y la grabadora se desconectó de nuevo.

Nargant se quedó sentado, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Se sentía como si le vibraran los glóbulos oculares. Con toda seguridad no iba a ser capaz de dormir, pensó. Pero se quedó dormido antes de que pudiera abrir siquiera una vez más los ojos y cayó en un sueño intranquilo.

Cuando se despertó de nuevo, necesitó un buen rato para darse cuenta de dónde estaba y de lo que estaba pasando. Con el cerebro embotado, miró fijamente las cifras del reloj de a bordo e intentó averiguar sin éxito cuánto tiempo había dormido. En cualquier caso, el contador de la grabadora no se había movido y esto significaba que Nillian no había vuelto contactar.

Se acercó a una escotilla y miró hacia afuera, a la tremenda esfera del planeta. Una interminable zona de día que alcanzaba de polo a polo discurría a través de la superficie de color pardo sucio. Recibió una fuerte impresión cuando se dio cuenta de inmediato de que en la región donde se hallaba Nillian era ya temprano por la mañana. Había dormido toda la noche.

Y Nillian no había contactado.

Tomó el micrófono y activó la emisora con un movimiento excesivo. —¿Nillian?

Esperó, pero todo estaba en silencio. Adoptó un tono más formal:

—¡Kalyt 9 llamando a Nillian Jegetar Cuain, por favor, informa! Tampoco sucedió nada.

Transcurrió el tiempo y Nillian no contactó. Nargant se sentó en su sillón de piloto y dijo una y otra vez el nombre de Nillian en la radio, durante horas. Hizo retroceder la grabadora y escuchó lo grabado, pero no había nada, ninguna llamada de Nillian. No fue consciente de que se mordía sin pausa el labio inferior y de que éste había comenzado a sangrar.

Se sentía por así decirlo desgarrado por dos impulsos que tiraban de él como dos fuerzas de la naturaleza. Por un lado estaba la orden clara, precisa e irrefutable de que

no aterrizaran en el planeta observado, y la obediencia, de la que él había estado tan orgulloso. Desde el principio había sabido que esta historia saldría mal, desde el mismo principio. Una única persona, sola en un planeta desconocido, en una cultura desconocida, con la que el Imperio no había tenido contacto desde hacía decenas de miles de años. ¿Qué otra cosa podría hacer un solo hombre que no fuera correr hacia su propia muerte?

Por el otro lado estaba aquel nuevo sentimiento de la amistad, de saber que en algún lugar allá abajo había un hombre que quizás estaba en una situación peligrosa y ponía todas sus esperanzas en él, un hombre que creía en él y que se había esforzado en ganar su amistad pese a que sabía que al antiguo soldado imperial le resultaban difíciles esas cosas. Quizás ahora, en aquel preciso instante, dirigía Nillian sus ojos al oscuro cielo sobre el cual sabía que había una nave espacial pequeña y frágil y esperaba de ella la salvación.

Nargant respiró profundamente y se tensó. Había llegado a una conclusión y la decisión le daba nuevas fuerzas. Con movimientos bien ejercitados preparó todo para una transmisión múltiple.

—Al habla Nargant, piloto de la nave expedicionaria *Kalyt 9*. Llamo al acorazado *Trikood*, bajo mando del comandante Jerom Karswant. ¡Atención, esto es una emergencia!

Pausa. Sin percibir lo que hacía, Nargant se limpió las gotas de sudor de la frente. Se sentía como si no sólo se tratara de una emisión de radio sino que también tuviera que efectuar lo que tenía que decir y lo que tenía que hacer con todo su cuerpo, con el uso de todas sus fuerzas. Sabía que no tenía que pensar demasiado, si no al final no enviaría el mensaje. Simplemente hablar y enviar en el acto y que luego venga lo que tenga que venir. Desconectó el botón de pausa.

—Desobedeciendo nuestras órdenes, mi compañero Nillian Jegetar Cuain ha bajado hace más de tres días de tiempo estándar a la superficie del planeta G-101/2. Su intención era realizar más investigaciones entre sus habitantes. Su último contacto se produjo hace más de ocho horas. Los siguientes hechos son de interés...

Hizo un informe escueto, completo y sin hacer caso a los temblores de sus piernas.

—Pido se me envíen órdenes. Nargant, a bordo de la *Kalyt 9*. Tiempo estándar 18-3-178002, última medición 4-2. Posición de cuadrícula 2014-BQA-57, en órbita alrededor del segundo planeta del sol G-101, corto.

Estaba mojado de sudor cuando emitió la grabación. Ahora todo llevaba su camino. El mensaje volaba a toda prisa, dividido en partículas de información, a través de una dimensión incomprensible, hacia su objetivo, y nadie podía hacerlo retroceder. Nargant dejó caer el micrófono y se preparó para esperar largo tiempo. Estaba cansado, pero sabía que no podría dormir.

En las horas que siguieron, pronunció una y otra vez el nombre de Nillian a través del aparato de radio electromagnético. Sus nervios estaban como ardiendo y el presentimiento de una desgracia le atormentaba.

De repente se encendió el anaranjado piloto de entrada de la emisora y la grabadora se puso en marcha automáticamente. Nargant se despertó de un intranquilo sueño matutino. ¡La nave comandante de la flota de Gheera contactaba!

—Aquí habla el acorazado *Trikood*. *Kalyt 9*, confirmamos la recepción de su mensaje de tiempo estándar 18-3-178002. La dirección de la expedición le imparte la orden de interrumpir sus exploraciones y regresar lo más rápidamente posible. Corto.

Parecía que el tiempo se había detenido. Nargant ya no escuchaba más que el salvaje latir de su corazón y el zumbido de la sangre que le bullía en los oídos. ¡Error! ¡Error! ¡Error!, creía oír, gritaba interminablemente el ritmo de su pulso. Había cometido un error. Había permitido que se cometiera un fallo. Había desobedecido y ahora sería castigado rigurosamente. Todo lo que aún podía hacer por su honor era volver tan rápido y sumiso como pudiera para recibir su castigo.

Las manos de Nargant volaron sobre los mandos.

El susurro y el murmullo de los instrumentos del cuadro de mandos se apagó cuando se despertaron los colosales motores en las entrañas de la nave se hicieron vibrar el casco. El miedo había borrado todos los pensamientos, incluso el recuerdo de Nillian. Una aguja pasó de la zona roja a la verde mientras macizos grupos bombeaban rabiosamente energía en el motor y entonces Nargant aceleró, hizo que la pequeña nave se lanzara contra la oscura cúpula de estrellas. Cada uno de sus movimientos atestiguaba la rutina de toda una vida. Incluso medio muerto hubiera podido hacer volar la nave. Sin un solo movimiento de más, preparó la fase de vuelo más rápido que la luz y poco después hizo entrar a la *Kalyt 9* en una dimensión en la que rigen otras leyes. En esta dimensión no hay límites para la velocidad pero se está completamente solo. Ninguna señal de radio puede alcanzar una nave que esté viajando por ese incomprensible ultraespacio.

Así sucedió que Nargant, por sólo unos minutos, no pudo recibir la verdadera respuesta a su llamada de emergencia.

—*Kalyt 9*, al habla el comandante Jerom Karswant, a bordo de la *Trikood*. Atención, anulo la última orden que ha recibido. Esa orden es un mandato estándar dirigido a todas las naves expedicionarias. Nargant, quédense en órbita sobre G-101/2 e intente contactar por radio de nuevo con Nillian. Le envió el acorazado ligero *Salkantar*. Por favor, mida el siguiente punto de salida para una nave de ese tamaño y envíe las coordenadas exactas para que el *Salkantar* pueda alcanzarle lo más deprisa posible. Repito: no vuelva a la base, mantenga su posición y ayude al *Salkantar* a llegar allí. La ayuda va de camino.

Sólo mucho más tarde, después de que la nave expedicionaria *Kalyt 9* hubiera

llegado a la base de la expedición de Gheera y después de múltiples conversaciones con el *Salkantar*, que había intentado encontrar sin éxito la estrella G-101 sobre la base de cartas estelares imprecisas y llenas de fallos, comprendió Nargant que a causa del pánico no se había dado cuenta de que el mensaje que había tomado por la respuesta a su llamada de emergencia había llegado mucho antes de lo que, según las leyes de la física, debiera haberlo hecho, y de que en realidad se trataba de un mandato de rutina dirigido a todas las naves. Además se dio cuenta de que con su apresurado regreso había dejado a su camarada Nillian en la estacada y de que seguramente era responsable de su muerte.

Mantuvo una desagradable entrevista con el fornido comandante de la flota expedicionaria, pero el antiguo general rebelde no le castigó. Y ésa era quizás la pena más dura.

A partir de entonces, Nargant se decía cada mañana, cuando estaba delante del espejo en voz alta: «Ya no hay Emperador». Y cada vez, cuando pronunciaba estas palabras, sentía un hondo miedo en su interior, que le hacía doblarse y le recordaba al hombre que le había regalado su confianza y su amistad. Le hubiera gustado tanto haber podido corresponder a ambas. Pero no había sido capaz.

7. El recaudador de impuestos

Llevaba siguiendo las marcas del camino de comerciantes desde hacía días y en realidad no tenía motivo alguno para preocuparse: las piedras miliare, esculpidas de forma rústica, estaban dispuestas a distancias regulares y eran fáciles de reconocer. Pocas veces había desvíos de aquella ruta cubierta de pisadas. Pese a ello, suspiró involuntariamente cuando por fin apareció Yahannochia en el horizonte.

A su jibarat le daba igual. La montura no cambió su paso regular y pesado, tampoco cuando él, contra toda razón, intentó azuzarlo a base de golpes con la mano extendida. En lo que respecta a la velocidad adecuada para acometer largos viajes por tierra, los jibarat eran más razonables que los seres humanos.

Ahora veía las aisladas viviendas de los tejedores de cabellos entre las colinas. Llamativas y coloreadas las unas, sencillas, parduscas y pegadas a las rocas las otras, dependiendo del estilo y la época de la construcción de las casas. Había casas con tejados picudos y paredes de color rojo ardiente, otras, por su parte, eran planas y construidas a base de piedras labradas. Incluso vio una casa que era completamente negra y que desde lejos parecía como quemada.

Nadie le prestó atención cuando cabalgó a través de la puerta de la ciudad. Los chiquillos corrían alrededor, discutiendo a voz en grito y algunas mujeres charlaban junto a una esquina. Sólo un par de veces vio el miedo inconfundible en los ojos cuya mirada había recaído sobre las insignias en las albardas: las señales del recaudador de impuestos imperial.

Conocía bien el camino. No había cambiado mucho desde su última visita, que había sido hacía ya más de tres años. Todavía era capaz de encontrar el camino hasta el ayuntamiento a través de callejones estrechos, pasando junto a polvorientos y míseros talleres y oscuras tabernuchas, paredes sucias y pilares de madera llenos de hongos.

Una leve sonrisa se formó en sus labios. No le iban a engañar. Les iba a tasar y a gravar, sin piedad. Por supuesto, habían sabido que vendría. Lo sabían siempre. Y él llevaba al servicio del Emperador desde hacía décadas, conocía todos los trucos. No necesitaban creer que le iban a poder engañar con aquellas miserables fachadas. Si se miraba con cuidado, se podían ver los gruesos jamones colgados en los sótanos y los finos paños que yacían en los armarios.

¡Pandilla de ateos! Toda su lamentable existencia no daba para nada más que un puñado de impuestos y hasta de esto querían escabullirse.

Hizo detenerse a su jibarat delante del ayuntamiento y, sin desmontar, llamó a una de las ventanas. Un joven sacó la cabeza y le preguntó qué deseaba.

—Soy Kremman, el recaudador de impuestos y juez imperial. Anúnciame a las autoridades de la ciudad.

El joven abrió mucho los ojos al ver el sello imperial, asintió con la cabeza a toda prisa y desapareció.

Lo intentaban con toda clase de trucos. Allí de donde venía justamente ahora, habían quemado el libro mayor. Por supuesto no lo habían reconocido, nunca reconocían algo así: afirmaban que había sido un fuego en el ayuntamiento el que había destruido el libro. ¡Como si con ello pudieran librarse de los impuestos! Todo lo que habían conseguido era que él tuviera que quedarse más tiempo. Hubo que preparar un nuevo libro mayor, todos los ciudadanos hubieron de ser tasados de nuevo. Había habido lamentos y rechinar de dientes y las lágrimas habituales, pero él no se había dejado impresionar por ello y había cumplido con su deber. Sabía que en el futuro tendrían más cuidado. Esto no se lo harían a él de nuevo.

La puerta del ayuntamiento se abrió de golpe y un hombre viejo y gordo salió a trompicones, mientras se introducía las mangas de una túnica de ceremonias ricamente adornada. Jadeando, quedó de pie delante de Kremman, se metió por fin del todo en su túnica y miró entonces al recaudador de impuestos, con finas gotitas de sudor sobre su frente.

—¡Sed bienvenido en nombre del Emperador, Kremman! —gritó, nervioso—. Es bueno que hayáis venido, muy bueno, incluso, pues desde ayer tenemos a un sacrílego en las mazmorras y no sabemos qué hacer con él. Pero ahora podréis vos emitir un juicio de magistrado...

Kremman miró al hombre con desprecio.

—No me hagas perder el tiempo. Si es un sacrílego, entonces cuélgalo como manda la ley.

El alcalde asintió dando fuertes resoplidos, con tanto empeño que se podría haber creído que se iba a derrumbar en cualquier momento.

—Jamás os incomodaría con ello, magistrado, si se tratara de un sacrílego habitual, jamás. Pero no se trata de un sacrílego corriente, incluso diría que se trata de un sacrílego muy poco corriente y creo firmemente que...

¡Lo que se les ocurría! ¡Si toda esa inventiva la aplicaran a su trabajo en vez de a intentar engañarle!

Frenó la cháchara del otro con un movimiento de la mano.

—Primero quiero ocuparme de los libros, pues para eso he venido.

—Cierto, por supuesto. Perdonad mi falta de respeto. Debéis de estar cansado de vuestro viaje. ¿Queréis ver los libros inmediatamente o debo daros primero un alojamiento y procuraros un refresco?

—Primero los libros —continuó obstinadamente Kremman, y se dejó caer de su silla.

—Primero los libros, muy bien. Seguidme.

Kremman tomó la bolsa con sus utensilios de trabajo y se dejó llevar por el

anciano hacia la bóveda del sótano del ayuntamiento. Mientras, con movimientos cien veces realizados, montaba sus aparatos sobre una gran mesa, contempló silencioso cómo el anciano sacaba una oxidada llave y abría un armario grande y chapado de hierro en el que se guardaban los libros mayores de impuestos.

—Tráeme también los cambios —dijo Kremman después de que el alcalde le pusiera sobre la mesa el libro mayor sellado.

—Os los haré traer de inmediato —murmuró el hombre.

Kremman sonrió malévolamente mientras el alcalde se escurría hacia la puerta. Había quizá creído que le iba a poder distraer de su tarea con no sé qué historias. Y ahora estaba decepcionado porque no había funcionado.

Los pillaría. En algún momento los pillaba a todos.

Luego se puso a trabajar. Primero había de comprobar si el sello del libro de impuestos de Yahannochia estaba de verdad intacto. Kremman tocó las correas que rodeaban al libro. Estaban intactas. Quedaba el sello en sí. Lo pesó para probarlo en la mano, lo examinó con ojo crítico. Había visto en su vida miles de sellos rotos y recompuestos, y sin embargo éste era un punto en el que se demoraba y no se permitía caer en la rutina. El sello del libro de impuestos era el punto más sensible del sistema. Si alguna vez fueran capaces de falsear un sello sin que él lo supiera, le tendrían cogido. Si se llegaba a saber, esto le costaría la cabeza. Y si no se sabía, entonces podrían chantajearlo hasta el fin de sus días.

El joven que le había abierto la ventana —seguramente el servidor municipal— entró y trajo el libro de cambios de la ciudad. Kremman le señaló con un ademán malhumorado que lo dejara sobre la mesa y cuando se dio cuenta de la curiosidad del otro, le miró con un aire tan envenenado que aquél prefirió desaparecer de nuevo tan rápido como le fuera posible. No necesitaba espectadores aquí.

Con cuidado, Kremman colocó su sello sobre la pieza de cera. Para su alivio, coincidía. Tampoco una meticulosa revisión con una potente lente le permitió encontrar irregularidades.

No se atreverían. No habían olvidado que había sido él quien, siendo un joven recaudador de impuestos, había descubierto en la Ciudad de las Tres Corrientes un falso sello. No habían olvidado con qué dureza había tasado de nuevo a toda la ciudad y les había impuesto una multa adicional, de tal modo que a los ciudadanos se les saltaron las lágrimas.

Quedaba la última prueba. Después de echar un vistazo hacia la puerta para asegurarse de que de verdad no miraba nadie, tomó un pequeño cuchillo en la mano y comenzó a raspar cuidadosamente la imagen del sello. Ése era el secreto que quedaba oculto cuando alguien rompía el sello sin más o lo fundía. Bajo la primera imagen del sello había una segunda que sólo dedos hábiles y experimentados podían hacer visible. Kremman raspó con un cuidado infinito hasta que una diferencia de colores

en la cera mostró el límite entre las capas. Sólo una pequeña palanca con el cuchillo que le había costado años aprender, y la capa superior de cera saltó limpiamente. Allí estaba el sello secreto, una señal minúscula que sólo conocían los recaudadores imperiales. Kremman sonrió satisfecho, tomó una vela y fundió completamente el sello con ella. Hizo gotear la cera en una pequeña escudilla de hierro. Cuando todo hubiera pasado, haría con ella un nuevo sello.

Luego abrió el libro. Ese instante le electrizaba desde que podía recordar. Ese instante de poder. En aquel libro estaban inscritas las propiedades de todos los ciudadanos, las riquezas de los ricos y las escasas posesiones de los pobres. En aquel libro, con un simple trazo de pluma, decidía él la escasez o el bienestar de una ciudad entera. Casi con ternura pasó las páginas que crujían bajo el peso de los años y su mirada acarició las marchitas hojas llenas de antiquísimas anotaciones, plenas de cifras, firmas y sellos. Los alcaldes podían llevar sus túnicas de ceremonia para ser vistos y pavonearse ante las gentes: con aquel libro y su derecho a escribir en él, era Kremman quien tenía el verdadero poder en sus manos.

Casi no podía apartarse. Con un suspiro apenas audible, tomó el otro libro en sus manos, el libro de cambios de la ciudad. Éste era bastante más normal, casi vulgar. Se podía ver que cualquiera podía escribir en él. Era una prostituta. Kremman lo hojeó con cierta resistencia y buscó su última anotación. Luego pasó con rapidez las páginas siguientes con los cambios, los nacimientos y las defunciones, los matrimonios, las emigraciones e inmigraciones y los cambios en los estamentos profesionales. No era tanto como él se había temido dado el largo tiempo pasado. Terminaría rápidamente con las tasaciones y luego le quedaría tiempo para algunas pruebas al azar. Quería saber si en aquella tranquila ciudad realmente actuaban todos conforme a derecho.

Con la nariz ligeramente arrugada leyó la última anotación. Habían lapidado hacía poco a su único maestro, al parecer bajo el influjo de un predicador vagabundo. La acusación anotada a posteriori se refería a agnosticismo. A Kremman no le gustaba cuando algún predicador venido de no se sabe dónde hacía el papel de juez. Y en una ciudad sin maestro disminuían a corto o largo plazo los impuestos recaudados, lo mostraba la experiencia una y otra vez.

Reinaba un agradable silencio en la bóveda del sótano. Kremman sólo oía su propio aliento y el rasgueo del cañón de la pluma que corría por el papel mientras formulaba sus listas. La primera lista se la daría después al servidor municipal. Contenía el nombre de todas las personas que eran invitadas al interrogatorio en el ayuntamiento, personas cuyas propiedades o estado familiar habían variado desde la última vez. En la segunda lista anotó los nombres de aquellos a los que él mismo buscaría y tasaría. Un par de nombres provenían del libro de cambios, el estado de las cosas hacía inevitable una tasación personal. El resto de los nombres se los propuso

su intuición, su sentido para maquinaciones silenciosas y su sensibilidad instintiva para con los intentos humanos de conservar lo más posible y de dar lo menos posible y de librarse de los deberes reconocidos. Confiaba totalmente en ese instinto y hasta ahora le había ido siempre bien. Leía el índice con los ciudadanos, leía la profesión, la edad y el estado y la última tasación y con algunos nombres sentía algo así como una llamada de alarma interna: estos nombres los apuntaba.

Podía imaginarse bien lo que estaba pasando en la ciudad. Entretanto se habría desplegado la noticia de su llegada hasta la última cabaña y ahora andarían conciliando con el corazón en un puño por si esta vez les tocaba a ellos. Y naturalmente se afanaban en esconder todo lo que era valioso: las joyas, las ropas nuevas, las buenas herramientas, la carne ahumada y las jarras de barro con las salazones. Mientras él estaba allí sentado y escribía sus listas, ellos se vestían con sus ropas más viejas, con trapos grises y sucios, se echaban grasa en las cabellos y porquería en el rostro, frotaban con cenizas las paredes de sus casas y cabañas y echaban estiércol en la habitación para que se llenaran de bichos.

Y él penetraría su mascarada. Creían que con cabellos descuidados y rostros sucios le iban a engañar, pero él miraría en las uñas de sus dedos y vería si tenían callos en las manos y entonces lo sabría. Encontraría cosas bajo la paja de sus lechos, detrás de armarios, bajo las vigas y en los sótanos. No había tantos escondrijos y él los conocía todos. En días en los que estaba de buen humor podría haberlo disfrutado como un reto deportivo. Pero tales días eran raros en él.

Cuando ambas listas estuvieron terminadas, Kremman cerró el libro y llamó al servidor municipal.

—¿Estás familiarizado con el proceso de una recaudación de impuestos? —le preguntó—. Te lo pregunto porque eres muy joven y no te conozco.

—Sí. Es decir, no. Me lo han explicado, pero no nunca lo he...

—Entonces haz lo que te diga. Ésta es una lista con nombres de ciudadanos que mañana voy a tasar. Los he dividido en cuatro grupos: para temprano por la mañana, para tarde por la mañana, por la tarde y temprano por la noche. Tú habrás de preocuparte por que todos aparezcan a su hora. ¿Has entendido?

El joven asintió inseguro. Es de verdad un novato, pensó Kremman con desprecio.

—¿Serás capaz?

—¡Sí, por supuesto! —se apresuró a asegurar el servidor municipal.

—¿Cómo vas a proceder?

Ahí le tenía. Kremman le vio tragar saliva y mirar al suelo de acá para allá, como si fuera a encontrar en él la respuesta, con los ojos desencajados, murmurando algo ininteligible.

—¿Qué has dicho? —se emperró Kremman con una deleitación cruel—. No te he

entendido.

—He dicho que no lo sé.

Kremman le examinó como se examina a un repugnante insecto.

—¿Conoces a los ciudadanos de esa lista?

—Sí.

—¿Qué te parecería pasarte hoy por casa de cada uno de ellos y decírselo?

El joven, tenso, asintió pero no se atrevió a mirarle a los ojos.

—Sí. Sí, eso haré.

—¿Cómo te llamas?

—Bumug.

Kremman le alcanzó la lista.

—Te toca por la tarde.

—¿Por la tarde? —Ahora miraba de nuevo al recaudador de impuestos, turbado —. ¿Yo? ¿Qué quiere decir eso?

Kremman sonrió sardónico.

—Tú estás también en la lista, por supuesto, Bumug.

Como siempre, el recaudador imperial de impuestos ocupó el alojamiento municipal para invitados. Cada ciudad que visitaba se encontraba en un conflicto en lo relativo al mobiliario de dicho alojamiento y a la alimentación de dicho huésped. Por un lado, a causa del miedo intentaban que no padeciera incomodidad alguna para no causar su ira. Por el otro lado, no se le quería dar la idea de que se hallaba en una ciudad próspera.

Para su suerte, vencía casi siempre el deseo de sobornarle, también aquí, en Yahannochia. Encontró una habitación limpia, una cama que habría sido digna de un rey y una mesa extremadamente bien provista. Introdujo el libro mayor de impuestos bajo la almohada. Mientras el libro no estuviera sellado, no lo dejaría ni un momento lejos de su vista.

Cuando a la mañana siguiente, con el libro apretado bajo el brazo, entró en el ayuntamiento, había ya una larga cola de resignados personajes esperando. Kremman respiró profundamente y adoptó un paso especialmente duro, decidido, para expulsar cualquier debilidad, cualquier resto de piedad, bonhomía o cualquier otro sentimiento que no fueran dignos de un recaudador de impuestos. Le esperaba un día duro, un día en el que de la mañana a la noche tendría que escuchar historias dignas de lástima y no debía permitirse ni un segundo de descuido, ni un momento de distracción sin traicionar su tarea, su sagrada tarea de recaudar impuestos para el Emperador.

Así marchó junto a la fila de ciudadanos sin dignarse a mirarles más de cerca, tomó asiento en la mesa que estaba preparada, sobre la que alguien ya había colocado útiles de escribir y una jarra de agua, abrió el libro mayor de impuestos y gritó el primer nombre de su lista:

—¡Garubad!

Un hombre fornido, con rostro gastado por los elementos y el cabello gris, se acercó, un dechado de robusta fuerza corporal, totalmente vestido de gastado cuero, y dijo:

—Yo soy.

—¿Eres ganadero?

—Sí.

—¿Qué tipo de ganado crías?

—Ovejas keppo, mayormente. Aparte, tengo algunos búfalos baraq.

Kremman asintió. Todo ello estaba también en su libro. El hombre daba una impresión de ser recto y temeroso de Dios, un caso sencillo.

—¿Cuántas keppos? ¿Cuántos baraaques?

—Doce centenas de keppos y siete baraaques.

Kremman consultó su libro.

—Eso quiere decir que el número de tus ovejas ha aumentado en la cuarta parte, mientras que el número de baraaques se ha quedado igual. Así que elevo tus impuestos en la misma medida. ¿Tienes alguna objeción?

El ganadero agitó la cabeza.

—No. Lo doy para el Emperador.

—Lo tomo para el Emperador —respondió Kremman con la fórmula tradicional y puso la marca correspondiente—. Gracias, puedes irte.

Había sido un buen principio. Al recaudador de impuestos le gustaba cuando un día de tasación comenzaba así. También aquí se dejaba llevar por su instinto, que le decía cuándo debía poner a alguien en su lista de pruebas y cuando debía creerle.

Fue un día atareado, pero pese a todo un día alegre. Por supuesto que hubo los habituales lamentos que rompían el corazón acerca de cosechas perdidas, ganado enfermo, hijos fallecidos y maridos huidos, pero no tan a menudo como de costumbre, e incluso Kremman se creyó algunas de las historias. En un ataque de indulgencia que hasta a él mismo le sorprendió, permitió incluso la devolución de impuestos a una mujer cuyo marido había muerto. Nadie debía decir que los recaudadores no eran humanos. Él simplemente cumplía con su deber, nada más, su deber sagrado, al servicio del Emperador.

Era ya tarde cuando realizó la última anotación a la luz de una lámpara de aceite y despidió la última persona. Miró con satisfacción su nueva lista, que contenía cinco nombres. No necesitaría más que el día siguiente para su prueba al azar y luego sólo le quedaría recontar todas las cifras juntas.

Cuando acababa de cerrar el libro llegó el alcalde embutido en su desmañada túnica de ceremonias.

—Si se me permite recordar otra vez que tenemos a ese sacrílego en las

mazmorras y...

—Primero los impuestos —le rechazó Kremman cansado, y se levantó—. Primero los impuestos y luego todo lo demás.

—Por supuesto —asintió el anciano sumiso—. Como vos queráis.

Entró en la primera casa sin anunciarse. Para las pruebas al azar era importante aparecer sin anunciarse, aunque en este sentido no se hacía ilusiones. Su camino a través de los callejones de Yahannochia había sido seguido discretamente por muchos ojos y todo lo que él hacía era de inmediato transportado en susurros.

Pero a aquellos dos los había sorprendido de verdad. Saltaron asustados cuando entró por la puerta. La mujer escondió su rostro y desapareció en otra habitación y el hombre se colocó como casualmente delante del recaudador, de modo que le quitara la vista de la mujer. Kremman sabía por qué. La presencia de una joven mujer en la casa inducía a algunos recaudadores a tasar primero un impuesto dolorosamente alto para luego ofrecer que se rebajaría el impuesto en el caso de que la mujer le regalara sus favores. Kremman, sin embargo, no había hecho eso nunca. Aparte de eso, las autoridades de Yahannochia, con sabia previsión, le habían traído la noche pasada una mujer, una mujer muy joven —conocían sus gustos— y él estaba, en ese sentido, satisfecho.

—Soy Kremman, el recaudador imperial de impuestos —declaró él al joven que le miraba tan enojado como asustado—. Según mis documentos os habéis casado el último año. Debo tasaros. Condúceme y muéstrame todo lo que os pertenece.

La mujer ya había desaparecido cuando entraron en la otra habitación. La aguda mirada del recaudador se posó en la ventana, que sólo estaba entornada. Kremman sonrió de rabia. Debía de haber huido a través de la ventana.

Abrió armarios, miró en jarrones, palpó la paja de los camastros y golpeó con los nudillos en paredes y vigas de madera. Como ya había imaginado, no encontró nada especial. Por fin, anotó una cantidad que a él le parecía adecuada en su lista.

El alivio del joven hombre era innegable.

—Lo doy para el Emperador —gritó.

—Lo tomo para el Emperador —respondió Kremman, y se fue.

El libro mayor de impuestos estaba de nuevo sellado y cerrado en su armario, el escrito de la lista de impuestos válida había sido hecho y encuadernado en el libro de cambios, y todo lo que quedaba por hacer era preparar el certificado de la recaudación.

De la recogida de los impuestos se encargaba la propia ciudad, él no tenía nada que ver con ello. Su tarea era, sencillamente, establecer la cantidad a recoger. Tampoco tenía nada que ver con el transporte del dinero. De esto se ocuparía el próximo mercader de alfombras de cabellos que pasara por Yahannochia. También para él estaba destinado el certificado, pues tendría que presentar cuentas en la ciudad

portuaria de la cantidad de dinero que se le hubiera confiado a él y a su carromato de acero.

La mayoría de las personas creían que los impuestos se le enviaban al Emperador, pero eso no era cierto. El dinero no abandonaba nunca el planeta. Este mundo enviaba únicamente un tipo de tributo a la corte del Emperador y ése eran las alfombras. Los impuestos se utilizaban tan sólo para pagar las alfombras de cabellos.

Por eso también eran los mercaderes de alfombras de cabellos quienes se dedicaban a transportar el dinero de los impuestos. Cuando alcanzaban por fin la ciudad portuaria, entregaban las alfombras de cabellos, el resto del dinero y el certificado del recaudador de impuestos.

Esos datos serían entonces confrontados con los apuntes que los maestros de los gremios de tejedores de alfombras de cabellos enviaban a la ciudad portuaria y así podía estimarse si un mercader había cumplido con su deber o si se había enriquecido injustamente.

—Ya se han fijado los impuestos —declaró Kremman con descuido cuando el alcalde entró en la habitación—. Si todavía tenéis algunas querellas para ser dirimidas por un juez imperial, éste es el momento para ello.

—No tenemos ninguna —respondió el anciano—, sólo, como he dicho, el sacrílego.

—Ah, sí, vuestro sacrílego. —Kremman dejó de escribir el certificado y se recostó hacia atrás—. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Ha dicho toda clase de cosas blasfemas, entre otras, que el Emperador ya no gobierna, sino que ha sido derribado, y otras locuras. Y eso, en presencia de dos respetados tejedores de cabellos, que están dispuestos a atestiguar el caso.

Kremman suspiró aburrido.

—Ah, los viejos rumores. Esas historias corren ya desde hace por lo menos veinte años y una y otra vez hay locos que piensan que deben reactivarlas. ¿Por qué no lo colgáis, simplemente? Un seductor del mal, nada más. Para eso está la ley.

—Bueno —opinó el alcalde mientras se desperezaba—, no estábamos seguros de si la ley sería de aplicación en este caso. El sacrílego es un extranjero, y uno muy extraño. No sabemos de dónde vino. Afirma que viene de otro mundo, tan alejado que no se le puede ver en el cielo.

—Eso no es nada especial. Los dominios del Emperador son grandes —repuso Kremman.

—Y afirma pertenecer a los rebeldes que habrían derrocado al Emperador, perdonad mis palabras, sólo repito lo que el extranjero ha dicho. Dice que vino en una nave espacial rebelde que gira alrededor de nuestro mundo...

El recaudador se rió.

—¡Absurdo! Si existiera tal nave espacial, seguramente no habría dudado en

emprender algo para liberarlo. Un loco, como ya os he dicho.

—Sí, eso pensábamos también nosotros —dijo el anciano con un ademán pensativo y vaciló un momento antes de añadir—. Sin embargo, lo que nos llevó a esperar vuestro juicio fue el haber encontrado la radio del extranjero.

—¿Una radio? —Kremman aguzó los oídos.

—Sí. La he traído.

Del interior de su túnica extrajo el alcalde una caja metálica pequeña y negra que sólo tenía un micrófono y algunos botones.

Kremman tomó el aparato y lo sopesó. Era asombrosamente ligero y extraordinariamente limpio, carecía de los rasguños y roces que mostraban casi todos los aparatos que el recaudador había visto toda la vida.

—¿Y estáis seguros de que se trata de una radio?

—Es lo que dice el extranjero. No sé qué otra cosa podría ser.

—¡Es tan... pequeña!

Kremman había poseído una vez una radio, hacía muchos años, una caja grande y maciza. Por entonces había enviado directamente sus tasaciones a la ciudad portuaria. Pero un día había habido una tormenta de arena, su montura se había caído y la preciada posesión se había destrozado contra una piedra.

Kremman estudió con más detenimiento el pequeño aparato. Los mandos no llevaban inscripción, sólo en la parte trasera había algo como un número, en una grafía que muy lejanamente recordaba a las cifras que le eran conocidas.

Un extraño miedo acometió al recaudador de impuestos mientras sujetaba el aparato en la mano, un miedo como el que embarga a quien está al borde de un acantilado y se ve obligado a mirar en un abismo oscuro e inmensurablemente profundo. Aquel aparato, reconoció, era un argumento irrefutable. Era un cuerpo extraño. Fuera lo que fuese, su mera existencia demostraba que aquí sucedían cosas que sobrepasaban la esfera de su competencia como magistrado.

Esta idea repentina le hizo respirar aliviado. Éste era un camino que podía tomar para librarse de toda responsabilidad y además en perfecta consonancia con los reglamentos.

—El sacrílego ha de ser llevado a la ciudad portuaria —dispuso finalmente—. Él y el aparato.

—¿Debo conducirle yo mismo? —preguntó el alcalde.

—No, eso no es necesario. Escribiré la orden en el certificado. El próximo mercader de alfombras de cabellos que visite Yahannochia debe llevárselo y ponerlo ante el consejo.

Rápidamente, como si quisiera evitar posibles objeciones, escribió el texto adecuado en el margen inferior del certificado de impuestos, hizo gotear un poco de cera a su lado y apretó sobre ella su sello.

8. Los ladrones

El tremendo cortejo del mercader Tertujak rodaba lentamente con sus carros y carretas y soldados montados a través de la extensa planicie, hacia el enorme masivo rocoso de Zarrak, que se extendía sin límites de horizonte a horizonte como una pared oscura e impenetrable.

Tertujak, que estaba en su carromato ocupado con los libros, percibió claramente la transición cuando las ruedas del carro, después de traquetear sobre roca dura y cantos rodados, dejaron de transmitirle como golpes casi dolorosos el paso de cada hendidura y cada guijarro, y comenzaron a hendir la arena que cedía al paso. En toda su vida había viajado por esta ruta lo suficiente como para saber, sin necesidad de mirar por la ventana, que había comenzado la ascensión por el único paso a través de la cordillera de Zarrak, el puerto al pie del Pico del Puño.

Tras una corta reflexión decidió que era hora una vez más de comprobar si todo estaba bien. Levantó con esfuerzo su grueso corpachón del sillón y abrió la estrecha puerta que conducía a una pequeña plataforma junto al pescante. Para la considerable masa corporal del mercader resultaba casi demasiado estrecha, pero Tertujak se apretujó para traspasarla, se agarró al manillar preparado para ello y asintió brevemente a su cochero con la cabeza antes de mirar a su alrededor.

Seguramente iba a encontrar por todos lados algo que no le gustara. Sus hombres eran a veces como niños, había que estar todo el tiempo encima de ellos, no se les debía dejar pasar ninguna de sus incontables negligencias, si no se convertirían en costumbres que podrían llegar a ser peligrosas. Por ejemplo, la comitiva se extendía de nuevo demasiado, los carros de provisiones iban por delante en vez de agruparse alrededor del carro de las alfombras de cabellos y cubrirlo con una larga y torcida cadena. La culpa era siempre de los cantineros, a quienes les gustaba quedarse atrás, al final de la caravana, para, sin molestias, poder hacer sus pequeños y dudosos negocios con los soldados y para demostrar que no estaban a las órdenes del mercader.

Tertujak resopló enfadado por la nariz mientras reflexionaba si era necesario hacer algo. Paseó su mirada por la larga cordillera de Zarrak que se elevaba delante de ellos. Precisamente en la dirección de su marcha se elevaba la Roca del Puño, muy alta, cárstica y negra, casi amenazadora. Se llamaba así por su forma: cinco profundas hendiduras, que conducían desde una meseta inalcanzable hacia las profundidades, y una cornisa a un lado que le hacían parecer como el puño de un gigante que vigilase el único paso a través de las montañas. Junto al pulgar doblado del puño atravesarían la cima de la montaña y desde allá arriba, por primera vez desde hacía años, podrían ver la ciudad portuaria, la meta de su viaje.

Se acordó de nuevo del prisionero. No pasaba un solo día en que no tuviera que

pensar en aquel extraño hombre que le habían confiado en Yahannochia. Por supuesto que no estaba contento con la carga adicional, pero tampoco hubiera podido rechazarlo. Ahora el prisionero estaba delante, en uno de los carros de mercancías entre dos grandes rollos de tela, atado y vigilado por soldados que tenía órdenes estrictas de no hablar con él y hacerle callar si intentaba decir algo. El prisionero era considerado un hereje y, dijera lo que dijera, podría ser apropiado para corromper el corazón de un hombre piadoso.

Pero, ¿qué es lo que tenía aquel hombre que debía ser llevado ante el consejo de la ciudad portuaria? Eso seguramente no lo sabrían jamás.

Tertujak buscó con la mirada a su comandante montado y le atrajo con un breve ademán hacia sí.

—¿Qué dicen tus vigías?

—En breve os hubiera hablado de ello, señor —dijo el comandante, un hombre vigoroso de cabello gris llamado Grom, que hizo cabalgar a su montura junto al carro del mercader con un trote casi bailarín—. El paso está lleno de arena, esta vez. No creo que consigamos llegar hasta allí antes de que caiga la noche y no digamos cruzarlo.

Esto coincidía con las estimaciones de Tertujak. Echó su maxilar inferior hacia adelante, como siempre que tenía que tomar una decisión.

—Haz plantar el campamento —ordenó—. Mañana temprano saldremos con la primera luz. Encárgate de que estén todos preparados.

—Como deseáis, señor —repuso Grom asintiendo con la cabeza, y se alejó. Mientras Tertujak se recogía de nuevo en su amplio carro, le escuchó dar órdenes soplando en su cuerno de señales.

El campamento se desplegó como cada tarde; todo el que pertenecía a la caravana del mercader sabía bien lo que tenía que hacer. Alrededor del carro del mercader y del carro acorazado de las alfombras de cabellos se formó una muralla de carros en la que los carros de mercancías formaban un círculo interior y los carros de provisiones uno exterior. En el área entre el círculo interior y el exterior se plantaron las tiendas en las que se encontraban los lechos de los soldados montados. Se separaron los animales de tiro, la mayoría búfalos baraq, y se los ató con largas cuerdas de modo que pudieran tenderse. Se reunieron los animales de montura, ya que dormían de pie. Solamente los soldados de a pie, que todo el día habían estado tendidos en algún carro y habían estado matando el tiempo bajo las lonas, tenían que despertarse ahora. Su tarea era hacer guardia toda la noche alrededor del campamento.

El esclavo de cocina del mercader hizo rodar su pequeña cocina de campaña junto al carro grande y ricamente adornado de su amo. Tertujak había abierto la portilla de su carro y esperaba de pie en la abertura.

—Señor, queda algo de la salazón de carne de baraq —comenzó el cocinero

solícito—. Podría cocinaros karaqui y preparar una ensalada de yerbas de luna pálida, y con ello, un vino suave...

—Sí, está bien —gruñó Tertujak.

Mientras el cocinero se afanaba con sus cazuelas, Tertujak miró a su alrededor como buscando e intentó localizar de dónde provenía el malestar interior que aquella noche le embargaba. Llegaba el ocaso. La roca del Puño allá arriba, sobre ellos, era ahora una silueta contra el cielo de plata oscura, que junto al horizonte aún rebrillaba pero que en el cenit estaba ya negro. Tertujak escuchó las voces de los hombres que plantaban las últimas tiendas. En otro lugar se estaban encendiendo ya los fuegos. Había muy pocas lumbres —tenían que ahorrar sus combustibles—, las suficientes para cocinar la comida de los hombres de la caravana. Reinaba una atmósfera serena y relajada. Las fatigas del día habían finalizado, mañana atravesarían el puerto de la Roca del Puño y luego sólo quedarían unos pocos días de viaje hasta la ciudad portuaria.

Tres soldados surgieron del ocaso. Uno de ellos se acercó al mercader con deferencia y le comunicó que la guardia estaba en su puesto.

—¿Quién es el oficial de guardia? —preguntó Tertujak. La tarea del oficial de guardia era recorrer durante toda la noche la cadena de puestos y encargarse de que ninguno de los soldados se durmiera.

—Donto, señor.

—Dile que hoy debe tener especial cuidado —dijo Tertujak, y añadió algo más bajo—: Esta noche tengo un mal presentimiento...

—Como ordenéis, señor.

El soldado desapareció de nuevo y los otros dos tomaron sus puestos junto al carromato.

Tertujak examinó el carro que estaba detrás, dos veces mayor que el suyo, con ocho ruedas y dotado de un tiro de setenta y cuatro baraqués: el carro de las alfombras de cabellos. Contenía las alfombras, las mayores riquezas que transportaba la caravana, y además una inimaginable cantidad de dinero.

Incluso a la luz moribunda del atardecer podían reconocerse los lugares en los que el blindaje metálico había comenzado a oxidarse. Tendría que hacer que repararan el carro en la ciudad portuaria cuando hubiera embarcado las alfombras y ajustado las cuentas.

Volvió a su carromato, hizo que le trajeran la comida y comió silencioso y pensativo.

Habían conseguido comprar las alfombras suficientes, pero habían necesitado más tiempo del que había planeado. Eso quería decir que llegarían a la ciudad portuaria después que los otros comerciantes y otra vez no le darían más que alguna de las rutas menos atractivas. Y entonces sería aún más difícil conseguir el número de

alfombras prescritas, y en algún momento...

No quería pensar en aquel momento.

Retiró el plato de delante con un brusco movimiento. Ordenó al cocinero que limpiara e hizo traer una botella del vino ligero.

A la luz de una lámpara de aceite, extrajo una de sus posesiones más preciadas, un antiquísimo libro de cuentas que había comenzado uno de sus antepasados hacía varios cientos de años. Las hojas del libro crepitaban de sequedad y las columnas de cifras eran difíciles de descifrar en muchos puntos. Pese a ello, el libro le había dado ya muchas informaciones preciosas sobre las distintas rutas de las alfombras de cabellos y sobre las ciudades en esas rutas.

Hacia sólo unos años que se le había ocurrido que aquel libro podía informarle también sobre otra cosa, en concreto sobre los cambios que había habido durante un largo período de tiempo. Eran cambios lentos e imperceptibles, que no se notaban. Únicamente cuando se comparaban y calculaban las cifras de varios siglos, de casi diez generaciones, se hacía reconocible un proceso: cada vez había menos tapices de cabellos. Tanto el número de tejedores de cabellos como el de mercaderes de alfombras de cabellos se reducía lentamente. La ruta que una caravana tenía que recorrer para recolectar la cifra tradicionalmente prescrita de alfombras era en promedio cada vez más larga y la competencia de los mercaderes por las rutas buenas y provechosas era cada vez más dura.

Tertujak sabía contar extraordinariamente bien, como todos los mercaderes, y además había heredado el inmenso talento para las matemáticas de sus antepasados. No le costaba ningún esfuerzo transformar las cifras de la comparación en curvas muy explícitas: las curvas caían. Sí, en realidad se desplomaban en toda regla. La tendencia descendente se había fortalecido en los últimos años. Eran las curvas de un organismo moribundo.

La conclusión más razonable sería salirse del negocio de las alfombras de cabellos. Pero eso jamás podría hacerlo. Estaba ligado al gremio por un juramento hasta el fin de sus días. Producir alfombras de cabellos era la tarea sagrada que el Emperador había dado al mundo, pero por algún motivo parecía que la fuerza detrás de esta tarea se había agotado.

Y en relación con esto Tertujak se veía obligado a pensar de nuevo en el prisionero y en lo que se le había contado sobre él. Se le habían insinuado toda clase de cosas en Yahannochia. Que venía de otro mundo, había al parecer afirmado. Y otra cosa más se suponía que todavía había dicho, algo que había impactado profundamente a todo el mundo y que sin embargo había sido transmitido incansablemente: que el Emperador, el Señor del Cielo, el Padre de las Estrellas, el Vigía de todos los Destinos, el Centro del Universo, ¡ya no gobernaba!

Tertujak miró sus deprimentes curvas y algo en él intuyó que ésa podría ser la

explicación.

Se alzó y abrió la portezuela del carro. Entre tanto se había hecho de noche. Se escuchaban las risas de los soldados que cortejaban a las pocas mujeres que pertenecían a la comitiva. Como aquellas mujeres sin excepción eran tenderas, no se trataba de un asunto del que el mercader tuviera que ocuparse. Hizo una señal a uno de los dos guardias.

—Tráeme al comandante Grom.

—Sí, señor.

Grom entró al cabo de poco tiempo. El privilegio de su posición era poder penetrar en el carromato del mercader cuando era llamado.

—¿Señor?

—Grom, hay dos cosas que quiero pedirte. La primera, cuida de que no todos los soldados montados se emborrachen hasta perder el sentido. Quisiera que al menos una parte de los hombres estuviera lista para la lucha. La segunda —Tertujak vaciló un momento y luego continuó decidido—, me gustaría que me trajeras al prisionero aquí sin que nadie se percatara.

Grom dilató los ojos.

—¿El prisionero? ¿Aquí? ¿A vuestro carro?

—Sí.

—Pero, ¿por qué?

Tertujak resopló con enfado.

—¿Acaso te debo cuentas a ti, comandante de los montados?

El otro se estremeció. Su rango dependía solamente de la buena voluntad del mercader y no tenía ganas de perderlo.

—Perdonadme, señor. Se hará lo que vos queráis.

—Espera un momento todavía hasta que la mayoría se haya dormido. No quiero que se hable de ello. Toma dos o tres hombres poco habladores para escoltar al prisionero y trae una cadena para atarlo aquí.

—Sí, señor.

—Y no lo olvides: extrema cautela.

Tertujak pasó el tiempo hasta la llegada del prisionero sumido en una tensa impaciencia. Varias veces estuvo a punto de enviar a uno de los soldados de guardia para que aceleraran la tarea y le costó un esfuerzo casi físico el poder controlarse.

Por fin llamaron a la puerta. Tertujak abrió con rapidez la trampilla del carro y dos soldados introdujeron al prisionero. Le encadenaron a una viga, después de lo cual el mercader los despidió con un ademán de cabeza.

Luego contempló al hombre que estaba ahora sentado en una de sus valiosas pieles. Así que éste era el hereje. Sus ropas se habían destrozado hasta convertirse en sucios harapos, su retorcida barba y sus enmarañados cabellos estaban igualmente

lentos de porquería. Con una mirada obtusa e indiferente, permitió que el mercader le observara, como si ya no le interesara lo que sucediera con él.

—Te preguntas quizás por qué he hecho que te trajeran —comenzó Tertujak por fin.

Creó ver una pizca de interés en los ojos apáticos del prisionero.

—La verdad es que yo mismo no lo sé. —Tertujak pensó en la silueta de la Roca del Puño ante el cielo azul oscuro del atardecer—. Quizá porque mañana veremos por primera vez la ciudad portuaria, nuestro objetivo. Y yo no quiero simplemente entregarte al consejo del puerto sin saber a quién he transportado en realidad.

El hombre le seguía mirando fijamente y sin expresión.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Tertujak.

Pareció transcurrir una eternidad hasta que el prisionero contestó. Su voz era un gruñido polvoriento.

—Nillian... Nillian Jegetar Cuain.

—Esos son tres nombres —afirmó asombrado el mercader.

—Todo el mundo en mi tierra tiene tres nombres. —El hombre tosió—. Llevamos nuestro nombre, el nombre de nuestra madre y el nombre de nuestro padre.

En la forma en que hablaba el hereje había realmente un sonido extraño que el mercader no había oído jamás en todos sus viajes.

—Entonces, ¿es cierto que vienes de otro mundo?

—Sí.

—¿Y por qué estás aquí?

—Naufragué aquí.

—¿Dónde está tu mundo?

—Muy lejos.

—¿Puedes enseñármelo en el cielo?

El prisionero miró fijamente a Tertujak durante largo tiempo, de modo que el mercader ya creía que no había entendido la pregunta. Pero entonces preguntó de pronto:

—¿Qué sabes de otros mundos? ¿Qué sabes de viajes entre las estrellas?

El mercader se encogió de hombros.

—No mucho.

—¿Qué sabes?

—Conozco las naves estelares de la flota imperial que llevan a bordo las alfombras de cabellos. Se me ha dicho que son capaces de viajar entre las estrellas.

El hombre abatido que afirmaba venir de las estrellas pareció volver a la vida.

—Las alfombras de cabellos —repitió y se dobló hacia delante, apoyó los codos sobre las rodillas—. ¿A dónde se las transporta?

—Al palacio del Emperador.

—¿Cómo sabes eso?

—Yo no lo sé —accedió Tertujak—. Me ha sido dicho.

El hombre que se llamaba Nillian afirmó con la cabeza y Tertujak vio algo de arena resbalar desde sus cabellos hasta el suelo. Tendría que hacer que limpiaran el carro al día siguiente.

—Te han mentido. En el palacio del Emperador no hay ninguna alfombra. Ni una sola.

Tertujak encogió los hombros con desconfianza. De alguien a quien se consideraba un hereje se podía esperar tal afirmación. Pero, ¿y si no era un hereje?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—He estado allí.

—¿En el palacio imperial?

—Sí.

—Quizá no las reconociste.

El extranjero se rió por primera vez.

—Eso es imposible. He visto una alfombra de cabellos. Se trata de la obra de arte con mayor filigrana y mayor trabajo que jamás haya tenido ante mis ojos. Una obra de arte de esta clase no hubiera pasado inadvertida. Y estamos hablando aquí no de una alfombra sino de miles y miles. Pero ni siquiera una de ellas se puede encontrar en el palacio. ¡Nuestra lengua ni siquiera tiene una expresión para nombrarlas!

¿Podría esto ser verdad? Y si era una mentira, ¿qué es lo que pretendía aquel hombre con ella?

—Se dice —comenzó Tertujak— que el palacio del Emperador es el edificio más grande del universo...

El hombre reflexionó un instante.

—Sí, eso es probablemente cierto. Pero no por ello es inabarcable. En cualquiera de vuestras ciudades se puede esconder uno mucho más fácilmente que en todo el Palacio de las Estrellas.

—Pero seguramente habrá estancias privadas del Emperador que no son accesibles a nadie más.

—Las había, antes. —El rostro del extranjero se endureció—. Estoy aquí preso porque lo he dicho, así que puedo repetirlo tranquilamente: el Emperador dejó de gobernar hace unos veinte años de vuestro tiempo.

Tertujak miró con fijeza al hombre que estaba sentado allí, encadenado de pies y manos, harapiento y sucio, y supo que no mentía. Por supuesto, esa afirmación era pura blasfemia. Pero percibió en su interior la certeza de que lo que el extranjero contaba no era otra cosa que la verdad.

—Entonces, ¿son ciertos los rumores que corren desde hace dos decenios —murmuró pensativo— de que el Emperador ha abdicado...?

—Bueno, yo diría que esos rumores están bastante embellecidos.

—¿Qué quieres decir con eso?

La mirada del prisionero se hizo de pronto dura como el acero.

—Señor, yo soy un rebelde, y he sido durante todo el tiempo de mi vida miembro del movimiento Viento Inaudible. Hace veinte años atacamos el mundo central, conquistamos el palacio y derribamos al Emperador. Desde entonces ya no existe el Imperio. Esto puede gustarte o no, pero es un hecho.

El mercader de alfombras de cabellos contempló inseguro al extranjero. Lo que decía parecía que le arrancaba el suelo bajo sus pies.

Señaló con un vago gesto a la ventana.

—Allá afuera veo las estrellas en el cielo y todavía lucen. Me ha sido dicho que no podrían hacerlo sin el Emperador.

—El Emperador no tiene nada que ver con ello —replicó el rebelde—. Eso es una leyenda.

—Pero, ¿no fue el Emperador quien les concedió la existencia?

—Del mismo modo que yo no podría hacerlo, tampoco él podía. Él era un hombre como cualquier otro. Os contaron todas esas cosas sólo para tener poder sobre vosotros.

Tertujak agitó la cabeza.

—Pero, ¿no es cierto que gobierna desde hace milenios? ¿Cómo pudo haber hecho eso sin ser inmortal?

El extranjero simplemente alzó las cejas.

—En fin, sea como sea como lo haya hecho, en cualquier caso está muerto ahora.

—¿Muerto?

—Muerto. Un rebelde le atrapó durante la ocupación del palacio en una habitación aislada y le mató de un disparo durante el forcejeo.

Tertujak se acordó de nuevo de lo que le habían contado sobre las circunstancias de la captura del extranjero. Estaba con dos tejedores de cabellos y había comenzado de pronto a pronunciar palabras blasfemas, después de lo cual ambos le habían capturado y acusado de hereje.

—¿Les contaste esto a los tejedores de cabellos? —se asombró—. Un milagro que te hayan dejado con vida.

—Un golpe en el cráneo me dieron, un milagro que lo sobreviviera —gruñó el prisionero—. El uno me estuvo preguntando con ansiedad mientras que el otro se deslizó detrás de mí y ¡plas! Cuando me desperté de nuevo estaba en una mazmorra cargado de cadenas.

Tertujak comenzó a andar intranquilo de acá para allá.

—Dices que no hay alfombra alguna en el palacio imperial. Por otro lado veo cómo cada año decenas de miles de alfombras abandonan este planeta. ¿A dónde las

llevan las naves imperiales si no es al palacio?

El extranjero asintió.

—Ya me he dado cuenta de que ésa es justamente la pregunta más interesante. Y no tengo ni la sombra de una respuesta.

—¿Quizás no se trata del mismo Emperador?

—Se trata de ese hombre —dijo el prisionero, y señaló a la fotografía del Emperador que colgaba de la pared. Tertujak había heredado la fotografía de su padre, el cual a su vez la había heredado de su padre y sucesivamente—. El Emperador Aleksandr XI.

—¿El Emperador Aleksandr? —Tertujak estaba, en realidad por primera vez en aquella noche, completamente perplejo—. Ni siquiera sabía que tuviera un nombre.

—Eso también ha caído en el olvido. Era el décimo primero en una serie de Emperadores que se llamaban todos Aleksandr. Los diez primeros también llegaron a ser bastante viejos, pero él solo gobernó más que todos los otros juntos. Y tomó el poder hace tantísimo tiempo que daba la sensación de que gobernaba desde el principio de los tiempos.

—Sí. —Tertujak agitó la cabeza, luego continuó su intranquilo paseo. El extranjero le contemplaba en silencio.

¿Ésa era, entonces? ¿Ésa era la explicación? ¿La explicación de la cantidad descendente de alfombras de cabellos?

Se sentó de nuevo en su banqueta.

—Lo que dices —concedió— produce un eco en mí. Pero al mismo tiempo no puedo comprenderlo. ¿Lo entiendes? No consigo imaginarme que el Emperador pueda estar muerto. Él parece estar de algún modo dentro de mí, ser una parte mía.

—Ésa es la imagen del Emperador como ser sobrehumano que ha creado tu educación, puesto que tú nunca has visto al Emperador. —El extranjero manipuló su cinturón tanto como le permitían sus cadenas—. Tengo una imagen conmigo que en realidad quería mantener oculta hasta que en algún momento se me sometiera a algo parecido a un juicio...

Sacó una fotografía a la luz y se la alcanzó al mercader de alfombras de cabellos. Tertujak contempló la imagen. Mostraba con una exactitud que provocaba asco el cuerpo de un hombre que estaba colgado por los pies a un mástil y se balanceaba con la cabeza hacia abajo. Su pecho lo atravesaba un agujero mayor que un puño, cuyos bordes estaban como sellados por el fuego.

Cuando giró la imagen para contemplar con mayor cuidado el rostro del muerto, le recorrió una especie de rayo, de tal forma que pensó que en aquel momento se le quedaría parado el corazón. ¡Conocía aquel rostro mejor que el suyo propio! ¡El cadáver era realmente el del Emperador!

Arrojó lejos de sí la foto al tiempo que emitía un lamento inarticulado, y se

hundió de nuevo en los cojines de su asiento.

—Te sientes ahora como si alguien te hubiera golpeado con un martillo en la frente —le alcanzó la voz del rebelde como desde lo más remoto—. Por si te alivia: no eres el único al que le sucede esto. Esta fotografía es hoy, probablemente, una de las imágenes más conocidas de todos los tiempos, y es nuestra mejor ayuda a la hora de liberar a los hombres del abrazo asfixiante que supone su fijación con el Emperador como deidad.

Tertujak apenas le oía. Detrás de su frente había una sensación como de agua que está en ebullición. Su espíritu trabajaba a una loca velocidad, atravesaba a toda prisa todas las imágenes de su memoria, intentaba verlas de nuevo y volver a ordenarlas. Todo, todo tenía que ser ordenado de nuevo. De lo que había servido siempre, ya nada servía.

¿Qué es lo que decía sin parar este extranjero? No le entendía. Solamente miraba aquella imagen e intentaba comprender la verdad en toda su extensión: el Emperador estaba muerto.

—¿... unos ruidos allá afuera?

—¿Qué?

Tertujak escapó del remolino de sus pensamientos y sentimientos como si saliera de una pesadilla. Ahora lo oía él también. Desde fuera les llegaban tremendos ruidos, voces y gritos y el golpeteo de metal contra metal. Eran sonidos de peligro.

En un instante el mercader se puso en pie y se acercó a la puerta, abrió la portilla y sacó la cabeza. Vio antorchas, sombras, gentes que corrían y los oscuros contornos de animales de montura que atravesaban el campamento a toda velocidad. Ruidos de lucha. Cerró de nuevo la puerta y tocó con sus dedos carnosos la fina cadenilla que llevaba al cuello.

Todo se rompe, pensó.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó el extranjero.

—Ladrones —se escuchó decir a sí mismo el mercader con una calma innatural—. Están atacando el campamento.

—¿Ladrones?

—Ladrones de alfombras de cabellos.

Así que había tenido razón con sus malos presentimientos. Naturalmente. Aquí, poco antes del único paso sobre la interminable cordillera de Zarrack, era el lugar ideal para una emboscada.

—¿Quieres decir que quieren robar las alfombras?

Tertujak asintió.

—Pero, ¿qué sentido tiene eso? ¿Qué pueden hacer unos ladrones del desierto con las alfombras de cabellos?

—Se las venden a otros mercaderes de alfombras —aclaró Tertujak con rapidez,

mientras su razón buscaba febril una salida de aquella catástrofe—. Desde tiempo inmemorial hay una cifra fijada de alfombras que un mercader de cabellos ha de traer cuando regresa a la ciudad portuaria de una ruta. Si no puede cumplir con esa cifra, el código de honor de los mercaderes exige que se quite la vida él mismo.

—¿Y los ladrones venden las alfombras capturadas a otros mercaderes que tienen problemas con sus cifras pero que quieren seguir viviendo? —supuso el rebelde, cuyos ojos brillaban ahora completamente despiertos.

—Exacto.

Un pensamiento se aferró de pronto a la nuca del mercader de alfombras de cabellos, una voz antiquísima, polvorienta, que decía: tú has prestado oídos al hereje y él te ha seducido. Tú le has creído, le has creído de verdad, ¡he aquí tu castigo por ello!

Tertujak tomó la foto del Emperador muerto y se la dio al cautivo.

—¿No tienes armas? —le preguntó, y se removió inquieto en sus cadenas.

—Tengo soldados.

—No parece que eso sea de mucha utilidad.

Sí, pensó Tertujak. Y esto sería el final.

Los sonidos de lucha se fueron acercando, aullidos salvajes y el sonido de acero contra acero. Se escuchó un grito estremecedor y algo golpeó contra el carro, algo que sonaba como un cuerpo humano. Los restos destrozados de la fina cadena del mercader escaparon de sus dedos paralizados por el terror, cayeron al suelo y se hundieron entre las pieles.

Durante un largo y terrible instante todo estuvo en silencio. Luego la puerta fue arrancada y a la luz de unas antorchas humeantes contemplaron unos rostros ennegrecidos y ensangrentados.

—Saludos, mercader Tertujak —tronó sardónicamente el hombre que iba delante, un gigante barbado que portaba en la frente una cicatriz nudosa—. Y perdonad que os debamos molestar a tan tardías horas...

Se introdujo en el interior del carro, seguido por tres de sus camaradas. La mueca sardónica desapareció de su rostro como si le costara demasiado esfuerzo. Pasó apenas la mirada por el cautivo, luego señaló al mercader.

—¡Registradle! —ordenó.

Los hombres se lanzaron sobre el mercader, le rasgaron sus ropas y las removieron y las arrancaron, hasta que casi todo le colgaba al cuerpo en harapos. Sin embargo, no encontraron nada de lo que buscaban.

—Nada.

El jefe se acercó al mercader y le miró con fijeza.

—¿Dónde está la llave del carro de las alfombras de cabellos?

Tertujak tragó saliva.

—No la tengo.

—No me cuentes cuentos, saco de grasa.

—La tiene uno de mis hombres.

El barbado se rió incrédulo.

—¿Uno de tus hombres?

—Sí. Un soldado en el que confío completamente. Le he instruido para que huyera en caso de que fuéramos atacados.

—¡Maldita sea!

El jefe le golpeó sin contención en el rostro de modo que la cabeza se le fue hacia un lado. El golpe le partió a Tertujak el labio inferior, pero el mercader no emitió sonido alguno.

Los otros hombres estaban intranquilos.

—¿Qué hacemos ahora?

—Nos llevamos el carro entero —propuso un hombre rollizo, cuyo brazo derecho estaba cubierto de una sangre que no parecía ser la suya—. Ya lo abriremos de algún modo...

—¡Tonterías! —le increpó el barbado—. ¿Por qué crees que el carro está blindado? No se puede. Necesitamos la llave.

Los ladrones se miraron los unos a los otros.

—Cuando amanezca podemos buscar por los alrededores —dijo otro—. Al fin y al cabo, un hombre sin montura no puede haber ido muy lejos.

—¿Cómo sabes que no tenía montura? —preguntó el hombre rollizo.

—Lo hubiéramos notado...

—¡Estad tranquilos! —ordenó el jefe con un brutal movimiento de las manos y volvió su atención de nuevo al mercader de cabellos, al que le brotaba sangre del labio inferior—. Yo no creo que un mercader deje lejos de su alcance la llave de su carro de las alfombras. —Miró inquisitivamente a Tertujak—. Abre la boca.

El mercader no reaccionó.

—¡He dicho que abras la boca! —le increpó el gigante barbudo.

—¿Por qué? —preguntó Tertujak.

—Porque creo que nos la quieres dar con queso.

Agarró la barbilla del mercader con un movimiento brutal y repentino y le obligó a abrir la boca.

—Veo un par de heridas recientes en tu garganta —anunció, y miró al mercader con compasión—. No me creo lo de tu soldado. ¿Sabes lo que creo? ¡Creo que te has tragado la llave!

Los ojos del mercader se abrieron desmesuradamente. No estaba en condiciones de decir nada más y su mirada era una afirmación silenciosa.

—¿Y? —gruñó el ladrón—. ¿No tengo razón?

A Tertujak le dio una arcada, jadeó.

—Sí —consiguió decir.

Todo rastro de piedad humana desapareció repentinamente de los ojos del barbado, al tiempo que echaba la mano atrás y sacaba del cinturón un cuchillo grande y afilado.

—No deberías haberlo hecho —dijo en voz baja—. De verdad que no deberías haberlo hecho.

9. Los dedos del flautista

La estrecha calleja dormía todavía. Una niebla ligera y madrugadora colgaba entre retorcidos frontones, se mezclaba con el frío humo de las chimeneas en las que se había extinguido el fuego durante la noche. Cuando los primeros rayos del sol acariciaron los caballetes de los tejados de aquellas casas pequeñas y retorcidas, todo apareció bañado en la inadecuada y ensoñadora luz de una tierna bruma. En algunos rincones oscuros yacían, como pequeños montículos de tierra, mendigos que dormían sobre el mismo suelo, cubiertos hasta la cabeza con mantas harapientas. Unos cuantos roedores de pequeño tamaño se arrastraban aturdidos por las basuras, lo suficientemente hartos como para, con benevolencia, dejar a un lado a los durmientes. Algunos de ellos, olfateando, se atrevieron a ir hasta el pequeño reguero que murmuraba perezoso en el centro de la calleja.

Los roedores se echaron nerviosos a un lado y salieron disparados de vuelta a sus agujeros, como si les tiraran de una cuerda, en el preciso momento en que una figura embozada se acercó a paso apresurado, jadeando, tropezando, deslizándose de sombra a sombra hasta que, finalmente, se dirigió a toda prisa hacia la casa del maestro de flauta Opur. Entonces se escucharon dos sordos golpes de aldaba.

Arriba, en la casa, el viejo se despertó al instante de su sueño intranquilo, clavó la vista en el techo y se preguntó si el ruido que acababa de sonar había sido sueño o realidad. Entonces sonó la puerta de nuevo. Así que era real. Echó la colcha hacia un lado y se metió sus pantuflas, tomó su bata y se la puso antes de arrastrarse hacia la ventana para abrirla. Miró hacia la calle, que yacía vacía y solitaria y apestaba a aceite rancio como cada mañana.

De las sombras al pie de la casa salió un joven con paso tímido, miró hacia Opur al tiempo que se echaba hacia atrás el pañuelo con el que se había cubierto la cabeza. El maestro Opur vio rizos amarillos que enmarcaban un rostro que él no había esperado volver a ver en su vida.

—¿Tú?

—Ayúdame, maestro —susurró el delgado joven—. He huido.

La súbita alegría que había embargado el corazón del anciano dio paso a una dolorosa desilusión. Durante un fragmento de un instante había creído que todo volvería a ser como antes.

—Espera —dijo—. Ya bajo.

¿Qué había hecho el joven? Opur agitó triste las sienes mientras bajaba a toda prisa las escaleras. Se había lanzado de cabeza a la desgracia, eso había hecho. No terminaría bien. Opur lo sabía, pero algo en su interior estaba dispuesto a creer lo contrario. Descorrió el pesado cerrojo de la puerta. Allí estaba el joven, temblando, le miraba asustado con sus grandes ojos azules que antaño le habían contemplado

extasiados y llenos de confianza. Su rostro estaba marcado por el miedo y las privaciones.

—Entra —dijo el viejo maestro de flauta, y seguía sin saber si debía alegrarse o atemorizarse. Pero cuando el joven entró en el estrecho y oscuro zaguán y se agachó a causa de lo bajo del techo, le tomó en sus brazos sin pensarlo.

—Maestro Opur, tenéis que esconderme —susurró el joven tiritando—. Están detrás de mí. Me persiguen.

—Te ayudaré, Piwano —murmuró Opur, y paladeó el sonido de aquel nombre que no había vuelto a usar desde que el gremio enviara a servir en la flota imperial precisamente a aquel joven, su mejor alumno, el músico de trífauta más dotado que nunca había existido.

—Quiero tocar flauta otra vez, maestro. ¿Me enseñaréis? —El maxilar inferior del joven temblaba. Estaba al límite de sus fuerzas.

Opur le palmeó en la espalda con delicadeza y, al menos así pensaba, tranquilizadamente.

—Por supuesto, hijo. Pero primero tienes que dormir. Ven.

Tomó el gran cuadro que cubría la puerta a la escalera del sótano y lo puso a un lado. Piwano le siguió al sótano, cuyo suelo consistía en barro aplastado y cuyas paredes eran de ladrillo visto. Una de las repisas viejas y polvorientas se podía girar en un ángulo oculto y daba paso a una segunda habitación secreta en la que había un camastro, una lámpara de aceite y algunos víveres. El anciano maestro de flauta no escondía a un fugitivo por primera vez.

El joven tardó apenas un instante en quedarse dormido. Dormía con la boca abierta y su respiración se cortaba de vez en cuando y luego seguía, tosiendo. Una de sus manos se enervó temblorosa en un gesto invisible de resistencia que sólo se relajó después de una larga tensión.

Opur movió la cabeza por fin, suspirando. Con cuidado tomó la lámpara de aceite y la colocó en un lugar seguro. Luego dejó solo al dormido, cerró la puerta secreta y subió. Durante un instante sopesó dormir él mismo un poco, pero al final decidió que no.

En vez de eso se preparó su desayuno con las primeras luces del día y lo consumió en silencio, realizó unas cuantas labores domésticas y subió luego a su aula, para estudiar las antiguas partituras.

Su primera alumna llegó poco antes del mediodía.

—Siento lo del dinero para las clases —comenzó a parlotear apenas hubo abierto la puerta—. Ya sé que hoy es la fecha fijada y he pensado en ello, ya durante la semana pasada, y todo el tiempo. O sea, lo que quiero decir con esto es que no lo he olvidado...

—Sí, sí —Opur asintió de mala gana.

—Es solamente que tengo que esperar a mi hermano. Él tiene que llegar a la ciudad en cualquier momento, de hecho tendría que haber llegado hace ya mucho. Viaja con el mercader Tertujak, habéis de saber, y siempre me da el dinero que necesito cuando vuelve de un viaje. Y ya se espera al mercader Tertujak, podéis preguntar a quien queráis...

—No pasa nada —la interrumpió el maestro con impaciencia, y le señaló que subiera la escalera hacia el aula—. Ya pagarás la próxima vez. Vamos a empezar.

Opur percibió su propia intranquilidad. Tenía que recuperar su equilibrio, tan bien como pudiera. Se sentaron uno tras otro en dos cojines que estaban enfrente y, después de que la mujer hubiera sacado su trífauta y sus partituras de ejercicios, Opur le ordenó cerrar los ojos y escuchar su propia respiración.

El maestro de flauta hizo lo mismo. Percibió cómo la inquietud desaparecía. El recogimiento interior era importante. Sin recogimiento interior era imposible tocar un instrumento tan difícil como la trífauta.

Como era su costumbre, Opur tomó su flauta y tocó una pequeña pieza. Luego permitió que su discípula abriera los ojos.

—¿Cuándo podré yo tocar algo así, maestro? —preguntó ella en voz baja.

—Esta era la *pau-lo-no* —aclaró Opur sereno—, la pieza clásica más sencilla. Será la primera obra clásica que tocarás algún día. Pero como todas las obras tradicionales para flauta, es polifónica, lo que quiere decir que primero tienes que dominar la monofonía. Escuchemos cómo van tus ejercicios.

Ella puso la flauta en sus labios y sopló. Después de que Opur hubiera tocado, sonaba como una escalofriante disonancia, y el anciano maestro tuvo que utilizar todo su autocontrol, como de costumbre, para no deformar el rostro en una mueca dolorida.

—No, no, el primer ejercicio otra vez. Tienes que tener cuidado de tocar el tono limpiamente...

La trífauta constaba de tres flautas individuales, cada una con ocho agujeros, que se cubrían a su vez con las yemas de cada falange. Por esta razón, las flautas estaban torcidas en una extraña forma de «s» para adaptarse a las manos del músico y a la diferente longitud de los dedos. Cada flauta se componía de un material distinto, una de madera, otra de hueso y otra de metal. Cada una de las tres flautas daba al tono un timbre distinto y todas juntas producían un sonido inimitable que daba su fama a la trífauta desde siempre.

—Tienes que tener cuidado de dejar el dedo meñique suelto y manejable. Tiene que estar extendido, porque la forma de la flauta y el orden de los agujeros así lo exigen, pero no debe perder su movilidad...

Un requisito importante para un músico de trífauta era el tener dedos largos y móviles, con falanges bien marcadas. En especial, un meñique bien largo era una

ventaja. La forma de tocar no consistía, como en una flauta normal, simplemente en tapar y destapar los agujeros. Sólo los principiantes tocaban así para familiarizarse con la técnica y con los ejercicios. Los estudiantes avanzados, sin embargo, tocaban la trífauta en forma polifónica. Mediante hábiles flexiones y torcimientos de los dedos se podía sacar de cada flauta un tono distinto. Por ejemplo, se podían alzar las falanges medias de una fila de dedos, de modo que se cubrieran los agujeros de ambas flautas exteriores mientras los agujeros de la flauta central quedaban al aire.

—Bien. Intenta ahora el ejercicio noveno. Éste ya contiene una pequeña parte a dos voces, aquí. Levantas aquí los dos dedos inferiores para que las flautas exteriores queden libres, mientras en la flauta interior mantienes cubiertos los agujeros con la punta de los dedos. Inténtalo.

Se mostraba demasiado impaciente hoy, pese a todo su autocontrol. La mujer se esforzaba de verdad y, cuando olvidaba por un momento su querer hacer a toda prisa, conseguía pasajes completamente aceptables.

—Alto, alto. Ese símbolo significa que debes tapar con la lengua la boca de dos flautas y soplar sólo en una, hasta aquí. Una vez más y fíjate en la diferencia.

Al acabar la lección, la mujer estaba muy feliz por haber aprendido en alguna medida los nuevos ejercicios y Opur estaba aliviado de que por fin se hubiera acabado. Consiguió despedirla sin más conversaciones interminables.

Luego se apresuró de inmediato a bajar al sótano para ver que hacía Piwano.

El joven estaba sentado con la espalda apoyada contra la pared y comía con hambre lo que de comestible había encontrado en el escondrijo. Parecía que se había despertado hacía poco, pero se le veía sensiblemente mejor que por la mañana. Cuando Opur abrió la puerta secreta, sonrió contento.

—Cuéntame todo —le pidió el anciano—. Una cosa detrás de la otra.

Piwano dejó el pan a un lado y contó. Le contó acerca del duro aprendizaje que tuvo que atravesar, del ambiente brutal y tosco en el que había tenido que vivir a bordo de la nave espacial imperial. Acerca de mundos extraños y estériles, de trabajo que rompía los huesos, de enfermedades y de las odiosas pullas de los otros navegantes.

—Me echaban cuando tocaba y yo me escondía en la sala de máquinas para tocar —le contó con voz temblorosa—. Luego me rompieron mi flauta, y cuando intenté construirme una nueva, también la rompieron.

Opur tuvo la sensación de que un anillo de acero le envolvía el pecho mientras escuchaba la historia del joven.

—Te has puesto en grave peligro, Piwano —reflexionó Opur con seriedad—. Has huido del servicio al Emperador. ¡Ello te condena a la pena de muerte!

—¡Maestro, yo no puedo ser navegante! —gritó Piwano—. Yo no puedo vivir así. Si sólo me es permitido vivir así, entonces prefiero la muerte. No es el servicio al

Emperador. Por supuesto que amo al Emperador, pero...

Se detuvo.

—Pero aún más amas la flauta, ¿no es cierto?

Piwano asintió.

—Sí.

Opur guardó un pensativo silencio. No sabía qué era lo correcto ni qué era lo equivocado. Él era viejo, no tenía miedo por si mismo, sucediera lo que fuera a suceder. Sólo tenía miedo por el joven.

La deserción era un asunto grave, hasta ahí conocía él las leyes de los navegantes imperiales. Incluso aunque Piwano se entregara voluntariamente, tendría que contar con una severa pena, seguramente con varios años de servicio de castigo en un planeta inexplorado. Y para un joven sensible y delicado como Piwano, eso era igual que una pena de muerte.

—Maestro, ¿puedo tener otra vez una flauta? —preguntó Piwano.

Opur le miró. En los ojos del joven brillaba todavía la luz de la entrega absoluta y sin condiciones a algo que era mayor que él mismo. Aquella luz que el viejo maestro de flauta había descubierto ya en los ojos del muchacho cuando tenía ocho años.

—Ven —le dijo.

Subieron al aula. Piwano miró a su alrededor con los ojos ardiendo al encontrarse en la gran habitación en la que había pasado muchos años de su niñez. Era como si una fuerza invisible le llenara de nueva vida.

Opur se acercó a las ventanas que daban al callejón y se aseguró de que no había a la vista soldados del gremio. Luego hizo una seña al muchacho para que se acercara.

—Piwano, estoy dispuesto a esconderte, en caso necesario, durante años —declaró con aspecto serio—. Pero no debes abandonar la casa jamás, incluso aunque parezca que afuera no hay peligro. Nunca. El gremio tiene informantes disfrazados y no se sabe nunca quién está a sueldo suyo. Y tienes que mantenerte también lo más lejos posible de las ventanas. Puedes tocar la flauta abajo, en tu escondite. Al menos por el día no se oye nada en la calle. ¿Trato hecho?

Piwano asintió.

—En caso de que alguna vez te encuentres en la situación de tener que huir, quiero explicarte un camino de huida que sólo unos pocos iniciados conocen. —Opur señaló a un edificio que estaba algo más atrás, en diagonal, justo enfrente de la casa del maestro de flauta, empotrado entre el escaparate de una cestería y el mostrador de una pringosa y oscura cocina—. Eso es una lavandería. Corres allá adentro. Desde delante se ve enseguida que detrás de la casa hay un gran secadero en el que casi siempre hay telas colgadas para secar. Entre las telas no se te ve. Pero en lo que va a pensar inmediatamente un perseguidor es en las incontables salidas que llevan desde

el secadero a los otros callejones. Tú, sin embargo, te vuelves enseguida hacia la derecha y entras en la cocina por detrás. Allí bajas por una trampilla que hay en el suelo hasta el sótano y allá abajo hay una repisa que, como en mi casa, se puede echar hacia un lado. Detrás hay un corredor que lleva lejos, muy lejos, y al final desemboca en el sistema de aguas subterráneas de la ciudad alta. Eso quiere decir que, incluso si descubrieran por dónde te has escapado, tienes, literalmente, miles de salidas posibles.

Piwano asintió de nuevo. Opur había sido testigo de cómo aquel joven se había quedado con las notas de toda una pieza musical de una sola mirada. Estaba seguro de que había entendido todo y de que no lo olvidaría jamás.

Fue hacia el armario en el que guardaba sus notas, libros e instrumentos. Después de un instante de reflexión sacó una cajita llena de arañazos, la abrió y extrajo una trífauta que le alcanzó a Piwano.

—Ésta es una flauta muy, muy vieja, que tengo guardada desde hace mucho tiempo para un momento especial —dijo—. Y creo que éste es ese momento.

Piwano la tomó piadosamente en las manos, la hizo girar y la contempló.

—Hay algo distinto en ella —dijo él.

—En vez de la flauta de hueso tiene una de cristal. —Opur cerró la caja vacía y la depositó a un lado—. El cristal se ha vuelto lechoso con el paso de los años. Tendrás que acostumbrarte un poco a ella, pues una flauta de cristal es más aguda que una de hueso.

Con cuidado, Piwano se acercó la trífauta a los labios y cerró los dedos alrededor de las tres flautas. Sopló algunos acordes. Sonaron estridentes y desafinados. El viejo se rió.

—Llegarás a dominarla.

Diez días después despegó la nave imperial. Todo el tiempo se había podido ver al coloso de plata desde lejos, erecto en el viejo y agrietado espaciopuerto. Aquella mañana, sin embargo, el aire sobre la ciudad temblaba con la canción de los motores del cohete y Opur y Piwano contemplaron juntos desde la ventana cómo el fuselaje de brillante metal se elevaba por encima de las casas, pesadamente al principio, luego subiendo y subiendo más deprisa hasta que se fundió en un pequeño punto que desapareció en lo alto del cielo. El silencio que le siguió fue como una liberación.

—No debes despreocuparte ahora, Piwano —le avisó el anciano—. Se han ido y no volverán antes de dos años. Pero con toda seguridad el gremio seguirá buscándote.

Pasaron meses. Piwano recuperó pronto su antiguo virtuosismo. Se pasaba horas enteras en su escondite tocando obras clásicas, pulía su técnica y probaba variaciones, incansable y sin descanso. Opur se sentaba a veces junto a él y simplemente le escuchaba, a veces tocaban a dúo. En cualquier caso, apenas podía enseñarle ya nada más.

Piwano ardía de entusiasmo. Pronto llegó tan lejos que se atrevía con las piezas más difíciles, piezas que al propio Opur le habían causado siempre problemas. Y para la estupefacción sin límites del viejo maestro de flauta, el joven consiguió incluso el éxito con *ha-kao-ta*, una de las piezas clásicas consideradas imposibles de tocar.

—¿Qué son esas palabras debajo de las notas? —preguntó Piwano a Opur cuanto éste le puso delante un antiguo manuscrito.

—Transcripciones de una lengua olvidada —dijo el maestro—. Las piezas clásicas de trífauta son todas muy antiguas, algunas más de cien mil años. Algunos maestros de flauta dicen que la trífauta es más vieja que las estrellas y que el mundo fue construido a partir de su sonido. Pero esto es, por supuesto, una tontería.

—¿Se sabe qué significan las palabras?

Opur asintió.

—Ven conmigo.

Salieron del sótano y subieron al aula. Opur se acercó a una pequeña mesita que había junto a la ventana y tomó la caja cubierta de desgastados relieves de madera que se encontraba sobre ella.

—Las antiguas piezas para flauta son, en realidad, historias escritas en una lengua antigua y olvidada. Las palabras de esa lengua no son palabras como las pronunciamos, sino series de tonos de la trífauta. En esta caja conservo la clave de esa lengua. Es el secreto de los maestros de flauta.

Abrió la tapa de la cajita. Dentro yacía su propia flauta y una resma de papel antiguo, copias de partituras y de notas manuscritas que en parte estaban amarillentas y quebradizas.

Piwano tomó los escritos que le alcanzaba Opur y los estudió. Asintió ligeramente cuando hubo entendido el principio: la longitud de los tonos, el ritmo y el énfasis seguían las necesidades de la música, mientras que las series de tonos y las hileras de acordes eran palabras y conceptos.

—He descifrado en parte las historias. Las más antiguas de las piezas clásicas tratan de una edad de oro desaparecida, en la que reinaban el bienestar y la felicidad y en la que gobernaban sabios y bondadosos reyes. Otras piezas hablan de una guerra terrible, con la que comenzaron los tiempos oscuros, y cuentan del último rey, que vive encerrado desde hace mil años solo en su castillo y que no hace otra cosa que derramar lágrimas por su pueblo.

Devolvió los papeles a su lugar y cerró de nuevo la tapadera de la caja.

—Antes de mi muerte te traspasaré esta caja, pues tú habrás de ser mi sucesor —le dijo.

Llegó el momento del cambio del año y con ello el momento de la preparación del concierto anual de sus pupilos. Opur se preguntaba si el grupo formado por los músicos de trífauta y por el escaso público, parientes, por lo general, o amigos,

alguna vez llegaría a ser tan grande que no pudiera acogerlos ya en su aula. En los últimos años parecía que este acto encontraba cada vez menos público. Pero el concierto era importante pues les daba a sus alumnos un objetivo y la competencia con los otros les ofrecía una perspectiva.

Poco antes del concierto, Piwano le comunicó que también él quería tocar.

—No —dijo Opur con decisión—. Es demasiado arriesgado.

—¿Por qué? —se emperró Piwano con obstinación—. ¿Creéis que el gremio va a poner un espía entre el público? Conocéis a todos los que vienen desde hace años.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en correrse la noticia de que alguien ha tocado el *ha-kao-ta*? No seas descuidado, Piwano.

Piwano apretó los puños.

—Maestro, yo tengo que tocar. No puedo estar sentado eternamente en el sótano y tocar sólo para mí. No es... no es... completo, ¿comprendéis? El arte es arte cuando alcanza a otros seres humanos. Cuando toco sin que lo oiga nadie, no hay ninguna diferencia entre que toque o no.

El maestro de flauta percibió la rabia que crecía dentro de él y el miedo por el joven. Pero le conocía lo suficientemente bien como para saber que Piwano al final haría siempre lo que tuviera por correcto incluso aunque le costara la vida.

—Bien, por mi parte —cedió—. Pero sólo con una condición: no tocarás ninguna pieza difícil, nada que pueda llamar la atención. Tocarás las piezas polifónicas más fáciles, las que los otros también conocen. Nada que esté por encima de *shen-ta-no*.

Era totalmente en serio. Estaba dispuesto a amenazar a Piwano con echarle de la casa si no aceptaba.

Pero Piwano asintió con agradecimiento.

—De acuerdo, maestro.

Pese a ello, Opur vio acercarse el concierto con un sentimiento negativo. Su tensión se trasladó también a sus otros alumnos y los puso nerviosos. Nunca antes le habían resultado tan pesados los preparativos necesarios. Cambió incontables veces el orden de la representación, cambió también el orden de los asientos. No estaba contento con las fundas de los cojines y casi se dejó de hablar con el cocinero de la cocina de enfrente, que se iba a ocupar de las bebidas y de unos aperitivos.

Por fin llegó la tarde del concierto. Opur recibió personalmente a todos los visitantes a la puerta, para saludarlos. Arriba, en el aula, una de sus alumnas asignaba los asientos. Todos venían con sus mejores ropas, lo que, de todos modos, para las personas que vivían en aquella parte de la ciudad no significaba mucho. Opur había participado una vez cuando era joven en un concierto que su propio maestro había dado en la ciudad alta. A veces le asaltaba la sospecha de que en los conciertos que él mismo organizaba intentaba copiar la despilfarradora pompa de aquellos días y sin embargo no conseguía más que recrear una parodia de aquellas fiestas.

Como era normal, el maestro de flauta pronunció unas palabras al principio, resumió el año transcurrido y aclaró alguna de las piezas que estaban en el programa. Luego comenzaron los jóvenes principiantes con sus representaciones, una forma de actuar que estaba probada, ya que eran los que sufrían en mayor grado de miedo escénico y no había que dejarlos esperar demasiado.

El principio fue lento. El primer alumno olvidó una repetición, perdió el compás cuando se percató de ello y se puso a tocar cada vez más y más deprisa para terminar cuanto antes. Hubo algunos rostros con sonrisitas indulgentes y el alumno recibió pese a todo unos aplausos cuando inclinó la cabeza, roja hasta las orejas. La segunda alumna, una mujer más vieja, sorprendió al propio Opur con la desacostumbrada fluidez de su ejecución. Por lo visto esta vez había estado ensayando de verdad. Y poco a poco el concierto se fue volviendo más ágil, a veces incluso verdaderamente bueno y Opur percibió poco a poco que iba desapareciendo la tensión que no le había abandonado durante los últimos días.

Y entonces Piwano comenzó a tocar.

En el momento en que posó la trífauta en los labios y sopló el primer tono, un escalofrío atravesó a los oyentes. De pronto, la habitación se llenó de electricidad. Las cabezas miraron hacia arriba y las espaldas se enderezaron, como llevadas por unas cuerdas invisibles. En el momento en que surgió el primer sonido de su flauta estaba claro que surgía una estrella. A su alrededor había tonos grises, aquí había colores. A su alrededor había trabajo con éxito, aquí perfección sin esfuerzo. Era como si se abriera un cúmulo de nubes y lo atravesara un rayo de pura luz.

Piwano tocó el *pau-no-kaō*, una ligera pieza polifónica que también había tocado antes uno de los otros alumnos. No tocó nada que no hubieran tocado otros antes que él, ¡pero cómo lo tocaba!

El propio Opur, que le había escuchado tocar interminablemente cosas más difíciles y que tenía la opinión más alta de él, estaba como petrificado. Era una revelación. Con aquella simple pieza, el magro joven rubio consiguió finalmente madurar sobre sí, alcanzar como en un salto cuántico un nuevo nivel del arte de la trífauta. Con aquella simple pieza superó a todos los otros que estaban junto a él, los envió a sus lugares y dejó bien claro de una vez por todas quién era el principiante y quién el maestro. Nadie podría después acordarse de alguna de las otras piezas y todos se acordarían de ésta.

Sus dedos bailaban tan ligeros y sin esfuerzo sobre las flautas como otros respiran o hablan, ríen o aman. No se conformaba con la polifonía de la pieza, sino que la utilizaba para que el mismo tono de la flauta de metal tuviera otro matiz que el de la de madera, cambiaba los tonos entre las flautas y creaba así movimientos subliminales y contrarios. Jugaba con la tendencia de la flauta de cristal a volcarse en agudas disonancias cuando se soplabla demasiado fuerte, para conceder un

dramatismo a ciertos pasajes que nadie jamás había conseguido obtener antes.

Los otros tocaban sus trífautas. Aquel hombre se volvía uno con ella, se había olvidado completamente de sí mismo, en una entrega total.

La mayor parte de los oyentes en realidad no entendían lo que estaba haciendo, pero todos percibieron que algo nunca visto sucedía ante ellos, que en esta pequeña y pobre habitación acababan de echar un vistazo a un mundo maravilloso y olvidado. Dios había estado aquí. Dios existía. Bailaba dentro de una música como hacía siglos que los hombres no habían oído y todos contenían el aliento.

Y cuando todo hubo pasado y Piwano aceptó el aplauso con una sonrisa ensimismada, el miedo embargó a Opur.

Vinieron dos días más tarde, poco antes de la salida del sol. Abrieron de una patada la puerta, sin aviso, y antes de que Opur se hubiera levantado de su lecho, la casa estuvo llena de soldados, rudas órdenes y botas atronadoras.

Un gigante de barba morena con el uniforme de cuero de la patrulla del gremio se acercó al maestro de flauta.

—¿Sois vos Opur? —preguntó con voz de mando.

—Sí.

—Estáis bajo sospecha de esconder a un navegante desertor de la flota del Emperador.

Aunque todo en él temblaba, enfrentó la mirada del soldado con una frialdad valerosa.

—No sé nada de ningún navegante —dijo.

—¿No? —El barbudo entrecerró un ojo para contemplarle con odio desde el otro—. Bueno, ya lo veremos. Mis hombres están revisando la casa.

No podía hacer nada para oponerse. Opur concentraba toda su fuerza en mantener su actitud y parecer que no estaba afectado. Quizás tuvieran suerte.

Pero no tuvieron suerte. Dos soldados subieron por la escalera trayendo a un asustado Piwano y le presentaron con una risa triunfal al comandante.

—Bien —gritó éste—. Estibador Piwano, tercer grupo de estibadores del *Kara*. Antes o después os pillamos a todos. Y todos, todos, lo lamentan.

El maestro de flauta se puso delante del comandante de la patrulla y cayó de rodillas.

—Os lo pido, tened piedad —rogó—. Él es un mal navegante pero un buen tocador de flauta. Sus dones en esta vida no son los fuertes hombros de un navegante imperial sino sus dedos de flautista...

El comandante miró con desprecio al anciano.

—Si sus dedos de flautista impiden que sirva a nuestro señor el Emperador, entonces es nuestro deber ayudarlo —se burló, y tomó la mano derecha de Piwano y la aplastó con rudeza sobre la barandilla de la escalera. Luego echó mano a su pesado

bastón de madera.

Una rabia brutal atravesó a Opur cuando se dio cuenta de que el hombre pensaba romperle los dedos a Piwano. Sin pensárselo, se alzó y golpeó al soldado en la barriga con toda su fuerza, multiplicada por el miedo por Piwano. El comandante, que con lo que menos había contado era con un ataque físico del anciano maestro de flauta, se dobló con un ruidoso jadeo, tropezó y cayó. Piwano quedó libre.

—¡Corre!

Piwano se movió de pronto con una destreza propia de una comadreja, algo que Opur no había nunca visto en su soñador pupilo, si se exceptuaba cuando estaba tocando la flauta. El joven saltó al vacío con un hábil movimiento por encima de la barandilla de la escalera, antes de que ninguno de los soldados pudiera reaccionar.

Opur volvió en sí y se lanzó hacia la ventana, la abrió de un golpe y tomó la caja que contenía su propia flauta. Abajo, Piwano salía corriendo precisamente en aquel momento de la casa.

—¡Maestro Piwano! —gritó Opur y le arrojó la caja.

Piwano se detuvo, alzó la caja y lanzó a su maestro una última sonrisa irracional y pícara. Luego corrió a toda velocidad y desapareció por la ancha puerta de la lavandería.

Los soldados ya le pisaban los talones. Se detuvieron delante de la lavandería, uno dio órdenes y se dividieron, corrieron a cerrar los callejones vecinos, en la esperanza de poder bloquear así al huido.

Opur sintió la pesada mano de un soldado sobre su hombro y cerró los ojos entregándose. La luz había sido preservada y entregada a la siguiente generación. No había podido hacer más.

10. El archivero del Emperador

Antes, éste había sido su imperio. Antes, cuando el Emperador todavía vivía. Entonces reinaba el silencio en las grandes salas de mármol que albergaban los testimonios de la gloriosa historia del Imperio y no se oía sonido alguno excepto el de sus propios pies al arrastrarse y el de su propio aliento. Aquí habían transcurrido sus días, sus años, aquí había envejecido al servicio del Emperador.

¡Aquellos momentos supremos, cuando el mismo Emperador había venido al archivo que él preservaba para quien era semejante a un dios! Amplias había hecho él abrirse siempre las enormes puertas de acero, brillantes había hecho encender todas las lámparas, para luego esperar en el escalón más bajo de la escalera semicircular hasta que llegara el coche del Emperador. Y luego había aguardado con modestia en el zaguán, un poco al margen, junto a una de las columnas, con la mirada sumisa dirigida al suelo, y su mejor pago era cuando el Emperador pasaba de largo y le saludaba con la cabeza con majestuosidad, sólo ligeramente, pero delante de todos los demás. A él, el corcovado. A él, a Emparak, su servidor más fiel. A él, que conocía el Imperio mejor que ningún otro mortal.

Pero luego vinieron los nuevos gobernantes y le degradaron al rango de criado, de administrador sin derechos de una herencia odiada, apenas bueno para pulir el precioso mármol, limpiar las cubiertas de vidrio y cambiar las lámparas gastadas. ¡Cómo los odiaba! *Comisionados del Consejo Provisional para la Revisión del Archivo Imperial*. Podían ir y venir como quisieran, rebuscar en todos los documentos y archivadores y ensuciar el silencio de milenios con su vociferante charla. Nada era sagrado para ellos. Y cuando hablaban con él lo hacían siempre de un modo que dejaba claro que eran jóvenes y hermosos y poderosos, y él era viejo, feo y sin derechos.

Por supuesto, el que le pusieran delante de las narices a dos mujeres había sido a propósito. Querían humillarlo. Las mujeres llevaban la nueva moda, la moda de los rebeldes, que mostraba mucho y dejaba suponer aún más, y se le pegaban tanto como para que él, con sus viejos ojos cortos de vista, se viera obligado a contemplar sus cuerpos tentadores y llenos de curvas, tan cerca como para poder tocarlos y sin embargo inalcanzables para un viejo cojo y lisiado como él.

Habían venido antes, sin avisar, como de costumbre, y se habían aposentado en la sala de lectura principal, el punto central del archivo. Emparak se quedó a la sombra de las columnas de la zona de entrada y les observaba. La mujer pelirroja estaba sentada en el centro. *Rhuna Orlona Pernautan*. ¡Cómo se las daban siempre de grandes estos rebeldes, con sus tres nombres! Junto a ella estaba la mujer del interminable cabello rubio. Por lo que sabía, era la asistente de la pelirroja. *Lamita Terget Utmanasalen*. Se habían traído a un hombre al que Emparak no había visto

antes. Pero sabía quién era por los documentos gubernamentales. *Borlid Ewo Kenneken, miembro de la comisión para la administración del legado imperial.*

—¡Vamos muy atrasados! —gritó la pelirroja—. Vendrá en dos horas y nosotros ni siquiera tenemos un concepto. ¿Cómo os lo planteáis?

El hombre abrió una gran bolsa y sacó un montón de expedientes.

—Tiene que funcionar. Y no necesita ser perfecto. Sólo necesita un informe corto y claro que le proporcione las bases para tomar una decisión.

—¿Cuánto tiempo tendrá para nosotros? —preguntó la rubia.

—Como mucho una hora —le respondió el hombre—. Nos tendremos que limitar a lo esencial.

Emparak sabía que le consideraban simple y senil. Cada uno de sus movimientos, cada una de las palabras que le dirigían, lo traicionaba. Bueno, que lo creyeran. Ya llegaría su hora.

Oh, él sabía exactamente qué aspecto tenía hoy el Imperio. Nada se le ocultaba al archivero del Emperador. Tenía sus fuentes y canales por los que fluía todo lo que quería saber. Por lo menos esto le quedaba.

—¿Qué es lo que conoce de los antecedentes de la expedición a Gheera?

—Sabe lo del descubrimiento del mapa estelar en Eswerlund. Era uno de los consejeros que votó por el envío de la expedición.

—Bien. Eso quiere decir que al menos podemos ahorrarnos esa parte. ¿Qué es lo que sabe de los informes habidos hasta ahora?

—Casi nada. —La rubia miró a su compañera buscando apoyo—. Por lo que yo sé.

—Por lo que yo sé también —respondió ella—. Lo mejor es que le exponamos una breve cronología de los acontecimientos, un resumen de, digamos, un cuarto de hora. Así le quedará tiempo para preguntas...

—¡Para las que, por supuesto, tenemos que estar preparados! —intervino el hombre.

—Sí.

—Comencemos —propuso la pelirroja—. Lamita, podrías llevar una lista donde apuntaras las posibles preguntas que se nos ocurran en torno a puntos concretos.

Emparak observó cómo la mujer rubia tomaba un cuaderno y una pluma y cómo su cabello caía hacia delante al inclinarse para tomar notas. Le gustaba, por supuesto, y antes él hubiera... pero era tan joven. Tan ignorante. Estaba sentada en medio de decenas de miles de años de historia y no percibía nada de ello. Y eso él no se lo podía perdonar a nadie.

¿Acaso no sabían que antes se había sentado él allí? Emparak todavía lo veía todo ante sí, como si no hubiera pasado el tiempo desde entonces. Allí, en la mesa oval, se sentaba el Emperador y estudiaba los documentos que su archivero le había traído.

No había nadie más presente. Emparak estaba de pie sumiso a la sombra de las columnas que se alzaban hacia lo alto a lo largo de la sala y que sujetaban la cúpula de cristal de la que caía una luz mortecina y que sumergía la escena en un resplandor que hacía pensar en la eternidad. El Emperador volvía las páginas con la inimitable y graciosa manera que correspondía a la soltura de su poder y leía, tranquilo y atento. Alrededor, diez puertas altas y oscuras conducían a diez corredores radiales a lo largo de los cuales se extendían las estanterías con libros, los soportes de datos y las cápsulas de archivos. En las diez paredes que había entre las puertas colgaban los retratos de los diez antecesores del Emperador. Para su propio retrato no había previsto lugar puesto que había dicho que él gobernaría hasta el fin de todos los tiempos...

Y ahora había llegado, quizás, el fin de todos los tiempos. Estos jóvenes lo encarnaban con su actividad ruidosa y superficial. No entendían nada, nada. En su orgullo sin límites se habían atrevido a destronar al Dios Emperador, incluso a matarlo. Emparak percibió cómo, ante aquellos pensamientos, su corazón empezaba a latir a toda prisa a causa de la rabia.

Él sabía cómo había sido antes el Imperio y sabía cómo era ahora. La tarea era demasiado para ellos, por supuesto. Los seres humanos pasaban hambre de nuevo, y se extendían epidemias cuyos nombres habían sido olvidados durante milenios. Todo se pudría, en muchos lugares se desarrollaban sangrientas guerras y todo se iba al infierno. Ellos habían trinchado el cuerpo del Imperio, lo habían destripado con el corazón aún latiendo y lo habían desgarrado en crudos jirones. Y mientras llevaban esto a cabo se hacían los importantes y prometían la «libertad».

El hombre se echó hacia atrás en su sillón y apoyó la cabeza en las manos que tenía unidas y desplegadas como un abanico.

—Bien. ¿Con qué empezamos? Sugiero que con la nave expedicionaria que encontró los primeros indicios de las alfombras de cabellos. La nave se llama *Kalyt 9*, y el hombre a quien le debemos esos indicios se llama Nillian Jegetar Cuain.

—¿Es importante el nombre?

—En sí no. Pero he oído que es un pariente lejano del consejero. Quizás estuviera bien mencionarle por su nombre.

—Bien. ¿Qué pasa con él?

—Ha desaparecido. Según las declaraciones de su acompañante, contraviniendo una orden expresa aterrizó en el planeta G-101/2 en el sector HA/31. Tenemos informes de radio suyos y algunas fotos, aunque ninguna de una alfombra de cabellos. Nillian descubrió las alfombras pero desapareció entonces.

—¿No se le buscó?

—Hubo algunos malentendidos con órdenes que se superpusieron. Su acompañante lo dejó en la estacada y volvió a la base y la nave de rescate no llegó

hasta semanas después y no encontró huella alguna de Nillian.

La mujer pelirroja golpeteó nerviosa sobre la superficie de la mesa con la punta de su pluma. Emparak se estremeció con aquel sonido, que a sus oídos sonaba casi obsceno. Aquella mesa era ya vieja cuando el mundo natal de aquella mujer ni siquiera había sido colonizado.

—No sé si debiéramos extendernos tanto en ello —opinó—. Seguramente habrá una investigación, todo esto no es más que una historia desgraciada de las que suceden a veces, pero en realidad no aporta nada al problema. Lo importante es sólo que ese Nillian descubrió las alfombras y que a partir de ello se comenzó a investigar el asunto.

—Correcto. Es más importante presentar lo que son esas alfombras de cabellos y lo que significan. Se trata de alfombras muy grandes, de nudos extremadamente densos, que se tejen a partir de cabellos humanos. Los que las hacen se llaman tejedores de alfombras de cabellos. Utilizan solamente los cabellos de sus mujeres e hijas y todo el proceso es tan increíblemente laborioso que un tejedor de cabellos tiene que emplear toda su vida para tejer una sola alfombra.

La rubia alzó un poco la mano.

—¿Podemos mostrar un ejemplar de estas alfombras? —preguntó.

—Por desgracia no —concedió el hombre—. Por supuesto, hemos requerido una y se nos ha aceptado el requerimiento, pero hasta hoy por la mañana no hay nada. Tenía la esperanza de que en el archivo...

—No —dijo de inmediato la rubia—. Hemos mirado. No hay nada parecido en el archivo.

En su silencioso rincón junto a las columnas, Emparak se rió. Nivel 2, pasillo L, sector 967. Por supuesto que el archivo contenía una alfombra. El archivo lo tenía todo. Sólo había que encontrarlo.

El hombre miró su reloj.

—Bien, sigamos. Tenemos que dejar claro lo que son esas alfombras y el increíble esfuerzo que hay detrás de ellas. Como el informe sociológico detalla, la población planetaria completa no se ocupa de otra cosa que de ello.

La mujer pelirroja asintió.

—Sí. Eso es importante.

—¿Y qué sucede con todas esas alfombras de cabellos? —preguntó la rubia.

—Ése es otro punto decisivo que tenemos que acentuar. Todo el entorno de la producción de las alfombras de cabellos tiene una motivación religiosa. Y con ello me refiero a la antigua religión de estado: el Emperador como Dios, como Creador y Mantenedor del Universo y demás.

—¿El Emperador?

—Sí. Fuera de toda duda. Tienen hasta fotos suyas. Con ello además queda

probado que la parte de la galaxia Gheera que está poblada por seres humanos efectivamente constituyó en algún momento parte del Imperio. La estructura religiosa y del poder político es la misma que en las partes conocidas del Imperio y el idioma común en los mundos de Gheera es un dialecto de nuestro paisi, tal y como, según los filólogos, se hablaba hace ochenta mil años.

—Con esto tenemos un punto de referencia de cuándo se rompió el contacto entre Gheera y el resto del Imperio.

—Justamente. Por cierto, en muchos de esos mundos se hallan huellas de explosiones atómicas ocurridas hace mucho tiempo, productos de desintegración de larga vida y demás, los cuales señalan hacia los correspondientes enfrentamientos bélicos. Esas huellas han sido datadas también al menos en ochenta mil años.

—Eso refuerza la teoría.

—Pero, ¿qué es lo que tiene esto que ver con los tejedores de cabellos? —se empeñó la mujer rubia.

—Los tejedores de cabellos realizan esas alfombras como servicio para el Emperador. Creen que las alfombras están destinadas para el palacio del Emperador.

Silencio desconcertado.

—¿Para el palacio del Emperador?

—Sí.

—Pero en el palacio no hay nada que se pueda tomar por una alfombra de cabellos.

—Cierto. Éste es el enigma.

—Pero... —La mujer rubia comenzó a contar—. Debieran de ser muchísimas las alfombras que se hayan reunido allí. Un mundo entero, con una población de aproximadamente...

—Son cantidades inmensas —replicó el hombre—. Ahórrate el esfuerzo, todavía viene algo mejor. La gente de G-101/2 cree que sólo ellos producen alfombras de cabellos. Saben que los dominios del Emperador abarcan muchos mundos, pero creen que los otros mundos producen otras cosas para el palacio del Emperador. Una especie de división del trabajo interplanetaria. —Contempló con entusiasmo las uñas de sus dedos—. Ahora bien, poco después la expedición a Gheera descubrió un segundo mundo cuya población también produce alfombras y también creen que ellos son los únicos.

—¿Dos mundos? —se asombraron las mujeres.

El hombre miró de una a otra y disfrutó la tensión expectante que se dibujaba en sus rostros.

—Del último informe de la expedición se desprende —continuó, saboreando cada palabra— que hasta ahora han encontrado ocho mil trescientos cuarenta y siete planetas en los que se tejen alfombras de cabellos.

—¿Ocho mil...?

—Y no parece haber un final. —El hombre golpeó sonoramente con la palma de la mano sobre la mesa—. Ése es el punto que tenemos que transmitir. Algo sucede allí y no sabemos el qué.

Yo lo sé, pensó Emparak lleno de deleite. También el archivo lo sabe. Y si tú supieras buscar lo podrías saber también...

La mujer rubia se levantó y se acercó a Emparak, manteniendo sus poderosos pechos casi delante del rostro del jorobado archivero.

—Emparak, ahora tenemos dos indicios —dijo, mirándole—. Ochenta mil años. Galaxia Gheera. ¿Podemos encontrar algo en el archivo?

—¿La galaxia Gheera? —carraspeó Emparak. Ella le había asustado con su repentino acercamiento, y la proximidad de su cuerpo delicioso despertó dormidos deseos en él que le dominaron por completo y le robaron el habla.

—¡Déjale, Lamita! —gritó la bruja pelirroja desde atrás—. Ya lo he intentado a menudo. No tiene ni idea y el archivo es un caos, sin sistema alguno.

La joven se encogió de hombros y volvió a su lugar. Emparak miró fijamente a la pelirroja, ardiendo de rabia. Ella se había atrevido. Cientos y miles habían fracasado en su intento de pisotear la herencia de un hombre como el Emperador, pero ella se había atrevido a decir que el archivo era un caos. ¿Cómo llamaba ella entonces a lo que ese autodenominado Consejo Provisional había hecho allá afuera? ¿Qué palabra tenía ella para la pérdida de orientación sin límites de los seres humanos cuyas vidas habían destruido, para la decadencia de las costumbres, para la degradación que se iba extendiendo? ¿Cómo quería ella denominar al resultado de su infinito fracaso?

—¿Qué sucede entonces en Gheera con las alfombras? —preguntó la pelirroja—. Deben estar amontonadas en algún sitio.

—El transporte de las alfombras de cabellos lo lleva a cabo una flota de naves bastante anticuadas pero completamente satisfactorias para la navegación espacial —informó el hombre—. Hay una casta responsable de esto, los navegantes imperiales. Ellos son los que conservan la herencia tecnológica, mientras que en los planetas mismos sólo se encuentran primitivas culturas post-atómicas.

—¿Y a dónde transportan las alfombras?

—La expedición pudo seguirlos hasta una gigantesca estación espacial que orbita alrededor de una estrella doble sin planetas. Una de ambas estrellas es, por cierto, un agujero negro. No sé si esto quiere decir algo.

—¿Qué se sabe sobre esa estación espacial?

—Nada, excepto que está extremadamente bien vigilada y armada. Una de nuestras naves, el crucero ligero *Evlut*, fue atacado al acercarse y lo dañaron severamente.

Por supuesto. Hasta el día de hoy no podía Emparak comprender cómo los

rebeldes, esos creídos y debiluchos metomentodos, habían conseguido derribar al todopoderoso e inmortal Emperador y hacerse con el Imperio. ¡Los rebeldes no sabían luchar! Mentir, engañar, esconderse y tejer intrigas secretas, esos sí que sabían, pero, ¿luchar? Hasta el fin de sus días le resultaría imposible comprender cómo habían conseguido superar la poderosa e invencible maquinaria militar del Emperador. Ellos, de los que hubieran hecho falta diez o más para vencer a un único soldado imperial.

—Bien. —La pelirroja cerró una carpeta para dar por terminada de momento la discusión—. Ahora tenemos que prepararnos. Creo que vamos a poner un proyector y a preparar las tablas históricas, en caso de que alguien busque el contexto histórico—. Miró en dirección al viejo archivero—. ¡Emparak, necesitamos tu ayuda!

Él sabía en qué consistía esa ayuda. Tenía que buscar el aparato proyector y desplegarlo. Nada más. Y sin embargo, podría haber respondido a todas las preguntas y haber resuelto todos los enigmas en un suspiro. Si sólo hubieran sido un poco más amables con él, más solícitos, le hubieran reconocido algo más...

Pero él no les iba a comprar su reconocimiento. Que se esforzaran ellos mismos. El Emperador siempre había sabido lo que hacía.

También en esto habría tenido sus razones y no era él quién para ponerlas en duda.

Emparak se arrastró fuera de la sala de lectura hacia el zaguán y dobló hacia la derecha. No se apresuraba. Al contrario que los tres jóvenes, sabía exactamente qué hacer.

Bajó por la ancha escalera que conducía a los niveles subterráneos del archivo. Aquí la luz estaba sofocada y la vista no alcanzaba muy lejos. A ellas, a las mujeres, les gustaba quedarse arriba, entre las repisas interminables de la cúpula. Raras veces las había visto él allí abajo. Seguramente les resultaba inquietante y esto hasta él podía entenderlo. Allí abajo era imposible escapar al aliento de la historia. Allí abajo estaban almacenados artefactos increíbles, testigos de hechos inimaginables, documentos de incalculable valor. Allí abajo se podía tocar el tiempo con las manos.

Cerró la puerta de la pequeña sala de máquinas a los pies de la escalera. Ochenta mil años. Y lo decían así, ligeramente, los ignorantes, como si no fuera nada. Lo decían sin que les sobrecogiera un profundo respeto, sin sentir miedo a la vista de tal abismo de tiempo. Ochenta mil años. Era un periodo en el que poderosos imperios podían surgir y volver a hundirse y caer en el olvido. ¡Cuántas generaciones vinieron y se fueron en ese tiempo, vivieron sus vidas, albergaron esperanzas y sufrieron y realizaron cosas que luego desaparecieron en el cruel torbellino del tiempo! Ochenta mil años. Y lo decían con el mismo tono con el que hablarían de ochenta minutos.

Y aún así se trataba de sólo una parte de la incalculable historia del Imperio. Emparak asintió meditabundo para sí mismo mientras cargaba con el proyector por la

escalera. Quizás debiera darles una pequeña pista. No mucho, sólo un minúsculo fragmento. Un rastro. Sólo para mostrar que él sabía más de lo que ellos suponían. Sólo para que pudieran tener una cierta idea de la grandeza de aquel hombre que ellos habían asesinado de un tiro como a un canalla. El poderoso Imperio jamás hubiera podido persistir tan largo tiempo sin aquel hombre, sin el décimo primer Emperador, que había alcanzado la inmortalidad. Sí, pensó Emparak. Sólo una pista, para que ellos mismos pudieran encontrar el resto. Con su loco orgullo, ellos no aceptarían más que eso.

—Tiene que estar a punto de llegar —dijo la pelirroja, quien miraba ahora constantemente a su reloj mientras los otros ordenaban los papeles. Por cierto, ¿qué título tenemos que usar con él?

—Su título es consejero —dijo la mujer rubia.

Emparak colocó el proyector sobre la mesa y le retiró la cubierta.

—A él no le gustan los títulos —repuso el hombre—. A él le gusta que se le dirijan por su nombre, Jubad.

Al escuchar aquel nombre, Emparak se sintió como si se hubiera convertido en hielo hasta la punta de los dedos. ¡Berenko Kebar Jubad el hombre que había matado al Emperador!

Él se había atrevido. El asesino del Emperador tenía la osadía de entrar en los lugares que conservaban la gloria del Imperio. Una afrenta. No, aún peor: simple irreflexión. Ese hombre común y corriente, estrecho de miras, no estaba en condiciones de comprender el significado de su acción, el simbolismo de esta visita. Venía aquí simplemente para escuchar un pequeño y estúpido informe de labios de pequeños y estúpidos individuos.

Que lo hiciera. Él, Emparak, estaría de pie y guardaría silencio. Él había sido el archivero del Emperador y lo seguiría siendo hasta su último suspiro. Se avergonzó de haber estado casi a punto de bailarles el agua a estos bocazas advenedizos. Nunca. Nunca más. Guardaría silencio y guardaría silencio y puliría el mármol milenario hasta que un día se le cayera el trapo de la mano.

La pelirroja se acercó a los interruptores del zaguán e hizo que una de las puertas se abriera. Sólo una. Emparak asintió satisfecho. No entendían nada de estilo, de escenificación. No tenían grandeza.

Todo el recibimiento al líder rebelde le resultó a Emparak poco más que una risible imitación. Un pequeño coche entró y de él se bajó Jubad, un hombre robusto y de pelo gris cuyos movimientos daban una sensación de nerviosismo e inquietud y que caminaba ligeramente torcido, como si le venciera el peso de sus responsabilidades. Subió los escalones a toda prisa, como una marioneta nerviosa, y luego, sin prestar atención a la lujosa atmósfera del zaguán, se dirigió directamente hacia la pelirroja para dejarse conducir por ella hasta la sala de lectura.

Emparak tomó su lugar acostumbrado junto a las columnas y observó a Jubad mientras éste oía el informe de los otros tres. Se decía que padecía de una enfermedad larga y quizás incurable. Emparak estuvo tentado de creerlo cuando vio la expresión del rostro del líder rebelde, marcada por dolores reprimidos. Podía ser una casualidad. Pero quizás se trataba del castigo del destino.

—¿Sobre el destino final de las alfombras de cabellos, entonces, no sabemos nada? —concluyó Jubad al final del informe.

—No.

—¿En el interior de la estación espacial?

—No es suficientemente grande para ello —le repuso el hombre—. Sólo hay que calcular el volumen total de las alfombras realizadas y compararlo con el volumen de la estación espacial. Es muchas veces mayor.

—Quizá no se hayan conservado las alfombras de cabellos —propuso la mujer rubia—. Quizás las destruyan.

—Puede ser —dijo Jubad casualmente. Se veía que le ocupaban pensamientos totalmente distintos—. La imagen aterradora que me acosa es que en algún lugar del universo exista todavía un palacio del Emperador por descubrir, en el que, entretanto, se amontonan las alfombras de cabellos en verdaderas montañas. Y si existe un palacio por descubrir, quien sabe que habrá en él. ¿Quizás ejércitos que yacen hibernados desde hace milenios?

La pelirroja asintió.

—¿Quizás un clon del Emperador que también sea inmortal?

—Exacto —la secundó Jubad con seriedad—. No sabemos cómo consiguió el Emperador no envejecer y vivir y vivir durante todo ese incalculable espacio de tiempo. Hay tanto que no sabemos y, en lo que se refiere a algunos secretos sin aclarar, deberíamos tener un interés mayor que el meramente académico, pues pueden ocultar peligros.

Emparak tuvo que reconocer de mala gana que el tal Jubad poseía un entendimiento asombrosamente despierto. Parecía como si algo de la grandeza del Emperador se hubiera transmitido a quien lo había derrotado. Y tenía razón: sobre la inmortalidad del Emperador ni siquiera el archivo sabía nada.

Jubad hojeó por encima los documentos mientras los otros le miraban mudos y pacientes. Se detuvo en uno de los papeles, lo leyó y se lo alcanzó al hombre.

—¿Qué es esto?

—No se encontró la estrella Gheerh —aclaró—. La flota expedicionaria fue encargada en principio de comprobar la exactitud de las cartas estelares encontradas. Algunas de las estrellas catalogadas no llevaban número sino nombre, y entre ellas, la estrella Gheerh fue imposible de encontrar.

—¿Qué quiere decir imposible de encontrar?

El otro se encogió de hombros.

—Simplemente no estaba allí. El sol junto con todos sus planetas. Simplemente los habían borrado del universo.

—¿Puede esto tener algo que ver con esa supuesta guerra de hace ochenta mil años?

—Lo que resulta curioso es la toponimia. Gheerh, Gheera. Quizás Gheerh era el mundo principal del reino llamado Gheera, y por eso fue destruido durante esa guerra.

Jubad miró a la mujer pelirroja. En sus ojos ardía un silencioso espanto.

—¿Era capaz la flota del Imperio de destruir un sistema solar por completo?

Sí, pensó Emparak. Lo hizo a menudo.

—Sí —dijo la pelirroja.

Jubad se hundió de nuevo en sus reflexiones. Miró fijamente a los papeles, como si pudiera arrancarlos sus secretos.

—¿Una de las dos estrellas del sistema doble alrededor del que gira la estación espacial es un agujero negro? —preguntó de pronto. —Sí. —¿Desde hace cuánto tiempo?

Las mujeres y el hombre estaban sorprendidos y sin saber qué decir.

—Ni idea.

—Se trata de una constelación verdaderamente peligrosa, ¿no es cierto? El lugar más arriesgado para instalar una estación espacial, fuertes radiaciones sin pausa, el peligro constante de ser atrapados por el horizonte de sucesos... —Jubad examinó a los otros de uno en uno—. ¿Qué dicen los antiguos mapas estelares?

—Oh. —La mujer rubia se inclinó sobre su memoria de datos portátil y pulsó algunas teclas—. No dicen nada de un agujero negro. Aquí sólo está apuntada la enana roja. Ni siquiera una estrella doble.

—¡Eso significa algo! —Jubad se levantó—. Voy a interceder ante el Consejo para que una flota de guerra sea enviada a Gheera con la misión de atacar la estación espacial y tomarla. Tenemos que sacar a la luz el secreto de las alfombras de cabellos y soy de la opinión de que la estación espacial es la clave decisiva. —Hizo un significativo ademán—. Les doy las gracias.

Con ello se dirigió de nuevo hacia su coche, que se lo llevó de allí.

Con un suspiro de alivio el hombre se dejó caer hacia atrás y se desperezó.

—¿Y? —dijo en voz alta—. Ha salido bien, ¿no?

La pelirroja miró insatisfecha delante de sí, a la superficie de la mesa.

—Lo de la estrella doble ha sido penoso. Se nos tendría que haber ocurrido a nosotros mismos.

—Ah, Rhuna, ¡la eterna perfeccionista! —habló marcadamente la mujer rubia—. ¿Nunca estás contenta? Se va a actuar por fin, más no queríamos conseguir.

—Lo peor hubiera sido si él hubiera dicho: una cosa improductiva, haremos que vuelva la expedición Gheera —les señaló el hombre.

—Y quizás no haya estado tan mal que él mismo haya caído en la cuenta —opinó la rubia—. Seguro que eso le ha convencido mejor que si se lo hubiéramos dado todo masticado.

—Eso es verdad también. —La pelirroja sonrió y comenzó a ordenar sus documentos—. Así que, bien, muchachos, podemos estar contentos. Recojamos las cosas y pensemos a dónde vamos a ir a celebrarlo.

La mujer rubia le hizo una señal a Emparak.

—Puedes recoger de nuevo el proyector. Muchas gracias.

¿Por qué le daba las gracias? ¿Y por qué le miraba tan extrañamente inquisitiva?

Emparak no dijo nada. Tomó la cubierta y se arrastró hacia la mesa para colocarla de nuevo. Los tres jóvenes se fueron, cargados con sus bolsas y carpetas y sin dignarse a dirigirle ni una palabra más.

—Ya verás, averiguaremos qué es lo que pasa con las alfombras de cabellos...

Ésta fue la última frase que Emparak pudo oír, una frase que quedó todavía en el aire durante un momento, como si buscara un eco en las profundidades sin fondo del archivo.

Emparak les vio irse. Su rostro estaba impasible. Pero con el ojo de su espíritu veía el archivador que guardaba todas las respuestas y que podría haber respondido todas las preguntas.

Buscad si queréis, pensó él mientras la puerta de acero se cerraba de nuevo. Rompeos la cabeza con ello. Creéis que habéis descubierto un gran secreto. No tenéis ni idea. Ni siquiera habéis arañado la historia del Imperio.

11. Jubad

Su mano izquierda sujetaba la derecha encima del pecho, un gesto que le había vuelto su emblema y que era imitado a menudo tanto por epígonos como por envidiosos. Su mirada se paseaba por jardines inundados de sol y arriates rebosantes de flores, sobre brillantes lagos y paseos paradisíacos, pero no veía nada, sólo la lobreguez borrosa y gris de una era desaparecida. Su coche seguía un camino que serpenteaba juguetón entre imponentes construcciones de todas las épocas y que le conduciría al centro del antiguo palacio imperial. Pero ante los ojos de Jubad sólo se elevaba la columnata oscura y maciza que acababa de abandonar.

El archivo del Emperador... Siempre había evitado penetrar en el antiquísimo edificio que albergaba los documentos y los artefactos de toda la época imperial. Quizás tuviera que haberlo evitado también hoy. Pero por algún motivo le había parecido inevitable tomar parte en la reunión que había tenido lugar allí, incluso aunque ya ni siquiera recordara ese motivo.

Al final había emprendido una verdadera huida. Había dicho que sí a todo y había escapado, como si tuviera que huir del espíritu del gobernante muerto. De pronto Jubad tuvo que tomar aliento, pesada y dolorosamente, y con el rabillo del ojo percibió una preocupada mirada de su chofer. Quiso decir algo para tranquilizarlo pero no supo el qué. Tampoco sabía ya casi de qué habían hablado durante la conversación, hasta tal punto tenía que luchar contra las olas del recuerdo que amenazaban con anegarlo. El recuerdo de un pasado que había decidido su vida.

Berenko Kebar Jubad. Hacía tiempo que su propio nombre le parecía el de otro hombre, tan a menudo lo había oído en alocuciones y leído en libros de historia. Jubad, el libertador. Jubad, el vencedor del tirano. Jubad, el hombre que había matado al Emperador.

Él mismo llevaba la vida de un gobernante desde el final del Imperio. Estaba en el Consejo de los Rebeldes, hablaba delante del parlamento. Donde quiera que fuera y dijera lo que dijera, siempre contemplaba miradas temerosas y afecto respetuoso. Dado que se le escuchaba, en buena medida era suyo también el crédito de que a la región de Tempesh-Kutraan se le hubiera concedido la independencia, y también la pacificación de la provincia de Baquion era, al menos en cierta medida, su obra. Pero de estos logros no se acordarían las generaciones futuras. Lo que se recordaría por todos los tiempos sería al hombre que había dirigido el golpe mortal contra el déspota.

Siguiendo un súbito impulso hizo que el chofer detuviera el coche.

—Voy a ir andando un rato —dijo, y añadió, al darse cuenta de la mirada preocupada del hombre—. No soy tan viejo como parezco. Todos debieran saberlo.

Tenía cincuenta y cuatro años, pero a menudo le calculaban setenta. Y casi se

sentía así cuando se bajó del coche. Se quedó de pie y esperó a que el coche desapareciera de la vista.

Luego respiró profundamente y miró a su alrededor. Estaba solo. Solo en un pequeño jardín repleto de arbustos de un verde azulado, con delicadas plumas y capullos de color rojo oscuro. En algún lugar, un pájaro cantaba una triste canción, una serie siempre igual de tonos. Parecía como si estuviera ensayando diligentemente.

Jubad cerró los ojos, escuchó el canto del pájaro, que le recordaba más a una música de flauta que a los pájaros de su tierra, y saboreó el calor del sol sobre su rostro. Maravilloso, pensó, simplemente estar aquí, donde sea, y no ser importante. No ser observado por nadie. Simplemente vivir.

Para su sorpresa, cuando abrió de nuevo los ojos había un muchacho delante de él y le miraba fijamente. No le había oído acercarse.

—Tú eres Jubad, ¿no es verdad? —dijo el niño.

Jubad asintió.

—Sí.

—¿Estabas pensando en un problema complicado? —quiso saber el chaval—. Por eso no te he molestado.

—Eso ha sido muy amable de tu parte —opinó Jubad, sonriendo—. Pero no estaba pensando en nada especial. Solamente estaba oyendo los pájaros.

El muchacho abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

—En serio —le aseguró Jubad.

Contempló al niño, que movía las caderas intranquilo y a todas luces quería decir algo. Por fin, le salió de dentro:

—¡Quiero preguntarte algo importante!

—¿Sí? —dijo Jubad con desgana—. Pregunta entonces.

—¿Es verdad que tú mataste al malvado Emperador?

—Sí, es verdad. Pero hace mucho de eso.

—¿Y estaba muerto de verdad? ¿Te fijaste bien?

—Me fijé muy bien —le aseguró Jubad, tan serio como le era posible. Tuvo que hacer esfuerzos para controlar su risa—. El Emperador estaba muerto de verdad.

El muchacho pareció de pronto muy preocupado.

—Mi padre dice siempre que todo eso no es verdad. Dice que el Emperador vive todavía y que sólo ha dejado su cuerpo para seguir viviendo en las estrellas y los planetas. Él tiene muchas fotos del emperador en su habitación y dice que eres un embustero. ¿Es verdad eso? ¿Eres un embustero?

Un dolor bien conocido atravesó a Jubad. El pasado. Jamás le dejaría en paz.

—Mira —aclaró con cuidado—, cuando tu padre era un niño, como tú ahora,

entonces gobernaba todavía el Emperador, y tu padre tenía que ir, como todos los niños, a una escuela sacerdotal. Allí los sacerdotes le hicieron daño y le llenaron con un miedo enorme a hacer algo alguna vez que no le gustara al Emperador. Y ese miedo no le ha abandonado durante toda su vida. Todavía hoy tiene miedo, por eso dice esas cosas. ¿Lo entiendes?

Era pedir demasiado a un niño que igual tenía cuatro o cinco años y que ya se veía obligado a romperse la cabeza con tales cosas porque quería a su padre.

La pequeña cabeza se esforzó terriblemente durante un instante, mientras el niño intentaba llegar a una conclusión. Pero de pronto todo el esfuerzo desapareció como si lo borrarán y su rostro se volvió radiante.

—¡Yo no creo que seas un embustero!

—Gracias —dijo Jubad con sequedad.

—Además —continuó alegre el chaval—, seguramente el Emperador te hubiera castigado severamente si siguiera vivo.

Con ello se alejó saltando, aliviado y lleno de energía.

Jubad lo miró, de algún modo sorprendido con aquel modo infantil de ver las cosas.

—Sí —murmuró por fin—. Ése es un pensamiento muy lógico.

Cuando Jubad entró en su casa, vio un hombre a la mesa, tranquilo, como si esperara allí desde hacía algún tiempo. Junto a su mano, que descansaba sobre la mesa, había una pequeña maleta oscura.

Jubad se detuvo un momento, luego cerró la puerta pensativo.

—¿Otra vez ha llegado el momento?

—Sí —dijo el hombre.

Jubad asintió, luego se puso a cerrar todos los postigos de las ventanas. Afuera había comenzado ya el crepúsculo y algunas de las siete lunas colgaban en el cielo oscuro como bordadas en terciopelo negro.

Desde una de sus ventanas tenía Jubad una hermosa vista de la gran cúpula que conformaba el centro del palacio. La cúpula albergaba los lujosos aposentos privados del antiguo Emperador que hoy estaban cerrados y que sólo podían ser visitados por científicos con una autorización especial. Sin embargo, años atrás había habido voces que, increíblemente, querían que él, Jubad, habitara allí, lo que él, por supuesto, había rechazado de inmediato.

—¿Te ha visto venir alguien?

—Creo que no.

—¿No estás seguro de ello?

El hombre en la mesa rió débilmente.

—Sí. Pero ya no es posible hacer desaparecer el rumor de que padeces algún tipo de enfermedad grave.

Jubad cerró el último postigo, dio la luz y se sentó también a la mesa.

—Estamos hablando de uno de los mayores secretos de estado —dijo serio—. Ni siquiera el Consejo debe enterarse de ello.

—Sí. —El hombre abrió la pequeña maleta, tomó una jeringuilla y comenzó a llenarla de un líquido azul claro—. Pero, ¿cuánto tiempo vas a aguantarlo tú todavía?

—Tanto como sea posible.

Se negaba a volverse supersticioso. Era una casualidad, nada más. Debía de haberse infectado con el virus en su juventud, probablemente incluso en su primer viaje por orden del Consejo rebelde, un viaje que le había llevado hasta Jehemba. Y luego, la enfermedad se había incubado en su interior, durante largos años, sin los mínimos síntomas.

El líquido en la jeringuilla se fue volviendo más oscuro poco a poco. Tan pronto como alcanzara un determinado tono oscuro, casi negro, tenía que ser inyectada. Quemaría terriblemente, durante horas, pero frenaría el progreso de la enfermedad. Jubad comenzó a quitarse la camisa.

Devorador de la estepa. Así llamaban a la enfermedad en Jehemba. Con cuidado, Jubad retiró el manguito que imitaba piel sana. Debajo de él apareció la piel de un hombre viejísimo. Arrugada y agrietada y marchita sobre fibras musculares duras y encogidas que apenas eran más gruesas que un meñique.

De pronto se vio obligado a pensar de nuevo en el archivo y en el niño. Y en un tiempo anterior, un tiempo que yacía muy, muy atrás, cuando el Emperador todavía vivía y le había tenido a él, Jubad, el rebelde, en su poder.

Tenía que seguir siendo un secreto. Nadie debía saber que el brazo derecho de Berenko Kebar Jubad se estaba secando. El brazo con el que había matado al Emperador...

12. El Emperador y el rebelde

No esperaba más, sólo su muerte. Y ésta iba a ser horrible, horrible para él y horrible para quienes dependían de su silencio. La vida de miles, quizás el futuro de todo el movimiento, dependía de que él pudiera guardar silencio sobre los secretos que se le habían confiado. Y él sabía que no podría hacerlo.

Los esbirros del Emperador intentarían romper su silencio con todos los medios a su alcance. Y se trataba de medios terribles, horrorosos procedimientos ante los que él no podría contraponer nada. Le esperaban dolores que sobrepasarían todos los dolores que hubiera experimentado. Y los dolores no serían todo. Había otros procedimientos, más efectivos, más refinados, contra los que la fuerza de voluntad no serviría para nada. Le llenarían de drogas. Le instalarían sondas en los nervios. Utilizarían aparatos de los que él no había oído hablar nunca antes. Y por fin le harían hablar. En algún momento se enterarían de lo que quisieran saber.

Sólo había una salvación, sólo una esperanza: tenía que morir antes de que ellos hubieran llegado tan lejos.

Sin embargo, eso no era tan fácil. Si hubiera visto alguna posibilidad de poner fin a su vida no lo hubiera dudado ni un momento. Pero le habían quitado todo, primero la cápsula de veneno que cada rebelde llevaba y luego todas sus vestiduras, todas. Habían explorado cada uno de los orificios de su cuerpo para ver si escondía objetos y le habían examinado de la cabeza a los pies con rayos X. Todo lo que llevaba puesto era un traje ligero y muy fino hecho de una especie de algodón.

La celda en la que le habían encerrado era pequeña y estaba vacía, asépticamente limpia. Las paredes eran de puro acero, brillante como un espejo, al igual que el techo y el suelo. Había un pequeño grifo del que goteaba agua tibia al abrirlo y un contenedor fuertemente atornillado al suelo para sus necesidades. Eso era todo. Ningún colchón, ninguna manta. Se veía obligado a dormir en el suelo.

Había pensado romperse el cráneo lanzándose en una acción súbita y dudosa contra la pared, tan repentinamente que no pudieran evitarlo. Pero a un palmo de la pared comenzaba un campo de fuerza que hacía imposibles los movimientos rápidos y que ante intentos de este tipo producía un efecto como el de la goma, sólo que más efectivo.

Hacía calor. Las paredes y el suelo debían de tener calefacción. Suponía que muy cerca de su celda debía de haber una gran máquina, quizás un generador, pues cuando yacía en el suelo podía percibir unas débiles vibraciones. La luz de las tres lámparas en el techo no se apagaba nunca y él estaba seguro de que era observado, aunque no tuviera indicio alguno de en qué forma.

En la puerta había una portilla semicircular que se cerraba de vez en cuando y cuando se volvía a abrir contenía su comida diaria. Era siempre la misma pasta

aguada y sin sabor en una escudilla transparente. Era con lo único que le habían amenazado: si rechazaba la comida, sería atado y alimentado artificialmente. Así que comía. No había cuchara, tenía que beber la pasta. La propia escudilla también era blanda y quebradiza y en absoluto apta para cortarse las venas o algo parecido.

Era la única distracción y su única medida del paso de las horas. El resto del tiempo solía sentarse en un rincón, con la espalda apoyada en la pared, y meditaba. Se le aparecían los rostros de sus amigos, como si estuvieran despidiéndose, y veía episodios de su vida, como si quisieran rendir cuentas. No, no lamentaba nada. Volvería a hacer lo mismo otra vez. También ese vuelo de reconocimiento que se reveló como una refinada trampa. Nadie lo hubiera sospechado. Él no tenía nada que reprocharse.

A veces también los pensamientos guardaban silencio. Entonces se sentaba allí y veía su borrosa imagen reflejada en la pared de enfrente y se dedicaba simplemente a percibir que estaba vivo. No lo estaría por mucho más tiempo. Cada momento era ahora precioso.

En aquellos instantes se sentía en paz consigo mismo.

Luego había momentos de miedo. La seguridad de que la muerte estaba próxima y era inevitable despertaba un miedo animal, de una antigüedad de millones de años, un miedo que se negaba a todo razonamiento, que dejaba a un lado toda reflexión y que aplastaba toda necesidad de mayor rango, que nacía de las más oscuras profundidades del alma y se convertía en una terrible marea. Como alguien que se ahoga, buscaba él en aquellos instantes una esperanza, una salida, y encontraba solamente la duda.

Poco a poco perdió su sentido del tiempo. Pronto le sería imposible decir cuánto tiempo llevaba encerrado, días o meses. Quizás le hubieran olvidado. Quizás simplemente seguiría encerrado allí años y años, envejecería y moriría.

Vinieron mientras dormía. Pero el sonido de la llave en la puerta de su celda le hizo despertarse en apenas un segundo y ponerse en pie.

Así que había llegado la hora. Comenzaba la tortura. Contó dieciséis soldados de la guardia imperial que estaban de pie pegados unos a otros en el pasillo, todos armados con armas adormecedoras. Siempre pensaban en todo. No tenía ninguna oportunidad.

Uno de ellos, un hombre robusto y de poco pelo, con un rostro marcado por la dureza, se acercó al hueco de la puerta.

—¿Rebelde Jubad? Venga —ordenó con brusquedad.

Dos soldados se acercaron a él con precaución y le ataron de forma que sólo podía dar pasos pequeños y cortos. Luego le unieron las muñecas con unas ligaduras y le pusieron una cadena alrededor de la barriga. Jubad les dejó hacer. Cuando le señalaron que se pusiera en movimiento, obedeció.

Caminaron a lo largo de un pasillo que estaba muy iluminado y alcanzaron un ancho túnel en el que esperaba con las puertas abiertas un transporte pesadamente blindado. No había oportunidad de huir y tampoco de lanzarse a un abismo o arrojarlo contra un fuego mortal. Le ordenaron subir al transporte, se sentaron alrededor de él y comenzó el viaje.

Parecía que iban siempre todo derecho, durante horas. A veces viajaban en completa oscuridad. Entonces, los rostros de los soldados, que no le quitaban el ojo de encima ni por un segundo, aparecían, a la escasa luz del panel de mandos, como las máscaras de unos demonios. Algunas veces tuvieron que detenerse ante escudos de energía que brillaban peligrosamente y esperar a una minuciosa inspección a cargo de vigilantes que estaban dentro de cabinas blindadas y que llevaban a cabo largas llamadas telefónicas antes de desconectar las barreras y permitirles seguir el viaje. Durante todo el tiempo no se pronunció ni una palabra en el interior del transporte.

En algún momento continuaron de nuevo en la oscuridad, avanzaron otra vez hacia una mancha brillante en la lejanía y, repentinamente, el transporte salió a través de una abertura en una escarpada pared de roca y siguió flotando libremente por el aire sobre sus campos de antigravedad. Jubad miró asombrado a su alrededor, absorbiendo la increíble vista. Continuaban su sendero a mucha altura sobre un mar tranquilo, de color azul como la tinta, que se extendía de horizonte a horizonte y que soportaba la enorme cúpula de un cielo azulado y sin mancha. Detrás quedaba una cordillera de roca quebrada que caía perpendicular hacia el océano y por delante yacía el palacio del Emperador, resplandeciente a la luz del sol e increíble en su extensión apenas abarcable.

El Palacio de las Estrellas. Jubad había visto imágenes, pero ninguna imagen podía reproducir adecuadamente el lujo orgulloso y despilfarrador del gigantesco edificio. Ésta era la sede del Emperador, del gobernante de todos los mortales y, por ello, el corazón del Imperio. No había rebelde alguno que no soñara con llegar a aquel lugar como vencedor. Jubad venía como prisionero. Sus ojos se nublaron ante el pensamiento de los horrores que le podían aguardar allí.

El transporte descendió más, hasta pegarse tanto a la superficie del mar que se hubiera podido tocar con la mano la espuma del imperceptible movimiento de las olas. Las murallas que rodeaban el palacio se acercaban a toda velocidad, se hacían cada vez más altas. Unas puertas se abrieron como unas fauces que los tragarón y detrás apareció un alto hangar en cuyo centro aterrizó el transporte.

—Serás entregado a la guardia personal del Emperador —dijo el comandante.

Jubad se estremeció. Esto no significaba nada bueno. La guardia personal del Emperador eran los más abnegados de entre los escogidos, la elite de entre las elites, entregados al Emperador hasta la muerte y sin contemplaciones hacia sí mismos o hacia otros. Doce de ellos, enormes gigantes vestidos con uniformes dorados y

parecidos los unos a los otros como hermanos, esperaban en el lugar del aterrizaje.

—Cuántos honores —murmuró Jubad deprimido.

Los guardianes le tomaron en su centro y esperaron con rostros inexpresivos hasta que el transporte se fue de nuevo. Entonces, uno de ellos se agachó y le quitó las ataduras de las piernas. Había menosprecio en aquel gesto. A nosotros no te nos escapas ni aunque puedas correr, parecía decirle con ello.

Le condujeron a través de pasillos sin fin. A Jubad lo embargaba el miedo, pero absorbió dentro de sí cada paso que daba y cada instante que transcurría. Pronto, en el corredor siguiente, o quizás uno más allá, se abriría la puerta hacia la habitación en la que finalizaría su vida. El relampagueo estéril de los instrumentos de ese cuarto sería la última luz en sus ojos, y sus propios gritos lo que se llevaría consigo en la oscuridad eterna...

Subían una amplia escalera. Jubad se dio cuenta de ello con confusión. Involuntariamente había supuesto que las cámaras de tortura y las habitaciones de los interrogatorios estarían en las profundidades del palacio, en los sótanos más profundos, donde nadie vivía y donde nadie podía escuchar ningún grito. Pero los guardias le condujeron a paso sonoro y regular sobre mármol brillante como espejo, a través de portales encajados de oro y a través de lujosas salas llenas de los tesoros artísticos de todo el Imperio. Su corazón golpeaba como un martillo en su pecho cuando atravesaron una pequeña puerta lateral, pero al otro lado sólo había una habitación blanca y sin adornos en la que, excepto algunos sillones y una mesa, no había más que un pequeño panel de mandos. Le señalaron que se quedara de pie, tomaron posición en la habitación y junto a las puertas y esperaron. No sucedió nada.

—¿A qué esperamos? —dijo Jubad por fin.

Uno de los guardias se volvió hacia él.

—El Emperador quiere verte —dijo—. Guarda silencio.

Los pensamientos de Jubad dieron un paso adelante, un salto hacia atrás y luego se hicieron un nudo, y su mandíbula inferior se hundió repentinamente. ¿El Emperador? Percibió que dentro de él estallaba un horror cálido. Jamás se había oído que el Emperador en persona tomara parte en un interrogatorio.

El Emperador quería verle. ¿Qué significado podría tener eso?

Pasó un buen rato hasta que el rebelde se dio cuenta de lo que esto significaba. Significaba que el Emperador mismo estaría pronto allí. Allí, en aquella habitación. Probablemente a través de aquella puerta que estaba vigilada por dos soldados a la derecha y dos a la izquierda. El Emperador vendría allí y estaría frente al rebelde.

Los pensamientos de Jubad corrían a toda velocidad, como un rebaño desbocado. ¿Era ésta su oportunidad? Si intentaba atacar al Emperador, entonces ellos seguramente le matarían, se verían obligados a matarle, rápido y sin dolor. Ésta era la oportunidad que había estado esperando. Le mostraría al tirano cómo sabía morir un

rebelde.

Mientras Jubad estaba sumido en sus pensamientos, se abrió la puerta. Los guardianes se cuadraron. A pasos medidos, entró un anciano un poquito robusto, que al lado de los guardianes daba la sensación de ser un enano. Tenía la cabeza canosa y llevaba un uniforme casi monstruoso, totalmente repleto de chismes brillantes. Miró a su alrededor lleno de dignidad y dijo entonces:

—El Emperador.

Con esas palabras se hundió de rodillas, extendió los brazos y se dobló sumiso hacia delante hasta que tocó el suelo con la frente. Los guardias hicieron lo mismo y por fin, Jubad fue el único que permaneció de pie.

Y entonces el Emperador entró en la habitación.

Hay cosas que se olvidan y cosas que se recuerdan y entre éstas hay unos pocos instantes en la vida que a uno se le quedan siempre grabados en la memoria, como imágenes enormes y brillantes. Después, cuando Jubad se preguntaba cuál había sido el momento más impresionante y más emotivo de su existencia, siempre se veía obligado a reconocer a su pesar que había sido aquél.

La presencia del Emperador lo acertó como el golpe de un martillo. Por supuesto, conocía su rostro. Todo ser humano lo conocía y con el paso de los milenios parecía que el íntimo conocimiento de aquel rostro se había convertido en parte de la herencia genética de la humanidad. Había visto películas de él, había escuchado discursos suyos, pero nada le había preparado para... esto.

Allí estaba él. El Emperador. El gobernante de la humanidad desde hacía milenios, de todo el universo conocido, sin edad y más allá de toda medida humana común y corriente. Era un hombre delgado y grande, con un cuerpo lleno de fortaleza y un rostro casi perfecto y agudo. Vestido con un sencillo manto blanco, penetró en la habitación con una mesura interminable, sin el más mínimo movimiento superfluo y sin prisa alguna. Su mirada se posó en Jubad, y a éste le pareció hundirse en dos pozos negros e interminables.

Era abrumador. Era como si se enfrentara a una figura mitológica. *¡Ahora comprendo por qué se te tiene por un dios!* Era todo lo que el pobre cerebro de Jubad podía pensar.

—Levantaos.

También el sonido de su voz era conocido, oscuro, contenido, matizado. Así hablaba alguien que estaba más allá del tiempo. Alrededor de Jubad, los hombres de la guardia se levantaron y se quedaron de pie, con las cabezas humildemente bajas. Asqueado, Jubad se dio cuenta de que al entrar el Emperador, también él había caído de rodillas inconscientemente. Se alzó de un salto.

El Emperador le miró de nuevo.

—Quitadle las ataduras.

Dos de los guardianes liberaron a Jubad de las últimas cadenas, las enrollaron y las hicieron desaparecer en los bolsillos de sus uniformes.

—Y ahora dejadme a solas con el rebelde.

El espanto apareció por un segundo en los rostros de los soldados, pero obedecieron las órdenes sin vacilar.

El Emperador esperó inmóvil hasta que todos desaparecieron y las puertas se hubieron cerrado detrás de ellos. Luego lanzó una corta mirada a Jubad, con una fina e impenetrable sonrisa en sus labios, y pasó junto al rebelde hacia el interior de la habitación, dándole la espalda sin prestarle atención, como si ni siquiera estuviera allí.

Jubad casi se desmayó, hasta tal punto ardía algo en él que decía: ¡Mátalo! ¡Mátalo! Ésta era una oportunidad que no volvería en miles de años. Estaba a solas con el tirano. Le mataría, con las manos desnudas, con dientes y uñas, y liberaría al Imperio del dictador. Cumpliría la misión de los rebeldes, él solo. Sin un ruido, sus manos se hicieron puños y su corazón golpeaba tan fuertemente que pensaba que el eco debía de estar resonando en toda la habitación.

—Todos tus pensamientos —dijo de pronto el gobernante— están girando ahora en torno a la idea de matarme. ¿Tengo razón?

Jubad tragó saliva. El aire de sus pulmones escapó en una tos. ¿Qué estaba pasando? ¿A qué juego jugaba el Emperador con él? ¿Por qué había hecho irse a la guardia?

El Emperador sonrió.

—Por supuesto que tengo razón. Los rebeldes sueñan con una situación como ésta desde hace milenios, estar a solas con el odiado déspota... ¿No es así? Di alguna cosa, me gustaría oír cómo suena tu voz.

Jubad tragó saliva.

—Sí.

—Te gustaría matarme ahora, ¿no es cierto?

—Sí.

El Emperador abrió los brazos.

—Bueno, guerrero, aquí estoy. ¿Por qué no lo intentas?

Jubad entrecerró los ojos con desconfianza. Observó al Dios Emperador, que estaba de pie esperando con paciencia, con su túnica sin adornos, las manos abiertas en un gesto de indefensión. Sí. Sí, lo haría. ¿Qué podía perder, más que la vida? Y él no quería más que morir, en cualquier caso.

Lo haría. Ahora. Enseguida, tan pronto como consiguiera saber la forma de hacer que su cuerpo se moviera y lo atacara. Miró aquellos ojos, los ojos del Emperador, el señor de los elementos y los astros, el todopoderoso amo, y la fuerza dentro de él desapareció. Sus brazos se agarrotaron. Tosió. Lo haría. Tenía que matarlo. Tenía que

hacerlo, pero su cuerpo no le obedecía.

—No puedes —afirmó el gobernante—. Eso es lo que quería mostrarte. El respeto al Emperador está profundamente enraizado en todos los humanos, incluso en vosotros, los rebeldes. Es lo que te hace imposible atacarme.

Se volvió y fue hacia el pequeño cuadro de mandos, junto al que había dos sillones que estaban puestos en dirección a la pared. Con un gesto relajado y hasta gracioso, alargó la mano y pulsó un interruptor. Una parte de la pared se corrió sin hacer ruido hacia un lado y dejó ver una gigantesca proyección tridimensional de un panorama estelar. Jubad reconoció la silueta del Imperio. Parecía que cada estrella estaba representada y el reflejo de las galaxias bañaba la habitación en la que estaban con una luz fantasmal.

—Aquí me siento a menudo durante horas y contemplo el universo sobre el que tengo poder —dijo el Emperador—. Todas esas estrellas con sus planetas son mías. Todo ese espacio inabarcable es el lugar donde mi voluntad es hecho y mi palabra es ley. Pero el poder, el verdadero poder, no es jamás poder sobre cosas, ni siquiera sobre estrellas y planetas. El poder es siempre el poder sobre los seres humanos. Y mi poder no es sólo el poder de las armas y la violencia. Tengo también poder sobre los corazones y las mentes de los seres humanos. Billones de humanos viven en esos planetas y todos me pertenecen. Ninguno de ellos deja transcurrir un día sin dedicarme un pensamiento. Me adoran, me aman. Soy el punto central de sus vidas. —Miró a Jubad—. Jamás ha habido un Imperio más grande que el mío. Jamás ha tenido un ser humano más poder que yo.

Jubad miró fijamente al Emperador, a aquel hombre cuyos rasgos habían sufrido menos cambios que las imágenes de las estrellas en el firmamento. ¿Por qué le contaba esto a él? ¿Qué es lo que le tenía preparado?

—Te preguntas por qué te estoy contando esto y qué es lo que te tengo preparado —siguió el Emperador. Jubad quedó casi aterrorizado, al verse descubierto de un modo tan rápido y ligero—. Y además te preguntas si quizás soy capaz de leer la mente... No, no puedo. Tampoco es necesario. Lo que sientes y piensas está escrito en tu rostro.

Jubad sintió casi físicamente cuan inferior era ante aquel hombre antiquísimo.

—Por cierto, tampoco tengo intención de hacerte interrogar. Así que puedes relajarte. Te cuento todo esto porque quiero que entiendas algo... —El gobernante le miró con aire misterioso—. Ya sé todo lo que quiero saber. También sobre ti, Berenko Kebar Jubad.

Jubad no pudo reprimir un escalofrío al oír al Emperador pronunciar su nombre.

—Naciste hace veintinueve años en Lukdaria, uno de los puntos de apoyo secretos de la organización de los rebeldes, como primer hijo de Ikana Wero Kebar y de Uban Jegetar Berenko. Tu primera misión como explorador la emprendiste con

doce años, luego recibiste formación en armamento pesado y artillería espacial, luego fuiste nombrado comandante de nave auxiliar y después comandante de navío, y finalmente designado para el mando de consulta del Consejo rebelde. —Una sonrisa casi irónica se formó en el rostro del Emperador al ver a Jubad completamente desconcertado—. ¿Debo contarte aún algunos detalles picantes de tu pequeño lío con aquella joven piloto? Tenías por entonces justo dieciséis años y ella se llamaba Rheema...

Jubad estaba horrorizado.

—¿Cómo... cómo sabéis eso? —balbuceó.

—Sé todo sobre vosotros —dijo el Emperador—. Conozco los nombres, posiciones y armamento de todos vuestros planetas de apoyo, Lukdaria, Jehemba, Bakion y como quiera que se llamen. Sé de vuestro gobierno en la sombra en Purat, de vuestra liga secreta en Naquio y Marnak y conozco incluso vuestro punto de apoyo secreto en Niobai. Conozco a cada uno de vosotros por su nombre, conozco vuestros objetivos y conozco vuestros planes.

Del mismo modo habría podido atravesar a Jubad con una espada ardiente. El terror que sintió era casi mortal. Jubad se había armado para una tortura que intentara arrancarle esas informaciones y estaba dispuesto a morir incluso para mantener secreto uno solo de esos nombres.

Sus piernas cedieron. Sin darse cuenta de lo que hacía, se sentó en uno de los sillones. Después de lo que había pasado, estaba cerca de perder la razón.

—Ah —dijo el Emperador y movió la cabeza en señal de reconocimiento. Veo que eres de verdad un rebelde...

Jubad tardó unos instantes en comprender lo que quería decir: se había sentado mientras que el Emperador aún estaba de pie. Normalmente eso hubiera sido interpretado como un insulto mortal. Jubad, sin embargo, se quedó sentado.

—Si sabéis todo eso —dijo, consiguiendo controlar su voz con mucho esfuerzo—, entonces me pregunto qué es lo que queréis de mí.

El emperador lo miró con ojos que eran más profundos que los abismos entre las estrellas.

—Quiero que vuelvas y te ocupes de que se cambien los planes.

Jubad se alzó indignado.

—¡Nunca! —gritó—. ¡Antes moriré!

Por primera vez escuchó reírse al Emperador en voz alta.

—¿Piensas que conseguirías algo con ello? No seas tonto. Como ves, sé todo sobre vosotros. Podría destruir completamente todo el movimiento rebelde en una hora, hasta el último hombre y sin que quedara huella. Soy el único que sabe cuántos levantamientos y rebeliones ha habido ya y siempre he sentido placer en sofocarlos y exterminarlos. Pero esta vez no lo haré, pues el movimiento rebelde juega un

importante papel en mis planes.

—¡No nos dejaremos convertir en vuestro instrumento!

—Puede que no te guste pero sois mis instrumentos desde el principio —le respondió el Emperador con sosiego, y añadió—: Yo creé el movimiento rebelde.

Los pensamientos de Jubad se detuvieron, le pareció que para siempre.

—¿Qué? —se escuchó murmurar sin fuerzas.

—Conoces la historia del movimiento —dijo el Emperador—. Hace unos trescientos años apareció en los mundos de la frontera un hombre que pronunciaba discursos de rebeldía y que supo unir a mucha gente contra el poder del Emperador. Él fundó la célula original del movimiento rebelde y escribió un libro que a lo largo de los siglos ha sido el libro más importante del movimiento y al que ha dado nombre. El libro se llama *El viento inaudible* y el nombre del hombre era Denkalsar.

—Sí.

—Ese hombre era yo.

Jubad le miró con fijeza. El suelo debajo de él parecía romperse pedazo a pedazo.

—No...

—Fue una aventura interesante. Me disfrazaba y agitaba contra el Imperio y luego volvía al palacio y combatía a los rebeldes que yo mismo había incitado. A lo largo de mi vida he viajado infinitas veces disfrazado, pero éste fue mi mayor reto. Y tuve éxito. El movimiento rebelde creció y creció, imparable...

—No lo creo.

El Emperador se rió compasivo.

—Fíjate solamente en el nombre. Denkalsar: se trata de un anagrama de mi nombre, Aleksandr. ¿No se os ha ocurrido nunca?

El suelo bajo Jubad pareció ceder definitivamente. El abismo se abría y quería tragárselo.

—Pero... ¿por qué? —exhaló—. ¿Por qué todo esto?

Ya conocía la respuesta. No había sido más que un juego que el Emperador, en su hastío, había jugado consigo mismo, para pasar el tiempo. Todo en lo que él, Jubad, con todas las fibras de su ser había creído, servía en realidad únicamente para la diversión del gobernante inmortal y todopoderoso. Él había hecho surgir el movimiento rebelde, él lo destruiría de nuevo cuando estuviera harto.

No parecía haber ninguna oportunidad, ninguna esperanza contra su omnipresencia. Su lucha había carecido de posibilidades de éxito desde el principio. Quizás, pensó Jubad confusamente, era de verdad el dios por el que se le tenía.

El Emperador lo miró largo tiempo, en silencio, pero no parecía verle en realidad. Su mirada estaba ausente. Recuerdos, recuerdos de hacía miles de años, se reflejaban en su rostro.

—Hace ya mucho, y puede ser difícil de imaginar, pero también yo fui una vez un

hombre joven, de la misma edad que tú ahora —comenzó a contar lentamente—. Era consciente de que sólo tenía una chispa de vida y fuera lo que fuera lo que quisiera, tenía que alcanzarlo antes de que esa chispa se extinguiera. Y yo quería mucho. Yo quería todo. Mis sueños no conocían fronteras y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para hacerlos realidad, obligarme a lo más extremo para alcanzar lo más elevado. Quería conseguir lo que nadie había conseguido jamás. Quería ser amo de todas las clases, vencedor en todas las disciplinas, quería tener el universo en mi mano y su pasado y su futuro.

Hizo un vago gesto.

—Los contenidos de las conciencias de los emperadores anteriores a mí siguen viviendo en mi interior y por ello sé que a ellos les impulsaba la misma idea. En mi juventud gobernaba el Emperador Aleksandr X, y yo estaba decidido a ser su sucesor. Conseguí ser admitido en su escuela de Hijos del Emperador y mentí y engañé, soborné y asesiné hasta que me convertí en su favorito. En su lecho de muerte me otorgó el gobierno sobre el Imperio, me confió el secreto de la larga vida y me aceptó en el círculo de los emperadores.

Jubad estaba absorto escuchando al Emperador. Sentía vértigo al intentar hacerse una idea del inimaginable intervalo de tiempo que había transcurrido desde que había sucedido todo aquello.

—Pero había todavía más que conseguir, más que conquistar. Yo tenía poder y una larga vida y luché por lograr todavía más poder y más larga vida. No descansé hasta que la longevidad se hubo convertido en inmortalidad. Llevé a cabo guerra tras guerra para extender cada vez más las fronteras del Imperio. Cuanto más poder tenía, más sediento de poder me volvía. No había final. Era una fiebre lo que nos impulsaba. Fuera lo que fuera lo que teníamos, siempre había la promesa de más todavía.

La mirada del Emperador estaba dirigida hacia la proyección estelar.

—Hemos alcanzado el poder, lo hemos retenido y saboreado sin piedad alguna. Hemos llevado a cabo guerras, aplastamos y exterminamos pueblos, y siempre hemos realizado nuestra voluntad. No ha habido nadie que pudiera oponérsenos. Hemos cometido crímenes al lado de los cuales toda la historia parece un cuento para niños, crímenes para los que el lenguaje no conoce palabras y que la fantasía no es capaz de imaginar. Y nadie nos pidió que paráramos. Nos hemos bañado en sangre hasta las caderas y ningún rayo nos destruyó. Hemos hecho amontonar los cráneos en montañas y ningún poder más alto se nos ha opuesto. Hicimos fluir ríos de sangre humana y ningún dios intervino. Así que decidimos que nosotros mismos éramos dioses.

Jubad apenas se atrevía a respirar. Tenía la sensación de estar ahogándose, de estar siendo aplastado por lo que oía.

—Teníamos el poder sobre los cuerpos y nos dispusimos a conquistar el poder sobre los corazones. Todo mortal, bajo el sol que fuera, nos temía, pero eso ya no nos bastaba: tenían que aprender a amarnos. Enviamos sacerdotes que santificaron nuestro nombre y nuestro poder en todas las galaxias y logramos expulsar las antiguas imágenes de los dioses del corazón de los seres humanos y tomar nosotros mismos su lugar.

El Emperador guardó silencio. Jubad le miró fijamente y sin moverse. El aire en la habitación parecía estar hecho de acero masivo.

Con un movimiento interminablemente lento, el Emperador se volvió hacia él.

—He alcanzado lo que quería. Poder absoluto. Vida eterna. Todo —dijo—. Y ahora sé que no tenía sentido.

Jubad percibió una monotonía inexpresable en aquellas palabras y reconoció de pronto que aquél era el olor del Imperio, aquel entumecimiento sin respiración, aquella oscuridad sin esperanzas. Una putrefacción que no se extendía porque el tiempo se había parado.

—El poder es una promesa que sólo existe en tanto haya obstáculos que te alejen de él. Nosotros hemos acumulado un poder sin medida, pero con ello no hemos resuelto el enigma del ser. Hemos estado mucho más cerca de los dioses que los humanos normales y corrientes, pero se nos ha negado la perfección. El Imperio, tan grande como es, no es más que un grano de polvo en el universo, pero es previsible que más poder tampoco nos acerque a la perfección. ¿Tengo que conquistar otra galaxia más? ¿De qué serviría? Jamás hemos encontrado otros seres que fueran comparables a nosotros, los humanos, y los seres humanos sin excepción alguna viven bajo mi poder. Y de este modo reina la inmovilidad desde hace milenios, nada más se mueve, todo funciona, pero nada nuevo sucede. En lo que a mí respecta, el tiempo ha dejado de existir. Es igual ahora si he vivido cien mil años o solamente uno, no tiene sentido seguir ese camino. Hemos reconocido que nuestra búsqueda ha fracasado y hemos decidido liberar a los hombres de nuestro yugo, devolverles lo que les habíamos quitado y no guardar nada de ello.

Las palabras caían como golpes de martillo en el silencio. Jubad no podía librarse de la sensación de haberse disuelto en humo.

—¿Entiendes lo que quiero decir con ello? —preguntó el Emperador.

Sí. No. No, no lo entendía. Había dejado de intentar comprender nada.

—Hemos decidido morir —dijo el Emperador que de alguna forma misteriosa albergaba los recuerdos de sus predecesores.

—¿Morir?

No. No entendía nada.

—Quien ha alcanzado tanto poder como nosotros no se librará nunca de él —respondió el Emperador con serenidad—. Por eso tenemos que morir. El problema es

que el Imperio, sin el Emperador, no puede seguir existiendo. Los seres humanos son demasiado dependientes de mí. Si simplemente desapareciera, no tendrían futuro. No puedo dejar sin más mi dominio sin que eso signifique condenarlos a todos a muerte. Para resolver ese problema he formado el movimiento rebelde.

—Ah. —Jubad sintió voces dentro de él que empezaban a dudar y que tenían todo aquello por una inescrutable maniobra del tirano, pero un conocimiento profundo, que surgía del interior de su corazón, le decía que el Emperador era completamente sincero.

—Crear un yugo espiritual es fácil, pero expulsarlo de nuevo de las cabezas de los seres humanos es difícil. Los seres humanos no tienen futuro si no se liberan de mi dominio espiritual. Por eso, el objetivo del movimiento rebelde era unir personas e instruir las en la libertad espiritual.

El Emperador hizo que se cerrara de nuevo la pared que cubría la proyección del Imperio.

—Eso ya se ha conseguido. Nos acercamos a la fase final de mi plan y ahora os toca a vosotros. Tenéis que conquistar el mundo central, matarme, tenéis que alzaros con el gobierno y dividir el imperio de nuevo en partes más pequeñas y viables. Y sobre todo tenéis que extirpar de raíz del pensamiento de los seres humanos la creencia en mí como dios emperador.

Jubad se dio cuenta de que llevaba ya un buen rato conteniendo el aliento y respiró hondo. Un peso inhumano pareció alejarse de él, la atmósfera de oscuridad casi física se aligeró.

—Pero, ¿cómo tenemos que hacerlo? —preguntó.

—Ahora te lo aclararé —dijo el Emperador—. Conozco vuestros planes. No tienen posibilidades. A ti se te devolverá a tu celda después de nuestra conversación y así podrás huir. Mi departamento de contraespionaje ha organizado todo para que sea completamente creíble. No te dejes engañar, no es más que un montaje. Lo han preparado de tal modo que durante tu fuga te hagas con unos documentos en los que se muestra un punto débil en la defensa del mundo central. También esos planes son falsos. Si atacarais ese presunto punto débil, caeríais en una trampa sin salida. En vez de eso, comenzaréis sólo un ataque simulado y dirigiréis vuestro verdadero ataque al punto de apoyo Tauta. Tauta, tienes que acordarte de ese nombre. Tauta es uno de mis puntos de apoyo desde los que actúo camuflado. Allí existe un túnel dimensional secreto que termina directamente aquí, en el palacio. De este modo podréis burlar toda la defensa planetaria y ocupar el palacio desde dentro.

A Jubad se le cortó el aliento. Nadie hubiera creído posible la existencia de un pasadizo así.

—Y ahora, acerca de mi muerte —continuó el Emperador en igual tono—. Tú me matarás. Cuando atacéis, yo estaré esperándote aquí, en esta habitación. Me matarás

con un disparo en el pecho. ¡Y prepárate! Tú mismo has experimentado que no es fácil atacarme. ¡Cuando nos encontremos la próxima vez habrás de poder hacerlo!

Jubad asintió sin entender nada.

—Sí.

—Dos cosas son importantes —le comunicó el gobernante—. En primer lugar habréis de mostrar mi cuerpo a través de todos los canales de comunicación, para demostrar que estoy muerto. Ponedlo en una forma denigrante, por ejemplo colgándolo por los pies. No tenéis que mostrar consideración alguna, eso sería pernicioso. Piensa en que, por encima de todas las cosas, tenéis que derribar la creencia en el Emperador. Debéis mostrar que yo también era simplemente un mortal, pese a mi larga vida. Y tenéis que demostrar que se trata de verdad de mi cadáver; por ello, deja intacta la cabeza. No creas que tenéis una tarea fácil. No hay nada más difícil de extirpar que una religión, por muy falsa que sea.

Jubad asintió.

—La segunda cosa nos concierne a ambos, a ti y a mí —continuó el antiquísimo hombre y miró al rebelde inquisitivamente—. Es importante que te lleves esta conversación a la tumba como un secreto.

—¿Por qué?

—Los seres humanos deben creer que ellos mismos han recuperado la libertad. Tienen que poder estar orgullosos de su victoria. Ese orgullo les ayudará durante los tiempos difíciles que vendrán. No deben jamás enterarse de que no fue su victoria. Jamás. No deben enterarse de que habían perdido por completo su libertad y de que fue necesaria mi intervención para devolvérsela. Por el respeto por sí mismos de las generaciones futuras, por el futuro de todas las voluntades humanas, habrás de guardar silencio.

Jubad, el rebelde, miró al Emperador a los ojos y vio un abismal cansancio. Asintió, y fue como una promesa solemne.

Cuando medio año más tarde los rebeldes conquistaron el palacio, Jubad se separó inadvertido de su comando. Habían sorprendido por completo a la guardia palaciega. Había disparos por doquier, pero no cabía duda alguna sobre cuál sería el desenlace de la lucha. Jubad alcanzó sin necesidad de combatir los arrabales del gigantesco palacio y entró por fin en la habitación en la que le esperaba el Emperador.

Estaba en el mismo lugar en el que Jubad le había visto por última vez. Esta vez llevaba su uniforme de gala oficial y la capa imperial sobre los hombros.

—Jubad —dijo directamente cuando el rebelde entró—. ¿Estás dispuesto esta vez?

—Sí —le respondió Jubad.

—Entonces, terminemos.

Jubad sacó su pistola de rayos y la sopesó vacilante en su mano. Contempló al Emperador, que estaba de pie sereno y le devolvía la mirada.

—¿Sientes remordimientos por lo que hiciste? —le preguntó el rebelde.

El Emperador alzó la cabeza.

—No —dijo. La pregunta parecía haberle sorprendido.

Jubad no dijo nada.

—No —repitió por fin el Emperador—. No. Vine a este mundo sin saber para qué servía la vida. El poder era la única promesa que parecía ofrecer la perfección de esa vida, y yo la seguí, lo suficientemente lejos como para reconocer que era una falsa promesa y que ese camino no conduce a nada. Pero lo intenté. Si no recibimos respuesta alguna a nuestras preguntas, al menos es el derecho inalienable de todo ser vivo el buscarlas. Con todos los medios, por todos los caminos y con todas las fuerzas. Lo que hice era mi derecho.

Jubad se estremeció bajo la dureza de sus palabras. El Emperador estaba amargado contra todos, incluso contra sí mismo. Ni siquiera al final soltaba las riendas que había tenido en su mano durante cien mil años. Incluso en la muerte y más allá, era él quien decidía el destino de la humanidad.

Tiene razón, reconoció Jubad turbado. *Jamás se librará del poder que ha alcanzado*.

Percibió la culata del arma como un peso en su mano.

—Quizás un tribunal juzgara de otro modo.

—Tienes que matarme. Si quedo con vida, fracasaréis.

—Quizás.

Jubad se había preparado para la ira del Emperador, pero para su sorpresa solamente leyó en sus ojos asco y tedio.

—Vosotros, mortales, sois afortunados —dijo lentamente el gobernante—. No vivís lo suficiente para saber que todas las cosas son vanas y que la vida no tiene sentido. ¿Por qué piensas que he hecho todo esto, todo el esfuerzo que me he tomado? Me hubiera llevado conmigo a la muerte a toda la humanidad si hubiera querido. Pero no quiero. No quiero tener absolutamente nada que ver con la existencia.

Desde fuera les llegaron gritos y el sonido de disparos. La lucha se iba acercando.

—¡Dispara ahora! —ordenó el Emperador bruscamente.

Y Jubad levantó su arma en un movimiento reflejo e inconsciente y disparó al Emperador en el pecho.

Más tarde le celebraron como libertador, como vencedor del tirano. Sonrió a las cámaras, adoptó poses triunfales y pronunció discursos entre ovaciones de júbilo, pero durante todo ello era consciente de que sólo interpretaba su papel de vencedor. Sólo él sabía que no era vencedor de nada.

Hasta el fin de su vida se preguntaría si también aquel último de todos los momentos pertenecía también al plan del Emperador.

La mera razón no resiste el paso del tiempo, cambia y se transforma. Pero la vergüenza es como una herida que nunca se deja al descubierto y que por ello jamás se cura. Él mantendría su promesa y guardaría silencio, pero no a causa de un razonamiento, sino por vergüenza. Guardaría silencio a causa de aquel único momento: aquél en el que el rebelde había obedecido al Emperador...

13. Te volveré a ver

El ataque no había sido anunciado. Las naves espaciales desconocidas habían surgido de la nada y se habían acercado a la estación espacial sin dar una señal de reconocimiento y sin reaccionar a las llamadas. Y cuando los robots de combate orbitales que constituían la primera línea de defensa de la estación abrieron fuego, los extraños les devolvieron el ataque masivamente. Los habían hecho huir e incluso habían dañado seriamente uno de sus navíos. Pero era previsible que los extraños volvieran. Los daños que había dejado el ataque en la estación tenían que ser arreglados lo más deprisa posible, de modo que la próxima vez pudieran enfrentarse a ellos bien preparados y completamente dispuestos para funcionar.

Ludkamon había sido destinado a trabajos de reparación en la sección básica 39-201, junto a unos simples estibadores bastante ruidosos, y lo había odiado desde el principio.

La sección básica 39-201, una unidad de construcción plana, como un hangar, que servía como almacén provisional de contenedores y que estaba completamente automatizada, había sido afectada por un disparo y estaba fuera de servicio desde entonces. Se habían reparado los daños de la cubierta exterior y se había llenado de nuevo la sección de aire, pero pese a ello seguía sin funcionar.

—Escuchad todos —tronó el jefe de la tropa de reparaciones con una voz acostumbrada a las órdenes—. Formaremos grupos de dos y marcaremos todas las partes de las instalaciones que no funcionen como es debido. Luego reduciremos la gravedad en la zona y descargaremos manualmente los contenedores que no respondan. Y todo ello deprisa, si se os puede pedir: ¡la nave del túnel está esperando!

El mamparo se abrió y dejó libre el paso a la sala inmensa y oscura, llena de estanterías y vías de transporte de las cuales algunas estaban abolladas o fundidas. Olía a frío y a polvo.

La división en grupos no funcionó y Ludkamon se fue solo. Le parecía bien. No podía aguantar a los estibadores, no desde que Iva...

No quería pensar en ello. Quizás estaba bien que tuviera una tarea en la que pudiera concentrarse. Sacó el rotulador y se dedicó totalmente absorto a comprobar los raíles: golpeaba los cilindros con la mano, escuchaba el sonido de su giro y los paraba de nuevo. Luego, donde los cilindros no se movían o el sonido al girar era sospechoso, pintaba una marca a un lado.

Y entonces descubrió un contenedor derribado.

Había muchos contenedores derribados en el hangar. Sin embargo, éste había caído desde una cinta de transporte que había sido afectada por los disparos, la parte

lateral de una estantería destrozada lo había enganchado y había cortado la tapadera del contenedor como con un abrelatas.

Ludkamon contuvo el aliento. ¡Un contenedor abierto!

Toda su vida se había preguntado qué es lo que guardaban esos contenedores que llegaban a miles a diario para ser vueltos a cargar en la nave del túnel. Estaba prohibido saberlo. Los contenedores —altos como un hombre, anchos como un hombre y de un grueso que alcanzaba hasta las caderas— estaban siempre cerrados y sellados. Y corrían los más fantásticos rumores sobre su contenido.

Ludkamon miró hacia todos lados. Nadie le prestaba atención. Un paso nada más y lo sabría. Un paso y descargaría la cólera del Emperador sobre sí.

Y qué más daba. Un paso, y Ludkamon se inclinó sobre el agujero abierto en la tapadera del contenedor.

Le envolvió un olor desagradable y rancio. Su mano tocaba algo blando, peludo. Lo que pudo aferrar y sacar por el agujero parecía una colcha gruesa o una alfombra fina. Parecía tener exactamente las medidas del contenedor. Y el contenedor estaba lleno de ello. ¿Alfombras? Extraño. Ludkamon volvió a meter la cosa blanda lo mejor que pudo.

—¿Acaso querías echar un vistazo dentro del contenedor? —Una voz tronante le hizo sobresaltarse.

Ludkamon se alzó.

—Eh, no —balbuceó.

El jefe de equipo estaba delante de él y le contemplaba desconfiado de arriba a abajo.

—Apuesto a que sí. Ludkamon, tu curiosidad te costará algún día la cabeza.

El médico se inclinó sobre la herida abierta con una expresión inmutable, todo lo más ligeramente asqueada, y unos movimientos que traicionaban claramente que consideraba su presencia aquí una rutina molesta. El hueso del cráneo estaba desplazado, una superficie tan grande como dos manos, y debajo aparecía la masa cerebral, gris y sin vida. Acercó la lámpara que flotaba sobre su cabeza de modo que la luz iluminara la fractura sin sombras.

—¿Y bien? —preguntó el otro hombre. Su voz resonó en la sala, estéril y grande.

—Ya no funciona.

El médico tomó con un suspiro una sonda de su soporte y tocó con ella el cerebro sin demasiadas precauciones. Observó los instrumentos durante unos instantes. No se movió nada.

—Está muerto, no hay duda —dijo por fin.

El otro resopló con rabia.

—¡Estupendo! ¡Precisamente ahora!

—¿Contáis con que los atacantes volverán?

—Sobre aviso y mejor armados. Sí. Da igual, necesitamos tan rápido como sea posible un sustituto en la sección superior antes de que ataquen una segunda vez la estación.

El médico asintió indiferente.

—Estoy listo.

Comenzó a retirar las tuberías de suministro y a desconectar los aparatos. El murmullo que había estado sonando todo el tiempo en la fría habitación, bajito y casi imperceptible, enmudeció.

¡Ping!

El radar espacial llamó la atención con una señal metálica sobre un nuevo punto que había aparecido en la pantalla. El hombre en la consola miró hacia arriba. Descubrió enseguida el punto que parpadeaba solitario en la pantalla y su mano se dirigió nerviosa hacia el interruptor de alarma.

Transcurrieron interminables segundos antes de que junto al punto apareciera la identificación correspondiente y éste cesara de parpadear. K-70113. Una nave imperial. El hombre soltó el botón de alarma y encendió la radio.

—K-70113, habla la estación del portal. Tiempo de a bordo 108. Estamos en nivel de alarma superior. Estad preparados para ser escoltados por robots de combate. Tenéis la zona de acercamiento suroeste. Desde 115 recibiréis un rayo de tracción. Vuestro muelle de amarraje es el 2.

La voz que provenía del altavoz sonó serena y profesional como siempre.

—Estación del portal, entendido. Zona suroeste, muelle 2, rayo de tracción desde 115. Corto.

—Corto —confirmó el hombre. No habían preguntado por los detalles. Seguramente no sabían todavía lo del ataque de las naves extrañas. Bien, ya se enterarían.

Desde su lugar en la cabina de cristal, Ludkamon podía ver todo el muelle, las gigantescas puertas de las esclusas, las pasarelas y las escalerillas y los montones altos como casas de contenedores vacíos. *Al Emperador servimos*. Las cuentas del rosario se deslizaban tranquilizadoras por sus dedos. *Cuya palabra es ley*. Recitaba por quién sabe qué vez más en aquel día el juramento de los Guardianes del Portal para mantener controlados sus pensamientos que galopaban salvajes. *Cuya voluntad es nuestra voluntad*. *Cuya cólera es terrible*. Todo funcionaba más despacio desde el ataque de los extraños. Las reparaciones estaban casi terminadas y había largos períodos de espera en que él no podía hacer nada que no fuera aquello. *Quien no perdona sino que castiga*. *Y cuya venganza perdura eternamente*.

Una vez más le pasaba por la cabeza la pregunta de por qué razón la cuenta que se alcanzaba cuando se pronunciaba la última frase del juramento estaba cubierta de pelo y no tuvo más remedio que pensar en la extraña tela que había encontrado en el

contenedor. Luego vio a Iva, su Iva, que bromeaba con Feuk, aquel tipo repugnante y engreído, y los celos contenidos con mucho esfuerzo estallaron otra vez.

Ludkamon contempló su imagen en el espejo de una de las pantallas desconectadas. Vio un delgado joven que daba una sensación desmañada y torpe y que por lo demás ofrecía una imagen que pasaba bastante desapercibida. A regañadientes tuvo que reconocer que no sabía muy bien cómo explicar el que una chica como Iva quisiera tener algo que ver con él. Que le gustara Feuk le parecía más comprensible y sentía un dolor ardiente en sus vísceras al recapacitar sobre ello; se veía a sí mismo, un ser pequeño y poco agraciado. Feuk era un estibador, grande, fuerte y seguro de sí mismo, un gigantón con rizos dorados y músculos de acero. Él, Ludkamon, había conseguido llegar a *capataz* de carga siendo asombrosamente joven, una posición que a Feuk, a causa de sus exigencias intelectuales, le estaba vedada para siempre. Ludkamon se sentía llamado a puestos aún más altos. Sin embargo, nunca había visto que las mujeres se sintieran impresionadas por las cualidades intelectuales.

En la pantalla delante de él brilló un mensaje. Ludkamon lo leyó con desgana y encendió con un rabioso movimiento los altavoces del hangar para emitir las instrucciones precisas.

—El puesto de vigilancia espacial anuncia la llegada de la nave imperial K-70113. La hora prevista de llegada es 116.

Entre los peones de descarga hubo un movimiento. Se colocaron en posición las cintas de transporte. Los contadores se pusieron a cero, las vagonetas de transporte ocuparon su lugar. Una lámpara de señales brilló sobre las puertas de las esclusas para mostrar que se estaba bombeando el aire fuera de la cámara. El molesto chirrido de las grandes puertas que tenían que contener el vacío resonaba amenazadoramente a través del hangar, pero estaban acostumbrados a él.

¡Allí! Feuk le había pellizado en el culo y ella se había reído. Ella hacía simplemente lo que quería. Él jamás se adaptaría a sus desenfrenadas ganas de vivir. Lleno de rabia, Ludkamon arrancó la hoja superior de su cuaderno y lanzó la bola arrugada hacia un rincón.

La noticia había sido extendida por todos los medios de comunicación de la estación del portal a los habitáculos: «La dirección de la estación hace saber que el vencedor de los próximos campeonatos será ascendido a la sección superior».

Centenares de personas vieron su oportunidad. Era la ocasión para que cualquiera pudiera llegar al nivel de la dirección. Se decían cosas maravillosas sobre el lujo que se disfrutaba en la sección superior. Nadie la había visto. La sección superior estaba estrictamente separada de la sección principal y nadie que hubiera sido ascendido a los niveles de dirección había vuelto jamás a los niveles inferiores. Al parecer los miembros de la sección superior llegaban incluso a ser sometidos a los tratamientos

para alargar la vida. En cualquier caso: no aplastarse de nuevo un dedo, no volver a descargar contenedores. Ésa era la oportunidad.

Ella le besó tierna y largamente y él tuvo la sensación de disolverse en humo rosáceo. Jadeante, se agarró a sus cabellos, absorbió su perfume como si fuera una fragancia celestial y susurró con los ojos cerrados:

—Iva, te quiero.

—Yo también te quiero, Ludkamon.

Ella le dio un beso en la punta de la nariz y se incorporó.

Él quedó tendido con los ojos cerrados, repasando las tiernas sensaciones que había en su interior. Cuando se dio cuenta de que ella se estaba vistiendo se alzó bruscamente.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas?

Ella miró al reloj.

—Tengo una cita con Feuk.

—¿Con Feuk...? —casi gritó—. ¡Pero si acabas de decirme que me quieres!

—Y lo decía en serio. —Sonrió, una sonrisa que pedía perdón—. Pero también quiero a Feuk.

Ella le besó una vez más y se fue. Ludkamon la miró perplejo. Luego apretó el puño y golpeó su colchón una y otra vez, una y otra vez.

La nave de transferencia colgaba como una excrecencia enorme en forma de burbuja de la parte inferior de la estación del portal. Comparada con los buques imperiales que circundaban la estación como los insectos una planta, parecía casi monstruosa. Los contenedores desaparecían en interminable corriente dentro de su insaciable bodega, vigilados por los hombres y mujeres de uniformes negros a los que se llamaba respetuosamente «conductores del túnel».

A diario acudían las naves imperiales, aterrizaban en uno de los veinticuatro muelles de descarga, eran descargadas y volvían a despegar con los contenedores vacíos. En los días de mayor tráfico se intercambiaban más de cincuenta mil contenedores, a veces incluso ochenta mil. Normalmente no eran más de diez mil los contenedores que cada día traqueteaban sobre las interminables cintas y raíles transportadores de la sección de descarga, desde los muelles de descarga hasta la estación de despegue de la nave de transferencia.

La luz roja del sol cercano brillaba siniestra sobre el casco opaco y arañado por las corrientes de partículas y los micrometeoritos de la gigantesca estación del portal. Casi nadie miraba afuera, al espacio exterior. Había muy pocas ventanas porque apenas había nada que ver. Un gran sol rojo y luego aquella extrañísima mancha en el espacio, en cuyos bordes desaparecía la luz de las estrellas lejanas: el túnel.

En el almacén de los contenedores Ludkamon la obligó a hablar con él, esperando que no se diera cuenta de que estaba temblando.

—Iva, no puedo seguir así por más tiempo. Desde mi cuarto te vas al de Feuk y desde el de Feuk te vienes al mío, siempre de acá para allá. Yo no lo aguanto.

Durante las últimas palabras tuvo que contenerse para que su voz no se transformara en un torpe lloriqueo.

—¿Y? —preguntó ella con insolencia—. ¿Qué piensas hacer? ¿Separarte de mí?

La mera idea, la mera palabra, produjo que todo en él se tensara. Apretó los puños.

—¡Tienes que decidirte por uno de nosotros! —se emperró él.

Ella adoptó una expresión obstinada.

—Yo no tengo que hacer nada.

—Iva, ¡te quiero!

—Tal y como lo dices suena como «quiero que me pertenezcas».

Ludkamon no supo qué contestar a aquello. Ella tenía razón y eso le ponía aún más rabioso.

—¡Ya verás! —expulsó finalmente de sí y se alejó. Mientras se iba, esperaba que ella le llamase para que volviera, pero no lo hizo.

La siguiente nave que desembarcó en el muelle 2 era la K-5404. Sorprendentemente, traía no sólo cargamento, sino también relevos, provisiones y repuestos. A las provisiones y los repuestos se los esperaba ya urgentemente, pero los relevos eran un problema. La K-22822, que tenía que llevarse a la tripulación sustituida, no había llegado todavía, así que tuvieron que llenar de aire y calentar los incómodos y estrechos habitáculos de emergencia en la sección de máquinas. A cambio se podía poner tripulación doble en los puntos de artillería.

—¡Feuk! —Ludkamon gritó a través de todo el comedor y le importaba un pimiento que le escucharan los centenares de personas a su alrededor—. ¡Feuk, yo te reto!

El robusto estibador se volvió lentamente. Su mirada se deslizó buscando entre la multitud y bajo sus ropas se dibujaban músculos como cables de acero.

—¿Ah, sí? —murmuró divertido, al ver apresurarse hacia él al pequeño capataz.

—Feuk, ¡quiero luchar contigo! —Ludkamon estaba de pie, enfebrecido delante de su rival.

—Con gusto —sonrió el otro—. ¿Salimos o tengo que tumbarte aquí mismo?

Ludkamon agitó la cabeza.

—Te reto a que combatas conmigo en los campeonatos. El que llegue más lejos de los dos se quedará con Iva y el otro se retirará.

En el comedor reinó de pronto una tensión expectante.

Feuk reflexionó.

—No he tomado parte nunca en un campeonato —dijo, pensativo.

—Yo tampoco. Así que es juego limpio.

Alguien murmuró aprobadoramente.

Feuk contempló a su retador con desprecio.

—Bueno —dijo entonces—. Tal y como lo veo, no creo que consigas ni siquiera calificarte. Así que está bien.

Ludkamon le alargó la mano.

—¿Hecho? ¿Por tu honor?

—Hecho. Por mi honor —respondió Feuk con una mueca, y le chocó los cinco, apretando la mano de Ludkamon con tanta fuerza que éste casi cayó de rodillas.

La gente que estaba a su alrededor aplaudió.

La gran sala de reuniones que estaba justo en el centro de gravedad de la estación del portal fue preparada para los campeonatos. Las instalaciones técnicas precisas se hicieron, como siempre, muy rápidamente.

Los problemas de organización, por el contrario, eran más difíciles. Seguían estando en nivel superior de alarma, por lo que los sistemas de defensa debían hallarse totalmente ocupados incluso durante el torneo. Por otro lado, dado que para el vencedor estaba prescrito el ascenso a la sección superior, no había restricción alguna del número de participantes. Todo el que se calificara tendría derecho a combatir.

—¡Ludkamon! ¿Te has vuelto loco?

—No. Simplemente intento evitar volverme loco.

Ella estaba fuera de sí de rabia. Contra todos los reglamentos, había venido a su cabina durante el horario de trabajo y ahora todo el equipo de descarga miraba desde abajo cómo ella estaba de pie delante de él y le hacía una escena. Que no se pudiera oír nada a través de las paredes de cristal sólo hacía las cosas más interesantes.

—Pensé que no lo había oído bien. Luchar por mí. Queréis pegaros por mí. Gracias, muy halagador. Y a mí no me ha preguntado nadie, ¿verdad?

—Yo te pregunté, Iva.

—¿Cuándo?

—Yo te pregunté por cuál de los dos te ibas a decidir.

—¡Pero yo no quiero decidirme!

—Y por eso ahora arreglamos la cosa entre nosotros.

—La cosa. Aja. Así que yo soy una cosa para vosotros. Un trofeo. El primer premio que se coloca en una estantería. O que se tiende en la cama, en este caso.

—Queremos poner por fin las cosas claras.

—¿Y por qué no os habéis pegado allí mismo, en el sitio donde estabais?

—Iva, Feuk es estibador y grande como un armario. Hubiera sido injusto.

—Ludkamon, el que alguien quede bien en los campeonatos es en buena parte resultado de su predisposición. Sólo porque tú seas capataz y Feuk un simple

estibador no tienes más posibilidades que él.

—Cierto. Es juego limpio.

Ella le miró perpleja.

—¿Y si perdieras romperías conmigo?

—Sí.

—¡Canalla!

—Pero voy a ganar.

Un grito inarticulado se ahogó en la garganta de ella.

—¿Por qué no me habéis jugado a los dados? ¡Eso hubiera sido juego limpio! —murmuró ella. Luego dio un portazo y gritó hacia la sala—: ¡Hombres!

El encargado de las calificaciones miró inquisitivo al joven sentado en la silla que tenía un aspecto tan extrañamente nervioso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, al tiempo que sacaba el lápiz.

—Ludkamon.

—¿Cargo?

—Capataz del muelle de carga 2.

El hombre consultó una lista. Capataz de carga: no era un cargo importante para la defensa. Así que no era necesario encontrar un sustituto. Dejó el formulario a un lado y le alcanzó al candidato un casco de lucha.

—¿Has combatido alguna vez en un campeonato?

—No.

¡Oh, Emperador! Otra vez uno de esos caballeros de fortuna que soñaban con escapar de las incomodidades cotidianas del servicio del portal. Otra vez uno de esos que se sentía digno de ser admitido en la enigmática sección superior, el círculo más escogido que cabía imaginarse.

—Bien, te lo explicaré —comenzó el encargado con paciencia—. Tienes que ponerte este casco y tener cuidado de que los sensores de la parte delantera estén bien pegados a tu frente. Así. Ahora bajas el visor. ¿Qué ves?

—Una bola amarilla.

—Bien. Muévela.

—¿Moverla? —preguntó el joven perplejo—. ¿Y cómo?

—Simplemente pensando —le explicó el encargado—. Con la fuerza de tu imaginación. El casco capta esos impulsos y los transforma en movimiento. Aquí sólo tú ves la pelota, pero en el campeonato la verán también los espectadores. Y no será sólo una pelota. En la segunda ronda serán tres, luego cinco y etcétera. Lucharás con tus oponentes por el control sobre esas pelotas y cuantas más bolas controles más lejos llegarás.

—Lo principal es que llegue más lejos que... —comenzó el joven y se interrumpió.

El encargado aguzó el oído.

—¿Qué quién?

—Nadie. ¿Qué tengo que hacer?

En fin. No le importaba qué problemas tuviera el delgado muchacho.

—Mueve la pelota. En círculo, si te es posible.

El hombre comprobó a través de la pantalla lo que mostraba el visor del casco. La pelota se movía, dubitativa primero, luego cada vez más rápida, en un círculo aproximado.

—Gracias —dijo el hombre, y puso una cruz en el formulario—. Te has calificado.

El campeonato, por lo general un juego no muy popular, se abrió esta vez con gran pompa. Prácticamente todos los que no estaban atados a sus puestos por el estado de alarma se habían reunido en las gradas de la sala. La música sonaba, luces multicolores bailaban sobre el techo y el ambiente estaba muy relajado.

Apareció el orador de los niveles de mando. La música enmudeció, se apagaron las luces de colores, volvió el silencio a la gran arena.

—Vamos a abrir el campeonato —dijo— repitiendo nuestro juramento, el juramento de los vigilantes del portal. Por favor, seguidme.

Hubo un crujido y un contenido murmullo cuando todos se levantaron.

—Al Emperador servimos —comenzó.

—*Al Emperador servimos* —repitió el coro de miles de voces de la tripulación.

—Cuya palabra es ley. Cuya voluntad es nuestra voluntad.

—*Cuya palabra es ley. Cuya voluntad es nuestra voluntad.*

—Cuya cólera es terrible. Quien no perdona sino que castiga.

—*Cuya cólera es terrible. Quien no perdona sino que castiga.*

—Y cuya venganza perdura eternamente.

—*Y cuya venganza perdura eternamente.*

Un estallido de banda de música.

—Declaro abierto el campeonato —proclamó el orador.

Mientras Ludkamon andaba hacia el campo de juego junto a los otros, con el casco apretándole, sus ojos buscaron por las gradas y no encontraron a Iva. Había demasiados rostros. Quizá no estaba allí en absoluto.

Tenía que concentrarse en la lucha. Ésta era su oportunidad para vencer a Feuk. La única que tenía.

Su primer contrincante fue fácil. A una señal apareció entre ellos una pelota amarilla y sobre la cabeza de cada jugador parpadeó un rectángulo azul pálido. Aquél que lograba hacerse con la pelota y transportarla por encima del rectángulo del otro, ganaba. Ludkamon ganó en unos segundos.

Luego miró a su alrededor. Feuk estaba muy lejos, pero también parecía haber

ganado.

Así que bien. La siguiente ronda.

Esta vez fueron tres pelotas, pero Ludkamon las tomó todas y las colocó en el objetivo. Victoria de nuevo.

Dirigió la mirada hacia Feuk. También él había terminado y a su vez le dirigía la mirada.

Aquello le intranquilizó. Ludkamon se limpió el sudor de las cejas. No oía los gritos de los espectadores, sólo tenía ojos para su rival. En su interior se había hecho a la idea de que era espiritualmente superior a su rival, pero parecía que Iva había tenido razón y que aquí reinaban otras condiciones. Poco a poco se fue dando cuenta de que no sería una lucha fácil.

—Estación del portal, habla la nave imperial K-6937. Pedimos acceso.

—K-6937, aquí habla la vigilancia espacial de la estación del portal. De momento no es posible la descarga. Por favor, póngase en posición de espera.

—Vigilancia espacial, ¿por qué?

—En este momento se está celebrando un gran campeonato.

Otro canal.

—Nave del Emperador K-12002 llama a la estación del portal.

—K-12002, aquí vigilancia espacial...

El número de puntitos de luz alrededor de la estación del portal crecía constantemente. En los muelles de descarga había parado el trabajo. Únicamente continuaba la carga de la nave de transferencia, pese al campeonato.

Once pelotas. Los ojos de Ludkamon ardían a causa del sudor y el casco parecía que le iba a destrozarse el cráneo. Once pelotas y ambos estaban todavía en el juego. Lanzó una mirada furiosa a Feuk por encima del campo iluminado del otro jugador. No tiraría la toalla. Percibió la pasión que quemaba en su interior como una llama que le consumía.

Once pelotas. Con ello habían dejado atrás a muchos jugadores buenos y conocidos. En cualquier caso acabarían en algún lugar muy por delante de la calificación.

El pensamiento de que él, cómo principiante, había vencido a tan famosos jugadores del campeonato como el técnico Pai o el soldado Buk le hizo sentirse inseguro durante un instante y durante un instante tembló la construcción formada por las once pelotas bailarinas.

No podía perder ahora la concentración. Apretó los puños, se balanceó en sus piernas extendidas sin perder de vista las pelotas. Su contrincante era fuerte y conocía todos los trucos. Desde que había más de siete pelotas en el juego las luchas eran ahora más difíciles y duraban más tiempo.

El último contenedor se enganchó en un contador poco antes de que la cinta transportadora lo dejara en el interior de la nave de transferencia. Dado que la cifra prevista todavía no había sido alcanzada, toda la maquinaria de transporte siguió rodando vacía, así que los cilindros golpeaban con un ruido que ponía los nervios de punta contra la parte inferior del contenedor, que se había quedado inmóvil.

El sonido alarmó a un miembro de la tripulación de la nave de transferencia. El conductor del túnel se apresuró a acercarse e intentar liberar el contenedor de su enganche pero, dada la presión incansable de la banda de transporte, no lo conseguía soltar él solo. Llamó a un segundo hombre.

—Estas cosas siempre pasan en el último momento —dijo.

—Sí. ¿Cómo va el juego?

—Parece que esta vez van a llegar dos desconocidos a la final. Una pena que no estemos para entonces.

El único horario al que estaban atados los conductores del túnel era el pulso del túnel, al que se denominaba también «marea».

Entre los dos consiguieron mover el contenedor de vuelta a la cinta transportadora. Rodó traqueteando hasta el lugar que tenía asignado y entonces toda la maquinaria de transporte se desconectó. De pronto reinó el silencio en los pasillos y las cabinas, salvo por el susurro inerte de unos cilindros que se iban deteniendo poco a poco.

La sala estallaba. Los hombres y mujeres estaban de pie en sus asientos y gesticulaban con los brazos mientras gritaban. El juez del juego desde su alto taburete apenas pudo hacerse entender entre el tremendo ruido cuando anunció el estado del juego.

—¡Final! ¡Van a luchar... Ludkamon contra Feuk!

La sensación era perfecta. Dos principiantes habían conseguido expulsar a todos los famosos de unos grandes campeonatos y alcanzar la final. Una final que, con sus diecinueve pelotas, mostraba un grado de dificultad raras veces alcanzado.

Ahora te venceré, pensó Ludkamon decidido. *Te dejaré tirado de una vez para siempre*. Observó a Feuk con los ojos medio cerrados mientras un ayudante le masajeaba la nuca. A su rival le estaban echando agua en el rostro. Su torso desnudo brillaba a causa del sudor.

De pronto, Ludkamon descubrió a Iva entre los espectadores. Mientras alrededor todos gritaban y aullaban, ella estaba de pie, pálida de terror, con los ojos muy abiertos y las manos sobre la boca. Cuando él la vio, se acordó de pronto de que el vencedor de los campeonatos sería elegido para que le ascendieran a la sección superior.

¡Y uno de los dos sería ese vencedor después del combate siguiente!

Una sonrisa maligna brilló en el rostro de Ludkamon. Eso sería genial. Era el truco más genial posible. ¡Él, Ludkamon, perdería intencionadamente la final! Con ello, Feuk sería declarado automáticamente el vencedor del campeonato y él, Ludkamon, tendría a Iva sólo para sí.

Era genial. Era la ocasión ideal para librarse para siempre de aquel molesto rival. Y lo mejor: nada podía salir mal.

—Compuertas cerradas y selladas.

—Extractores listos y en movimiento.

—Tubería de suministro fuera, suministro de a bordo en funcionamiento.

El hombre del uniforme negro se dobló y tocó una serie de paneles.

—Nave de transferencia a vigilancia espacial. Estamos listos para desacoplarnos.

—Aquí la vigilancia espacial. Os vais a perder la final del campeonato.

—Sí, pero nuestros corazones laten ahora con la marea del túnel... —Un proverbio de los conductores del túnel.

—Por supuesto. Listos para desacoplar en diez... cinco... tres, dos, uno, ¡desacople! Buen viaje.

El hombre del uniforme negro sonrió.

—¡Gracias, estación del portal!

Suavemente, sin la más mínima vibración, la nave de transferencia se soltó de la enorme estación espacial y flotó despacio en dirección a la extraña mancha negra sobre el fondo del mar de estrellas.

Ludkamon había insultado e incitado a Feuk de todas las formas posibles para hacer que le dominara la rabia de la lucha. Ahora, cuando estaban enfrente el uno del otro para el combate final, Ludkamon le sacó la lengua una vez más, lo que los espectadores recibieron con un aullido frenético, y que a Feuk pareció volverle loco de rabia. Eso estaba bien. Tenía que estar ciego de cólera, ciego de rabia y luchar con desenfreno. Tenía que odiarle, tenía que olvidar todo excepto el deseo de vencerle a él, Ludkamon.

Y él le concedería ese deseo. Ludkamon sonrió, seguro de su victoria.

El gong sonó y tres proyecciones tridimensionales de diecinueve pelotas aparecieron sobre el campo de lucha.

Por un instante surgió otro pensamiento en la mente de Ludkamon: si luchaba y ganaba podría descubrir qué significaba la sección superior. Quizás era cierto lo que se decía, el lujo inimaginable, la larga vida... ¿Quizás estaba llevando a cabo una lucha ridícula? La sección superior, eso sí que era una oportunidad que no volvería a tener. Perderla por una mujer veleidosa...

Con puro espanto contempló Ludkamon cómo de pronto las diecinueve bolas se pusieron en movimiento. Salieron disparadas contra el campo que estaba sobre la

cabeza de Feuk y desaparecieron allí, antes de que Ludkamon pudiera actuar.

La tensión de la multitud se desbocó en un júbilo que atronaba los oídos. Las bandas de música comenzaron a tocar. El juez del juego intentó hacerse entender por los altavoces sin conseguirlo. Pero sólo cuando los primeros espectadores saltaron por encima de las vallas y corrieron hacia él se dio cuenta Ludkamon de que, de algún modo, había ganado el campeonato.

¡Feuk! ¡Feuk, ese granuja! Ahora estaba todo claro. A Feuk se le había ocurrido exactamente la misma idea que a él, pero no había vacilado en impulsar de inmediato su propia derrota.

Impotente, Ludkamon tuvo que contemplar cómo Feuk se reía con sorna y le saludaba con una reverencia. Le había engañado. Ludkamon entrecerró los ojos. Ahora sólo le quedaba esperar que la sección superior le recompensara por ello. Al menos, en el futuro ya no se tendría que pillar ningún dedo.

Iva tenía lágrimas en los ojos cuando se le acercó.

—¿Estás contento ahora? —sollozó.

—Iva —murmuró turbado—. Nadie podría haber imaginado esto...

Ella le abrazó y le apretó contra sí con la vacilación de la despedida.

—Ahora has ganado y pese a ello has perdido, tú... ¡idiota!

—Esto no es definitivo, Iva —susurró perplejo.

—Pronto me olvidarás. Irás a la sección superior y no volverás a pensar en mí.

Él agitó la cabeza y notó un sentimiento de ahogo en su garganta.

—Nunca te olvidaré. Te volveré a ver. Te volveré a ver, te lo prometo.

Negrura inmensa, temblorosa y pulsante, un extraño manchón de oscuridad impenetrable que parecía tragarse las estrellas. La nave de transferencia era como una mota de polvo llevada por un remolino.

—Y otra vez al mundo oscuro —dijo uno de los hombres en la cabina.

Mil veces se habían atrevido a dar el salto, pero los conductores del túnel seguían conteniendo el aliento.

La negrura pareció hincharse. Era un sentimiento como si se cayera por el borde de una catarata. La nave de transferencia desapareció del universo.

Las conexiones estaban listas. El armazón que tendría que contener al nuevo miembro de la sección superior estaba abierto, las soluciones alimenticias latían regularmente a través de la red de tubos transparentes.

El médico controlaba los instrumentos. Señalaban una función normal. Un caso de rutina.

Unos flexibles tubitos de plata conducían a la boca semiabierta del paciente, cables blanquigrises terminaban en los agujeros de la nariz y en unos cortes en la

parte trasera de la cabeza, que había sido rasurada. Los ojos y las orejas ya habían sido retirados y sustituidos por enchufes. La mirada del médico se deslizó lateralmente sobre el cuerpo delgado y nervudo del joven que estaba desnudo sobre la mesa delante de él. Sintió un pesar pasajero. Luego expulsó aquellos pensamientos, colocó la sierra y comenzó a separar la cabeza del torso.

—Iva, tienes que olvidarlo por fin. —Feuk mantenía las tiernas manos de Iva entre sus poderosas zarpas y la miraba sin saber qué hacer. La mirada de ella estaba dirigida hacia el infinito—. Él está ahora en la sección superior, y pertenece a los niveles de mando. ¿No piensas que si quisiera podría contactar contigo?

Ella agitó lentamente la cabeza.

—No puedo creer que me haya olvidado tan pronto.

Veía a través de miles de ojos y tenía miles de brazos. Escuchaba en sus pensamientos las órdenes a cumplir y sólo con sus pensamientos dirigía también la escuadrilla de robots de combate que cruzaban por el espacio que rodeaba a la estación del portal. Conectado al sistema informático, cuyas conexiones e interruptores atravesaban la estación espacial entera, veía todo y viviría durante siglos.

Te veo, Iva. Te veo a través de miles de ojos. ¿No te lo había prometido?

14. El Palacio de las Lágrimas

Éste es un planeta solitario, el planeta más solitario del universo y su lugar más maldito. Aquí no hay esperanza. El cielo está siempre gris y pesado como el plomo, nubes desconsoladas se alzan sobre él y por la noche no se ven estrellas, nunca. Este planeta tuvo alguna vez un nombre, pero, ¿quién lo recuerda todavía? El resto del universo ha olvidado ese mundo, sus habitantes y su destino, y también su nombre.

En algún lugar de este mundo hay una llanura ancha y despoblada, que alcanza de horizonte a horizonte y aún más allá. Nada crece aquí, nada vive, ningún arbusto, ninguna hierba, ninguna planta ni ningún animal, no hay más que rocas grises y polvo gris. Si hubiera alguien que hiciera el esfuerzo de atravesar esta planicie, no encontraría durante días y semanas elevación ni valle alguno, nada que comer y nada que beber, ningún cambio excepto la salida y la puesta del turbio disco del sol. Hasta que un día se alzara contra el horizonte la silueta de un edificio enorme. Éste es el Palacio de las Lágrimas.

Altas se elevan las rotas almenas de sus torres hacia el cielo, como la dentadura podrida de un viejo guerrero que no se rendirá mientras viva. Desde aquellas almenas resonaban en la tarde las fanfarrias de trompeteros lujosamente vestidos, pero hace tanto tiempo de ello...

Si se pudiera hacer retroceder el tiempo, mucho, mucho tiempo, entonces no existiría la planicie. Por todos lados, por donde ahora hay roca pelada, se elevarían las casas, se extenderían las calles, se dibujarían las hermosas plazas. Entonces existía aquí una ciudad enorme, la capital de un reino poderoso. Anchas calles discurrían hacia todos los puntos cardinales, más lejos de lo que la vista alcanzaba, cortando pasillos entre el mar de ricos edificios. El tráfico en las avenidas y plazas no cesaba nunca, fuera día o noche. De todas formas nunca se hacía del todo de noche en aquella ciudad que siempre estaba bañada de un brillo dorado. Sus habitantes eran ricos y felices y cuando alzaban la vista hacia el cielo veían los cuerpos plateados de cruceros interestelares que trazaban sus huellas nubosas sobre el claro cielo antes de aterrizar los puertos comerciales o abandonar la atmósfera del planeta para dirigirse con su carga hacia lejanos objetivos, alguna de los millones de estrellas que brillaban y llameaban allá arriba.

Pero entonces se apagaron las estrellas...

No queda nada más de la ciudad que una vez pareció ser inmortal e invencible. Se podría excavar tanto como se quisiera y no se encontraría huella alguna de los seres humanos que vivieron allí. Ningún resto de muros enterrados, ninguna señal de las calles, nada. Sólo había noche y día, calor y frío, lluvia de vez en cuando y siempre el viento, que eternamente soplabla sobre la llanura y empujaba al polvo grisáceo con el que borraba incansable y sin piedad los ornamentos de piedra del palacio, el único

edificio que aún existía. Entonces, cuando todavía había aquí seres humanos, les parecía que era la construcción más hermosa de la galaxia. Pero las abrasivas fuerzas del tiempo no permiten ya adivinar nada de aquello. Las rosetas de piedra de sus torres, antes parecidas a tiernas flores abiertas, han sido pulidas hasta convertirse en informes amasijos grises. De las imágenes de los artísticos relieves en las paredes, que antes recibían visitantes desde muchos años luz de distancia, no queda nada, ni siquiera huellas que pudieran delatar dónde se encontraban. El palacio yace abandonado y arruinado. Muros reventados y tejados hundidos se rinden ante el viento y la lluvia. Frío y calor carcomen los restos de los tabiques y de vez en cuando cae una piedra, se colapsa un fragmento. Nada más sucede. En ningún lugar de los patios y pasillos queda una huella de la existencia de vida humana.

La única parte del edificio que todavía está totalmente intacta es la propia sala del trono. Con sus orgullosas y delgadas ventanas sobresale sobre todas las ruinas y escombros. Fuerzas misteriosas han preservado los ornamentos finamente cincelados de su tendencia a hundirse, han evitado la decadencia de los juguetones adornos de sus molduras y de los agudos canales de sus columnas.

La sala del trono es una enorme sala cuya cúpula se sujeta con poderosos pilares. En tiempos de los que no queda memoria se dieron aquí lujosas fiestas, se pronunciaron discursos apasionados y se mantuvieron negociaciones amargas. Esta sala ha visto centenares de victorias y otras tantas derrotas. No, una derrota de más...

Desde entonces, el gran portal de entrada está cerrado y sellado. El dorado taraceado de la parte interior de las puertas se mantiene aún pero apenas puede verse. Está oculto por un gigantesco retrato iluminado por una serie de lámparas que lucen eternamente.

El trono dorado del gobernante está puesto junto a la pared contraria, encima de un pedestal. Y en ese trono, inmóvil, se sienta el único ser vivo que aún albergan estas paredes. Inmóvil está él allí, mirando hacia arriba, sus manos apoyadas en los brazos del sillón. Se le podría tener por su propia estatua si no parpadearan sus ojos cansados y no se elevara y se hundiera regularmente su pecho al respirar.

Desde donde está puede mirar a través de las ventanas a la llanura alrededor del palacio hasta el horizonte. En una mesa delante de él hay dos grandes monitores que hace mucho, mucho tiempo funcionaban y le mostraban imágenes de lugares muy lejanos. Pero en algún momento las imágenes se debilitaron hasta que sólo se veía un brillo gris en las pantallas, durante años y siglos. Finalmente se apagó primero una de las pantallas, luego la otra. Desde entonces los aparatos están delante del gobernante negros y mudos.

La vista desde las ventanas ofrece siempre la misma imagen: una planicie de un monótono gris que en algún lugar da paso a un monótono cielo gris. Y por las noches el cielo es negro, interminablemente oscuro, y no se ve ni una sola estrella. No pasa

nada allá afuera, nada cambia.

El gobernante desearía a menudo volverse loco y a menudo se pregunta si ya lo está. Pero sabe que no es así y que no se va a volver loco nunca.

De vez en cuando cae una piedra en algún lugar y el gobernante saborea ese repentino sonido durante días, lo rememora una y otra vez en los oídos, para deleitarse con él, pues no hay más cambios que ése.

El material de los cristales de las ventanas ha seguido el arrastre de la gravedad al paso de los eones, se hundió y fluyó hacia abajo con una lentitud interminable. Con el discurrir de los siglos los altos vidrios se fueron haciendo más gruesos en su parte inferior hasta que un día se abrieron por abajo y dieron paso al viento a la hasta entonces silenciosa sala del trono, primero con un vacilante silbido y luego con un triunfante aullido.

Desde entonces fueron cediendo las ventanas cada vez más y el viento sopla hoy a través de la sala como sopla sobre la llanura. Y con él viene el polvo.

Cubierto de polvo e invisible yace ahora el maravilloso suelo de cristal de la sala del trono. El polvo ha cubierto las imágenes y estatuas de las paredes, los asientos tapizados de las sillas y el propio cuerpo del gobernante. El polvo yace sobre sus brazos y manos, sobre su regazo, sus pies y su cabello. Su rostro es gris del polvo y sólo sus lágrimas, que surgen de sus ojos, dejan huellas sobre las mejillas arrugadas, a lo largo de la nariz, sobre el labio superior y la garganta, donde humedecen el cuello de su capa de coronación, que alguna vez fue púrpura y que ahora es pálida y gris.

Así ve el gobernante cómo todo se hunde a su alrededor y espera con una nostalgia indecible a que por fin, como todo lo demás, deje también de funcionar la maquinaria que hay detrás de su trono y le permita morir.

Porque él está sentado inmóvil, pero no por propia voluntad. Está sentado inmóvil porque hace mucho le cortaron todos los músculos y todos los tendones de su cuerpo y le quemaron irrevocablemente todos los nervios. Corchetes de acero apenas visibles sujetan su cráneo, atornillados con fuerza al respaldo de su trono. Atraviesan hasta la altura de su columna vertebral por detrás, bajo la piel de la cabeza, están atornillados a las sienes y siguen hacia adelante hasta debajo del pómulo donde fijan la posición recta del cráneo. Corchetes adicionales sostienen la mandíbula inferior, que si no caería sin sujeción.

Detrás del trono hay una gigantesca máquina que funciona sin hacer ruido y que obliga al cuerpo del gobernante a mantenerse con vida desde hace milenios. Tubos gruesos como un brazo conducen desde la máquina a través del respaldo del trono hasta la espalda del gobernante, invisibles para un observador que entrara en la sala. Ellos obligan al pecho a seguir siempre respirando, al corazón a seguir siempre latiendo y suministran al cerebro y a los otros órganos alimento y oxígeno.

Los ojos del gobernante son las únicas partes del cuerpo que todavía puede

mover. Puede derramar lágrimas cuanto quiera y, si no se hubieran evaporado, la sala estaría sumergida por las lágrimas que ya ha llorado. Puede mirar a donde quiera, pero desde hace mucho, mucho tiempo solamente mira a la imagen que tiene delante. Es una imagen burlona y terrible, que en todas las épocas no ha perdido nada de su crueldad: el retrato de quien le venció. El gobernante lo mira fijamente y espera que le sea concedida piedad. Espera, espera, espera, y llora.

15. Cuando veamos de nuevo las estrellas

El fuego en el centro era muy pequeño, apenas suficiente para mantener hirviendo el contenido de la cacerola pese a la resistencia del frío rabioso. Estaban sentados alrededor de él, en un amplio círculo, las mujeres, los niños y los ancianos de la tribu, mirando mudos a las cansinas llamas, sus bocas mascando lentamente. Ausentes en espíritu, intentaban alargar la degustación de la sencilla y líquida papilla que arrancaban con los dedos desnudos de unos destrozados cuencos de madera.

La luz del fuego iluminaba con debilidad las frías rocas alrededor del pequeño grupo, resplandecía triste sobre los rostros enflaquecidos en los que estaban grabadas las penalidades de una vida de huida. Era la única luz en la noche. El extenso cielo sobre ellos era negro como un abismo interminablemente profundo.

Cheun era el único guerrero en el círculo. Comía su papilla en silencio, una papilla que sabía que no le iba a dejar satisfecho. Hacía años desde que se había sentido satisfecho por última vez. Entonces, cuando aún vivían en los valles junto al río, valles con buenos pastos y buenas tierras. Ahora el enemigo tenía aquellos valles y los pastos habían desaparecido para siempre bajo la masa gris con la que cubrían todo lo que ocupaban.

Cheun comió más rápido. Tenía que volver junto a los otros hombres que hacían guardia arriba, en la montaña. También ellos tenían hambre y esperaban su regreso.

Con el rabillo del ojo vio cómo el viejo Soleun dejaba a un lado su desportillado cuenco y con una ligera sonrisa se acariciaba la barriga, por pura costumbre, como si estuviera satisfecho y contento. Cheun sólo le echó una rápida mirada. Sabía lo que vendría ahora.

—El cielo no siempre estuvo oscuro —comenzó Soleun a contar con la voz fina de la edad—. No siempre ahogó la oscuridad a los seres humanos cuando venía la noche. Antes, hace un tiempo infinito, tanto que la lluvia hace mucho que ha lavado las montañas que eran jóvenes entonces y las ha llevado hasta el mar, entonces todavía había estrellas en el firmamento.

A los niños les gustaban aquellas historias del viejo. Cheun arrugó el rostro con desprecio. Merecía la pena buscar la muerte del guerrero solamente por ahorrarse el volverse de nuevo infantil cuando llegara a viejo.

—Las estrellas... Después de todo este tiempo nuestro idioma todavía ha conservado la palabra —continuó Soleun pensativo—. Aunque ningún ojo que esté vivo haya visto jamás una estrella, sabemos por las tradiciones de nuestros antepasados que una estrella es un pequeño y débil punto de luz en el cielo de la noche. Y tales estrellas cubrían el cielo a miles y miles. Entonces la cúpula del cielo por la noche era un hermoso tejido de luz brillante, como joyas preciosas, pleno de brillantes grandes y pequeños. Pero entonces vinieron los enemigos. De otro mundo

vinieron al nuestro y las estrellas se apagaron. Desde entonces el cielo es negro por la noche y ahoga nuestras almas.

Las palabras del viejo y la santa seriedad con que las pronunció provocaron que a Cheun se le erizara el vello de la nuca, y que se enfadara consigo mismo en el mismo momento en que se dio cuenta.

—Desde entonces nos persiguen los enemigos. Nos empujan paso a paso por delante de ellos, nos matan y hacen inhabitable nuestro mundo. Nadie sabe por qué lo hacen. Nos expulsan y hacen avanzar la Tierra Gris, cada vez más. Por su aspecto exterior son hombres como nosotros, pero en realidad son servidores del mal. No sólo son nuestros enemigos, sino que son enemigos de la vida, pues quieren que un día la Tierra Gris cubra el mundo entero y que no haya nada más que la Tierra Gris y en su centro el palacio que llaman el Palacio de las Lágrimas. Pero dado que sabemos que los enemigos sirven al mal, también sabemos que al final estarán condenados al fracaso. El mal no tiene existencia por sí mismo. Podrán vencer, pero se hundirán y caerán en el olvido. Nosotros moriremos, pero viviremos eternamente. Todos estos horrores tendrán un final algún día. Algún día brillarán de nuevo las estrellas. Y cuando veamos de nuevo las estrellas, estaremos salvados.

Al oír aquellas palabras, los rostros de los niños se alzaron hacia la oscuridad en las alturas y se estremecieron al contemplar el vacío plomizo que había por encima de ellos. La mirada de los viejos era obtusa, dirigida hacia el suelo y el soplo de su respiración destelló nebuloso al brillo del pequeño fuego.

Algún día. Nadie sabía cuándo sería esto. Seguramente, hasta entonces la lluvia también borraría del mundo las montañas que les rodeaban.

Aunque todavía no había dejado vacío su cuenco, Cheun se levantó con un gesto de cólera. Con desconsideración, alargó el cuenco a la mujer que estaba sentada junto a él y salió del círculo dirigiéndose hacia la oscuridad.

Aquí ya no vio más. Tuvo que ir tanteando de roca en roca, subiendo la montaña, por un camino que había estudiado con exactitud durante el día. Cada sonido era importante. Cheun registraba la más mínima variación del eco que producían sus pasos. El sendero era empinado y peligroso.

Estaba sin aliento cuando llegó al campamento de guardia de los hombres. Éstos habían erigido su posición en el lado de la montaña que miraba hacia el campamento de abajo. Alguien le saludó con un golpe en los hombros. Cheun tomó la mano y reconoció a Onnen, el líder de la tribu.

—¡Cheun! ¿Cómo están las cosas abajo? ¿Se tranquilizan de nuevo los viejos con sus cuentos?

Cheun resopló despectivo. Podía sentir la presencia de los otros hombres, el sonido de su respiración y de sus movimientos. Había miedo en el aire y rabia, la impotente desesperación de no poder hacer nada para defenderse del enemigo.

—Soleun está contando las viejas leyendas. Dice que sólo necesitamos esperar hasta que los enemigos se hundan en su propia maldad.

Unas risas aisladas surgieron de la oscuridad, duras y cortas, como ladridos. A Cheun le comenzó a hacer daño el viento que soplaba allí arriba, suave e imperceptible, pero frío y mordiente. Los agujeros de la nariz parecían helarse y perder sensibilidad.

—¿Ha sucedido algo en la frontera? —preguntó Cheun a la noche impenetrable.

—No —dijo alguien.

Cheun fue tanteando hacia adelante, hasta que pudo mirar hacia la llanura. Allí estaba la otra luz, la luz del enemigo. Unas líneas apenas perceptibles de luz azul oscuro marcaban el discurrir de la frontera fortificada. La luz era tan difusa que no se podía reconocer ningún detalle, sólo los contornos angulosos de unas máquinas colosales que habían sido conducidas hasta la frontera.

Cheun se acordó de cómo había visto cuando niño aquella imagen por primera vez. Antes la frontera había sido una valla de alambre, infinita e insignificante, que mataba a todo el que se acercara con un rayo y que por las noches brillaba con aquella centelleante luz azul como una amenaza constante. Un día habían venido las máquinas, lentamente, como grandes animales de acero gris. Había sido una columna sin fin, y se habían colocado las unas junto a las otras hasta que por fin el frente de máquinas en movimiento había alcanzado de horizonte a horizonte.

Él había estado allí de pie y había estado esperando a ver qué pasaba. Su tribu no había esperado, había tomado sus pocos haberes y había huido. Pero desde lo lejos los había llegado a ver: vinieron hombres que desmontaron la valla. Y tan joven como Cheun era, había comprendido que lo hacían para dejar el camino libre a la Tierra Gris, al enemigo que quería matarlos a todos aunque ellos no le hubieran hecho nada.

Y así había seguido siendo. Una y otra vez habían tenido que huir, cada vez más hacia el norte y cada vez el clima se había ido haciendo más frío y la comida cada vez más escasa. A veces habían tenido que luchar contra otra horda en cuyo territorio se habían introducido durante su fuga. Y ahora habían llegado al borde de la rocosa cordillera del norte. Ahora sólo quedaba el camino hacia un frío mortal, desiertos estériles donde perecerían entre rocas peladas y escarpadas gargantas.

—¿Qué piensas tú, Cheun? —preguntó Onnen, de pronto junto a él.

Cheun se estremeció. No había oído llegar al líder, hasta tal punto había estado sumergido en sus pensamientos y recuerdos.

—No sé a dónde podríamos huir esta vez —explicó—. No nos queda más que el desierto de rocas y más allá el hielo eterno. Da igual lo que hagamos, sólo podemos elegir entre una muerte rápida y una lenta.

—¿Y qué eliges tú?

—Yo elijo siempre la lucha.

Onnen guardó silencio un instante.

—Había planeado que nos fuéramos en dirección a la salida del sol, cuando tuviéramos que irnos de nuevo. Si las noticias son ciertas, hay allí valles cálidos, un suelo rico y muchos animales bien alimentados. Pero habría sido una larga marcha y para sobrevivir a ella habríamos necesitado la próxima cosecha. El ataque ha llegado demasiado pronto. Los enemigos avanzarán en los próximos días y destruirán nuestros últimos campos allá abajo, y si todavía estamos aquí, nos matarán a nosotros.

—Entonces no nos queda otra cosa que huir y dejar atrás a los viejos y débiles —afirmó Cheun. Él había tenido que abandonar una vez a su madre enferma durante una de las huidas y había visto desde lejos cómo su cabaña desaparecía bajo el fuego del enemigo.

—Tengo otro plan —dijo Onnen—. Vamos a intentar detenerlos.

De pronto Cheun no estuvo seguro de si todo aquello no era simplemente un mal sueño. ¿Detenerlos? ¿Qué decía el líder? Ninguna de sus armas sería capaz de arañar siquiera los colosos de acero del enemigo.

—¿Cómo piensas hacer eso?

—Quiero matar a uno de ellos y quitarles sus armas —declaró Onnen sereno—. Nuestras armas no afectan a sus máquinas, pero si dirigimos hacia ellas sus propias armas, quizás tengamos una oportunidad.

Era un sueño. Una pesadilla.

—Onnen, hay miles de máquinas. Incluso aunque destruyeras a una de ellas no cambiaría nada...

—Pero si conquistamos una y atacamos a las otras con ella, ¡eso cambiaría algo!

—Nos superan en número, Onnen. Destruye una y otra acudirá en su lugar.

La voz del líder sonó de pronto afilada e impaciente.

—¿No has dicho que tú eliges siempre la lucha, Cheun?

Cheun guardó silencio.

—Ésta es nuestra única oportunidad para actuar —explicó Onnen. Puso su brazo sobre el hombro de Cheun y, aunque no podía verlo, Cheun supuso que el líder señalaba a la planicie, a la frontera—. Han desmontado la valla que lanza los rayos y sus máquinas están lo suficientemente lejos las unas de las otras como para que un hombre pueda penetrar entre ellas. Y mira bien, entre las máquinas la luz es muy débil. Podemos colarnos ocultos por la oscuridad dentro de la Tierra Gris y atacarles por detrás. Seguramente no cuentan con ello. Esperaremos hasta que uno de ellos ande solo y lo mataremos con una flecha.

Cheun tuvo que admitir que Onnen había pensado bien su plan. Habían visto por el día como a menudo personas aisladas andaban de acá para allá detrás de la fila de

máquinas rodantes. La Tierra Gris no ofrecía escondrijo alguno, pero no era necesario mientras todavía estuviera oscuro. Atacarían por un lado por el que el enemigo no contaba con un ataque y como las máquinas estaban envueltas en su pálida luz azul, podrían ver al enemigo, pero éste a ellos no.

Y era mejor morir en lucha que en el campamento de los enfermos.

—Te sigo —dijo Cheun.

Onnen le dio una palmada en los hombros, contento, pero también aliviado.

—Lo sabía.

Puesto que la arriesgada empresa había sido ya decidida, no dudaron ni un instante. Onnen reunió a los hombres a su alrededor y les dijo una vez más lo que tendrían que hacer. Señaló a uno de los más jóvenes para el puesto de guardia que quedaría atrás, hizo que comprobaran las pocas armas que tenían —hachas de piedra, jabalinas, arcos y flechas—, y luego comenzaron a bajar hacia los campos.

Encontraron su camino incluso en las tinieblas. Los dedos tanteaban en busca de piedras que sobresalían y ramas muertas, de musgos polvorientos y hendiduras en las piedras. Los pies resbalaban sobre los cantos rodados, encontraban escalones y hoyos y salientes de roca. Todos sabían dónde tenían que agacharse y dónde tenían que tener cuidado para no caerse.

Cheun sintió cómo una cruda rabia ardía en su corazón y avivaba su espíritu de lucha. Él había reprimido a menudo su odio hacia los enemigos, porque le hacía daño reconocer su absoluta inferioridad, su absoluta impotencia. La mera idea de que podría ser posible infligir al todopoderoso enemigo al menos una herida dolorosa abrió ahora la compuerta del odio acumulado durante toda una vida y le llenó de una impía energía.

Habían venido de otro mundo para matar y destruir, e incluso si había habido alguna vez un motivo para ello, había sido ya olvidado al menos desde que existía memoria. ¿Y qué sucedería cuando hubieran terminado su obra sin sentido, cuando hubieran matado a todos y hubieran cubierto el mundo entero con sus rocas grises? Quizás sucedería de un modo muy diferente a como contaban las leyendas. Quizás tuvieran que destruir al enemigo para poder ver las estrellas.

Finalmente sintió la seca hierba de la pradera en las canillas. Su boca estaba seca y sabía que las de los otros estaban igual. Nadie decía una palabra.

Marchaban hacia el resplandor azul, sobre secos y quebradizos matojos, a través de zarzas raquílicas que les traicionaban con sus crujidos y sobre jóvenes tallos que crecían en los campos y que nunca llegarían a madurar. La negrura a su alrededor los envolvía, se extendía sin límites en todas direcciones exceptuando el brillo azul oscuro delante de ellos que alcanzaba de un confín del mundo al otro. No se oía nada más que el sonido de sus pasos y de su respiración. Todos los animales, incluso los más pequeños roedores e insectos, huían de las fronteras de la Tierra Gris. Sólo ellos

se acercaban.

Cuando tuvieron los campos detrás de sí, Onnen detuvo al grupo.

—Tenemos que pensar muy bien cómo vamos a actuar —murmuró—. Pienso que lo mejor será ir en grupos de a dos. Cada grupo buscará una ranura para colarse por entre los vehículos y nos encontraremos después al otro lado de la Tierra Gris. E iremos unos detrás de otros, no todos de una vez. ¿O alguien tiene una proposición mejor?

Nadie dijo nada. Las manos tantearon en la oscuridad, formaron en silencio grupos de a dos.

—Así que, ¡vamos! —susurró el líder.

El primer grupo se deslizó rápidamente. Al cabo de un rato se hicieron visibles los cuerpos de los dos jóvenes guerreros recortados contra la luz de la frontera. Delante de los vehículos del enemigo tenían un aspecto inesperadamente pequeño y frágil y Cheun fue consciente gracias a la comparación de lo enormes que eran las máquinas: altas y siniestras montañas de metal sobre ruedas blindadas.

Agitó la cabeza involuntariamente. Los enemigos eran los servidores del mal, sí, y eran más fuertes. Eran fuertes sin medida. Eran los vencedores y serían los vencedores por los siglos de los siglos.

Y no les quedaba nada más que una muerte honorable. Al menos ésta les traería la liberación de una vida de huida eterna y sufrimientos sin esperanza.

Dos vibrantes sonidos, como dos latigazos, atravesaron el aire helado de la noche e hicieron estremecerse a los que esperaban. Con horror vieron cómo ambos guerreros se derrumbaban con los brazos agitándose en el aire.

—¡Alto! —Onnen gritó para parar al segundo grupo que ya se había puesto en camino.

Sin moverse, se quedaron allí y esperaron. No sucedió nada, todo se quedó quieto.

—Tenemos que pensar algo —susurró Onnen, por fin—. Parece que no hay forma de entrar, aunque la valla no esté. Tenemos que pensar en otra forma...

Cheun alargó la mano y le tocó el brazo.

—No tiene sentido, Onnen. Si no podemos entrar en la Tierra Gris, no podemos conseguir nada.

—¡Me niego a renunciar sin más! —susurró Onnen con rabia—. Tenemos que pensar otra vez...

De pronto se oyó un tono bajo y zumbante en el aire que poco a poco se fue haciendo más lento, un tono como de sonido de truenos en la lejanía. Cheun se dio la vuelta, intentó hallar el origen del ruido. Sonaba amenazador.

—El ataque —susurró alguien—. Ha comenzado.

—Jamás han atacado de noche —insistió Onnen con testarudez.

Un gruñido agudo se añadió, como el zumbido de una mosca que se acercaba sin

remedio. Cheun estaba ahora seguro de que provenía de las cadenas de los enormes vehículos. Y cada vez sonaba más alto y más chillón.

—Cierto —dijo—. Aquí están.

Entonces la luz estalló sobre ellos, insoportablemente brillante después de la completa oscuridad, abrumadora en su amplitud que alcanzaba de horizonte a horizonte. Se estrelló tan inesperadamente contra sus ojos que no se lo esperaban, que pareció más clara que el sol, más clara que cien soles. Cheun apretó los puños delante de los ojos cerrados y pese a ello penetraba la luz a través de sus párpados, como si la apretaran contra ellos, y le dolían.

Y luego tembló el suelo bajo sus pies y él supo lo que esto significaba: las máquinas del enemigo se habían puesto en marcha y rodaban ahora hacia él, incontenibles.

—¡Retroceded! —gritó, mientras iba tropezando hacia atrás, todavía con los ojos cerrados y llorosos, en los que la luz quemaba como fuego. El sordo gruñido de los colosos grises llenaba el aire, el crepitante sonido de sus ruedas aplastando todo y el estallido de piedras y cantos rodados bajo ellas. De pronto hubo tanto ruido que no podía oír a los otros.

Y entonces aparecieron de nuevo aquellos agudos y penetrantes sonidos a los que cada vez les seguían gritos de sus camaradas. Cheun corría, corría por su vida y la de su tribu. Dentro de él rabia y miedo y ambas cosas le hacían crecer alas en las piernas. Lucha. También esto podía ser lucha. A veces luchar significaba correr, alejarse de un enemigo más poderoso e intentar todo para escapar.

De nuevo un estallido como un latigazo muy por detrás y esta vez le había acertado a él. Sintió un crudo dolor, una especie de relámpago que le atravesaba todo el cuerpo y le empujaba hacia delante como un inesperado golpe en la espalda. Involuntariamente, sin detenerse en su carrera, alargó la mano hacia el lugar donde el dolor tenía su origen y a través de las lágrimas vio sangre en su mano. Mucha sangre.

El enemigo le había acertado, pero aún vivía. No tiraría la toalla Seguiría corriendo. El enemigo había cometido un fallo. También el enemigo cometía fallos a veces. Tampoco esos colosos tenían un poder ilimitado. Él había ido lo suficientemente lejos como para poder escapar. Escaparía. Lo conseguiría. Estaba sangrando, sí, pero eso no significaba nada. Luchaba. Corriendo. Seguir corriendo. Él elegía siempre la lucha. Él, el guerrero. Él, Cheun, de la estirpe de Oneun. Consiguió llegar hasta el pie de la montaña, consiguió avanzar también una parte del camino que conducía hacia arriba, el cual estaba ahora envuelto en luz brillante, antes de venirse abajo.

Esta vez era el final. Cheun yacía con los ojos cerrados, sobre la espalda, las manos apretadas sobre la herida, y sentía cómo la vida se le escapaba. Con una claridad extraña supo que moriría y solamente sentía pena por su tribu, que ahora

tendría que huir sin sus guerreros a través de un desierto inhóspito y muerto en el que todos perecerían.

Escuchaba los sonidos de los enemigos al acercarse, sentía el sordo movimiento del suelo en la espalda y escuchaba los miles de crujidos y chasquidos de plantas aplastadas. Su respiración se volvió más pesada. Así que esto era, el final. Su final. Al menos estaría desangrado mucho antes de que las máquinas comenzaran a escalar la montaña. Le embargó la soledad mientras yacía allí, tosiendo, y se aferraba a la última gota de vida que le quedaba. Reflexionó si había alguien cuya presencia hubiera deseado, pero no se le ocurrió nadie. Así que éste era su final: miserable.

Y entonces, de pronto, se hizo el silencio y la luz no penetró más a través de sus párpados. Cheun abrió los ojos. Sobre él, en el cielo infinito de la noche, contempló las estrellas.

16. El regreso

¿Por qué todo aquello? No lo sabía. Después de todos los años, de todos los horribles descubrimientos y todos los hechos sangrientos, después de todas las pesadillas...

—¿Comandante Wasra?

Miró con desgana. Era Jegulkin, el piloto, y se le veía que de verdad sentía tener que molestarle.

—¿Sí?

—Estamos llegando al planeta G-102/2. ¿Tiene usted indicaciones especiales?

Wasra no necesitaba reflexionar. Se habían acercado tantas veces en los pasados meses hasta planetas como aquél, habían anunciado tantas veces el fin del Imperio, que a menudo se sentía como en una pesadilla sin final, en la que había sido condenado a pronunciar por toda la eternidad las mismas palabras y a realizar los mismos gestos. No, se le ocurrió, esta vez era distinto. Para este planeta tenía una orden precisa. Pero eso no lo hacía más fácil.

—Ninguna orden especial. Buscaremos el espaciopuerto y aterrizaremos.

—Sí, señor.

Wasra miró a la gran pantalla principal que mostraba el espacio exterior como lo hubiera visto el ojo desnudo. Una mancha pequeña, que brillaba mate, se acercaba: el segundo planeta del sol G-101. También aquí vivían tejedores de alfombras de cabellos como en otros miles de planetas. Planetas que se parecían unos a otros.

Y detrás brillaban frías e inmóviles las estrellas, cada una era otro sol u otra galaxia. Wasra se preguntó con amargura si alguna vez conseguirían dejar atrás finalmente el Imperio, librarse de la herencia del Emperador. ¿Quién podía decir con toda seguridad que detrás de uno de aquellos inmóviles puntos de luz no se encontraba otra parte ignota del Imperio o que no se podía abrir una puerta más a algún otro terrible secreto?

Vio su imagen en el espejo de la carcasa de uno de los aparatos y se maravilló, como tantas veces durante las últimas semanas, de que su rostro todavía diera una impresión juvenil. El uniforme gris de comandante le parecía hecho de una tela más áspera que la de los uniformes que había llevado hasta entonces y la señal de su rango parecía pesar más cada día. Él apenas alcanzaba la mayoría de edad cuando se había unido a la expedición del general Karswant, un joven soldado que quería vivir aventuras y probarse a sí mismo. Y hoy, después de sólo tres años en aquella gigantesca provincia, se sentía infinitamente viejo, tan viejo como el propio Emperador, y no podía comprender que no se lo leyeran en el rostro.

Habían dejado atrás, le daba la impresión, miles de aterrizajes como aquél, y parecía que iban a seguir así para siempre.

Aunque no, aquel planeta era en verdad algo especial. En cierta medida todo había empezado aquí. La *Salkantar* ya se había acercado una vez a aquel planeta, en una fatigosa semana de vuelo enloquecido, armados sólo con cartas antiguas y de poca fiabilidad. Por entonces él era un simple miembro de la tripulación y nadie había imaginado que les esperaban sangrientas luchas con tropas imperiales que no sabían que el Emperador estaba muerto y el Imperio había sido vencido. En aquel tiempo pensaban que la expedición estaba casi terminada. Se habían preparado para regresar, se habían tomado medidas para el gran salto a través del espacio vacío entre las galaxias. Wasra dirigía trabajos de limpieza en la tercera cubierta y si alguien le hubiera dicho que dos años después se le iba a dar el mando de la *Salkantar*, se hubiera reído de él. Y sin embargo había sido así y aquellos dos años habían hecho implacablemente un hombre del joven que había sido alguna vez. Y todo había empezado aquí, en este planeta, cuyo disco brillante de un marrón arenoso y triste se iba haciendo cada vez más grande y más redondo y en cuya superficie ya iban apareciendo los primeros contornos.

Wasra se acordó de la conversación con el general Karswant como si hubiera sido ayer y no hacía ya semanas. El anciano con aspecto de oso al que todos tenían miedo y al que sin embargo todos amaban le había enseñado una foto.

—Nillian Jegetar Cuain —había dicho, y había una tristeza inexplicable en su voz—. Sin este hombre hubiéramos vuelto a casa hace casi tres años. Quiero que averigüe lo que fue de él.

Aquel hombre había aterrizado en G-101/2, contraviniendo órdenes expresas, y había descubierto las alfombras. Wasra no había querido creer al principio los rumores que circulaban por los camarotes de la tripulación, tan absurdos parecían. Pero luego se confirmó punto por punto el informe de Nillian. Las alfombras de cabellos, dio a conocer la dirección de la expedición, eran tejidos extremadamente complicados hechos de cabellos humanos, de hecho tan complicados que un tejedor en toda su vida sólo terminaba una única alfombra. Pero todo esto no hubiera tenido más valor que el de una nota en el informe de la expedición si no hubiera sido por la inesperada fundamentación de la costumbre: aquellas alfombras, así dijeron los tejedores de cabellos, estaban destinadas al palacio del Emperador y su fabricación era un deber sagrado. Eso les hizo aguzar los oídos, pues todo el que había estado alguna vez en el palacio imperial confirmaba que aunque allí se podían encontrar las cosas más extraordinarias, no había con toda seguridad ninguna alfombra de cabellos.

La flota expedicionaria se puso al acecho y algunos meses después apareció una nave de transporte enorme y en un estado digno de lástima, que aterrizó en el planeta y lo dejó después de dos semanas. Siguieron a la nave, la perdieron y a cambio encontraron un planeta más en el que se tejían alfombras de cabellos con la misma fundamentación religiosa. Y luego otro más y otro, pronto una docena y enseguida

cientos y entonces se alejaron de nuevo las naves expedicionarias y encontraron cada vez más y más mundos en los que se tejían alfombras de cabellos, se enviaron hordas de robots de exploración automáticos y no encontraron otra cosa más que ésa, y cuando se encontraron diez mil de aquellos mundos, dejaron de buscar aunque era de esperar que aún hubiera más...

Los motores entraron en acción y su sordo trueno hizo vibrar el suelo bajo sus pies. Wasra tomó el micrófono del diario de a bordo.

—En pocos minutos vamos a aterrizar en el segundo planeta del sol G-101 en la cuadrícula 2014-BQA-57, sector 36-01. Nuestro tiempo estándar es 9-1-178005, última calibración 2-12. Crucero ligero *Salkantar*, comandante Jenokur Taban Wasra.

El lugar del aterrizaje se fue haciendo visible, una enorme superficie reforzada que estaba quemada y llena de cicatrices a causa de motores envejecidos. Un antiguo espaciopuerto, con miles de años encima. Cada uno de aquellos planetas tenía exactamente uno de aquellos espaciopuertos y todos tenían el mismo aspecto. Siempre había una antigua ciudad muy extendida alrededor del lugar de aterrizaje y parecía que todas las carreteras de aquel mundo se dirigieran desde todos lados hasta aquella ciudad y terminaran allí. Y así era, como mientras tanto habían averiguado.

El sonido de los motores cambió.

—¡Fase de aterrizaje! —anunció el piloto.

La *Salkantar* se posó con un impacto que asustaba de muerte a todo el que volaba por primera vez. Pero los hombres y mujeres a bordo habían vivido demasiado como para seguir teniendo siquiera en cuenta aquel sonido.

Delante de ellos se abrieron lentamente las puertas de la gran compuerta principal y la rampa de descarga se hundió zumbando en el suelo lleno de irregularidades. Unos olores se abrieron paso, asquerosos olores de heces y podredumbre, de polvo y sudor, y pobreza, olores que parecían pegarse como una sarna peluda en las narices. Wasra se preguntó una vez más, mientras colocaba el minúsculo micrófono sobre su cabeza pelada, por qué todos aquellos mundos olían igual, y era una pregunta que le venía a la mente con cada aterrizaje. No parecía haber ninguna respuesta a nada, en ninguna parte de esta galaxia olvidada de Dios, sólo preguntas.

Hacía calor. Los rayos del pálido sol relucían sobre el interminable y polvoriento campo de aterrizaje. Desde la ciudad se acercó a ellos un grupo de ancianos, andando a grandes pasos, apresurados, y al mismo tiempo extrañamente devotos. Estaban vestidos con pesadas túnicas oscuras, debía de ser una tortura llevarlas con aquella temperatura. Wasra se adelantó a través del hueco de la compuerta y esperó a que los hombres se acercaran hasta el rincón más bajo de la rampa.

Se había dado cuenta de las miradas con las que habían examinado la nave según se acercaban. Ahora le examinaban a él, tímidos, inseguros, y finalmente uno de los hombres se inclinó y dijo:

—Saludos, navegante. Si se me permite decir, os esperábamos antes...

Siempre el mismo miedo. Adonde quiera que fueran, por todos lados aquella perturbación disimulada, porque el transporte de las alfombras de cabellos, que había funcionado sin problema alguno durante milenios, se había quedado paralizado. Incluso aquellos saludos se parecían los unos a los otros de una manera fatigosa.

Todo era tan parecido, los espaciopuertos grandes y desmoronados, las ciudades pobres, retorcidas y apestosas a su alrededor y los ancianos con sus togas miserables y tristes que no querían comprender, que le hablaban a uno del Emperador y de su Imperio y de otros planetas en los que se fermentaba vino o se cocía pan para la mesa imperial, de planetas que tejían ropas para él, cultivaban flores para él o adiestraban pájaros cantores para sus jardines... Pero nada de ello habían encontrado, tan sólo miles de mundos en los que se hacían alfombras de cabellos, una corriente interminable de alfombras de cabellos humanos que fluía desde hacía milenios a través de esa galaxia...

Wasra conectó el micrófono que reforzaba su voz y la transportaba hasta los altavoces exteriores.

—Estabais esperando a los navegantes imperiales —declaró, como había hecho a menudo y como se había demostrado eficaz—. Nosotros no lo somos. Hemos venido a deciros que ya no existen los navegantes imperiales, que tampoco existe el Emperador y que podéis dejar de tejer alfombras de cabellos.

Ahora ya le salía sin esfuerzo alguno el acento del antiguo paisi que se hablaba en todos los mundos de aquella galaxia, y a veces esto casi le asustaba. Probablemente cosecharían miradas extrañadas cuando volvieran a casa.

Los hombres, todos dignatarios del gremio de los tejedores de cabellos, le miraron con odio. Wasra hizo una señal afirmativa a la jefa del grupo de instrucción y al punto los hombres y mujeres bajaron la rampa llevando agarradas carpetas llenas de fotografías y gastados aparatos de visión de películas. Parecían agotados, como sonámbulos. El comandante sabía que hacían esfuerzos para no contar cuántos de aquellos planetas tenían todavía por delante.

Habían visto las reacciones más diferentes a la noticia del fin del Imperio, y eso al menos ofrecía un poco de cambio en la rutina. En algunos planetas habían estado contentos de poder librarse de la servidumbre de los tejedores de alfombras. En otros, de nuevo, les habían arrojado piedras, insultado y perseguido. Habían tenido que vérselas con mayores del gremio que habían sabido ya de la muerte del Emperador a través de fuentes inexplicables, pero que les pedían no hacer partícipe a la población por miedo a perder su posición en la sociedad. Al fin y al cabo, reflexionó Wasra, no tenían influencia alguna sobre lo que pasaría de verdad cuando se hubieran ido de nuevo. En muchos mundos pasarían quizá siglos antes de que la antigua época encontrara por fin su final.

Se acordó de nuevo del encargo del general. Resopló con rabia porque casi lo había olvidado y sacó su comunicador.

—Aquí el comandante. El capataz Stribat, por favor, que acuda a la compuerta de superficie.

Sólo pasó un segundo hasta que un soldado grande y seco salió por una puerta y compuso un saludo negligente.

—¿Comandante?

Wasra le miró con desgana.

—Deja esa tontería —murmuró. Stribat y él habían servido juntos en los primeros tiempos a bordo de la *Salkantar*. Stribat tenía ahora bajo su mando a la infantería y los vehículos de tierra. Ninguna carrera de importancia. Las carreras de importancia son algo para locos, pensó Wasra sombrío.

—¿Te acuerdas de que ya estuvimos una vez en este planeta?

Stribat abrió los ojos con sorpresa.

—¿De verdad? Hace semanas que tengo la sospecha de que aterrizamos una y otra vez en el mismo planeta...

—Ridículo. Estuvimos una vez aquí, pero hace tres años de eso. La *Salkantar* tenía la misión de buscar uno de los botes *Kalyt* que estaba en dificultades.

—Y como no teníamos ningún punto de inmersión, estuvimos saltando durante semanas de un sol al siguiente hasta que dimos con el adecuado. —Stribat asintió pensativo—. No olvidaré nunca lo mal que me sentí después de tantos vuelos a mayor velocidad que la luz uno detrás del otro... Nillian, ¿era ése el nombre? Uno de los pilotos del bote *Kalyt*. Aterrizó, descubrió las alfombras de cabellos y desapareció sin dejar huella. ¿Ah...?

Wasra vio brillar la comprensión en los ojos del otro y asintió.

—Tenemos que averiguar lo que ha sido de él. Pon tripulación en los vehículos acorazados. Vamos a la ciudad, a la casa del gremio.

Poco después tres vehículos fuertemente acorazados vinieron traqueteando sobre sus cadenas hasta la compuerta de superficie. Sus motores sonaban graves y fuertes y le hacía daño a uno en el epigastrio el estar de pie junto a ellos más de un instante.

La puerta lateral del primer vehículo se abrió y Wasra entró dentro. Los mayores del gremio, de pie sobre la pista, se echaron atrás con respeto, mientras los tres tanques bajaban rodando la rampa el uno detrás del otro.

—Ésta es la diferencia —dijo Wasra, dirigiéndose a Stribat y, en realidad, a nadie en concreto—. Al Emperador no le importaba una vida menos que nada. ¿Y hoy? El general Karswant espera a bordo del *Trikood*. Todo está listo para el regreso, para entregar el informe al Consejo sobre nuestra expedición, pero no, no quiere partir antes de saber lo que ha sido de un solo hombre, ese Nillian. Es un bonito sentimiento. Me hace sentirme de algún modo...

—Orgullosa —le ayudó Stribat.

—Orgullosa, sí. Me hace sentirme orgullosa.

Cuando alcanzaron el suelo, el comandante les hizo detenerse un momento.

—Nos llevaremos a uno de los mayores con nosotros. Nos conducirá a la casa del gremio.

Empujó la puerta lateral y le hizo una señal al anciano que estaba por casualidad más cerca. El mayor del gremio se acercó sin dudar y subió solícito.

—Estoy tan contento de que hayáis venido por fin —relató sin darle más vueltas mientras la pequeña columna se ponía de nuevo en movimiento—. Es muy desagradable para nosotros, debéis saber, cuando los navegantes del Emperador no acuden en el momento convenido, porque, mientras tanto, nuestros almacenes están repletos de alfombras de cabellos... Oh, ya sucedió una vez, me acuerdo, yo era un niño todavía, por entonces. Hubieron de pasar cuatro años hasta que volvieron los navegantes imperiales. Fue horrible, fue una dura prueba para nosotros. Y entonces, habréis de saber, el gremio tenía almacenes mucho más grandes que hoy. Hoy es todo mucho más difícil que entonces...

Wasra miró fijamente al hombre anciano y encorvado con su desgastada capa, que miraba con sus ojos de un blanco plateado, casi ciegos, el interior del vehículo y que al mismo tiempo parloteaba como un chiquillo excitado.

—Decid —le interrumpió—, ¿cómo os llamáis?

El anciano marcó una reverencia.

—Lenteiman, navegante.

—Lenteiman, ¿habéis escuchado lo que mis hombres os han explicado antes?

El mayor del gremio alzó la frente mientras sus ojos buscaban inseguros en la dirección desde la que hablaba el comandante. Su boca se abrió sin darse cuenta y desenmascaró una hilera de negros raigones. Ni siquiera parecía entender de lo que le estaban hablando.

—Lenteiman, nosotros no somos navegantes del Emperador. No necesitáis esperar más a los navegantes porque no volverán nunca más, ni en cuatro ni en cuatrocientos años. —Aunque de esto ni siquiera estoy seguro, pensó Wasra—. Tampoco necesitáis tejer ninguna alfombra de cabellos más para el Emperador, pues el emperador ha muerto. Ya no existe el Imperio.

El anciano guardó silencio un momento, como si tuviera que esperar a que lo que había oído recorriera el cerebro. Luego surgió una risilla gorgoteante de su garganta. Moviéndose bruscamente la cabeza, enfrentándola al sol que brillaba pálido.

—Todavía brilla el sol, ¿no? Vosotros, navegantes, sois un pueblo extraño y tenéis extrañas costumbres. En nuestra tierra lo que decís sería herejía, mejor haríais en aconsejar a vuestros hombres que contengan la lengua cuando vayan a la ciudad. Aunque se os va a prestar mucha atención, en cualquier caso, pues todos están felices

de que por fin hayáis llegado.

Se rió de nuevo. Wasra y Sribat intercambiaron miradas perplejas.

—A veces tengo la sensación —murmuró Sribat— de que Denkalsar era un optimista.

Denkalsar era una figura casi mitológica. Se decía que, efectivamente, un hombre con ese nombre había vivido hacía algunos siglos y que había escrito aquel libro al que el movimiento rebelde debía su nombre *El viento inaudible*. Sin embargo, desde la caída del Emperador, leer a Denkalsar había pasado un poco de moda y Wasra estaba asombrado de que Sribat lo conociera.

—Lenteiman —preguntó—, ¿qué es lo que hacéis normalmente con los herejes?

El anciano hizo un gesto amplio e indeterminado con sus manos que eran como garras.

—Por supuesto, los colgamos como manda la ley.

—¿A veces sólo los encerráis?

—En casos de herejía leve, claro. Pero raramente.

—¿Se lleva algún libro de registro de los procesos y los ahorcamientos?

—¿Y qué pensáis? Por supuesto, y se guardan todos los libros como es ley del Emperador.

—¿En la casa del gremio?

—Sí.

Wasra asintió satisfecho. Comenzó a saborear el retumbar y el zumbir de los motores del tanque que hacía temblar a cada fibra de su cuerpo, a percibirlos como la sensación de un poder superior e intocable. Venía con tres tanques, con soldados y con armas que eran inalcanzablemente superiores a todas las que había en aquel planeta. Entraría en el edificio que representaba el centro de aquella cultura sin que le fuera discutido y haría dentro y mandaría hacer lo que le apeteciera. La idea le gustaba. Su mirada se dirigió hasta la línea de color marrón claro de las chozas y casas bajas hacia la que marchaban y saboreó el hecho de ser un vencedor.

Alcanzaron la casa del gremio, que se alzaba maciza y llena de dignidad. Sus muros de un marrón grisáceo que caían en diagonal hacia afuera, como las paredes de un bunker, no tenían ventanas, sólo estrechas aberturas parecidas a troneras. A la sombra de la casa había una gran plaza que ofrecía una extraña imagen, como si se celebrara un mercadillo que esperara desde hacía meses a los visitantes y en el que todos los comerciantes hubieran caído en una duermevela. Carros de todo tipo estaban dispersos por doquier, de costado o de través, grandes, pequeños, lujosamente adornados y feos y viejos carros blindados y carros de mercado abiertos y por todas partes se amontonaban grandes y peludos animales de tiro y miraban tontamente hacia delante, mientras los conductores dormitaban sobre sus pescantes. Eran las caravanas de los mercaderes de alfombras de cabellos, que se reunían allí para

entregar las alfombras al gremio. Sin embargo, la llegada de los tanques puso en movimiento a la imagen. Las cabezas se alzaron, los látigos resonaron y, poco a poco, los carros que cerraban el camino al gran portal de la casa del gremio se fueron echando a un lado.

Las puertas del portal estaban abiertas de par en par. Pese a ello, Wasra ordenó detenerse delante de ellas. Él entraría con Stribat, con el mayor del gremio y con una tropa armada, los otros quedarían de guardia con los vehículos.

—Es sabio parar aquí —graznó Lenteiman— pues en el patio ya no hay más sitio. Vos sabéis, las alfombras...

—Lenteiman, conducidnos al anciano del gremio —ordenó Wasra.

El viejo asintió solícito.

—Seguramente os espera ya con impaciencia, navegante.

Alguien abrió la puerta del tanque y un olor insoportable a excrementos animales penetró en su interior. Wasra esperó a bajar hasta que se hubo reunido la tropa que debía escoltarlo. Cuando pisó el polvoriento suelo de la plaza, y con ello puso de hecho el pie por primera vez en el planeta, pudo sentir casi corporalmente la mirada de la multitud. Evitó mirar a su alrededor. Stribat se le acercó y luego el anciano, y con una señal de la cabeza, el comandante dio a la escolta la orden de ponerse en movimiento.

Atravesaron la puerta. A su alrededor reinaba un silencio innatural, lleno de temor. Wasra creyó oír que alguien de entre la masa susurraba a otro que no tenían el aspecto de navegantes imperiales. Por mucho que los ancianos del gremio fueran todo lo lentos para comprender que quisieran y se revolvieran con todas las fibras de su ser contra la verdad, los hombres del pueblo intuían siempre correctamente lo que estaba sucediendo y lo que significaba su aparición.

Detrás de la puerta había un pequeño patio. Seguramente se llama aquí también el patio de cuentas, pensó Wasra mientras veía los carros de transporte blindados que estaban siendo descargados por algunos hombres. Llenos de dignidad, sacaban una alfombra tras otra y las amontonaban delante de un hombre que llevaba el traje de un maestro del gremio y que con pedante precisión comparaba cada pieza con las notas de los papeles de descarga. Éste no prestó más que una fugaz y despreciativa mirada a la tropa que se acercaba. Pero luego descubrió a Lenteiman y se apresuró a hacer una profunda reverencia, así como sus ayudantes. Sin embargo, el mercader de alfombras, un hombre grueso que seguía el proceso con una mirada apática, no movió ni un dedo.

Contemplar el montón de alfombras que llegaba hasta casi la rodilla hizo estremecerse a Wasra. Ver una única alfombra era ya suficiente mente angustioso, cuando se sabía cómo había sido hecha: que un tejedor de cabellos había trabajado toda su vida y que para ello había utilizado exclusivamente el cabello de sus mujeres,

que había pasado su juventud trenzando el tejido base y decidiendo el diseño cuya ejecución le iba a llevar el resto de su vida, que primero había tejido las líneas principales cuyo color había sido decidido por el color del cabello de su primera esposa y que luego, si tenía hijas o concubinas, llenaría la superficie de otros colores, y que al final, con la espalda encorvada, los dedos gotosos y los ojos casi ciegos, rodeaba toda la alfombra con los cabellos rizados que había cortado de las axilas de sus mujeres...

Una única alfombra era una visión que exigía respeto. Una pila entera de ellas era, por el contrario, una monstruosidad.

Una puerta más allá y, detrás, un pasillo corto, oscuro, tan ancho que tenía el aspecto de una sala de techo bajo. Los soldados de la escolta miraron a su alrededor recelosos y Wasra registró satisfecho su comportamiento.

Alcanzaron el patio interior y entonces estuvo claro por qué la entrada había permanecido tan oscura: en el patio interior se apiñaban las alfombras hasta formar montañas. Wasra había esperado una visión como aquélla, pero pese a todo se le paró el aliento. Amontonadas ordenadamente en pilas de mayor altura que un hombre, yacían las alfombras, en capas y capas, y cada una de esas torres estaba junto a otras, desde un rincón del patio hasta el otro. El saqueo de un planeta durante tres años. No se debía pensar en ello si no se quería uno volver loco.

Se acercó a una de las torres, intentó contarlas. Doscientas alfombras por montón, al menos. Calculó las dimensiones del patio, multiplicó las cifras en la cabeza. Cincuenta mil alfombras. Sintió cómo crecía el asco en su interior, un pánico que amenazaba con dominarle.

—¿El anciano? —bufó al mayor del gremio, más rápido y amenazador de lo que había querido—. ¿Dónde lo encontramos?

—Ven conmigo, navegante.

Con una destreza asombrosa, Lenteiman se apretujó por entre los huecos que había entre las pilas de alfombras y la pared del patio. Wasra le señaló a la escolta que viniera detrás y comenzó a seguir al viejo. Sentía un impulso casi incontenible de pegarse con alguien, de derribar las alfombras apiladas a mayor altura que un hombre, de golpear a los dignatarios del gremio. Una locura, todo era una locura. Habían luchado y vencido, habían destrozado todo lo que se podía destrozar del Imperio del Emperador y pese a ello no había final, continuaba siempre y siempre. A cada paso que daba, todavía en algún lugar de aquella galaxia alguien separaba una alfombra de su bastidor. Cada vez que respiraba era asesinado un recién nacido porque un tejedor de cabellos sólo podía tener un único hijo, en algún lugar, en alguno de los incontables planetas en los que no habían estado todavía, o en alguno de los planetas que habían visitado sin que les creyeran. Parecía imposible detener el torrente de alfombras de cabellos.

Cuando más avanzaban más penetrante era el olor que surgía de las alfombras, un olor pesado y rancio que hacía pensar en aceite estropeado y basura podrida. Wasra sabía que no eran los cabellos los que apestaban así, sino los productos con los que los tejedores de cabellos hacían que las alfombras durasen un tiempo asombrosamente largo.

Por fin alcanzaron una nueva abertura en el muro. Una corta escalera conducía hacia arriba. Lenteiman les señaló que no hicieran ruido y fue por delante, respetuoso como si penetrase en suelo sagrado.

La habitación a la que les condujo era grande y oscura, iluminada solamente por la roja luz de un fuego que ardía en una vasija metálica que había en el centro de la habitación. La poca altura del techo les obligaba estar de pie con las cabezas humillantemente bajas, mientras el aplastante calor y el humo acerbo les hacían correr el sudor por la frente. Wasra tanteó nervioso el arma en su cinturón, sólo para saber que estaba allí.

Lenteiman hizo una reverencia en dirección al cansino brillo del fuego.

—Excelencia. Es Lenteiman quien os saluda. Os traigo al comandante del navío imperial, quien desea hablaros.

Un chasquido y un movimiento impreciso en la cercanía del fuego fue la reacción a estas palabras. Sólo entonces se percató Wasra de una especie de litera que estaba junto al fogón metálico, no muy diferente de una cuna, y entre mantas y pieles aparecieron el cráneo y el brazo derecho de un hombre extremadamente anciano. Cuando abrió los ojos, Wasra vio brillar las pupilas ciegas y plateadas al reflejo del fuego.

—Qué honor tan poco común —susurró el viejo. Su voz sonaba fina y ensimismada, como si les hablara desde otro mundo—. Os saludo, navegantes del Emperador. Mi nombre es Ouam. Os hemos estado esperando durante mucho tiempo.

Wasra intercambió una mirada intranquila con Stribat. Decidió que no iba a perder más tiempo en aclarar al mayor del gremio que ellos no eran navegantes del Emperador sino rebeldes. En cualquier caso, al menos mientras no hubieran cumplido su misión. Carraspeó.

—Os saludo, excelencia. Mi nombre es Wasra. Pedí hablar con vos porque quiero haceros una pregunta importante.

Ouam parecía que prestaba más atención al sonido de la voz extraña que al significado de las palabras.

—Preguntad.

—Busco a un hombre llamado Nillian. Quisiera saber si una persona con ese nombre ha sido juzgada o ajusticiada por herejía durante los últimos tres años.

—¿Nillian? —El anciano del gremio balanceó pensativo su reseco cráneo—. Tendré que consultar los registros. ¿Dinio?

Wasra iba ya a preguntarse cómo haría aquel anciano ciego para mirar en libro alguno, cuando desde la sombra de la litera apareció otro rostro. Era el rostro de un joven que contempló al visitante con frialdad y desprecio antes de inclinarse sobre el anciano para que éste le susurrara algo al oído. El joven asintió servicial, casi servil, y dio un saludo para desaparecer por una puerta en el interior de la habitación.

Enseguida regresó con un grueso libro en folio bajo el brazo y se sentó en el suelo junto al cacharro con el fuego para examinar lo escrito. No necesitó mucho tiempo. Se inclinó de nuevo sobre la litera y habló en susurros con el anciano. Ouam sonrió con una sonrisa de calavera.

—No tenemos ese nombre inscrito —aclaró por fin.

—Su nombre completo es Nillian Jegetar Cuain —dijo Wasra—. Quizás está inscrito con otro nombre.

El anciano del gremio alzó las cejas.

—¿Tres nombres?

—Sí.

—Un nombre curioso. Me acordaría de él. ¿Dinio?

El joven consultó de nuevo las páginas. Esta vez, cuando susurró, tenía más que decir.

—Tampoco los otros nombres están inscritos —explicó entonces Ouam—. En los últimos tres años sólo ha habido una única ejecución por sacrilegio.

—¿Y cuál era el nombre?

—Era una mujer.

Wasra reflexionó.

—¿Os llegan noticias cuando en alguna ciudad alguien es ejecutado por herejía?

—A veces. No siempre.

—¿Y vuestras mazmorras? ¿Tenéis prisioneros?

Ouam asintió.

—Sí, uno.

—¿Un hombre?

—Sí.

—Quiero verlo —exigió Wasra. Le hubiera gustado añadir que estaba dispuesto a prender fuego a la casa del gremio para conseguir lo que quería.

Pero no era necesario amenazar. Ouam asintió bien dispuesto y dijo:

—Dinio os conducirá.

Las mazmorras estaban en la parte más alejada de la casa del gremio. Dinio les condujo a través de míseras y estrechas escaleras hacia abajo, con el libro en el que estaban las listas de ejecuciones y apresamientos apretado contra sí como si fuera un tesoro. En las paredes se desmoronaba un yeso lleno de manchas marrones y cuanto más profundamente bajaban, más penetrante era el hedor a orina y podredumbre y

enfermedad. En algún momento el joven tomó una antorcha y la encendió y Stribat conectó la lámpara que llevaba sobre el pecho.

Finalmente alcanzaron la primera gran reja, guardada por un carcelero grueso y pálido. Les miró fijamente con torva mirada, y si la llegada de los numerosos visitantes le llegó a asombrar, al menos no lo dejó translucir.

Dinio le ordenó abrir la entrada a las mazmorras y Wasra dejó dos soldados de la escolta para guardar la reja que se quedaba abierta.

Había que andar a lo largo de un sombrío corredor, iluminado solamente por las antorchas que ardían en la sala previa. A izquierda y derecha se encontraban las puertas abiertas de celdas desocupadas. Stribat dio un barrido con su lámpara. En cada celda colgaba un retrato grande y a todo color del Emperador. Los prisioneros eran encadenados a la pared contraria, fuera del alcance de la imagen, y se les negaba la piedad de una completa oscuridad: a través de pozos de ventilación enrejados llegaba desde arriba la luz necesaria como para que tuvieran que pasar su tiempo contemplando el retrato del Emperador.

Dinio y el gordo carcelero, que olía todavía de modo más desagradable que la paja podrida que cubría el suelo, se habían quedado delante de la única celda ocupada. Stribat iluminó a través de la mirilla en la puerta.

Vieron una forma oscura con el cabello largo que yacía encogida sobre el suelo, los brazos encadenados a la pared.

—Abre —ordenó Wasra con rabia—. Y desencadenadlo.

El hombre se despertó al girar la llave en el cerrojo. Cuando la puerta se abrió, ya se había incorporado y estaba sentado mirando serenamente hacia ellos. Su cabello brillaba como plata y la lámpara de Stribat descubrió que el prisionero era demasiado viejo para poder ser Nillian.

—Desencadenadlo —repitió Wasra. El carcelero vaciló. Sólo cuando Dinio asintió, adelantó la llave y abrió las esposas del anciano.

—¿Quién es usted? —preguntó Wasra.

El hombre le miró. Pese a todo su abandono irradiaba dignidad y un silencio lleno de paz. Tuvo que intentarlo algunas veces antes de que pudiera expulsar una palabra. Al parecer no había hablado desde hacía años.

—Mi nombre es Opur —dijo—. Hace tiempo era maestro de flauta.

Al decir esto se miró triste las manos, que tenían un aspecto grotescamente deformado. En el pasado alguien debía de haberle roto cada uno de sus dedos y todas las falanges se le habían unido de nuevo de cualquier manera, sin guías y sin tratamiento.

—¿Qué ha hecho? —quiso saber Wasra.

El carcelero, a quien estaba mirando al decir esto, sólo le miró estúpidamente y en su lugar respondió el joven con un frío menosprecio.

—Concedió cobijo en su casa a un desertor.

—¿Un desertor?

—Un navegante imperial. Un estibador del *Kara*, la última nave que aterrizó aquí.

Debía de haber sido la primera nave que ellos habían seguido hacía tres años. Sólo para perderla y descubrir el siguiente mundo en el que los seres humanos tejían alfombras de cabellos y creían ser los únicos.

—¿Qué pasó con el desertor?

La expresión del rostro de Dinio seguía siendo de rechazo.

—Todavía continúa huido.

Wasra contempló pensativo al joven durante un momento y reflexionó sobre la posición que debía ocupar. Luego decidió que en realidad no le interesaba y se volvió hacia el prisionero. Junto con Stribat, le ayudó a ponerse de pie y le explicó entonces:

—Es libre.

—¡No, no lo es! —protestó Dinio rabioso.

—¡Es libre! —repitió Wasra en voz alta y arrojó al joven una mirada tan amenazadora que éste retrocedió—. Una palabra más en contra y te pondré sobre mis rodillas y te moleré a palos.

Confió a Opur a la custodia de dos soldados de su escolta a los que encargó llevarle consigo a la nave y ponerle bajo tratamiento médico y luego conducirlo a un lugar de su elección. En caso de que no se sintiera seguro en aquel planeta, Wasra estaba decidido a llevárselo hasta el siguiente mundo de los tejedores de alfombras al que se acercaran.

Dinio siguió la partida de los soldados y del maestro de flauta con coléricos resoplidos, pero no se atrevió a decir más. En vez de ello pasaba su libro una y otra vez de un brazo al otro, como si no supiera qué hacer con él, hasta que lo apretó por fin delante de su pecho como un escudo. En ese momento algo pequeño y blanco se deslizó de entre las páginas y voló suavemente hasta el suelo.

Wasra se dio cuenta y lo levantó. Era una fotografía que mostraba al Emperador.

Al Emperador muerto.

El comandante contempló perplejo la imagen. Conocía esa imagen. Él tenía exactamente la misma imagen en el bolsillo. Todo miembro de la flota rebelde llevaba una fotografía del Emperador muerto consigo, para el caso de que se viera en la necesidad de demostrar a alguien que el Emperador había sido derrocado y que en verdad estaba muerto.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó al joven.

Dinio adoptó una expresión de disgusto en su rostro obstinado, apretó aún con más fuerza su libro y no dijo nada.

—Esto tiene que haber pertenecido a Nillian —dijo Wasra a Stribat y puso la blanca parte posterior de la fotografía en el cono de luz de su lámpara de pecho.

—Cierto. ¿Ves esto?

La escritura en la parte posterior estaba gastada y borrosa y tan pálida que apenas existía, pero en algún lugar podía imaginarse que se reconocía la sílaba «Nill». Wasra miró a Dinio con una mirada que prometía hacer caer árboles y romper cráneos de niños.

—¿De dónde procede esta imagen?

Dinio tragó saliva con disgusto y susurró por fin:

—No lo sé. Pertenece a Ouam.

—No creo que Ouam la haya podido traer de algún paseo.

—¡No sé de dónde la ha sacado!

Wasra y Stribat intercambiaron una mirada y fue casi como antes, cuando cada uno sabía lo que pensaba el otro.

—Me interesa saber —dijo entonces el comandante— qué es lo que tiene que contarnos Ouam.

Durante el camino de regreso escucharon un lúgubre quejido resonando a través de los sombríos corredores de la casa del gremio e involuntariamente aceleraron el paso. Cuando subieron la escalera hacia los aposentos del anciano del gremio —esta vez con apresuramiento en vez de deferencia—, no les esperaba humo ni ninguna penumbra rojiza, sino una claridad radiante y un aire claro.

La habitación se había transformado. Un hombre iba lentamente de ventana en ventana y abría los postigos y cada vez penetraban nuevas cascadas de clara luz. A través de las ventanas abiertas las alfombras de cabellos tenían el aspecto de un mar agitado por el oleaje que se estrellaba contra el antepecho de la ventana.

El fuego en el trípode metálico estaba apagado y Ouam yacía muerto en su litera, los ojos ciegos cerrados, las secas manos recogidas sobre el pecho. La litera era más pequeña de lo que Wasra recordaba y pese a ello el cuerpo antiquísimo y huesudo del Anciano del gremio daba la sensación de ser apenas mayor que el de un niño.

Detrás de ambos astronautas venían arrastrándose por la escalera otras gentes del gremio. Rodearon a los forasteros sin muestra de interés alguno, se arrodillaron junto a la litera de Ouam y entonaron un lamento contenido. Un eco de aquel lamento penetró desde fuera a través de las ventanas y se extendió por toda la casa del gremio, por toda la ciudad. También el hombre que había abierto los postigos y con ello había expulsado lo que debía haber sido el humo y el olor de muchos años, se unió a los que se lamentaban y ofreció a los rebeldes el memorable espectáculo de una persona que de un segundo al otro pasaba de un ajeteo laborioso a una pena inconsolable.

Pasos salvajes y veloces en la escalera le hicieron a Wasra echarse a un lado, asustado. Era Dinio, que subía corriendo y sin aliento los escalones, fuera de sí a causa de la desesperación. Sin mirar ni a derecha ni a izquierda, se acercó a toda velocidad a la litera del muerto anciano del gremio, se arrojó al suelo junto a ella y

rompió a llorar amargamente. Eran los únicos lamentos en la habitación que sonaban sinceros.

Wasra miró una vez más la fotografía que tenía en su mano, luego se la guardó en el bolsillo. Intercambió una mirada con Stribat y de nuevo se entendieron sin palabras.

Cuando estuvieron de pie delante de la casa del gremio, el sol se estaba poniendo, rojo como metal fundido. Los dos tanques en la plaza brillaban a su luz como piedras preciosas. El soniquete ritual de los mayores del gremio gritando y lamentándose hizo que el escenario pareciese una imagen sacada de un sueño.

—Ésa es la foto de Nillian, ¿no es cierto? —dijo Stribat.

—Sí...

—Eso quiere decir que estuvo aquí.

Wasra observó a los mercaderes que estaban cerrando sus tenderetes para la noche y de vez en cuando lanzaban pensativas miradas hacia la casa del gremio.

—No sé si quiere decir eso.

—Quizás consiguió escapar, conoció a una mujer simpática y vive desde entonces feliz en este planeta —reflexionó Stribat en voz alta.

—Sí, quizás.

—Tres años... Entretanto puede tener ya tres hijos. Quién sabe, quizás ha empezado él mismo a tejer una alfombra de cabellos.

Está muerto, pensó Wasra, no te hagas ilusiones. Ellos lo han matado y enterrado porque dijo algo contra el Emperador. El Emperador inmortal. Maldita sea, sólo tardamos un día en derrocarlo, pero en los veinte años que han pasado desde entonces luchamos cada día como si fuera el primero para poder vencerlo.

—¡El bote de aterrizaje! —gritó Stribat y lo aferró nervioso por la manga—. ¡Wasra! ¿Qué sucedió con el bote de aterrizaje?

—¿Qué bote de aterrizaje?

—Ese Nillian tuvo que haber bajado con un bote de aterrizaje. ¡Y éste podemos encontrarlo!

—Hace mucho que lo encontraron, ya entonces —le explicó Wasra—. Y enviaron exploradores disfrazados para informarse. Nillian fue capturado por herejía y un mercader de alfombras lo había llevado a la ciudad portuaria. Por ello se investigó en la ciudad portuaria, pero Nillian no llegó jamás aquí. —Wasra había examinado los informes de entonces. No habían sido hechos especialmente a conciencia, se había precisado incluso de enormes esfuerzos para encontrar de nuevo la ciudad en cuyas proximidades había aterrizado Nillian... y tampoco eran demasiado eficaces. Se habían tratado las alfombras de cabellos como una simpática curiosidad y por lo demás todo el mundo se había preparado ya en espíritu para el viaje de regreso. El estado de ánimo por entonces había sido: *Él tenía la orden de no aterrizar y pese a*

ello ha aterrizado, y esto es lo que se ha ganado.

—¿No hubiese sido más sensato que hubiera venido con nosotros el compañero de Nillian?

—Seguro —afirmó Wasra. Sintió una ola de cansancio que se extendía por su cuerpo y supo que era más que un mero fenómeno corporal. No terminaba nunca. Nada terminaba nunca—. Sólo que está muerto. Estaba entre los voluntarios que emprendieron el primer asalto a la estación del portal y uno de aquellos robots de lucha volantes le acertó.

Stribat expulsó un sonido inarticulado que debía de expresar algo así como sorpresa.

—¿Por qué un piloto de *Kalyt* llega a la idea de apuntarse voluntario para una misión de lucha? —Como Wasra no repuso nada, gruñó un poco más como era a veces su costumbre cuando reflexionaba—. ¿Y cómo llega a la idea el general de aceptarlo?

Wasra no escuchaba sus murmullos. Perdido en sus pensamientos, miraba fijamente al gigantesco fuselaje de la *Salkantar*, que se elevaba poderosa hacia el cielo en la lejanía, oscura contra el sol poniente y brillando plateada a todo lo largo de su silueta. Como todas las naves espaciales, pertenecía al espacio. Sobre la superficie del planeta parecía un cuerpo extraño.

Y sin embargo, pensó el comandante de mal humor, la *Salkantar* tendría que quedarse aquí durante largo tiempo. El general Karswant no partiría hacia el mundo central antes de que él, el comandante Wasra, hubiera indagado algo sobre la suerte de Nillian. Y en tanto el general no ofreciera su informe al Consejo de los Rebeldes no podría éste decidir lo que había que hacer. Y en tanto no se hubiera tomado ninguna decisión continuaría el torrente de alfombras de cabellos, tendrían que ver por todos lados aquellas obscenas pilas, aquellas montañas, aquellos montones.

—¿Quiere decir esto que tenemos que rebuscar por todo el planeta? —preguntó Stribat imaginando con acierto.

—¿Tienes una idea mejor?

—No, pero, ¿merece la pena el esfuerzo? Quiero decir, suponiendo que Nillian todavía viviera, entonces seguramente se habría abierto camino hasta aquí, hasta la ciudad portuaria. Aquí está el espaciopuerto. Si hubiera alguna oportunidad de ser encontrado, sólo la tendría aquí. Pero si está muerto, tampoco es en realidad la única víctima que esta expedición tiene que lamentar.

—Él descubrió el fenómeno de las alfombras de cabellos.

—Sí, ¿y? —Stribat lanzó al comandante una mirada de reojo, sopesando, como si quisiera asegurarse de que lo que tenía que decir se le podía confiar verdaderamente—. No quiero quitarte tu orgullo, Wasra, pero, ¿no podría ser quizás que los motivos del general Karswant no fueran tan nobles como te gustaría creer?

Wasra aguzó los oídos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es posible que lo que quiera es hacerle un favor a cierto miembro del Consejo.

—¿Cierta miembro del Consejo?

—Al consejero Berenko Kebar Jubad.

Wasra miró al camarada inquisitivamente mientras éste hacía esfuerzos por considerar lo que estaba intentando decirle. Jubad había sido el que entonces, durante el asalto al Palacio de las Estrellas, había encontrado al Emperador y lo había matado en combate y desde aquel tiempo disfrutaba de una fama casi legendaria.

—¿Qué tiene Jubad que ver con esto?

—El padre de Jubad —dijo Sribat lentamente— se llamaba Uban Jegetar Berenko...

Del mismo modo podría haberle abofeteado. La mandíbula de Wasra se abrió sin sujeción alguna.

—¡Jegetar! —respondió con esfuerzo—. Nillian Jegetar Cuain. Ambos son parientes...

—Así parece.

—¿Y piensas que Karswant está esperando por esa razón...?

Sribat sólo encogió los hombros.

Wasra alzó la cabeza, miró al cielo que se iba oscureciendo, en cuyo cenit iban apareciendo las estrellas. Las estrellas que obedecían al Emperador. No tenía final. ¿Estaba muerto el Emperador? ¿O había llegado ya el punto en que convertían a quien lo había derrotado en el nuevo Emperador?

—Volvemos a la nave —profirió, por fin. Tenía la sensación de no ser capaz de aguantar aquí ni un segundo más, desde luego, no precisamente aquí, a la puerta del patio de cuentas—. Ahora mismo.

Sribat dio una apresurada señal a los soldados de la escolta e inmediatamente, con un sonido estremecedor y sordo, se encendieron los motores de los dos vehículos acorazados. Los animales de tiro, que ya habían sido desaparejados y se habían colocado los unos junto a los otros para dormir, alzaron de repente las cabezas y les miraron fijamente.

Cuando comenzaron a moverse, todos los de la plaza se echaron prestos a un lado. Siguió las huellas del tercer tanque, que ya se había ido antes con el hombre al que habían liberado. El maestro de flauta. Durante un momento, los pensamientos de Wasra giraron alrededor de aquel concepto e intentó imaginarse lo que podría significar. Luego, cuando la vibración de su asiento se traspasó a su cuerpo, se acordó del sentimiento con el que había venido hasta allí: había sentido fuerza y superioridad, y lo había saboreado. El poder y sus tentaciones. Parecía que no iban a aprender nunca, ni siquiera después de doscientos cincuenta mil años de Imperio.

Se inclinó hacia delante y tomó el micrófono de la unidad de comunicación. Cuando alcanzó al operador de radio de servicio a bordo de la *Salkantar* ordenó:

—Envíe una emisión de radio múltiple al *Trikood*, para el general Jerom Karswant. Texto: Nillian Jegetar Cuain, con una probabilidad que limita con la certeza, está muerto. Todos los datos señalan que cayó víctima de un linchamiento religioso. Que tengan un buen viaje de regreso a casa, y recuerdos al mundo central. Grabado por el comandante Wasra, etcétera.

—¿Inmediatamente? —preguntó el operador.

—Sí, inmediatamente.

Cuando se recostó, se sintió testarudo y obstinado y eso le gustaba. Había como un frío fuego en sus venas. Mañana lanzaría las tropas de instrucción por toda la ciudad para que le contaran a todo el que pudieran pillar lo que estaba pasando en aquella galaxia. Y que el Emperador estaba muerto. Cielos, de repente apenas podía esperar a ir al siguiente de aquellos malditos planetas de tejedores de cabellos y gritarle a la gente la verdad en la cara.

Se dio cuenta de que Stribat le miraba de reojo con una sonrisa que muy lentamente iba surgiendo en sus labios. Quizás apareciera aquel Nillian algún día, ¿quién podía saberlo? Pero de momento contaba que Karswant partiera por fin hacia el mundo central e informara al Consejo. Que las cosas se pusieran en movimiento. Si algún día tenían que quitarle el rango de comandante, eso no cambiaría el hecho de que él había actuado como pensaba que era correcto.

Wasra sonrió, y aquélla era la sonrisa de un hombre libre.

17. La venganza eterna

Había siete lunas en el cielo. La noche era clara y sin nubes y la cúpula del cielo se curvaba como un cristal negro azulado sobre un paisaje increíble. ¡Y pensar que hubo un tiempo en que todo aquel mundo sólo había servido para la diversión y el pasatiempo de un único hombre! A excepción hecha de las amplias mazmorras subterráneas y de las instalaciones de defensa, por supuesto. Lamita salía a menudo allí, al pequeño balcón de su habitación, e intentaba comprender cómo había sido todo aquello.

Más allá de los muros del palacio se extendía el mar, sereno y plateado a la luz de la luna. En el horizonte, tan alejado que no se podía distinguir por la noche la línea que separaba el mar de la tierra, se acumulaban suaves colinas cubiertas de bosques. Todo el planeta era un único parque, artísticamente dispuesto. Ella sabía que además del gran palacio había también incontables castillos más pequeños y otras mansiones en las que el Emperador se había dedicado a sus placeres.

Bien, hacía tiempo ya que esto no era más que el pasado. Hoy día, el Consejo de los Rebeldes debatía en la gran sala del trono y los incontables ayudantes del gobierno provisional poblaban el enorme Palacio de las Estrellas. No había faltado la polémica en torno a que el gobierno se reuniera en el antiguo mundo central. En aquel entorno paradisíaco, se decía, los miembros del gobierno estaban demasiado lejos de los problemas reales de las personas que vivían en los otros mundos como para poder tomar decisiones útiles. Había sido pese a todo por razones prácticas por lo que el Consejo Provisional había mantenido su sede en aquel planeta: todas las instalaciones de comunicaciones se unían allí de una forma singular.

Resonó un armónico toque de campana. Era la llamada a larga distancia que estaba esperando. Lamita salió apresurada del balcón y fue al multiaparato junto a su cama. En la pantalla brillaba el símbolo de la red intergaláctica.

—Conexión de teléfono con Itkatan —le informó una voz agradable pero indiscutiblemente artificial—. La llamada es de Pheera Dor Terget.

Pulsó la tecla precisa.

—Hola, madre. Soy tu hija, Lamita.

La pantalla permaneció oscura. Tampoco esta vez había conexión de televisión. En los últimos tiempos parecía que sólo alcanzaba a haber conexión de televisión en llamadas destinadas a otras galaxias.

—¡Lamita, cariño! —La voz de su madre tenía un desagradable acento mecánico en algunas palabras—. ¿Cómo te va?

—Puf, ¿y cómo le va a ir a una aquí? Bien, naturalmente.

—Ah, vosotros y vuestra isla de la felicidad. Nosotros estamos contentos de que el agua corriente funcione de nuevo y de que las luchas en el sector norte vayan

disminuyendo. Quizás por fin se hayan matado allá los unos a los otros. Nadie se iba a poner especialmente triste por ello.

—¿Alguna noticia de papá?

—Le va bien. Nos han dado otra vez medicamentos y su situación se ha estabilizado. El médico dijo hace poco que si fuera cinco años más joven se le podría operar. Pero ahora tendrá que ser así... —Sollozó. Un sollozo a través de treinta mil años luz de distancia—. Cuéntame algo de ti, cariño. ¿Hay algo nuevo?

Lamita se encogió de hombros.

—Mañana estoy invitada a tomar parte en una sesión plenaria del Consejo. Como observadora. El comandante de la expedición a Gheera ha regresado y presenta su informe.

—¿Gheera? ¿No es esa provincia del imperio de la que ni siquiera se sabía que existía?

—Sí. Ha estado ochenta mil años perdida, y sus habitantes al parecer no han hecho otra cosa durante ese tiempo que tejer alfombras de cabello de mujer —dijo Lamita, y añadió sarcástica—: Y sean cuales sean las otras rarezas que la expedición haya encontrado, se espera de mí que sea capaz de decir qué significa todo esto.

—¿Ya no trabajas con Rhuna?

—Rhuna va a ser la nueva gobernadora de Lukdaria. Ayer se fue. Ahora soy yo la única encargada del archivo imperial.

—¿Gobernadora? —En la voz de la madre había una perceptible nota de disgusto—. Increíble. Cuando atacamos el palacio del Emperador apenas podía andar. Y hoy resulta que alcanza el éxito profesional.

Lamita inspiró profundamente.

—Madre, eso también vale para mí. Yo tenía entonces cuatro años.

Parecía que a los viejos rebeldes les resultaba difícil acostumbrarse al pensamiento de que, ahora que el Emperador inmortal ya no gobernaba, una generación sucedería a la otra.

Un silencio interestelar. Cada segundo costaba una pequeña fortuna.

—Sí, quizás sea así la vida —suspiró su madre por fin—. Así que ahora estás completamente sola en tu museo.

—No es un museo, es un archivo —la corrigió Lamita. Percibió el menosprecio oculto en las palabras de su madre y se encolerizó, aunque se había prometido no dejarse provocar—. Además, es verdaderamente ridículo. Un cuarto de millón de años de historia del Imperio y yo totalmente sola en mitad de ella. Y en ese archivo se podrían encontrar respuestas a preguntas que ni siquiera nos hemos formulado...

¿Por qué su madre tenía la facultad de hacerla estallar de rabia solamente con no hacer caso a la mitad de lo que ella decía?

—¿Y aparte de eso? ¿Estás sola también?

—¡Madre! —Otra vez la misma cantinela. Seguramente pasarían un millón de años más y los padres seguirían tutelando a sus hijos toda su vida.

—Sólo pregunto...

—Ya conoces mi respuesta. Lo sabrás en caso de que tenga un hijo. Hasta entonces, mis asuntos con hombres sólo me interesan a mí. ¿De acuerdo?

—Niña, por supuesto que no me quiero meter en tu vida. Es que me tranquilizaría saber que no estás sola...

—¡Madre! ¿Podemos cambiar de tema?

El Consejo Provisional había invitado a muchos observadores a aquella sesión. Era de esperar, ya que se trataba del primer informe sobre la finalización de una misión que había levantado mucho revuelo, una expedición a la redescubierta provincia del Imperio. Aquello no suponía ningún problema, puesto que el Consejo se reunía en la antigua sala del trono, la cual, como correspondía al punto central de las ceremonias del Imperio, era de una amplitud y un equipamiento que cortaban el aliento.

Lamita se apretó entre dos ancianos miembros del Consejo en busca del asiento que se le había asignado. Seguramente en alguna de las últimas filas. Jirones de frases le iban siguiendo, construyendo una imagen del ambiente.

—... en este momento tenemos otros problemas más importantes que andar ocupándonos de un oscuro culto en una galaxia perdida.

—Pienso que esto es una maniobra de Jubad y Karswant para que su influencia en el Consejo...

No había ningún cartelito con su nombre en las últimas filas. Aferraba su invitación con fuerza mientras se enfurecía consigo misma por su inseguridad ante la presencia de todos aquellos viejos héroes de la rebelión.

Se aterrorizó cuando encontró un letrero con su nombre muy por delante, inmediatamente después del semicírculo de las mesas en las que se sentaba el Consejo. Era cierto, pues, que se le concedía mucho valor a que se formara una opinión del asunto. Se sentó sin llamar la atención y miró a su alrededor. En mitad del semicírculo, delante del proyector, había una gran mesa. En diagonal respecto a ella descubrió a Borlid Ewo Kenneken, con el que desde hacía algún tiempo que trataba a causa de la expedición a Gheera. Pertenecía a la comisión de administración del legado imperial y era algo así como su superior en ciertos asuntos relacionados con el archivo. Él la saludó con un sonriente ademán y Lamita percibió de nuevo cómo la mirada del hombre sólo se apartaba de su figura con mucho esfuerzo.

Sonó el gong que anunciaba el inmediato comienzo de la sesión. Lamita observó con fascinación el instrumento, de la altura de un ser humano y ricamente taraceado. Algún día la sede del gobierno estaría en algún otro sitio y el antiguo palacio del Emperador se convertiría en un museo, el museo más fascinante del universo.

Descubrió la rechoncha figura de un general con su uniforme al completo que penetraba en la sala acompañado de algunos oficiales. Producía una impresión fornida, arisca, de una seguridad inalterable. Debía de ser Jerom Karswant, que había comandado la expedición a Gheera. Depositó un puñado de archivos de datos en la pequeña mesita junto al aparato de proyección, los ordenó cuidadosamente y luego se sentó en su sillón.

El segundo gong. Lamita percibió que Borlid miraba de nuevo hacia ella. Ahora le dio rabia llevar un traje que resaltaba sus pechos. Por suerte, el presidente del consejo provisional se levantó para abrir la sesión y concederle la palabra al general Karswant y la mirada de Borlid siguió la dirección de lo que atraía la atención de todo el mundo.

Karswant se puso de pie. Los ojos en su rostro de aspecto furioso ardían despiertos.

—En primer lugar quiero mostrarles de qué se trata —comenzó, e hizo una seña a sus acompañantes.

Éstos alzaron del suelo un gran rollo de la altura de un hombre, lo pusieron sobre la mesa y lo extendieron con gran cuidado.

—¡Estimado Consejo, damas y caballeros! ¡He aquí una alfombra de cabellos!

Las cabezas se echaron hacia delante.

—Lo mejor será simplemente que pasen todos por delante de la mesa un momento para contemplar de cerca esta increíble obra de arte. Toda la alfombra está tejida de cabellos humanos y los nudos están tan increíblemente ceñidos y prietos que se necesita el trabajo de toda una vida humana para confeccionarla.

Los primeros participantes se levantaron vacilantemente y caminaron hacia adelante entre las filas para llevarse a los ojos la alfombra y por fin tocarla con cuidado. Un ruido de sillas se alzó por toda la sala cuando el resto de los invitados siguió su ejemplo, y en un instante la sesión se había transformado en un animado barullo.

Lamita se asombró de verdad cuando consiguió acariciar la superficie de la alfombra con la mano. A primera vista tenía el aspecto de una piel, pero cuando se la acariciaba se percibía que los cabellos estaban mucho más pegados y apretados. Cabellos morenos, rubios, castaños y pelirrojos habían sido elaborados en aquella alfombra hasta formar multicolores diseños geométricos. Ella había visto en el informe de la expedición fotos de alfombras de cabellos, pero era una experiencia sobrecogedora tener una de aquellas alfombras directamente delante de uno. Se podía sentir, por así decirlo, la cantidad de dedicación y concentración que se había utilizado en aquella tremenda obra de arte.

En medio del revuelo general, Borlid apareció de pronto como por casualidad junto a ella. No parecía que le interesara especialmente la alfombra.

—Después de que se acabe todo esto —le susurró—, ¿me dejas que te invite a comer?

Lamita aspiró y espiró.

—Borlid, lo siento. No me siento ahora mismo con ganas de contestarte.

—¿Y después de la sesión? ¿Te sentirás con ganas?

—No lo sé. Seguramente no. Aparte de ello, estoy segura de que tendría remordimientos si aceptase una invitación tuya, porque sé que entonces te harías falsas esperanzas.

—¿Oh? —dijo él con una sorpresa fingida—. ¿Me he expresado mal? No se trata de una petición de matrimonio, sino de una simple cena...

—¡Borlid, por favor, ahora no! —le avisó, y regresó a su sitio.

¿Cómo podía estar tan seguro de sí? Como colaborador, le había encontrado hasta ahora agradable, pero aunque él creyera ser irresistible, era solamente paleta y grosero. No parecía querer entender que ella no quería nada de él. A sus ojos él se comportaba de una forma tan adolescente que se hubiera sentido como una corruptora de menores.

Poco a poco el auditorio se serenó de nuevo. Después de que todo el mundo hubiera regresado a su sitio, el general siguió con su ponencia. Lamita sólo escuchaba ahora a medias. La mayor parte de lo que estaba diciendo ya lo sabía, el cómo se habían descubierto las alfombras de cabellos, detalles sobre el culto que existía en torno a las alfombras en los mundos de Gheera, los caminos de los mercaderes y las naves espaciales que finalmente tomaban a bordo las alfombras de cabellos para transportarlas hacia un destino aún desconocido.

—Pudimos seguir las huellas de las alfombras de cabellos hasta una gran estación espacial que giraba en torno a una estrella doble compuesta de una gigante roja y un agujero negro. Según nuestras observaciones, que después comprobaríamos, la estación era una especie de puesto de trasbordo de las alfombras de cabellos. Cuando nos acercamos a la estación, sin embargo, fuimos atacados de forma tan inesperada y tan violenta que primero tuvimos que retirarnos.

Por supuesto que Borlid era atractivo según los cánones habituales. Y por lo que se oía, dejaba pocas oportunidades sin aprovechar en lo que se refería a las integrantes femeninas de la administración del palacio. Lamita rebuscó en su interior. Ése no era realmente el motivo por el que le rechazaba. Era más por... su inmadurez. Como hombre lo encontraba superficial, inmaduro, nada interesante.

—Hay que recordar que hasta entonces no éramos más que una pequeña flota expedicionaria, compuesta de un acorazado pesado y tres ligeros, así como de veinticinco botes expedicionarios. De modo que estuvimos esperando hasta que llegaron las escuadras de combate aprobadas por el Consejo, atacamos entonces la estación y la ocupamos por fin con relativamente pocas pérdidas propias. Resultó que

el agujero negro era en realidad el campo de portal de un enorme túnel dimensional, lo suficientemente amplio como para ser atravesado por naves de transporte de gran tamaño. En aquel túnel dimensional estaban, y eso desde hacía decenas de miles de años, absolutamente todas las alfombras de cabellos producidas en Gheera.

Lamita sabía que ella, delgada, con largos cabellos rubios y piernas interminables, tenía un aspecto atractivo. No había hombre que no volviera la cabeza hacia ella cuando pasaba al lado. No era por su aspecto por lo que hacía tanto tiempo que estaba sola. Se preguntaba qué otra cosa sería lo que no marchaba bien en ella.

—Abordamos una nave de transporte que salía del túnel. Estaba cargada con contenedores vacíos que probablemente habían sido diseñados para el transporte de las alfombras de cabellos. Después de cuidadosas investigaciones y reflexiones, nos atrevimos a introducirnos en el túnel dimensional al azar con toda una escuadra de combate. Y descubrimos un sistema solar que todos creían que ya no existía, porque allí donde según los mapas estelares debiera hallarse, no lo habíamos encontrado. Encontramos el planeta Gheerh.

Había olvidado a Borlid. Aquí se estaba escribiendo la historia. Gheerh probablemente había sido en algún momento el centro de un enorme reino, el reino de Gheera, antes de que las flotas del Emperador cayeran sobre él y lo conquistaran para añadirlo al Imperio. Y para después, por algún motivo desconocido, aislarlo del resto del Imperio y olvidarlo de nuevo.

—El sistema solar se encontraba en una gigantesca burbuja dimensional cuya única entrada era el túnel que nosotros habíamos utilizado. Ése era el motivo por el que no habíamos encontrado Gheerh en la posición que señalaba el mapa estelar. Hasta entonces habíamos creído que había sido destruido, pero en realidad lo habían alejado de nuestro universo con ayuda de una burbuja dimensional. Estaba, por así decirlo, encapsulado en su propio y pequeño universo, en el que, excepto el sol de Gheerh, no había estrellas. La burbuja la mantenían unas instalaciones que se encontraban en el planeta más cercano al sol y cuya inaudita necesidad de energía se alimentaba directamente del sol. Esas instalaciones, a su vez, estaban vigiladas por naves de guerra bien armadas y muy rápidas, que nos atacaron de inmediato nada más entrar en la burbuja. Dado que nos cortaban la retirada, atacamos a los proyectores de la burbuja y destruimos tantos que el sistema solar regresó al universo normal. Volvió además a su posición original, y después de que las otras escuadras de combate acudieran en nuestra ayuda, conseguimos por fin neutralizar las fuerzas enemigas y ocupar el planeta Gheerh.

Karswant se detuvo. Por primera vez, dio la impresión de buscar las palabras adecuadas.

—He visto ya muchas cosas extrañas en mi vida —siguió vacilante— y la mayoría de la gente que me conoce dice que no es fácil sacarme de mis casillas. Pero

Gheerh...

La imagen del proyector mostró un planeta monótonamente gris en su mayor parte, en el que casi no había océanos. Sólo en la zona de los polos se podían descubrir unas escasas coloraciones.

—Encontramos algunos millones de indígenas que bajo condiciones dignas de lástima malvivían una vida primitiva. Y encontramos algunos cientos de miles de hombres que se tenían por las tropas del Emperador y que mantenían una guerra de exterminio sin piedad contra aquellos indígenas. Paso a paso iban ganando terreno, mataban, quemaban y destruían, e iban llevando más adelante su frontera sin que pudieran detenerlos. Algo menos de un cuarto de la superficie del planeta está habitada todavía por los indígenas, y se trata sobre todo de las estériles regiones polares.

—Supongo que habréis puesto fin a esa horrible guerra —hizo que se le oyera tronar uno de los consejeros.

—Por supuesto —respondió el general—. Pudimos detener un ataque que acababa de empezar.

Una consejera alzó la mano.

—General, habéis dicho que los indígenas habían sido reducidos con el paso del tiempo a un cuarto de la superficie del planeta. ¿Qué es lo que ha pasado con los otros tres cuartos?

Karswant asintió.

—La superficie por así decirlo liberada por las tropas abarca aproximadamente dos tercios de la masa terrestre del planeta y...

Se detuvo de nuevo, miró largo tiempo a la sala y dio la impresión como de estar buscando ayuda de algún lugar. Cuando por fin habló, su voz había perdido la dureza típica de militar. Era como si sólo hablase el hombre Jerom Karswant.

—Reconozco que estaba temiendo que llegara este momento. ¿Cómo podría, por todos los diablos, describir lo que hemos visto? ¿Cómo podría describirlo para que me creyeran? Yo ni siquiera creí a mis mejores comandantes, hombres a los que confiaría mi vida sin pensarlo, sino que tuve que aterrizar yo mismo y verlo. Y tampoco quise creer lo que mis propios ojos me mostraron...

Hizo un vago gesto con la mano.

—Durante todo el viaje de vuelta desde Gheera nos hemos reunido y hemos repasado una y otra vez todos los detalles, pero no hemos llegado a ninguna conclusión. En el caso de que todo esto tenga algún sentido les pido que me pongan al corriente. Esto es, de verdad, lo único que todavía querría en la vida: una explicación de lo que significa el planeta Gheerh.

Diciendo esto conectó de nuevo el proyector y la película que tenían preparada comenzó a correr.

—Cada pulgada de suelo que las tropas imperiales ganaban mediante el exterminio o la expulsión de los nativos era inmediatamente nivelada y reforzada por el personal técnico, que por su parte rondaba los ciento cincuenta mil hombres, y cuando las tropas de guerra habían seguido avanzando, la superficie así conformada se cubría con alfombras de cabellos. De este modo, con el paso de los milenios, los equipos del Emperador han cubierto dos tercios de la superficie total del planeta con alfombras de cabellos.

En el asombrado silencio que siguió, un consejero carraspeó y preguntó:

—¿Queréis decir con ello, general, que todas las alfombras fueron producidas para cubrir un planeta con ellas?

—Ésa es la imagen que ofrece Gheerh cuando se sobrevuela. Dondequiera que se vaya, por todos lados yacen alfombra junto a alfombra, no se ve ni siquiera un pedazo de la superficie originaria del planeta. Extensas planicies, valles profundos, altas montañas, playas, colinas, pendientes... todo, todo está cubierto de alfombras de cabellos.

Los presentes siguieron fascinados las imágenes proyectadas que confirmaban las palabras del general.

—Eso es una locura —dijo alguien por fin—. ¿Qué sentido puede tener?

Karswant encogió los hombros con aspecto desamparado.

—No lo sabemos. Y no podemos siquiera imaginarnos un sentido.

Entre los participantes de la sesión se abrió una fuerte discusión que el presidente del Consejo Provisional cortó con un gesto imperativo de la mano.

—Tenéis razón, general Karswant, me resulta en verdad muy difícil creer en ello —explicó—. Seguramente es la cosa más increíble que jamás he oído. —Se detuvo un momento. Se notaba que estaba haciendo esfuerzos por mantener el hilo de lo que quería decir—. Tampoco podemos volar todos hacia Gheera aunque, si he de ser sincero, me entran deseos de hacerlo. Simplemente vamos a intentar creerle, general.

Dio la impresión de estar en verdad aturdido cuando de seguido guardó silencio otra vez y miró alrededor sin un objetivo. Todos en la sala parecían aturdidos.

—Sea cual sea la explicación que haya para todo esto —continuó, esforzándose a todas luces por hacerse de algún modo con la situación—, estoy seguro de que sólo la encontraremos en la historia. Me alegra que hoy esté presente nuestra encantadora Lamita Terget Utmanasalen, una de las mejores historiadoras que tenemos. Ella dirige el archivo imperial y quizás sepa algo más que nosotros.

Al escuchar estas palabras Lamita se había levantado y mirado hacia todos lados, nerviosa, tan sorprendida por ser de pronto el centro de atención.

—Siento no poder decir nada —dijo, después de que el presidente le hubiera hecho una seña—. En el archivo no se ha encontrado hasta ahora ninguna pista sobre las alfombras de cabellos. Eso no quiere decir que no la haya. El sistema de

organización del archivo es un verdadero enigma para nosotros y el archivo, que abarca toda la época imperial, es gigantesco...

—Lamita, está usted libre de toda otra tarea —le interrumpió el presidente—. Ocúpese sólo de este asunto hasta nueva orden.

Gracias, pensó Lamita con rabia, cuando se sentó de nuevo. Sola. Yo y el archivo. Colaboradores, eso es lo que tenía que haberme prometido.

—Nuestras reflexiones —continuó apresuradamente el viejo consejero— tienen que ocuparse del presente y del futuro. La población de Gheera tiene que recibir información, hay que acabar con la fe en el Emperador y hay que establecer un nuevo orden político. Puedo imaginarme que podría funcionar si, según el modelo de las provincias de Baquion y Tempesh-Kutaraan, transformásemos Gheera en una federación autónoma...

Lamita escuchó las discusiones políticas que siguieron sólo a medias. La política cotidiana no le interesaba. A ella le interesaban acontecimientos y procesos que yacían milenios atrás. Paseó con la imaginación por el archivo, intentó por milésima vez comprender el secreto de su organización, pero no se le ocurrió ninguna idea nueva. Se alegró cuando por fin terminó la sesión.

Borlid la interceptó antes de que pudiera abandonar la sala.

—Lamita, tengo que hablar un momento contigo.

Ella apretó los brazos, sus carpetas como protegiéndole el pecho.

—Dime.

—Hace semanas que me evitas. Me gustaría saber por qué.

—¿Hago yo eso?

—Sí. Te pregunto si quieres ir a comer conmigo y tú...

Ella suspiró.

—Borlid, no nos engañemos. Tú quieres más de mí que sólo cenar conmigo. Y yo no. Así que sería injusto aceptar tu invitación. Y fatigoso.

—¿Ni una posibilidad?

—No. —La vanidad masculina herida. ¡Terrible!

—¿Así que hay un hombre en tu vida?

—Si así fuera, Borlid, eso es asunto mío y a ti no te interesa.

Yacía de espaldas y contemplaba el techo pintado por encima de su cama. El molinete que colgaba en la puerta del balcón giraba suavemente con la brisa nocturna y dejaba oír tiernos y nostálgicos tonos. A la luz de la luna arrojaba sombras sobre la colcha, todo lo demás estaba a oscuras en la habitación.

—He rechazado uno de los hombres más atractivos que habitan el palacio —dijo en voz alta—. Y ahora estoy sola en mi cama y no sé qué va a ser de mí.

Una débil risa desde una distancia de diecisiete mil años luz.

—Si lo rechazaste, entonces es que no era suficientemente atractivo, hermana.

—Sí, cierto. Lo encuentro infantil y poco profundo.

—Y acabas de decir que era uno de los hombres más atractivos...

—Bueno. Muchas mujeres lo encuentran verdaderamente encantador.

Otra vez la risa.

—Me parece, hermanita, que todavía crees que hay que tratar de ser como todos los demás. En realidad hay que tratar de ser distinta a los demás, descubrir lo que te hace única. Eres una rebelde por nacimiento pero eso no significa mucho. Todavía tienes por delante tu propia rebelión.

Lamita arrugó la nariz mientras intentaba encontrar el sentido de aquella observación. A su hermana mayor le gustaba decir frases misteriosas y dejar a la persona con quien conversaba el trabajo de obtener algo de ellas o no.

—Saria, ¿qué es lo que no marcha en mí, que estoy sola? —preguntó Lamita testaruda.

—¿Qué tienes contra estar sola?

—Es aburrido. Insatisfactorio.

—¿Tranquilizador? —insistió Sarna.

—También —tuvo que reconocer Lamita contra su voluntad.

—¿Cuánto hace que estuviste con un hombre?

—Mucho. Casi ni parece verdad. Y aparte de ello, fue terrible. Me sentía como una niñera.

—Pero hace mucho —resumió su hermana—, y desde entonces ya lo has superado. Así que no es eso. Lamita, ¿qué hombre de los que hay a tu alrededor te excita?

—Ninguno —le respondió Lamita como disparando con una pistola.

—Piénsatelo otra vez.

Lamita pasó revista rápidamente a todos los jóvenes en alguna medida pasables con los que tenía algo que ver. Todos aburridos.

—No hay mucho que pensar. De verdad que ninguno.

—No me engañas. Según mi experiencia de los fenómenos que las hormonas provocan en nosotras —Lamita tuvo que reconocer que la experiencia de su hermana en relación a este tema era enorme: por eso la había llamado—, eso es imposible. Afirmo que hay uno. Un hombre que te atrae y cuya presencia hace que aparezca humedad entre tus piernas. Quizás está casado, o es feo o hay algún otro motivo. En cualquier caso lo has borrado de tu conciencia. Pero está allí. Y por eso no te interesan los otros. —Una pausa—. ¿Qué, te trae esto algo a la memoria?

Lamita, pensativa, se retiró unos cuantos cabellos de la frente. Sí, había algo. Percibió un lugar en su mente en el que había algo como una resistencia, una mancha ciega, una barrera construida por ella misma. Si, por un momento, dejaba aparte todos

los tabúes, entonces... no. Eso era imposible. Qué iban a decir de ella si...

Qué iban a decir los otros. Ahí lo tenía. Un pensamiento asombroso para alguien que se tenía por una rebelde, ¿no era cierto? Casi se encolerizó contra sí misma para inmediatamente enorgullecerse de haber descubierto el truco.

—Es verdad que hay un hombre... —comenzó, vacilante.

—¿Lo ves? —dijo Saria, satisfecha.

—Pero tampoco. No con él.

—¿Por qué no? —insistió su hermana con fruición.

—Es mucho más viejo que yo.

—Debe ser cosa de familia. Nuestro padre tampoco estaba muy fresco cuando conoció a nuestra madre.

—Y es un partidario incorregible del Emperador.

—Una garantía para conversaciones muy animadas —comentó Saria divertida—. ¿Algo más?

Lamita reflexionó.

—No —suspiró por fin—. Pero ahora sí que no sé qué tengo que hacer.

—¿No? —se divirtió su hermana—. Apuesto a que lo sabes muy bien.

Conocía aquel estado interior: una decisión incondicional de actuar y arriesgar y no dejarse impresionar por los obstáculos. Sabía también que tenía que utilizar ese estado en tanto se mantuviera.

No podía pensar en dormir. Se cambió con rapidez y luego llamó al archivo imperial. El archivero contestó tras un breve lapso.

—¿Tiene algo en contra de que vaya al archivo todavía esta noche? —preguntó.

Él sólo alzó una ceja.

—Es usted la designada por el Consejo. Puede ir y venir como guste.

—Sí —dijo Lamita nerviosa—. Sólo quería decírselo. Luego pasaré por allí.

—Ya —dijo Emparak, el archivero, y cortó la conversación.

La puerta del archivo estaba abierta cuando llegó. Lamita se quedó un momento indecisa en el bien iluminado zaguán y miró alrededor. Todo estaba vacío y abandonado, no se veía a nadie. Tampoco había luz en la gran sala de la cúpula. Lamita se acercó a la sala central de lectura y depositó sus carpetas de trabajo sobre la mesa oval a la que antaño se había sentado el propio Emperador. El eco de cada sonido resonó y fortaleció la sensación de estar sola.

Fue a uno de los pasillos radiales y extrajo un antiguo manuscrito de una repisa. Cuando regresó a la mesa, descubrió al archivero. Como siempre, estaba en la media sombra de las columnas a la entrada de la sala de lectura, esperando inmóvil.

Lamita dejó lentamente el grueso volumen sobre la mesa.

—Espero que no le moleste —dijo en el silencio.

—No —dijo Emparak.

Ella vaciló.

—¿Dónde vive usted?

Si la pregunta le había sorprendido, no lo dejó traslucir.

—Tengo una pequeña vivienda en el primer piso.

Sonaba reservado. Ella sabía que él había conocido al Emperador y que también había trabajado con él, y en las ocasiones en las que hasta entonces había tenido que ver con el archivero no se le había escapado que había mantenido una actitud hostil hacia ella y en general hacia todo aquél que había tenido que ver con la rebelión. Ella le observó. Era un hombre fornido, apenas más alto que ella, con un espeso cabello gris plateado y algo cargado de espaldas, lo que le obligaba a mantener una posición del cuerpo un poco inclinada. Pese a ello era una figura digna, imponente, que irradiaba madurez y sereno sosiego.

—Debe de producir una sensación muy peculiar el vivir aquí —dijo ella, pensativa—. Entre milenios de historia...

Se dio cuenta de que Emparak se estremeció al oír aquellas palabras y cuando le miró a los ojos vio que estaba sorprendido.

—Cuando terminó el Imperio, yo era todavía una niña, tenía apenas cinco o seis años —continuó, y por primera vez tuvo la sensación de que él la estaba escuchando de verdad—. Crecí en un mundo que se hallaba en transformación. A mí alrededor veía cómo se derrumbaban las cosas y comencé a interesarme por cómo había sido antes. Quizá ésa fue la razón por la que estudié historia. Y durante todos mis estudios soñaba con estar algún día aquí, en el archivo imperial. Excavaciones, investigaciones, trabajo de campo, todo eso no me interesaba. Allá afuera estaban las preguntas, pero aquí, de eso estaba yo convencida, estaban las respuestas. Y yo no estaba interesada en investigar, yo estaba interesada en saber. —Le miró—. Y ahora estoy aquí.

Él había dado un paso fuera de sus sombras, seguramente sin darse cuenta. La miró inquisitivamente, como si la viera por primera vez, y Lamita esperó paciente.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —le preguntó por fin. Sonaba forzado.

Lamita se le acercó con cuidado. Respiró profunda y lentamente e intentó extraer de nuevo la osadía que la había impulsado antes.

—He venido para averiguar qué es lo que hay entre nosotros —dijo ella con suavidad.

—¿Entre... nosotros?

—Entre usted, Emparak, y yo, hay algo. Una vibración. Una conexión. Un campo eléctrico. Lo percibo y estoy segura de que usted también lo percibe. —Ella estaba justo delante de él y la tensión entre ambos creció—. Me llamó usted la atención la primera vez que le vi delante de las columnas, Emparak. No lo he admitido hasta ahora, pero su presencia desata un deseo en mi interior. Un fuerte deseo, como nunca

lo había conocido. He venido para tratar de aclararlo.

Su aliento surgía ardiente y su mirada volaba de acá para allá, sobre las paredes y el suelo, y sólo se atrevía a mirarla a ella durante unos segundos.

—Le ruego que no juegue conmigo.

—No estoy jugando, Emparak.

—Es usted una... una mujer maravillosa, Lamita. Puede tener el hombre que quiera. ¿Por qué motivo tendría que entregarse a un jorobado como yo?

Lamita percibió de pronto su dolor como si fuera el propio. Era un sentimiento que parecía tener su origen en los alrededores de su corazón.

—No pienso que sea un jorobado. Veo que tiene la espalda un poco cargada, pero, ¿qué más da?

—Soy un jorobado —insistió él—. Y un hombre viejo.

—Pero un hombre.

Él no dijo nada, se mantuvo de pie dándole la espalda y mirando fijamente al suelo de mármol.

—He venido para saber lo que siente, Emparak —dijo Lamita por fin en voz baja. Quizás no había sido una buena idea—. Si lo prefiere, me volveré a ir.

Él murmuró algo que ella no entendió.

Ella alargó la mano y tocó su antebrazo.

—¿Quiere que me vaya? —preguntó, llena de tensión.

La cabeza de él se agitó.

—No. No se vaya. —Él seguía sin saber a dónde mirar, pero su mano había agarrado la de ella y la mantenía apretada y las palabras surgieron de pronto de su interior—. Soy un viejo loco... Esto es todo tan... Ya no contaba con que otra vez en mi vida... ¡Y con una mujer como usted! No tengo ni idea de lo que hacer ahora.

Lamita no tuvo más remedio que reírse.

—Apuesto a que lo sabe muy bien —dijo.

Ella se había preparado para tener que luchar contra una montaña de complejos de inferioridad acumulados durante toda una vida y había estado dispuesta a ello. Pero cuando Emparak la tomó en los brazos y la besó, todo sucedió con una tierna seguridad que la sorprendió ilimitadamente. Se deshizo en su abrazo. Era como si su cuerpo hubiera esperado desde siempre al contacto con aquel hombre.

—¿Puedo mostrarte dónde vivo? —preguntó él por fin. Horas después, le pareció a ella.

Afirmó ensoñadora.

—Sí —suspiró—. Por favor.

—Sigo sin poder creerlo —dijo Emparak en la oscuridad—. Y no sé si lo llegaré a creer nunca.

—Tranquilízate —susurró Lamita soñolienta—, yo casi tampoco me lo creo.

—¿Has tenido muchos hombres? —preguntó él, y sonó celoso de una forma casi divertida.

—No tantos como la mayoría de la gente se piensa —se rió—. Pero suficientes como para saber que me aburren pronto los hombres para los que la parte más importante de la historia comenzó con su nacimiento. —Se dio la vuelta y se recostó sobre el pecho de él—. Por suerte parece que tus experiencias en ese sentido dejan en la sombra a mis pobres habilidades. Adivino que no has vivido siempre de forma tan monacal como tu vivienda da a entender.

Emparak sonrió, ella se dio cuenta por el sonido de su voz.

—Antes mi posición era importante y eso ayudaba mucho. Yo era discreto, pero creo que todos sabían que perseguía a todas las mujeres del palacio... Luego vino la revolución y vosotros, rebeldes, me degradasteis asquerosamente, me hicisteis probar vuestro poder y experimentar que había estado del lado equivocado, del lado del perdedor. Me dejasteis a un lado porque no sabíais si quizás me ibais a necesitar algún día, pero no era más que un viejo portero. Y desde entonces me he retirado completamente.

—Ya lo he notado —murmuró Lamita. Algo en su interior le decía que la conversación se estaba moviendo hacia un terreno peligroso, pero decidió seguir, dispuesta a correr riesgos—. Creo que sigues siendo partidario del Emperador.

Ella percibió cómo él se cerraba de nuevo.

—¿Qué significaría esto para ti? —Un orgullo inquebrantable se desprendía de aquella réplica, obstinación y también miedo. No poco miedo.

—En tanto seas también mi partidario, no pasa nada —dijo ella con suavidad. Una buena respuesta. Sintió como él se relajaba. Pese a su miedo, no hubiera estado dispuesto a negarse a sí mismo, ni siquiera por ella. Eso la impresionaba.

—Yo no fui nunca un partidario del Emperador en el sentido habitual —dijo pensativo—. Las personas que le adoraban e idolatraban no le conocían, sólo conocían la idea que se hacían de él. Pero yo le conocía, cara a cara. —Guardó silencio un momento y Lamita casi pudo sentir cómo se despertaban sus recuerdos—. Su presencia era aún más abrumadora que todas las leyendas que sus clérigos podían inventarse. Era una personalidad carismática, inaprensible. A vosotros, rebeldes, os resulta demasiado fácil. No se le puede medir con medidas normales. Quizás con medidas que se usasen para un fenómeno de la naturaleza. No lo olvides, era inmortal, tenía unos cien mil años, nadie sabe lo que eso puede significar. No, no soy ningún adorador ciego, soy un científico. Intento comprender y las respuestas baratas, rápidas, prefabricadas, me desagradan profundamente.

Lamita se había incorporado y encendió la luz junto a la cama. Vio a Emparak como si lo viera por vez primera y, en cierto sentido, así era. El anciano de mirada torva y envenenada había desaparecido. El hombre que yacía junto a ella era

despierto y vital y se había desvelado como el compañero más cercano a su espíritu que ella había conocido nunca.

—A mí me pasa igual —dijo, y tuvo de pronto ganas de seducirle allí mismo por segunda vez.

Sin embargo Emparak retiró la colcha, se levantó y comenzó a vestirse.

—Ven —dijo—, quiero enseñarte algo.

—El archivo es tan antiguo como el Imperio y a lo largo del tiempo ha habido más de mil cambios de los criterios de sistematización. El resultado es el complicado sistema de orden de hoy en día. Si no se lo conoce, es simplemente imposible encontrar nada. —La voz de Emparak resonaba en los bajos y oscuros pasillos laterales mientras iban descendiendo nivel a nivel hacia las misteriosas profundidades del archivo. Allá abajo sólo los pasillos principales estaban débilmente iluminados y quedaba para su fantasía definir lo que se pudiera ver en las sombras que arrojaban los armarios, vitrinas y las muchas y misteriosas piezas que allí yacían. Lamita había tomado la mano del archivero en algún momento y ya no la había soltado.

—Nivel dos —dijo Emparak después de que hubieran descendido una más de las anchas escaleras de piedra. Señaló a un pequeño y discreto letrero en el que la cifra estaba dibujada en una forma antiquísima.

—¿Es el segundo nivel empezando por abajo? —preguntó Lamita.

—No. No hay relación alguna. El archivo ha sido cambiado, transformado, ampliado y reordenado incontables veces —rió con sorna—. Debajo de nosotros existen todavía cuatrocientos niveles más. Ningún rebelde ha estado jamás tan abajo.

Anduvieron a lo largo de un ancho pasillo. Junto a un letrero que mostraba la letra L de una forma que había sido habitual en tiempos del tercer Emperador, torcieron hacia un estrecho pasillo lateral y luego siguieron caminando junto a armarios y artefactos misteriosos, aparatos y obras de arte que a Lamita le parecían interminables. Las cifras de los letreros atravesaban cien mil años de desarrollo semiótico hasta que llegaron a la cifra 967 escrita de la forma típica de hacía ochenta mil años.

Emparak abrió un gran armario que sólo tenía una puerta. Abrió aquella puerta tanto como se podía y luego encendió la luz del techo.

En el interior de la puerta del armario había una alfombra de cabellos.

Lamita se dio cuenta después de un rato que su boca estaba abierta y la cerró de nuevo.

—Así que es verdad —dijo ella—. El archivo sabe algo sobre las alfombras de cabellos.

—El archivo lo sabe todo sobre las alfombras de cabellos.

—Y tú has guardado silencio durante todo el tiempo.

—Sí.

Lamita sintió un horroroso cosquilleo que subía burbujeando en su interior como burbujas en el agua a punto de cocer y no lo retuvo. Echó la cabeza hacia atrás y se rió, lo que resonó por todos lados. A través de las lágrimas vio cómo Emparak la observaba sonriente. Por fin pudo respirar—. Me va usted a contar ahora mismo todo lo que sepa sobre ese asunto. De otro modo le ataré a la cama y no me separaré de usted hasta que hable.

—Oh —fingió Emparak—. En realidad precisamente quería contarte toda la historia, pero ahora me tientes para que me calle...

Sacó un mapa estelar antiguo y grande que estaba recubierto de un plástico resistente al envejecimiento.

—Gheera fue una vez un reino cuya historia y nacimiento se pierden en la oscuridad de los tiempos, como los de casi todos los antiguos reinos de la humanidad. Este reino fue descubierto y atacado por el décimo Emperador, es decir, el predecesor del último Emperador, sin otro motivo más que el de que existía y que el Emperador quería gobernarlo. Estalló una guerra que duró largo tiempo y produjo muchas víctimas, en la que Gheera sin embargo jamás tuvo una posibilidad real contra la flota de guerra del Emperador y por fin fue vencida.

Señaló a una serie de antiquísimos ficheros de imágenes.

—El rey de Gheera se llamaba Pantap. Él y el Emperador se encontraron por primera vez en Gheerh, cuando el reino había sido vencido. El Emperador exigió de Pantap un gesto público y ceremonioso de sometimiento.

Emparak miró a Lamita.

—¿Quieres llevarte el material arriba?

—¿Cómo? Ah, claro —afirmó ella—, sí por supuesto.

Emparak desapareció en uno de los pasillos transversales cercanos y regresó con un recipiente ligero y enrollable, hecho de alambre. Depositó dentro el mapa estelar y los ficheros de imágenes.

—Gheerh debía de ser por entonces un mundo maravilloso y vital —continuó, y sacó una antigua carpeta—. Este informe describe Gheerh. Dice que el planeta es una joya del universo y alaba los incontables tesoros artísticos, la sabia forma de vida de sus habitantes y la belleza de los paisajes.

Lamita tomó la carpeta con cuidado y la colocó también en el recipiente de alambre.

—¿Sabías que el décimo Emperador fue completamente calvo durante toda su vida?

Lamita alzó las cejas sorprendida.

—Entonces he visto las fotos equivocadas.

—Por supuesto que llevaba implantes, pero éstos tenían que ser renovados cada pocos meses porque su cuerpo los rechazaba. Era una reacción alérgica que le

persiguió durante toda su larga vida, posiblemente guardaba una relación con su tratamiento para la longevidad, no se sabe. Lo que se sabe es que él consideraba aquel defecto como una burla, un insulto del destino que de esta forma le negaba la perfección anhelada.

Lamita respiró haciendo ruido.

—Oh —dijo significativamente. Una débil e indeterminada relación comenzó a cristalizar en ella.

—Los espías del rey Pantap habían encontrado ese punto débil del Emperador —siguió Emparak—, y Pantap, al parecer un hombre colérico y orgulloso, tuvo por sensato golpear con toda la fuerza que le quedara en aquella herida. Cuando el Emperador vino a aceptar la sumisión, Pantap, quien por cierto disfrutaba de una hermosa mata de cabello y barba, dijo literalmente: «Tu poder puede ser tan grande que nos obliga a someternos, pero no es lo suficientemente grande como para hacer crecer cabello en tu cabeza, Emperador calvo».

—No suena como una buena idea.

—No. Seguramente fue la peor idea que jamás haya tenido un ser humano.

—¿Qué sucedió?

—El décimo Emperador era conocido en cualquier caso por ser colérico y vengativo. Cuando escuchó esto, estalló de rabia. Juró a Pantap que iba a arrepentirse de sus palabras como jamás nadie se había arrepentido de una burla. Dijo: «¡Mi poder es suficiente para obligar a cubrir todo este planeta con los cabellos de tus súbditos y yo te obligaré a contemplarlo!».

Lamita miró al anciano archivero completamente asqueada. Había un sentimiento en su interior como si se hubiera abierto de pronto un abismo.

—¿Quiere decir esto que la historia de las alfombras de cabellos... es la historia de una venganza?

—Sí. No otra cosa.

Ella puso una mano sobre la boca.

—¡Pero esto es una locura!

Emparak asintió.

—Sí. Pero la verdadera locura es menos la idea en sí que la implacable lógica con la que esta locura fue llevada a cabo. El Emperador envió como de costumbre a sus sacerdotes para extender e implantar contra toda resistencia el culto al Dios Emperador e hizo al mismo tiempo instalar el culto a las alfombras de cabellos, el complicado sistema logístico, el sistema de castas, los impuestos y demás. De entre los restos de las fuerzas militares de Gheera reclutó a los navegantes que transportaban las alfombras desde los otros planetas hasta Gheerh. El propio Gheerh, todo el sistema solar, fue encerrado en una burbuja dimensional y alejado con ello artificialmente de nuestro universo normal para hacer imposible cualquier escape y

cualquier intromisión del exterior. Tropas escogidas y especialmente faltas de escrúpulos bombardearon la cultura de los habitantes de Gheerh hasta enviarlos al primitivismo y comenzaron luego su terriblemente lenta campaña de destrucción. Alrededor del palacio real empezaron a reforzar el suelo y a extender las primeras alfombras de cabellos.

—¿Y el rey? —preguntó Lamita—. ¿Qué le sucedió a Pantap?

—Por orden del Emperador, Pantap fue encadenado a su trono y conectado a un sistema de conservación de la vida que le debe haber mantenido vivo algunos milenios. El Emperador quería que Pantap tuviera que contemplar impotente lo que él hacía con su pueblo. Primero, Pantap se vio seguramente obligado a contemplar por las ventanas de su sala del trono cómo la capital era allanada calle a calle y cómo el terreno así conseguido era cubierto con alfombras de cabellos. En algún momento los equipos deben de haber pasado a filmar todas sus actividades, sus criminales guerras de ocupación y sus trabajos de construcción para luego enviarlos por televisión a las pantallas que habían sido dispuestas delante del rey inmóvil.

Lamita estaba asqueada.

—¿Quiere decir eso que Pantap quizás todavía esté vivo?

—No es descartable —concedió el archivero—, pero no lo creo, porque la técnica de prolongación de la vida no estaba por entonces tan adelantada como ahora. En cualquier caso, el palacio debe de estar todavía allí, en algún lugar de Gheerh, seguramente en medio de una gran zona en la que las más antiguas de todas las alfombras se han convertido en polvo. Por lo visto la expedición a Gheera no lo ha encontrado, si no, hubieran descubierto a Pantap o sus restos.

La joven historiadora agitó la cabeza.

—Esto hay que aclararlo. El Consejo debe enterarse. Hay que enviar otra vez a alguien... —Miró a Emparak—. ¿Y todo esto ha funcionado durante tanto tiempo?

—El Emperador murió poco después de que el sistema de las alfombras de cabellos hubiera sido instalado. Su sucesor, el Emperador décimo primero y último, sólo visitó Gheera una vez por poco tiempo. Por algunos apuntes se puede inferir que le repugnaba, pero no se decidió a acabar con todo aquello, seguramente por lealtad al anterior Emperador. Después de su regreso hizo borrar la provincia de todos los mapas estelares y de todas las bases de datos y la dejó abandonada a su suerte. Y desde entonces la maquinaria sigue funcionando, milenio tras milenio.

El silencio se adueñó de la desigual pareja.

—Así que ésa es la historia de las alfombras de cabellos —susurró Lamita por fin, emocionada.

Emparak asintió. Luego cerró de nuevo el armario.

Lamita miró a su alrededor, todavía como embotada por lo que acababa de oír, y su mirada vagó por los pasillos y pasadizos, por los incontables armarios que tenían

el mismo aspecto que aquél, siempre más y más allá, sin que se distinguiera final alguno.

—Todos estos otros armarios —preguntó en voz baja—, ¿qué es lo que contienen?

El archivero la miró y en sus ojos brillaba el infinito.

—Otras historias —dijo.

Epílogo

Nudo a nudo, siempre los mismos movimientos de la mano, enlazando siempre los mismos nudos en el fino cabello, interminablemente fino y delicado, con las manos encogidas y los ojos enrojecidos. Pero por mucho que se esforzara y apresurara apenas conseguía avanzar. Cada hora que no dormía se inclinaba frente al bastidor al que ya se había sentado su padre y antes que él el padre de éste y su abuelo, flexionado y en tensión, la vieja lente de aumento medio cegada en el ojo, los brazos apoyados en el pecho doblado, dirigiendo la lanzadera únicamente con la punta de los dedos. Nudo a nudo tejía con una prisa febril, como alguien angustiado que lucha por su vida. La espalda le dolía hasta por encima de la nuca y detrás de sus sienes latía un terrible dolor de cabeza que le presionaba los ojos de tal modo que a veces no le dejaba reconocer la aguja. Intentó no escuchar los nuevos sonidos que llenaban la casa: las rebeldes y gritonas discusiones de sus mujeres e hijas abajo en la cocina y, sobre todo, las voces que salían del aparato que ellas habían colocado allí y que emitía sin pausa palabras blasfemas.

Pasos pesados hicieron crujir la escalera que subía hasta la tejeduría. No le podían dejar en paz. En vez de dedicarse a cumplir sus deberes naturales, estaban sentadas todo el día y parloteaban sobre aquellas tonterías de una nueva época y constantemente venían visitas que se mezclaban en aquellas sandeces sin tregua. Rezongó y apretó el nudo en el que se ocupaba en aquel momento. Sin quitarse la lente de aumento, echó mano al cabello siguiente, que había dejado preparado encima de un cojín de tela, peinado con limpieza y cortado individualmente a la medida necesaria.

—Ostvan...

Era Garliad. Apretó las mandíbulas hasta que le dolieron los dientes pero no se volvió.

—Ostvan, hijo mío...

Se arrancó con rabia la cuerda que sostenía la vieja lupa sobre sus sienes y se dio la vuelta.

—¿No me podéis dejar en paz? —gritó, con el rostro rojo de cólera—. ¿No me podéis dejar en paz de una vez? ¿Cuánto tiempo vais a seguir desatendiendo vuestros deberes e interrumpiendo constantemente mi trabajo?

Garliad se quedó allí de pie con su largo cabello cano y lo único que hizo fue mirarle. Aquella mirada preocupada y compasiva en sus ojos claros le volvía rabioso.

—¿Qué quieres? —le escupió.

—Ostvan —dijo ella con suavidad—, ¿no quieres terminar por fin?

—¡No vengas con las mismas! —gritó él, y se volvió, alejándose de ella, se colocó por el camino otra vez la lente de aumento en su posición correcta. Sus dedos

echaron mano de la aguja y del siguiente cabello.

—Ostvan, no tiene sentido lo que estás haciendo...

—Yo soy tejedor de cabellos, como mi padre fue tejedor de cabellos y antes que él su padre y así sucesivamente. ¿Qué otra cosa voy a hacer que no sea tejer alfombras de cabellos?

—Pero nadie va a comprar ya tu alfombra. Los navegantes imperiales ya no vienen. Ahora todo es distinto.

—Mentiras. Todo mentiras.

—Ostvan...

¡Aquel tono maternal en su voz! ¿Por qué no se podía ir? ¿Por qué no podía simplemente bajarse a la cocina y dejarle simplemente en paz, dejarle hacer en paz lo que tenía que hacer? Éste era su deber, su servicio divino, el sentido de su vida: una alfombra para el palacio del Emperador... Enlazaba los nudos apresuradamente, negligentemente, nerviosamente. Luego tendría que volver a desatarlos, luego, cuando estuviera tranquilo de nuevo.

—¡Ostvan, por favor! No soporto verlo más.

Sus mandíbulas dolían de rabia.

—No me detendrás. Tengo una deuda con mi padre. ¡Y voy a saldar esa deuda!

Siguió trabajando, rápido, febril, como si tuviera que terminar en el mismo día aquella enorme alfombra. Nudo a nudo enlazaba, siempre los mismos movimientos de la mano, rápido, rápido, siempre los mismos nudos de la forma transmitida desde hacía milenios, finos y delicados, sobre el bastidor que crujía, los brazos temblorosos apoyados sobre el pecho grasoso y depilado.

Ella no se fue. Se quedó simplemente allí, donde estaba. Él podía sentir su mirada en la espalda como si fuera un dolor.

Sus manos comenzaron a temblar de modo que tuvo que interrumpir su trabajo. No podía trabajar así. No en tanto ella estuviera allí. ¿Por qué no se iba de una vez? No se volvió, simplemente sacó la aguja y esperó. Le costaba respirar.

—¡Tengo una deuda con mi padre y voy a saldarla! —insistió.

Ella guardaba silencio.

—Y... —añadió, y se detuvo. Comenzó otra vez—. Y... —Nada más. Había una frontera que no debía cruzar. Tomó un nuevo cabello, intento hacer pasar la punta por el ojo de la aguja, pero sus manos temblaban demasiado.

Ella no se fue. Siguió allí, callada, esperando sin más.

—Tengo una deuda con mi padre. ¡Y... tengo una deuda con mi hermano! — surgió por fin de él con una voz como cristal que estalla.

Y sucedió lo que no tenía que haber pasado. La aguja resbaló, cayó sobre la alfombra y rasgó la finísima tela de base. Una hendidura tan ancha como una mano, el trabajo de años.

Entonces, por fin, vinieron las lágrimas.